

José Errasti, Marino Pérez Álvarez
y Nagore de Arquer

MAMÁ, SOY TRANS

*Una guía para familias de
adolescentes con conflictos de género*

Prólogo de la Agrupación Amanda



DEUSTO

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

Introducción

Primera parte. Hablemos claro sobre la disforia de género y la identidad de género

1. Decálogo de doce cuestiones básicas que deben estar claras desde el principio

Segunda parte. Axel se abre una cuenta en Instagram

2. Historia de Axel
3. ¿Qué ve tu hija en las redes sociales?

Tercera parte. Cosas de casa

4. En el comienzo fue el género
5. Cada familia infeliz es diferente a las demás
6. La fascinación adolescente ante lo trans
7. Cada día tiene su afán
8. Tenemos que hablar
9. Actores secundarios con papeles protagonistas

Epílogo. Manifiesto a favor de la comprensión y el respeto hacia los adolescentes trans

Agradecimientos

Apéndice

Glosario

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

- Primeros capítulos
- Fragmentos de próximas publicaciones
- Clubs de lectura con los autores
- Concursos, sorteos y promociones
- Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

En el contexto de la aprobación de una Ley Trans que legaliza la modificación del registro del sexo para los menores sin necesidad de autorización paterna ni consejo médico, muchos padres y madres afrontan una desprotección jurídica de la infancia sin precedentes.

Este libro, un complemento del anterior escrito por los autores, *Nadie nace en un cuerpo equivocado*, viene en auxilio de esas familias perplejas e inquietas.

En la accidentada gira de promoción de su primera obra conjunta, durante la cual José Errasti y Marino Pérez tuvieron que afrontar una feroz campaña de acoso por parte de los sectores del transactivismo más intransigentes, los psicólogos se encontraron a menudo con la misma pregunta entre el público: ¿qué se debe hacer cuando aparece en la familia un problema de identidad de género que afecta a un adolescente? Estas páginas dan respuesta a tan difícil cuestión.

Con un lenguaje accesible al gran público y lleno de casos prácticos y ejemplos concretos, *Mama, soy trans* es un manual para las familias cuyos hijos se declaran transexuales y explica cuál es el procedimiento correcto a seguir cuando esto ocurre.

Si te preocupa la exposición de tus hijos al contagio cultural de la fiebre transgenerista, este libro te brinda las pautas para dialogar con el adolescente y te enseña cómo rastrear el origen del problema, cómo comprender su manera de sentir y qué significa este tipo de malestares en la sociedad actual.

Un diagnóstico más preciso de la cuestión trans sólo es posible si nos sumergimos en las redes sociales consumidas decenas de horas a la semana desde la infancia, si conocemos cómo se reciben los mensajes que se transmiten desde los medios de comunicación y el entorno escolar, y si entendemos la industria y el formidable negocio que se esconde tras estos problemas.

Errasti y Pérez cuentan en este libro con la ayuda y testimonio de Nagore de Arquer, una desistidora de la transición de género, que aporta su valiosísimo conocimiento de primera mano sobre las miserias de la autodeterminación de género.

El libro, como no podía ser de otra manera, está escrito desde la empatía, la cercanía y el más escrupuloso respeto hacia quienes sufren un problema que cada día afecta a más jóvenes.

MAMÁ, SOY TRANS

Una guía para familias de adolescentes con conflictos de género

José Errasti, Marino Pérez Álvarez y Nagore de Arquer



EDICIONES DEUSTO

Para todas las madres y los padres que, contra viento, marea, redes sociales y ministerios, se han puesto en pie movidos por el amor y la responsabilidad. Luchan contra el absurdo y a favor de la sensatez. Representan, desde su anonimato, la parte más noble, honrosa y justa del mundo que nos ha tocado vivir.

Para todas las hijas y los hijos que buscan soluciones a un problema real, fruto de un error que no han cometido ellos, sino la sociedad sexista y sus discursos equivocados. Ojalá encuentren el escape del laberinto —que no siempre es el más fácil y aparente— y eviten los callejones sin salida —que no siempre son lúgubres y oscuros.

Prólogo

Todas las madres y los padres sabemos que nuestras hijas e hijos llegarán a la adolescencia: esa etapa convulsa, caracterizada por grandes cambios físicos, psicológicos y sociales, por el descubrimiento y la exploración del mundo desde otra perspectiva, y por el reto en mayúsculas: encontrar su lugar en el mundo, entre las chicas y chicos de su edad. Encontrar un grupo con el que compartir su tiempo, divertirse, crecer. Un grupo que les acepte y les aprecie, que les haga sentir bien.

Madres y padres nos acercamos a este momento con una mezcla de ilusión y de inquietud. Ilusión ante los cambios que les acercarán a la edad adulta; inquietud porque sabemos que la apertura al mundo que es propia de este periodo no estará exenta de retos que no sabemos cómo resolverán.

Alertados por las noticias que vemos en medios de comunicación, pensamos que ojalá no abusen del alcohol, ojalá no les dé por fumar, ojalá prefieran no ir de botellón, ojalá decidan decir «no» a las drogas, ojalá no tengan sexo sin protección, ojalá a nuestra hija no la encuentre ninguna manada, damos por hecho que nuestro hijo no formará parte de ninguna manada...

Creemos haberles dotado, durante su infancia, de herramientas para enfrentarse a todos los desafíos propios de esta etapa, haberles explicado los riesgos del abuso del alcohol, del consumo de drogas, de las adicciones en general. Creemos haberles dado ejemplo de relaciones respetuosas y de la importancia de llevar una vida saludable.

Nos asusta que pueda suceder, pero creemos que, si es necesario, sabremos responder en el momento en que lleguen a casa al borde del coma etílico, ayudarles con una posible adicción, en el caso de que nuestra hija sufra abuso o maltrato en sus relaciones de pareja, o que haya sido violada. Sabemos que en todos estos casos las instituciones públicas nos ayudarán a proveer a nuestras hijas e hijos de unos cuidados que velen por su salud física y psicológica.

Pero no estamos preparados para el súbito anuncio de «mamá, soy trans» de nuestra hija que nunca ha dado muestra alguna de disconformidad con su sexo. Y hablamos en femenino, de hija, porque en la actualidad la mayoría de las personas que se autoidentifican como del sexo contrario son chicas. Chicas que no quieren ser mujeres, que dicen que quieren convertirse en hombres.

El anuncio viene acompañado de un discurso que parece muy elaborado, pero que no resiste ningún análisis lógico. En muchas ocasiones, las familias de Amanda han recibido ese anuncio a través de una carta que, posteriormente, han descubierto que había sido copiada de internet. En

todos los casos los argumentos, las reclamaciones, las amenazas son prácticamente idénticos y no admiten ningún tipo de conversación para intentar comprender qué está ocurriendo. Todos ellos, chicas y chicos, describen a la perfección los pasos que deben seguir para transicionar, los fármacos que deben tomar, las cirugías a las que se deben someter, y creen firmemente que, después del proceso, serán hombres o mujeres (respectivamente), pero no quieren oír hablar de los efectos que la medicación tendrá sobre sus cuerpos sanos. No quieren oírlos, o dicen que no les importan. La esterilidad, la disminución de la densidad ósea, la anorgasmia, la mayor propensión a padecer enfermedades cardiovasculares o determinados tipos de cáncer, por ejemplo, son algunas de las consecuencias que tienen los tratamientos farmacológicos y quirúrgicos de transición de sexo. No se conocen todas las consecuencias, porque se trata de medicamentos prescritos fuera de ficha técnica, es decir, no están indicados para el uso que se les está dando. En Suecia fueron conscientes de lo dañino de estos tratamientos y desde 2021 sólo se administran en entornos de ensayo clínico y bajo condiciones muy estrictas que requieren de la aprobación de un equipo multidisciplinar.

En cambio, aquí, en España, se prescriben a petición del adolescente. Así es. Todo lo que creíamos conocer al respecto de la transexualidad procede de otra época, una en la que esta cuestión se abordaba con mucha prudencia. Confiamos en que, también en este tema, instituciones y profesionales nos ayudarán con una solución garantista de su salud física y psicológica. Sin embargo, las familias de Amanda no encontramos esa postura prudente. Al contrario: se valida de forma inmediata la afirmación de nuestra hija menor de edad e, incluso, se le anima a seguir adelante con el proceso de transición desde el propio centro escolar, muchas veces a espaldas de la familia, debido a una serie de leyes en distintas comunidades autónomas ya aprobadas, algunas desde 2016, que impiden la negación de la misma, así como hacer una evaluación previa respecto a la salud mental del peticionario. Ocurre incluso en comunidades autónomas que carecen de legislación al respecto, dejando esta cuestión al libre criterio ideológico de profesorado y equipos de orientación sin formación específica en conflictos de género en la adolescencia.

Y ahí nos encontramos con la primera intervención: la transición social. Cambiarse el nombre y hacerse llamar con pronombres masculinos (las chicas) o femeninos (los chicos) y adoptar roles, comportamientos y atuendos tradicionalmente atribuidos al sexo contrario. Esta primera intervención no es inocua y el Reino Unido, tras el informe independiente realizado por la Dra. Hillary Cass acerca del funcionamiento del centro de referencia para la intervención en personas transexuales, Tavistock y Portman, ha elaborado nuevos protocolos de atención desaconsejando la transición social.

Ajenos a lo que está ocurriendo en otros países que nos llevan algunos años de ventaja en este tema, en España se sigue creyendo que lo mejor es animar y empujar a la transición a las y los adolescentes que se autoidentifican como trans sin indagar las razones que han llevado a esta

afirmación, incluso sin el conocimiento de quienes ostentan su patria potestad, como es el caso descrito de los centros educativos.

Así pues, para cuando tu hija te dice «mamá, soy trans», ya ha recorrido un camino al que tu pareja y tú erais totalmente ajenos. Habéis visto que últimamente lleva el pelo corto y no se pone vestidos ni faldas, pero no le dais ninguna importancia porque sabéis que hay muchas formas de presentarse al mundo sin dejar de ser una mujer. Con lo que no contabais es con que, en su instituto, validasen inmediatamente su afirmación de ser un chico. El mismo instituto que ignoró vuestras peticiones para solucionar el bullying que sufría el curso anterior. Y tampoco contabais con que, de forma inmediata al anuncio, vuestra hija os dijera que quería ir al médico para que le recetasen hormonas y programasen una doble mastectomía.

Las personas que están leyendo este prólogo pueden pensar que exageramos; las madres y padres que están pasando por este proceso saben que no. Saben que no exageramos y que lo que estamos explicando ha ocurrido de forma prácticamente idéntica en su casa. Seguramente piensan que nos hemos colado en sus vidas a través de una rendija, porque estamos describiendo el proceso que ha seguido su hija.

A esas madres y padres no les sorprenderá que les digamos que es muy probable que su hija o su hijo haya tenido problemas a lo largo de su vida para tener amigos: no hablamos de compañeros de juegos, sino de relaciones de amistad duraderas y satisfactorias. No les sorprenderá que digamos que sospechan que su hija o su hijo tiene algún malestar psicológico, o ha sufrido abusos sexuales; o que sospechan que tiene rasgos de autismo. Tampoco les sorprenderá que sepamos que su hija no quiere quitarse las prendas de manga larga para evitar que se vean los cortes que se hace. Que seguramente su hija pasa mucho tiempo en redes sociales y que, desde que ha dicho que es trans, ha conseguido gran popularidad en su instituto. Hasta las familias de sus amigos la han acogido con cariño y le ofrecen todo su apoyo si le fallase el de su propia familia. Sí, esas familias que no contaban con ella en las fiestas de cumpleaños porque siempre fue un poco «rarita».

Vuestra hija está sufriendo y ese sufrimiento es real. ¿Es la transición la mejor solución para ella? ¿Hasta qué punto se pueden afrontar los cambios físicos que supondrá transicionar cuando una persona puede estar teniendo malestares psicológicos previos? ¿Será duradera la felicidad que dice que sentirá cuando comience a hormonarse, cuando se someta a cirugía? ¿O será una situación pasajera y su sufrimiento previo reaparecerá, agravado por haber adoptado una solución que no era la que necesitaba? ¿Cómo podéis ayudar a vuestra hija, a la que tanto amáis, a la que habéis cuidado y protegido durante toda su vida y para quien sólo deseáis una vida larga, feliz y saludable?

Seguramente por eso estáis aquí, con esta guía, porque queréis comprender el sufrimiento de vuestra hija o vuestro hijo y abordar el conflicto de género que está viviendo de la forma más prudente y garantista de su salud física y psicológica.

Quizá no estáis pasando por la situación que se ha descrito, quizá vuestras hijas o hijos aún no

han llegado a la adolescencia o quizá ya son adultos, pero queréis profundizar en este tema: poneos en el lugar de una madre o un padre que recibe este mensaje de su hija de forma sorpresiva en la adolescencia y pensad qué haríais, sabiendo que el sistema británico de salud, el sueco o el finés se han replanteado el protocolo de atención para incluir la prudencia y la exploración de malestares psicológicos previos como primera opción en todos los casos y que las sociedades de medicina y psiquiatría más importantes de España se han pronunciado pidiendo prudencia y un abordaje basado en la evidencia científica, alejado del actual enfoque afirmativo que se aplica en todo el país. Pensad en las estadísticas que se han publicado del crecimiento de varios miles por ciento de chicas que, en la adolescencia, dicen que son trans. Investigad un poco acerca de los efectos de bloqueadores de pubertad, la hormonación cruzada y la cirugía. Pensad que hablamos de chicas y chicos que no pueden conducir, ni beber alcohol, ni votar porque son menores.

¿Qué haríais si, de pronto, sin haber mostrado nunca malestar con ser una niña, una chica, os dice que es trans y os urge a acompañarla en un proceso de transición?

Amanda surgió en septiembre de 2021. La única información disponible en español en aquel momento dirigía a padres e hijos en una única dirección: la intervención social, farmacológica y quirúrgica para facilitar la transición. Es lo que se conoce como «enfoque afirmativo». Prácticamente no había información publicada en español acerca de otro tipo de actuación y, sin embargo, en los países a los que nos hemos referido con anterioridad ya se hablaba abiertamente de la necesidad de ser muy prudentes en el abordaje de los conflictos de género en la adolescencia.

Cuando una madre y un padre se enfrentan a esta situación sólo tienen una certeza: que aman a su hija por encima de todo desde el momento en que supieron que vendría al mundo y que eso no cambiará nunca. Han pasado noches en vela cuando tenía fiebre, han curado sus heridas y le han procurado momentos felices. Quieren lo mejor para su hija y que crezca sana y feliz, aunque eso suponga en un momento determinado marcar límites o decir que no, frenar sus deseos, enseñarle a esperar o el significado del esfuerzo. Cuando eres madre o padre asumes la gran responsabilidad de acompañar a tu hija en el camino de la vida hasta la edad adulta y, aun entonces, la de estar ahí para cuando te necesite.

Pero esta situación es completamente nueva. Y te das cuenta de que, tanto en medios de comunicación, como en redes sociales, series en plataformas de *streaming* e incluso en videojuegos, se romantiza la idea de ser transexual, se trivializa, o directamente se omiten los efectos secundarios de los tratamientos hormonales y quirúrgicos. Se alaba la valentía de las personas que se declaran trans y se las anima a seguir adelante, sin hacer preguntas, sin valorar si hay alguna cuestión previa que resolver. A ti, madre o padre, te dirán que debes aceptarlo. Te lo dirán personas que apenas te conocen y, muchísimo menos, a tu hija. En una sola sesión, un psicólogo te dirá que debes hacer el duelo por la hija que has perdido y abrazar a tu hijo. No habrá valorado si podría tratarse de un caso no diagnosticado de autismo, si tiene altas

capacidades, si tiene problemas de atención o hiperactividad u otras peculiaridades que dificultan su encaje social. No habrá valorado si los abusos sexuales que sufrió con 11 años o haber sufrido como hija una situación de violencia de género la hacen rechazar la idea de ser mujer o si está deprimida. En una sola sesión es imposible descartar cualquiera de esas circunstancias. Sin embargo, esa única sesión le sirve para dictaminar que tu hija está preparada para recibir un tratamiento hormonal que tendrá consecuencias irreversibles de por vida sobre su salud.

Tus amigos te dirán que debes aceptarlo.

Puede que incluso tu familia, tus padres, tus hermanos, te digan que debes aceptarlo.

Los padres de sus amigos te dirán que debes aceptarlo.

Pero algo te dice que debes ser prudente. Que eres responsable del bienestar de tu hija. Quieres que tu hija esté completamente segura de que transicionar es la única vía para tener una vida plena y quieres que comprenda todas las consecuencias que acarreará emprender esa vía.

Así afrontaron el conflicto de género de sus hijas e hijos las familias de Amanda. A ciegas, guiándose solamente por su intuición y por la prudencia. Y cada vez más familias nos cuentan que sus hijas e hijos han descubierto que la causa de su sufrimiento está en las dificultades para encajar entre las chicas y chicos de su edad derivadas de sus peculiaridades psicológicas, en la falta de aceptación de su orientación sexual o en las situaciones traumáticas vividas previamente. Chicas que están aprendiendo a quererse y aceptar sus características personales. Chicas que han comprendido que no son culpables de los abusos sexuales que sufrieron y no hay nada malo en sus cuerpos que deba ser cambiado, que los cambios que se produjeron durante la pubertad son normales, que no todos los cuerpos de chica son iguales. Que a una chica le pueden gustar otras chicas y eso no tiene nada de malo, no tiene por qué modificar su cuerpo ni tiene que avergonzarse de ser lesbiana. Que no tiene por qué seguir los cánones de belleza que se esperan de una mujer en nuestra sociedad, no tiene por qué depilarse, maquillarse o ponerse vestidos; no tiene por qué ser dulce y sumisa, sino que es libre de vestir y comportarse como quiera. Y ya no quieren transicionar.

Por eso consideramos que esta guía es una lectura fundamental para todas aquellas personas que quieran conocer un fenómeno que se está produciendo en países desarrollados, pero, en especial, para las madres y los padres que viven el conflicto de género de sus hijas e hijos en sus casas.

La guía que a muchas familias nos habría gustado tener.

Para las familias de las chicas y los chicos que se han arrepentido de haber transicionado llega tarde, pero estamos seguras de que se alegrarán de que otras familias y otras chicas y chicos puedan recibir la ayuda que necesitan para resolver sus malestares antes de iniciar (o no) un camino que nunca será fácil.

Agradecemos a Marino Pérez y a José Errasti que hayan dedicado sus conocimientos y su experiencia a redactar esta guía que estamos seguras de que será acogida con el máximo interés por las familias que se encuentran inmersas en este conflicto, como lo fue su anterior publicación

Nadie nace en un cuerpo equivocado. Que dos psicólogos clínicos de su prestigio se hayan preocupado e interesado por esta cuestión hasta el punto de arriesgarse al hostigamiento y a la cancelación muestra un compromiso con la profesión digno de elogio. Que se hayan decidido a volcar sus conocimientos y el resultado de sus investigaciones en *Nadie nace en un cuerpo equivocado* primero y, ahora, en esta guía muestra, además, su compromiso personal con las personas que sufren.

Y agradecemos a Nagore de Arquer no solamente su participación en la elaboración de la guía, sino, también, su compromiso con las personas que inician el camino de la transición y se dan cuenta de que no era la solución a su sufrimiento. Habla con la experiencia personal relacionada con los conflictos de género y con el conocimiento de la profesión que ha elegido para ayudar a todas las personas que necesiten un acompañamiento prudente. Para las familias de Amanda es inspiración y esperanza.

AGRUPACIÓN AMANDA

Introducción

En febrero de 2022, la publicación de *Nadie nace en un cuerpo equivocado* resultó ser particularmente polémica, lo que siempre provoca un exceso de atención sobre la obra y un aumento de peticiones para dar charlas, entrevistas, presentaciones del libro, encuentros con todo tipo de asociaciones. En total, desde la aparición de esta obra hasta el momento en el que escribimos estas líneas hemos participado en una veintena de actos que tenían a *Nadie nace en un cuerpo equivocado* o a la crítica al transgenerismo queer como su tema principal. Han sido, en su amplia mayoría, actos amables, en los que mantuvimos conversaciones interesantes con personas tanto a favor como en contra de las posturas que defendemos.

Estos actos tuvieron un hecho en común: en todos ellos, una madre o un padre, bien en el turno de palabras o bien abordándonos directamente a la salida, nos hicieron la misma pregunta: «vale, vuestro libro es magnífico, estamos de acuerdo con vuestros análisis teóricos y conceptuales, hemos disfrutado mucho de su lectura, pero ¿concretamente qué podemos hacer si nuestra hija de quince años llega mañana a casa y nos dice que es un chico trans?». Y siempre quedamos frustrados por no poder responder a la pregunta más que con generalidades que no aportaban gran cosa a lo que los propios padres ya se imaginaban, por falta de tiempo y por falta de tener esa cuestión suficientemente trabajada.

Mamá, soy trans es la respuesta que damos a todas esas personas y a los cientos de e-mails recibidos interesándose por lo mismo. *Nadie nace en un cuerpo equivocado* era un ensayo académico, a medio camino entre la Filosofía y la Psicología, con más de doscientas cincuenta referencias, que dedicaba buena parte del texto a analizar conceptualmente el transgenerismo queer y el concepto de identidad de género. *Mamá, soy trans* es completamente diferente; estamos ante un texto práctico, didáctico y aplicado, dirigido a todas las familias que se enfrentan a los conflictos relativos a la disforia y la identidad de género. No contiene ninguna referencia bibliográfica.

—¿Estás diciendo que escribamos un libro sin referencias bibliográficas? ¿Estás seguro?

—Sí, sin referencias bibliográficas.

—Pero ¿cómo vamos a hacerlo? Yo nunca he escrito un libro sin referencias bibliográficas.

—Lo conseguiremos.

—Pero, entonces, ¿va a ser un libro de autoayuda?

—Mucho mejor: va a ser una guía de heteroayuda. De heteroayuda a los jóvenes.

Hemos de confesar que el plan no se cumplió a la perfección y que no hemos podido evitar

incluir al final de algunas secciones una selección de textos interesantes para aquellos lectores que deseen saber más sobre el tema. Pero debíamos hacerlo así en atención a todas las personas que están buscando pautas concretas que les puedan ayudar ante este problema. A lo largo de este año hemos conocido una cantidad numerosísima de casos, y en todos ellos nos hemos encontrado con madres y padres auténticamente preocupados por sus hijos, a los que, por encima de cualquier otra consideración, adoran.

Se encuentran desbordados ante un problema nuevo, incomprensible para ellos, revolviendo cielo y tierra para encontrar un poco de ayuda que tenga algún sentido. Viajan, leen, se agrupan, preguntan. Porque los quieren. Porque es lo que más les importa en el mundo. Oyen cómo se les acusa de delito de odio, cuando en realidad estamos ante una hazaña de amor. Nada de lo que sabían antes les vale. Ni siquiera nada de sus propios recuerdos de adolescencia les permite establecer puentes de comunicación con sus hijos.

No está claro hasta qué punto el adolescente adopta nuevas formas de ver la vida que le hacen distanciarse de las generaciones anteriores, o busca distanciarse de las generaciones anteriores a través de la adopción de nuevas formas de ver la vida. En cualquier caso, es bien sabido que nos referimos a una edad altamente vulnerable e inestable del desarrollo humano, en donde los anhelos de autosuficiencia conviven sin contradicciones con la necesidad de encajar en un grupo de iguales, gracias al que definirse contra un grupo de diferentes. Su frágil autoestima, sus desavenencias con su cuerpo, también son compatibles con una sobrevaloración del yo y una sensación de omnipotencia e invulnerabilidad que, en nuestra temática en particular, se ve reforzada por un optimismo tecnológico, quirúrgico y hormonal. Una última contradicción: pueden mostrarse razonablemente maduros y sorprendentemente inmaduros con pocos segundos de distancia entre ambos estados. Añádase a todo esto la urgencia, la intolerancia ante la frustración y la incertidumbre, la intensidad emocional, la impaciencia...

Nota aclaratoria lingüística

Como se explicará a lo largo de la obra, la mayoría de los adolescentes afectados por los problemas de identidad y disforia de género son chicas. Siguiendo las indicaciones de la RAE hemos usado los morfemas sin marca de género gramatical —«los niños», «los padres»— en donde todos quedan incluidos, aunque en la inmensa mayoría de los casos optamos por sustantivos sin variación de género gramatical —«joven», «menor», «adolescente»— y cuyo único determinante con tal variación es el artículo —«los», «las»—. Dada la frecuencia con la que se usan estos términos en esta obra, desdoblar «los adolescentes y las adolescentes», «las menores y los menores», «las jóvenes y los jóvenes», «los psicólogos y las psicólogas», «las profesoras y los profesores», «los chicos y las chicas» hubiera añadido veinte páginas más al volumen.

Primera parte

Hablemos claro sobre la disforia de género y la identidad de género

Presentamos en esta primera parte un compendio de los conocimientos básicos que es imprescindible poseer para poder navegar por el mundo del transgenerismo queer sin quedar seducidos por falacias lingüísticas de sirena brillibrilli. Buena parte de los problemas relativos al sexo y la identidad de género están relacionados con el uso equívoco y nada riguroso de algunos términos, y también con la tergiversación de conocimientos científicos básicos basada en la malinterpretación de ciertos fenómenos extremos.

Es necesario que las familias se informen a fondo sobre un tema que, por su novedad y radicalidad, puede resultar incomprensible y coger completamente desprevenidos a unos padres que se encuentran ante un adolescente que se ha vuelto especialista en el tema. Han de quedar claros algunos puntos básicos y habrá que saber defenderlos. Saber cómo combatir estos errores puede ser una buena brújula para orientarse ante estos problemas.

Decálogo de doce cuestiones básicas que deben estar claras desde el principio

Empezaremos por exponer una serie de cuestiones que están claras en nuestro planteamiento. Esta declaración de principios se ha de entender como un ejercicio de honestidad intelectual y de transparencia de ideas. Si los temas y problemas están mal conceptualizados, las soluciones serán malas por bienintencionadas que fueran. Pocas combinaciones hay peores que las buenas intenciones y las malas conceptualizaciones. No hay nada más práctico que una buena conceptualización y sólo con entender correctamente algunos de los conceptos que están implicados en estos problemas ya habríamos avanzado mucho en su resolución.

Creemos que la nuestra es una buena conceptualización. Se basa en conocimientos científicos —psicología, biología— y saberes generales —filosofía, sentido común, prudencia—, sirve para ayudar de forma abierta y centrada en las necesidades de las personas, sin dogmas ni intereses espurios, y se atiene al mandamiento hipocrático «lo primero es no hacer daño». He aquí las cuestiones que hacemos explícitas desde el principio. Puede ser muy útil entenderlas bien y manejarlas con soltura. Los padres pueden hablar sobre ellas entre sí, y adquirir estos mínimos conocimientos para defender estas ideas ante personas que se las discuten.

Éste es nuestro decálogo de doce cuestiones:

1. Nadie nace en un cuerpo equivocado.
2. Existen dos sexos y una variedad de orientaciones sexuales.
3. La identidad de género tiene éxito, pero también tiene miseria.
4. La identidad de género es la nueva alma.
5. No es lo mismo la transexualidad que el transgenerismo.
6. Se está llamando identidad de género a la autoimagen de género.
7. La disforia de género de comienzo rápido es un fenómeno social.
8. La terapia afirmativa ha de ser la última opción.
9. La disforia de género es un sufrimiento real.
10. La ideología queer es retrógrada y opresora.

11. La ideología queer se ha impuesto a base de falacias y censuras.
12. No somos transfobos.

Nadie nace en un cuerpo equivocado

La expresión «nacer en un cuerpo equivocado» es muy socorrida a la hora de hablar de la disforia o incongruencia de género. Sería el caso de una mujer que se siente atrapada en un cuerpo de varón, o al revés. Resulta muy socorrida tanto para expresar el malestar —«sentirse atrapado o atrapada en un cuerpo equivocado»—, como para preguntar por ese malestar dando por hecho el cuerpo equivocado —«cómo es sentirse en un cuerpo equivocado»—. La expresión funciona como un lugar de entendimiento común: mientras que unos expresan cómo se sienten, otros se hacen una idea del dramatismo de sentirse así. Sin embargo, la expresión es falsa: nadie nace en un cuerpo equivocado.

Cada uno nace en el cuerpo que nace, lo que no quiere decir que siempre esté a gusto con él. Malestares, disconformidades e insatisfacciones con el propio cuerpo no faltan. Esto ocurre, particularmente, en la pubertad y la adolescencia, que es cuando se dan más cambios corporales y se toma más conciencia del cuerpo. Dietas, ejercicios, cosmética, vestimenta son maneras de *acomodar* el cuerpo a las imágenes que uno concibe para sí mismo. La autoaceptación es otra manera de acomodarse al propio cuerpo o de reconciliarse con él. Entre las mayores desavenencias con el propio cuerpo está la incongruencia con el sexo con el que uno ha nacido. Con todo, esto no implica que uno haya nacido en un cuerpo equivocado, como si una mujer pudiera nacer en un cuerpo de hombre o viceversa. A la luz de la biología evolutiva y del desarrollo ontogenético es inconcebible la idea de nacer en un cuerpo equivocado. Se requiere de la idea del alma como distinta del cuerpo para concebir metafísicamente algo tan inconcebible científicamente como nacer o estar atrapado en un cuerpo equivocado. A la nueva alma nos referimos en una cuestión posterior.

La variabilidad entre cerebros no justifica la pretendida diferencia entre cerebro de mujer y de varón. No existen cerebros de varón o de mujer, sino mosaicos de aspectos neuronales compartidos por varones y mujeres en diferentes proporciones. No hay cerebros rosas o azules, ni somos de Venus o de Marte. Lo que existen son narrativas *marcianas* y extravagantes sobre esto. Por su parte, la posible mayor o menor proporción de hormonas femeninas o masculinas no cambia el sexo, que ya viene determinado desde el mismo momento de la concepción o fecundación del óvulo por el espermatozoide. De hecho, no existen hormonas exclusivamente masculinas o femeninas: la testosterona se encuentra también en mujeres, como igualmente el estradiol en varones. El cruce hormonal en la adolescencia o en la edad adulta —testosterona para la transición de mujer-a-varón y estrógenos para la transición de varón-a-mujer— no cambia el sexo biológico, únicamente los caracteres secundarios —vello facial, pechos, etcétera—. La testosterona masculiniza el cerebro, pero el sexo biológico es ante todo una cuestión de

funciones reproductivas —fecundar, gestar—, más incluso que de cromosomas, y se determina en la fecundación. El sexo no se asigna al nacer, se constata.

No obstante, se puede entender que la expresión «nacer en un cuerpo equivocado» sea muy socorrida, por lo intuitiva que parece, no sin la complicidad de la ignorancia. Además de intuitiva, sugiere el gran sufrimiento que supondría estar atrapado en un cuerpo equivocado. Se presta así al impacto social en los medios —entrevistas, reportajes, documentales—, donde esta expresión tiene hoy más uso. También fue usada por las propias personas transgénero, aunque ya no es su narrativa más común ni más seria. Sin embargo, aun cuando no se diga, la noción de haber nacido y estar atrapado en un cuerpo equivocado está implícita en el entendimiento común, así como en las prácticas sociales, escolares y sanitarias, toda vez que el cuerpo es lo que se trata de ajustar a la identidad sentida sin escatimar intervenciones fármaco-quirúrgicas. Ajustar el cuerpo —y hasta ajusticiarlo pareciera— en aras de la identidad sentida es la ortodoxia hoy en día. Lo que parece descartada es la revisión de este sentimiento conforme se toma como autoevidente, y uno como *vidente* de su identidad sentida.

En la concepción al uso, está claro que el cuerpo es el equivocado, no el discurso de la sociedad *sobre* el cuerpo. No cabe pensar, como no sea corriendo el riesgo de ser acusado de transfobia o de practicar terapia de conversión, en la posibilidad de la aceptación del propio cuerpo. Sin embargo, la aceptación y reconciliación con el propio cuerpo es algo que ocurre a menudo en las personas que sufrieron disforia o incongruencia de género e incluso emprendieron transiciones fármaco-quirúrgicas de las que después inútilmente quieren volver atrás.

La expresión «nacer en un cuerpo equivocado» no sólo es ella misma equivocada científicamente hablando, sino que puede ser iatrogénica en la medida en que dice más de lo que hay y atrapa a uno en un discurso del que no es fácil salir, excluyendo otras maneras de entender la incongruencia de género. Nadie está atrapado en un cuerpo equivocado, si acaso en discursos equivocados, como los propagados por la ideología queer transgenerista, según iremos viendo.

Quédate con esto:

- La expresión «nacer en un cuerpo equivocado» tiene una gran fuerza expresiva y sugiere un intenso sufrimiento, pero no es defendible desde un punto de vista lógico ni biológico.
- Desde un punto de vista lógico, no cabe defender la idea de un alma atrapada en un cuerpo que no le corresponde. Desde un punto de vista biológico, no existen cerebros rosas ni azules.

Para saber más

Todo lo relacionado con esta cuestión se puede encontrar en nuestro libro *Nadie nace en un cuerpo equivocado: éxito y miseria de la ideología de género* (Ediciones Deusto, 2022), en particular, en el Capítulo 7. Un libro fundamental, basado en la experiencia personal, pero entendiendo el malestar desde una perspectiva estructural social, es el del sociólogo y activista transexual Miquel Missé: *A la conquista del cuerpo equivocado* (EGALES, 2020). El libro cuenta la historia del «robo del cuerpo»

cuyos ladrones son las ideas y discursos sobre la transexualidad que las propias personas trans han comprado y la industria fármaco-quirúrgica legitima y capitaliza.

Para la idea del mosaico del cerebro que refuta la noción de cerebros masculinos y femeninos puede consultarse el libro de las neurocientíficas Daphna Joel y Luba Vikhanski: *Mosaico de género: Más allá del mito del cerebro masculino y femenino* (Kairós, 2020). Todo lo relacionado con la testosterona puede verse en el libro de la bióloga Carle Hooven: *Testosterona* (Arpa, 2022).

Existen dos sexos y una variedad de orientaciones sexuales

Parece mentira que sea necesario recordar que, en los humanos, como en los demás mamíferos, hay dos sexos: varón y mujer. No sería necesario si no fuera por la propagación infundada del sexo como un espectro, continuo o arcoíris entre los dos sexos prototípicos, a cuenta de ciertas variantes entre ellos. Sin embargo, estas variantes sexuales no constituyen categorías intersexuales, sino, precisamente, variantes derivadas de alguna de las dos condiciones del desarrollo sexual binario. De hecho, estas variantes constituyen anomalías o síndromes, como hiperplasias adrenocorticales, síndromes de Klinefelter, de Turner y de insensibilidad a los andrógenos, y otras variantes igualmente de exigua ocurrencia —del orden del 0,018 por ciento—. Esto quiere decir que las variantes intersexuales de las que podría tirar quien quisiera refutar el binarismo sexual serían muy exiguas, cercanas a un caso por cada cinco mil nacimientos. Además de definirse respecto de uno u otro sexo, las variantes sexuales son discretas entre ellas, no continuas. Ni tampoco existe en humanos el hermafroditismo secuencial o el cambio de sexo tipo del pez payaso —así llamado por su colorido—. El sexo humano es binario, resultado de millones de años de evolución.

La confusión reinante está alimentada por la expresión «sexo asignado al nacer», conforme esta fórmula ya ha calado en la gente biempensante que no piensa demasiado. La expresión «sexo asignado» supone, y a la vez trata de inculcar, que los niños nacen sin sexo, supuesto que éste ya aflorará o lo elegirá uno más adelante. Lo cierto es que el sexo nadie lo asigna: se constata, incluso antes de nacer. Y se constata con una fiabilidad del 99,98 por ciento. La existencia de sólo dos sexos no significa que el sexo nunca sea ambiguo. Pero las personas intersexuales son extremadamente raras y no son ni un tercer sexo ni prueba de que el sexo sea un «espectro» o una «construcción social». No todo el mundo necesita ser perfectamente asignable a uno u otro sexo para que el sexo biológico sea funcionalmente binario. En todo caso, el sexo es cosa de gametos y de reproducción —fecundación de óvulos por espermatozoides—, más incluso que de genitales que, por lo demás, se corresponden con aquéllos prácticamente al cien por cien. Todo ello con independencia de que uno quiera, pueda o tenga la edad para reproducirse. Esta manera de hablar del sexo *asignado* no sólo es pedante, sino también insultante para el sentido común y la ciencia.

El sexo es binario, está claro. Otra cosa es la orientación sexual, es decir, la atracción afectiva,

sentimental, sexual, hacia otros. La orientación sexual no es binaria, sino que se da a lo largo de un continuo que va de la heterosexualidad exclusiva a la homosexualidad exclusiva, incluyendo diversas formas de bisexualidad. Se discute acerca de si la asexualidad —como la falta de atracción sexual hacia otros, o el bajo o nulo interés o deseo por la actividad sexual— es una orientación sexual más junto con la heterosexualidad, la homosexualidad y la bisexualidad. La atracción puede ser hacia un sexo o hacia los dos, con o sin preferencias, y también podemos hablar de la forma en la que se crea esa atracción o de las personas concretas a las que va dirigida. Por ejemplo, tenemos la demisexualidad, que se da en aquellas personas que necesitan tener un vínculo emocional con el otro antes de poder sentir atracción; o la sapiosexualidad, en la que el objeto de deseo ha de poseer una inteligencia buscada. De esta forma, una persona podrá sentir atracción sexual hacia los dos sexos —bisexualidad—, pero sólo hacia aquellas personas que considere inteligentes —sapiosexualidad—. Otra podría ser lesbiana, pero sentirse atraída exclusivamente por mujeres con las que ha tenido previamente un vínculo emocional —demisexualidad—. La orientación sexual puede ser diferente de la conducta sexual en tanto aquélla se refiere a la atracción, y ésta a las actividades realizadas sin que necesariamente expresen la orientación.

La orientación sexual resulta de la interacción de factores biológicos, psicológicos y sociales. No se elige, sino que se desarrolla y descubre en el proceso evolutivo de la infancia a la adolescencia, implicando a menudo fascinación, preocupación, duda y exploración. La pubertad y la adolescencia son edades críticas para el surgimiento de la orientación sexual. Se habla también de «descubrimiento» de la orientación a edades tempranas de 3, 4 y 5 años. Sin embargo, no son edades en las que la orientación sexual preocupe como para que el niño tenga claro «lo que es», y lo exija.

Quédate con esto:

- Los escasísimos fenómenos de la intersexualidad han de entenderse como variantes de mujeres y de varones, no como terceros sexos que formen un continuo entre unas y otros. El sexo en la especie humana es binario, como corresponde a las dos funciones reproductivas.
- La orientación sexual, por el contrario, sí forma un continuo entre la heterosexualidad exclusiva y la homosexualidad exclusiva, y se puede ver completada por otras preferencias sexuales. La orientación sexual en la infancia no parece ser un fenómeno particularmente fiable.

Para saber más

Se cita a menudo a la bióloga y feminista Anne Fausto-Sterling como referente del intersexo, por ejemplo, con su obra *Cuerpos sexuados. La política de género y la construcción de la sexualidad* (Melusina, 2020), donde reproduce datos de artículos anteriores —de 1993 y de 2000—. Pero, cuando se analizan sus datos, ni el intersexo es un continuo, si no, por cierto, síndromes discretos, ni es tan

frecuente: no estaríamos ante el 1,7 por ciento de los nacimientos, como dice, sino ante casi 100 veces menos, del orden del 0,018 por ciento, como muestra el biólogo del desarrollo Leonard Sax: «How common is intersex? a response to Anne Fausto-Sterling». *Journal of Sex Research*, 39 (3), 2002, pp. 174–178. Así, por ejemplo, un estudio danés que examinó todas las mujeres con cariotipo 46XY —síndrome de insensibilidad a los andrógenos— nacidas desde 1960 encontró una prevalencia de 6,4 por cada 100.000 mujeres nacidas vivas (0,0064 por ciento). La referencia de este estudio es: Berglund, A., Johannsen, T. H., Stockholm, K., Viuff, M. H., Fedder, J., Main, K. M., & Gravholt, C. H. (2016). «Incidence, Prevalence, Diagnostic Delay, and Clinical Presentation of Female 46,XY Disorders of Sex Development». *Journal of Clinical Endocrinology and Metabolism*, 101(12), 4532–4540. El intersexo no es tan común como ser pelirrojo, según se aduce a veces. En fin, el sexo biológico es binario, por más que haya un arcoíris de roles sexuales, de acuerdo con Goymann, W., Brumm, H., & Kappeler, P. M. (2023). «Biological sex is binary, even though there is a rainbow of sex roles». *BioEssays*, 45, e2200173.

Es ya una cuestión de sociología e ideología de la ciencia el hecho de que revistas científicas como por ejemplo *Nature* y *Scientific American* —Investigación y Ciencia en español— hayan hecho declaraciones acerca de que el sexo es un espectro, no binario. Estas afirmaciones, además de anticientíficas, son peligrosas, por ejemplo, cuando se introducen en la escuela, de acuerdo con el biólogo evolutivo Colin Wright y la bióloga del desarrollo Emma Hilton, quienes han salido al paso en su artículo no en vano titulado: «The Dangerous Denial of Sex. Transgender ideology harms women, gays—and especially feminine boys and masculine girls». *The Wall Street Journal*, 13 de febrero de 2020. Véase también de Colin Wright: «Sex Is Not a Spectrum». *Reality's Last Stand*, 1 de febrero de 2021. La penetración de las ideas transgeneristas en la educación a través de las leyes autonómicas y de la instrumentalización del profesorado está bien documentada en el libro de Silvia Carrasco, Ana Hidalgo, Araceli Muñoz y Marina Pibernat: *La coeducación secuestrada. Crítica feminista a la penetración de las ideas transgeneristas en la educación* (Octaedro, 2022).

La identidad de género tiene éxito, pero también tiene miseria

La identidad de género, referida a la identificación de uno con los contenidos y modelos sociales de varón y mujer, ha llegado a ser uno de los principales aspectos de la identidad personal, si no el único. Si se pregunta hoy a un adolescente qué es, sin más contexto, probablemente responda en términos de identidad de género. Quizá se declare no binario, fluido, o algo así. La identidad de género se ha establecido como una nueva forma de hablar de sí mismo y, en particular, de posicionarse en las relaciones entre varones y mujeres, al extremo de reorganizar todo lo que tiene que ver con la sexualidad. Éste es su éxito. Si bien en su momento supuso un avance a la hora de analizar el feminismo y los colectivos marginados por la orientación sexual, la identidad de género terminó por desperdiciar sus propios logros y convertirse en una doctrina nefasta para el feminismo, así como para la infancia y la adolescencia. Ésta es su miseria.

El éxito de la identidad de género debe mucho al movimiento queer, en su momento aliado con el feminismo, al promover la diversidad sexual y destacar la construcción social en la base de los roles, estereotipos, prejuicios, marginación y opresión asociados al sexo, en particular al sexo femenino y a la diversidad de orientaciones sexuales no heterosexuales. El movimiento

queer, junto con el feminismo, hicieron mucho tanto por los colectivos homosexuales, como por la liberación de la mujer. Así, por ejemplo, estaba claro que la discriminación y opresión de la mujer era por ser mujer —ni que decir tendría—, definida por su cuerpo biológico. La identidad de género permitía, entonces, la crítica política de los estereotipos sexuales en orden a su superación.

Sin embargo, todo cambió cuando el feminismo se dio cuenta de que el movimiento queer tenía su propia agenda, no precisamente feminista, consistente en imponer la identidad de género como el sentimiento que uno tiene de sí mismo referido a sentirse hombre o mujer —o ninguna de las dos cosas, o ambas—, independientemente del cuerpo biológico. De esta manera, la mujer del feminismo como sujeto político de base corpórea queda cancelada en aras de la identidad sentida como nueva categoría que hace abstracción del cuerpo sexual, como si uno no tuviera sexo, sino únicamente la percepción subjetiva de *su* género. *Mujer* se ha convertido en *sentirse mujer*, sin importar el sexo. Un varón puede ser mujer si así se siente y, de la misma manera, una mujer ser varón. Ser mujer se vacía de su sentido político. No significa nada. Es un sentimiento. De hecho, se evita el término *mujer* sustituido por expresiones bizarras como *persona menstruante*, *vulvaporante*, y así. Todo ello para dar paso a la identidad transgénero o abreviadamente trans.

El sexo binario y la orientación sexual se sustituyen por la identidad transgénero. *Trans* llegó a ser la nueva ortodoxia: una palabra paraguas que incluye a varones trans —una mujer natal que se siente varón—, mujeres trans —un varón natal que se siente mujer— y a personas no binarias, transgénero o de género queer, que no serían específicamente varones o mujeres sino agénero, andróginas, bigénero, pangénero o género fluido, según algunas de las nuevas categorías. Se refiere en todo caso a personas fuera de la heteronormatividad, la cual pasa a asociarse a lo cisgénero —los casos cuya identidad de género concuerda con el sexo natal o biológico—. Se divide así a la humanidad en personas cisgénero y transgénero, de modo que transgénero se convierte en la referencia al hilo de la hegemonía del transgenerismo queer, la nueva ortodoxia. Mientras que cisgénero son los varones y mujeres que se identifican con su sexo cualquiera que sea su orientación sexual —heterosexual, homosexual o bisexual—, transgénero son aquellas personas que no se identifican con el sexo que se les «asignó al nacer» —dicho conforme a la pedantería al uso—. Como se recordará, el sexo no se asigna, sino que se constata, y con una fiabilidad prácticamente del cien por cien, como pocas cosas en medicina.

La nueva ortodoxia transgenerista relega la condición cisgénero como la opción que debe ser superada por anticuada y culpable de todas las opresiones, particularmente representada por el hombre blanco heterosexual. Si bien ser gay o lesbiana no es tan *cool* como trans en los campus escolares y universitarios, la peor opción es la hetero, considerada en declive, cuando no el eje del mal. Puede suponerse la confusión que tienen los adolescentes a la hora de lidiar con la sexualidad.

Después de todo, la materialidad del cuerpo de varón y de mujer permanece, por mucha

ideología transgenerista que se imponga. Dicho sea sin menoscabo de las contribuciones del movimiento queer en hacer visibles a las personas transexuales y reivindicar su respeto y derechos. Al final, permítase decirlo claro, una mujer trans nacida varón no quedará embarazada y podrá padecer de la próstata, y un varón trans nacido mujer si queda embarazado es por ser mujer y nunca padecerá de la próstata. El cuerpo importa.

Quédate con esto:

- La identidad de género ha conseguido imponerse socialmente como el discurso predominante para hablar de uno mismo. Sin embargo, detrás de este éxito se encuentra la miseria de ser una doctrina nefasta para la infancia y la adolescencia.
- Aunque la identidad de género, con toda su neolengua asociada, parece haber eclipsado a los aspectos del sexo y la orientación sexual, la realidad es tozuda y se hace imposible desprenderse de la importancia del cuerpo y de la orientación del deseo sexual.

Para saber más

De nuevo, nuestro libro *Nadie nace en un cuerpo equivocado* da cumplida cuenta de esta cuestión, no por casualidad subtítulo *Éxito y miseria de la identidad de género*. La historiadora Élisabeth Roudinesco en *El yo soberano. Ensayo sobre las derivas identitarias* (Debate, 2023) muestra cómo la identidad de género ha ido suplantando el sexo al hilo de «un puritanismo que ya no quiere oír hablar de sexualidad»: la teoría queer. Como dice «no hay nada tan ridículo como pretender ocultarles a los niños su sexo anatómico». En la misma línea la filósofa británica Kathleen Stock, autora del libro *Material Girls: Por qué la realidad es importante para el feminismo* (Shackelton books, 2022), muestra las incoherencias de la teoría queer, incluida la filosofía de Judith Butler, así como destaca que la materialidad del cuerpo importa.

Por su parte, el libro colectivo coordinado por la filósofa española Rosa María Rodríguez Magda, titulado *El sexo en disputa. De la necesaria recuperación jurídica de un concepto* (Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2021), muestra cómo la teoría queer —antes asociada al feminismo— ha logrado que sea ahora el sexo lo que está en disputa, con consecuencias nefastas para el feminismo y los menores. Otro libro igualmente bien documentado y argumentado acerca de la suplantación del sexo por el género y sus consecuencias es el de la periodista, escritora y feminista sueca Kajsa Ekis Ekman: *Sobre la existencia del sexo. Reflexiones sobre la nueva perspectiva de género* (Cátedra, 2022), con prólogo de Paula Fraga. El libro muestra que los análisis idealistas y metafísicos posmodernos están totalmente alejados de los análisis materialistas y racionalistas del feminismo y el marxismo.

La identidad de género es la nueva alma

En relación con el éxito y la miseria de la identidad de género, también debe destacarse su sentido metafísico, tanto literal —más allá de la física y la fisiología del cuerpo—, como

filosófico oscuro relativo al «ser en cuanto tal» —ser uno mismo—. Este doble sentido metafísico de la identidad de género condensa su éxito social y su miseria conceptual.

Por el lado del éxito social, la identidad de género como el sentimiento de sentirse uno el que es viene a ser la apoteosis del individualismo, subjetivismo y narcisismo de nuestro tiempo. En particular, la identidad transgénero parece haberse convertido en lo más *cool* en las edades y ámbitos escolares, por encima de otras identidades de género o de otro tipo. Sin olvidar los malestares y el sufrimiento que implica la disforia o incongruencia de género, en el contexto social actual no deja de ser fascinante para un niño o adolescente ser reconocido como alguien especial que recibe todos los parabienes, atención y apoyos, en cuanto se sabe que es trans. A partir de entonces, se le otorga la razón en todo y nadie osará contradecirle en nada. Cualesquiera otros problemas que tuviera cobran nueva luz. Algo y alguien no le estaban permitiendo *ser*.

Por el lado de la miseria conceptual, la identidad de género como identidad *sentida* que alberga su propia evidencia viene a ser la divinización del yo. «Yo soy el que soy», dijo Dios en forma de zarza ardiente a Moisés. «Quiero ser yo mismo», «quiero ser», «al fin soy yo» son expresiones comunes en relación con la identidad transgénero, y no sólo sugerentes de una identidad primigenia independiente del cuerpo biológico y de la sociedad que meramente «asigna» la identidad al nacer. La identidad sentida estaría más allá del cuerpo y de la sociedad, por encima de las contingencias biológicas y sociales. La autodeterminación de la identidad de género por el sentimiento es la quintaesencia de la nueva alma, en tanto el sentimiento es la evidencia misma de esta identidad *profunda* y percepción *interna*, como a menudo se enfatiza, que el propio sentimiento revela, sin que quepa más que afirmarlo. A partir de aquí la cuestión es ser uno mismo. Ser. Como si alguien pudiera ser al margen del cuerpo y de la sociedad. Como no sea Dios.

Lo cierto es que la identidad personal, incluida la identidad de género, se constituye sobre la base del cuerpo y las demás personas, siempre en un contexto social. Puede entenderse su complejidad y la cantidad de vicisitudes que atraviesa a lo largo de la vida, tanto más en una sociedad abierta, líquida, fluida, como la actual, donde no por casualidad ocurren la pluralidad de identidades de género y transgénero de las que estamos hablando.

Aun siendo el cuerpo la base de nuestra identidad duradera en el tiempo —genómica, sexual, inmunitaria, experiencial, de la memoria, de la persona—, nuestra relación con el propio cuerpo —su conocimiento, autoconciencia, «cuerpo vivido», congruencia o incongruencia con él— viene de la sociedad. Nacemos en un mundo ya organizado, no adánico, como si fuéramos los primeros pobladores. De manera que la relación con nosotros mismos, incluido el cuerpo, está mediada por la sociedad —el lenguaje, la relación con los otros, la mirada de los demás, etcétera—. Somos seres sociales que nos constituimos con los otros: esta obviedad no se puede obviar en vista de esa concepción metafísica del alma. Incluso la concepción y experiencia de nuestro mundo interior como algo autóctono es un producto social, derivado del romanticismo y cultivado hoy en día por el marketing. En particular, el marketing y la propaganda de la sociedad

de consumo se encargan de hacernos creer que nuestros sentimientos brotan de nosotros mismos y son nuestro verdadero ser, sorprendentemente, coincidente con lo que nos tratan de vender. «Si lo sientes, es real» es un eslogan de Coca Cola.

La identidad personal siempre implica la alteridad: *el* otro que nos constituye —influye, afecta— y *lo* otro referido a acontecimientos vitales, experiencias —traumáticas, formativas— y crisis que nos alteran. El otro —los demás— y lo otro —nuestras experiencias extrañas, desconcertantes— forman parte de la propia identidad continuamente alterada sin dejar de ser la misma. La identidad siempre está en un equilibrio inestable entre lo que permanece y lo que cambia, predominando uno u otro aspecto. Las crisis desorganizan equilibrios anteriores, sin estar claro, sino oscuro, incierto o amenazante, cómo será la persona en adelante. La adolescencia supone el paso del *mundo claro* de la infancia a un *mundo oscuro* que se abre tan fascinante como inquietante, recordando la famosa novela *Demian* de Hermann Hess.

La vida de cualquiera, por bien que vaya todo, está jalonada de crisis: pasos de una etapa que queda atrás a otra que está por ver qué nos depara. La adolescencia supone la crisis corporal, psicológica, social y existencial por excelencia, donde se rompe con el pasado y se abre un futuro incierto e inseguro, por más que fascinante. El cuerpo cambia drásticamente y de pronto se convierte en objeto de preocupación, los referentes anteriores ya no nos sirven y necesitamos unos nuevos, queremos ser algo por nosotros mismos, tener una identidad propia, cambiar el mundo. Se cree saberlo todo y los demás, empezando por los padres, quedan anticuados. Las redes sociales ofrecen un nuevo mundo que te alimenta con lo que te gusta, a la vez que lo que te gusta es lo que de hecho te dan, donde encuentras eco de ti mismo, nuevas «familias» y comunidades que te acogen por lo que «eres», y nuevos referentes e ideales. El problema es que, a la hora de la verdad, seguimos teniendo un cuerpo y vivimos en una sociedad. Y cuanto más se vive en las redes sociales, tanta más soledad se siente en el mundo social de toda la vida.

Puede que más adelante veas lo «imbécil» que eras —diría G. K. Chesterton—, pero mientras estás en la adolescencia, y ésta hoy dura mucho tiempo, te crees más sabio y *woke* que nadie. Lo cierto es que estás en el limbo: entre la infancia y la vida adulta, adulescentes incluidos, sin enterarte mucho de lo que ocurre.

En este contexto, la disforia de género viene a ser hoy por hoy una «salida» para muchos y muchas adolescentes, la epifanía de la nueva alma: un sentimiento indiscutible que te pone en el centro del escenario, sin menoscabo del sufrimiento que implica.

Quédate con esto:

- En el nuevo discurso *woke* la autodeterminación de la identidad de género por el sentimiento es la quintaesencia de la nueva alma, en tanto el sentimiento es la evidencia misma de esta identidad.
- Podemos tener la sensación de que los sentimientos brotan de nosotros, pero la relación que mantenemos con nosotros mismos y con nuestro cuerpo está formada por un mundo ya

organizado y por las demás personas que nos constituyen.

Para saber más

Los artículos siguientes de dos filósofas muestran el dualismo alma-cuerpo que está en la base de la ideología queer/trans y de las políticas y prácticas a las que da lugar. Si alguien pensaba que la metafísica es inocua por estar alejada de la realidad, se equivoca.

Así, Melissa Moschella, en su artículo «Trapped in the Wrong Body? Transgender Identity Claims, Body-Self Dualism, and the False Promise of Gender Reassignment Therapy». *Journal of Medicine and Philosophy*, 46(6), 2021, pp. 782–804, sostiene que los tratamientos hormonales y quirúrgicos para la disforia de género se basan en una antropología dualista errónea, dan falsas esperanzas a quienes padecen disforia de género, causan daños irreversibles y desvían la atención de los problemas psicológicos subyacentes que necesitarían ser abordados. Por su lado, Sahar Sadjadi, en su artículo «Deep in the brain: Identity and authenticity in pediatric gender transition». *Cultural Anthropology*, 34(1), 2019, pp. 103-129, muestra cómo se ha sustituido la relación entre la naturaleza y la cultura por la de interior-exterior, rehabilitando lo innato —«nacer así»— y la interioridad —la identidad «desde dentro»— como una idea políticamente más atractiva, sin necesidad de cambiar la sociedad. Por nuestra parte, en *Nadie nace en un cuerpo equivocado*, también nos referimos al nuevo dualismo del alma atrapada en el cuerpo (pp. 209-213).

Referente a la identidad como continua conformación con la alteridad es obligatorio citar la obra del filósofo Paul Ricoeur no en vano titulada *Sí mismo como otro* (Siglo XXI, 1998). Para una reexposición aplicada en psicología clínica véase de Marino Pérez Álvarez *Las terapias de tercera generación como terapias contextuales* (Síntesis, 2014, pp. 199-215). Sobre la crisis de identidad en la adolescencia sigue siendo un clásico la obra de Erik Erikson de 1968 *Identidad, juventud y crisis* (Taurus, 1989).

No es lo mismo la transexualidad que el transgenerismo

La promoción constante del término *personas trans* no obedece únicamente a la economía del lenguaje habitual que utiliza apócope y abreviaturas, sino que forma parte de un intento deliberado por confundir los conceptos de *sexo* y de *género*. Es habitual contemplar cómo balbucean las personas que, habiendo utilizado el término *personas trans*, son preguntadas a continuación si se refieren a «personas transexuales» o a «personas transgénero». La ideología queer, en su intento de oscurecerlo todo y acabar con las distinciones útiles que aclaran conceptos, utiliza el prefijo *trans-* sin añadir la raíz de la palabra para mezclar la transexualidad y el transgenerismo. ¿Alguien se imagina que hablemos sobre las personas hiper, pero después no sepamos indicar si nos estamos refiriendo a las personas hipertensas o hiperactivas?

Pues bien, vamos a distinguir claramente la transexualidad y el transgenerismo. Ya en manuales clásicos de psiquiatría se recoge un trastorno que aparece en la primera infancia, caracterizado por un rechazo radical a la genitalidad propia y por una negativa tajante a asumir el propio sexo. Estos niños, por ejemplo, hacen gestos de asco ante la imagen en el espejo de sus

genitales y rechazan adecuarse al estereotipo sexual imperante en su sociedad que les correspondería. Es un problema con una bajísima incidencia —en el orden de 1 por cada 2.000 nacimientos—, cuya frecuencia se mantiene bastante estable a través de épocas y lugares.

Su baja prevalencia dificulta poder realizar estudios con muestras numerosas y largos seguimientos en donde se compare la eficacia de distintos abordajes. El problema de estos niños habitualmente continúa durante la juventud y la edad adulta. A falta de otras intervenciones menos agresivas, hoy por hoy la mejor forma que tenemos de ayudar a estas personas es esperar a que se confirme el mantenimiento del problema tras el desarrollo puberal y entonces proceder a facilitar la transición fármaco-quirúrgica hacia el sexo deseado. Este problema se llama desde mediados del siglo pasado *transexualidad*.

¿Es un nombre adecuado? Seguramente no, pero no es raro encontrar en la medicina etimologías curiosas de los nombres de los desórdenes, que no se corresponden con la naturaleza del desorden. Las personas con esquizofrenia no tienen la mente dividida en dos, los pacientes de cáncer no sufren debido a un cangrejo, ni los diabéticos son tubos por donde pasa agua. El sexo, es obvio, no se puede cambiar. En estricto rigor no se puede ser transexual, pero aceptamos el uso de ese término, ya independizado de su etimología.

Este fenómeno que acabamos de describir no tiene nada que ver con el boom que está experimentando otro fenómeno en donde, prototípicamente, una chica adolescente declara haber descubierto que en realidad ella es un chico y desea iniciar una transición para poder llegar a ser lo que ya es —por cierto, no vale, ahora, *a posteriori*, retorcer los recuerdos de la infancia para encontrar indicios de que ya desde la cuna la niña mostraba rechazo a su sexo; si a partir de los cinco años de edad los padres no mantuvieron muchas conversaciones comentando el peculiar comportamiento de la niña, no es transexualidad—. Es posible que una persona transexual y una chica adolescente digan las mismas frases: «he nacido en un cuerpo equivocado», pero eso no implica que ambas presenten el mismo problema. Conductas iguales pueden obedecer a motivos muy diferentes. Y conductas muy diferentes pueden obedecer a motivos iguales. Los aspectos de aprendizaje social parecen cumplir un papel mucho más importante en el transgenerismo que en la transexualidad.

El fenómeno de la disforia de género adolescente puede ajustarse al término *transgenerismo*, palabra que alude a un problema con diferentes causas, diferente evolución y, sobre todo, diferente frecuencia —muchísimo más elevada en estos momentos— que la transexualidad. Tampoco parece correcto el término *transgenerismo*: así como en rigor es imposible ser transexual, en rigor también es imposible no ser trangénero. Nadie se ajusta al cien por cien a los estereotipos sexuales asociados a su sexo. Todos estamos en un punto medio entre Marilyn Monroe y Arnold Schwarz... Arnold Schuarzeng... bueno, entre Marilyn Monroe y Sylvester Stallone.

La diferencia que más nos importa entre transexualidad y transgenerismo es que en el segundo caso sí contamos con abordajes del problema menos agresivos que la medicación y la

cirugía con niveles de eficacia esperanzadores, y podemos ayudar a estas personas, en caso de que lo soliciten, a través de soluciones psicológicas, más acordes con la propia naturaleza social, cultural y emocional del problema. Pero para poder brindar la ayuda correcta a cada persona concreta, necesitamos no mezclar dos problemas diferentes bajo una misma etiqueta que confunde más que aclara. Cada vez que alguien nos hable de personas trans, conviene pedirle que concrete si se refiere a personas transexuales o transgénero.

Quédate con esto:

- El término *personas trans* es equívoco, al mezclar los fenómenos de la transexualidad y el transgenerismo. Ambos son problemas de naturaleza, curso y frecuencia diferentes. Los aspectos de contagio social parecen ser mucho más importantes en el caso del transgenerismo.
- Así como hoy por hoy la transición médica parece ser la mejor ayuda que podemos brindar a una persona transexual, no podemos decir lo mismo de las personas transgénero, en donde la intervención adecuada, en caso de ser solicitada, sería la intervención psicológica.

Para saber más

Una buena manera de comenzar a explorar las diferencias entre la transexualidad y el transgenerismo es realizar un recorrido por la historia de los manuales de psiquiatría, especialmente los famosos *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, conocidos como DSM, editados por la American Psychiatry Association y que ya van por la quinta edición. La evolución de los diferentes términos bajo los que se han clasificado estos fenómenos está estudiada en Jack Drescher (2010) «Transsexualism, Gender Identity Disorder and the DSM», *Journal of Gay & Lesbian Mental Health* 14(2):109-122.

Los propios trabajos de la doctora Littman son también una buena fuente, en tanto caracteriza la disforia de género de inicio rápido por oposición a la disforia ya conocida, relacionada con lo que hemos considerado transexualidad en nuestro texto. El trabajo fundamental es Lisa Littman, «Parent reports of adolescents and young adults perceived to show signs of a rapid onset of gender dysphoria», *PLoS ONE*, 13, 8 (2018), e0202330. Abigail Shrier, con su famosísimo *Un daño irreversible* (Deusto, 2021), es una autora recomendable por el mismo motivo.

Se está llamando identidad de género a la autoimagen de género

Existen pocos términos más oscuros, confusos y tergiversados que el término *identidad*, cuyo uso en el debate público actual responde más a sus connotaciones de esencialidad y certeza incuestionable, que a su señalamiento denotativo de un claro referente. Sería muy largo describir en detalle el recorrido que realiza la idea de *identidad* desde la filosofía griega hasta la actualidad.

Siendo inevitablemente breves e imprecisos, cabe señalar que la idea de *identidad* aparece en los usos académicos en la cultura clásica vinculada a la idea de *igualdad*. Así como la igualdad ha de estar referida siempre a una característica —yo puedo ser igual que otra persona en edad, diferente en estatura, igual en número de hermanos, diferente en lugar de nacimiento...—, la identidad señalaría una relación de igualdad completa, en todos los aspectos de los elementos idénticos. Así, por ejemplo, esta idea de identidad se mantiene en las identidades matemáticas.

Es a través de las proclamas de identidades colectivas propias de los nacionalismos de mediados del siglo XIX cuando se empieza a usar la idea de identidad también como una igualdad total entre dos elementos, pero esta vez los dos aspectos son el elemento real y el elemento aparente, el elemento en esencia y el elemento en fenómeno, el elemento «por dentro» y el elemento «por fuera». Ya no es que A sea igual a B; ahora es que A debe ser igual a A. El ejemplo obvio son las arengas que exhortaban a que la identidad del pueblo alemán cristalizara en un Estado. Comienza así una tradición del uso de *identidad* en donde, desde posturas metafísicas dualistas e idealistas, se reclama que un pueblo pueda realizar un largo camino de transformación que termine consiguiendo que ese pueblo llegue a ser lo que ya es.

Y será la psicología humanista de mediados del siglo pasado la que aplique la misma lógica de las identidades colectivas a las identidades personales e individuales. Si bien los primeros textos de esta escuela preferían utilizar expresiones como *self* o *autoconcepto*, poco a poco el término *identidad* terminó reemplazando a los anteriores. En la actualidad el deterioro metafísico de la idea de identidad llega hasta los organismos oficiales —la ONU, la OMS, la Ley Trans—, que definen la identidad en términos de una experiencia interior, un sentimiento, una vivencia íntima. En el caso de la identidad de género se añade a esas palabras el sintagma «de sexo o de género» para no perder ni una ocasión de confundir y mezclar de forma oscura ambos conceptos.

¿Por qué, a pesar de que obviamente se están refiriendo a la autoimagen de género, los defensores del movimiento queer insisten en utilizar el término *identidad de género*? Es sencillo: la idea de autoimagen no implica su infalibilidad —una chica con un problema de anorexia puede tener la autoimagen de que está obesa, pero nadie está obligado a aceptar esa autoimagen, ni a adoptar un enfoque afirmativo ante la misma—, mientras que, bajo el pensamiento individualista y subjetivista actual, la idea de identidad sí incorpora el matiz de que su propia declaración implica que no puede ser puesta en duda por nadie, ya que supondría un ataque a la propia persona que la está declarando.

Pero no es así. No estamos obligados a percibir a una persona como ella se percibe. Nadie tiene el derecho de imponernos su propia autoimagen, sea de género, de edad, de nacionalidad o de habilidad jugando a los futbolines. Aunque la llame «identidad». Si algún día el sintagma *identidad de género* fuera sustituido por *autoimagen de género*, habríamos dado un importante paso adelante en la resolución de este grave error.

Quédate con esto:

- El concepto de identidad tiene una larga historia en el pensamiento occidental, inicialmente entendido como un tipo de relación de igualdad. Posteriormente pasa a entenderse como una relación entre un supuesto yo externo y un supuesto yo interno. En la actualidad el término se refiere a una supuesta experiencia interna vivida de forma íntima.
- El concepto de identidad presupone que ésta no pueda ser cuestionada, mientras que el concepto de autoimagen no impide ser negado. Por eso se usa el término *identidad* y no el término *autoimagen*. Pero de lo que se habla en el debate público es de la autoimagen del adolescente, no de su identidad.

Para saber más

Consideramos que el análisis conceptual más potente que se ha hecho de la idea de identidad lo realizó el filósofo español Gustavo Bueno en su artículo ya clásico «Predicables de la identidad», que se puede encontrar en *El Basilisco*, 2.ª época, n.º 25, 1999, pp. 3-30, así como en la página web de la Fundación Gustavo Bueno. Mientras otros textos presentan análisis más puntuales de la idea de identidad, fundamentalmente aplicada al mundo de la política, el artículo de Bueno es de naturaleza filosófica, en donde se trabajan desde las visiones del término practicadas durante la cultura clásica, hasta las degeneraciones más actuales vinculadas a su psicologismo, pasando por su presencia en las ciencias, el derecho o los nacionalismos.

Textos menos ambiciosos, pero igualmente sugerentes, son los de Francis Fukuyama *Identidad. La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento* (Deusto, 2019), con un repaso histórico muy ilustrador de la formación de la idea moderna de identidad en paralelo con las ideas de ser humano que encontramos en los últimos siglos, o el propio de Zygmunt Bauman *Identidad* (Losada, 2018), que también desvela el lado oscuro de esta idea que oprime cuando pretende liberar y divide cuando pretende unir.

La disforia de género de comienzo rápido es un fenómeno social

La llamada «disforia de género de comienzo rápido» es el motivo principal de este libro. Se refiere al fenómeno descrito por la médica e investigadora estadounidense Lisa Littman en 2018, según el cual de pronto un chico o una chica —más frecuentemente una chica— dice a sus padres que se siente y quiere ser un chico. «Mamá, soy trans». Pueden ser varias las reacciones de los padres, pero quizá la más común es de sorpresa, cuando no de desconcierto. Ante las preguntas que le hagan, «¿qué quieres decir?», «¿por qué?», «¿desde cuándo?», «¿estás segura?», y otras reacciones del tipo «espera a ver», «ya te pasará», los padres irán viendo que la chica va en serio. Tiene claras todas las respuestas y su decisión es firme. Ante cualquier reticencia o largas al asunto, los padres puede que reciban las respuestas de que si no la apoyan es que no la quieren o incluso que se va a suicidar.

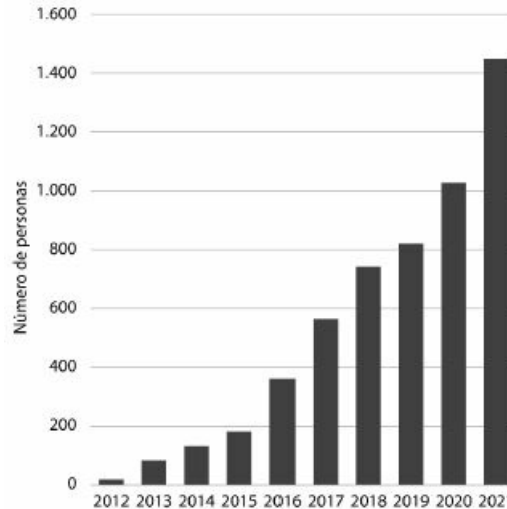
Viendo que todo va en serio, los padres acuden al centro escolar, si es que el propio centro escolar ya no los llamó a ellos por el mismo asunto. Para su sorpresa, verán que en el centro

escolar están al tanto del cambio. Puede que la chica ya tenga allí otro nombre y pronombres elegidos en uso en el centro y entre los compañeros. Los padres probablemente acudan también a un centro de salud o consulten a un psicólogo. Comprobarán que los clínicos están igualmente al cabo de la calle de este fenómeno y, tras hablar con la chica —que sigue teniéndolo todo claro—, quizá les digan a los padres —para su sorpresa de nuevo— que se hagan a la idea de que tienen un hijo y no una hija. Para su «tranquilidad» puede que les digan que es mejor un hijo trans que una hija muerta. Por otra parte, no sería la primera vez que un psicólogo sugiriera a una chica, que iba a su consulta por otros problemas, si acaso no se sentiría más cómoda como chico, encaminándola a esa posibilidad.

Así, pues, la disforia o incongruencia de género no es en realidad de comienzo rápido —o lo es únicamente para los padres—, sino que la chica ya lleva tiempo en proceso de cambio, en el centro escolar, así como en las redes sociales. Los chicos o chicas que sorprenden a sus padres con la nueva identidad de género llevan meses y meses en las redes sociales —TikTok, YouTube, Instagram— viendo vídeos y testimonios de personas como ellas que resultaron ser trans. Siendo trans, se entienden sus problemas y se abre su solución: la transición, empezando por la transición social —cambio de nombre, pronombres, apariencia.

Todo hace indicar que la llamada disforia de género de comienzo rápido es un fenómeno social, más que una realidad que siempre estuviera ahí y que ahora con la mayor tolerancia y visibilidad saliera a la luz. Así lo indica el crecimiento exponencial, del orden de miles por cien en pocos años. Si ya era escandaloso el más de 4.000 por ciento de crecimiento observado en el Reino Unido, en la línea de otros países, qué podemos decir acerca del incremento del 7.652 por ciento en Cataluña en una década, de acuerdo con el informe de Feministes de Catalunya sobre los datos del Servei Trànsit de la Generalitat, pasando de 19 personas atendidas por disforia de género en 2012, a 1.454 en 2021. Véase el gráfico que muestra esta evolución, donde destaca el crecimiento del 2020 al 2021, probablemente vinculado a la pandemia.

Gráfico 1.1. Evolución de personas atendidas por el Servei Trànsit de la Generalitat de Cataluña



Fuente: Informe *De hombres adultos a niñas adolescentes* de Feministes de Catalunya.

Dos hechos son de destacar de este informe. Uno es que el 87 por ciento de las primeras visitas sale con recetas. El otro es el cambio de perfil: cada vez más jóvenes y más chicas que chicos con disforia de género. Mientras que en la adolescencia y preadolescencia las niñas son mayoría —el 68,4 por ciento de los casos entre 10 y 18 años—, en la edad adulta predominan los hombres —el 70 por ciento de los casos mayores de 30 años—. No en vano el informe se titula: *De hombres adultos a niñas adolescentes*. Datos de otras comunidades de España siguen la misma línea de crecimiento y perfil.

¿De dónde sale tanta disforia de género en la infancia y adolescencia? Sin dejar de reconocer la tradicional disforia transexual adulta, particularmente de varones, sin trastornos concomitantes, pero que ya se manifestaba en edades tempranas antes de la adolescencia, la actual «ola trans» es un fenómeno social, sin duda complejo, para cuya comprensión se han de considerar al menos los siguientes aspectos:

1. El *contagio social*, conforme «ser trans» se ha convertido en lo más *cool* y transgresor en la adolescencia, amén de explicación y canalización de una diversidad de malestares. Las redes sociales, los centros escolares y el círculo de amigos son contextos de influencia trans. Sin olvidar el contexto cultural general de la «cultura cuqui» de nuestro tiempo caracterizada por las antiodicotomías —hombre/mujer, etcétera— y el gusto por la ambivalencia y la indeterminación.
2. La *canalización de una variedad de malestares*, que, a falta de exploración y diagnóstico diferencial, hallan en la disforia de género su explicación y salida más aceptable. Entre la variedad de asuntos canalizados como disforia figuran trastornos del espectro autista, homosexualidad no asumida conforme en ciertos ámbitos —campus escolares, familias— ser gay o lesbiana no está tan bien visto como ser trans, acoso escolar, experiencias

traumáticas, problemas emocionales, escolares, familiares, etcétera.

3. Las *prácticas institucionales iatrogénicas*, particularmente, escolares y clínicas. Habría que hablar aquí de la adopción del ideario transgenerista por los centros escolares y de la instrumentalización del profesorado, como han mostrado las autoras del libro colectivo *La coeducación secuestrada*. ¿Quién nos iba a decir que la escuela sería un factor de riesgo para la disforia de género debido a sus protocolos y charlas a cargo de transactivistas? Algo similar ocurre en los contextos clínicos con la terapia afirmativa como la única opción aceptable.
4. El *apoderamiento del discurso oficial y mediático por el transactivismo*, sin que falten profesionales militantes e intereses económicos empezando por la industria fármaco-quirúrgica, es la madre del cordero de la «ola trans», con su invención de las «infancias trans».

Dado que las personas transexuales y transgénero existen, y dado también que la disforia de género se ha convertido en un paraguas que cubre y encubre una variedad de malestares, importa sobremanera estudiar cada caso. Pero ¿es que no se hace? En realidad, no, debido a la imposición de la terapia afirmativa como la única opción aceptable.

Quédate con esto:

- Con frecuencia los padres son los últimos en enterarse de la condición trans del menor, una vez que ya es considerado así en sus círculos sociales y en los centros educativos.
- La cantidad de adolescentes —mayoritariamente chicas— que solicitan transicionar de sexo ha aumentado extraordinariamente en los últimos años.
- Ante este fenómeno es más verosímil la hipótesis de un contagio social que la de una condición trans que existió siempre, pero sólo ahora sale a la superficie gracias a la postura más inclusiva de la sociedad.

Para saber más

La primera descripción se debe a la ginecóloga e investigadora Lisa Littman (2018), «Rapid-onset gender dysphoria in adolescents and young adults: A study of parental reports», *PLOS ONE*. Sobre la controversia del estudio de Littman y nuevos datos véanse por ejemplo el Capítulo 7 de *Nadie nace en un cuerpo equivocado*, así como el artículo de Marino Pérez Álvarez y José Errasti (2022), «La psicología ante la disforia de género, más allá de la ideología queer», *Papeles del Psicólogo*, 43(3), 185-199. Los datos sobre Cataluña se encuentran en el Informe Trànsit 2022: *De hombres adultos a niñas adolescentes*, de Feministes de Catalunya

El libro que muestra cómo el ideario transgenerista se ha apoderado de las instituciones educativas es el ya citado de Silvia Carrasco y colaboradoras: *La coeducación secuestrada. Crítica feminista a la penetración de las ideas transgeneristas en la educación*.

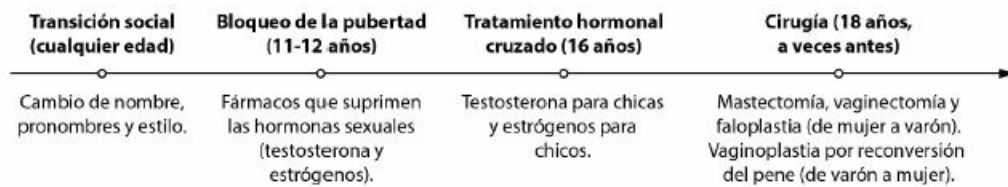
La terapia afirmativa ha de ser la última opción

La terapia afirmativa consiste básicamente en afirmar la identidad de género en base a la identidad sentida, tomada ésta como evidencia y, para el caso, como autodiagnóstico que no cabe más que afirmar, incluido por parte de los clínicos. Tal parece que la verdad se ha revelado al niño o adolescente, y no hay más nada que hablar. Los adultos, incluidos los profesionales de la salud —pediatras, psicólogos, psiquiatras, endocrinólogos—, el personal escolar —profesores, tutores, psicopedagogos, dirección— y los padres, no pueden más que afirmar y acompañar en el proceso de transición. Tratar de averiguar la consistencia de este sentimiento, así como la existencia de problemas psicológicos implicados, podría ser considerado transfobo o algo así en el actual clima ideológico institucional. Cualquier problema psicológico, incluido un historial clínico previo si fuera el caso, se reinterpreta a la luz de la disforia, que tendría prioridad explicativa y asistencial. El actual marco institucional escolar y sanitario impone el enfoque afirmativo, que conlleva una serie de intervenciones psicosociales y fármaco-quirúrgicas que constituyen la terapia afirmativa.

Aun cuando el enfoque afirmativo cuenta con declaraciones acerca de la promoción del bienestar y la calidad de vida, el abordaje de problemas relacionales y la asesoría, no deja de estar «embarazado» de su propio enfoque, induciendo a la transición más que ayudando a una exploración neutral. Tres hechos indican que el enfoque afirmativo *induce* a la transición en vez de ofrecer una ayuda neutral, exploratoria y prudente. Uno, la desaparición de la desistencia o resolución natural de la disforia de género —del orden del 75-90 por ciento— antes de que se introdujera la terapia afirmativa hace 10-12 años. Dos, la medicación como rutina, puesto que más del 80 por ciento sale ahora de la primera consulta con una receta. Tres, el creciente número de arrepentidos y destransicionistas que quisieran volver atrás. El enfoque afirmativo suena bien en sus declaraciones, pero aboca a toda una terapia con potenciales daños irreversibles. El enfoque afirmativo suena bien de entrada, como esas emisoras que se sintonizan por su música agradable, para descubrir después que se trata de una emisora evangélica.

La terapia afirmativa consta de cuatro fases: transición social, bloqueo de la pubertad, tratamiento hormonal cruzado y cirugía. Todas ellas constituyen una cinta transportadora, que comienza por la transición social y lleva como una flecha al quirófano. Véase el siguiente gráfico

Gráfico 1.2. Las cuatro fases de la transición transgénero



Fuente: Elaboración propia.

Importa destacar cinco aspectos de la terapia afirmativa:

1. El proceso de transición funciona como una cinta transportadora que empieza por la transición social.
2. La transición social, lejos de ser una forma neutral de trato social, meramente respetuosa, condescendiente, amigable, es una *intervención psicosocial* no neutral que lleva a la siguiente transición: el bloqueo de la pubertad. Puede entenderse el papel causal de la transición social en la cinta transportadora por el reconocimiento social de «ser trans» y el compromiso que implica, del que no es fácil volverse atrás. La sociedad, incluyendo centros escolares, clínicos, redes sociales, compañeros y, al final, los padres, lejos de ser neutral, ha apostado por la transición. La transición social otorga un estatus al que no es fácil renunciar. De ser valiente y héroe, uno quedaría convertido, si desiste, en decepcionante y traidor.
3. El bloqueo de la pubertad, lejos de ser una mera pausa para tomar tiempo, supone una detención del desarrollo neuropsicológico normal que mantiene al menor infantilizado, porque el bloqueo de la pubertad impide tener las experiencias que tendrían lugar si el desarrollo fuera normal y alimenta el «pensamiento mágico» de que el proceso biológico se pudiera parar y reiniciar como si nada. Por otra parte, el bloqueo de la pubertad está lejos de ser inocuo.
4. El tratamiento hormonal termina por convertir a una persona sana en un paciente de por vida. ¿Qué decir de la intervención quirúrgica?
5. Después de todo, para ser trans no se necesitan todas las transiciones. Incluso, ninguna. Bastaría con que te sientas trans y lo digas. Si para este viaje, no hacen falta tantas alforjas, ¿por qué meter a niños y adolescentes sanos en una cinta transportadora que los lleva al quirófano? ¿No era la identidad de género un sentimiento?

¿Cuál es el problema del enfoque afirmativo? En realidad, tres:

1. Promueve transiciones precipitadas que acarrearán daños irreversibles, dando lugar al nuevo fenómeno de los arrepentidos y destransicionistas que quisieran volver atrás.
2. Impide la remisión natural de la disforia, que ocurría antes de que se generalizara el enfoque

afirmativo en detrimento de la neutralidad anterior.

3. Impide hacer a los clínicos lo que hacen en todos los demás casos que atienden: la exploración, el diagnóstico diferencial, la evaluación psicológica, esperar y ver, psicoterapia, en vez de tener que asumir el autodiagnóstico sin más de «sentirse en un cuerpo equivocado».

Ante una eventual disforia de género, los clínicos que hicieran lo que hacen en los demás casos corren el riesgo de ser acusados de aplicar «terapia de conversión», como se descalifica todo lo que no sea terapia de afirmación.

Entre la terapia afirmativa y la terapia de conversión están todas las demás prácticas que hacen los profesionales que no sean militantes transgénero.

Al final, no deja de ser irónico que la terapia afirmativa sea en realidad la mayor terapia de conversión hoy en día. Sin excluirla, estaría claro que la terapia afirmativa no debiera ser la primera opción, sino la última.

Es interesante concluir este apartado recordando que el Sistema Nacional de Salud británico (NHS) ha dado por terminado el servicio de terapia afirmativa y cerrado la Clínica Tavistock de Londres donde estaba centralizado, a raíz del Informe Independiente encargado a la eminente pediatra Hilary Cass y de las demandas de los usuarios iniciadas por el ya célebre caso de Keira Bell. En lugar de la terapia afirmativa establece la psicoterapia y la psicoeducación como primera y principal línea de ayuda. Sin excluirla, la transición médica se propondrá si tras una cuidadosa exploración resultara lo más aconsejable. No se dejaría de recordar que Finlandia, un país adelantado en políticas transgénero, prioriza ahora las psicoterapias sobre las hormonas y rechaza las cirugías para los menores de 25 años con disforia de género.

Quédate con esto:

- Ninguna de las cuatro fases de la terapia afirmativa —transición social, bloqueo de la pubertad, tratamiento hormonal cruzado y cirugía— es inocua, y las tres últimas son irreversibles. Todas ellas constituyen una cinta transportadora, que lleva con frecuencia hasta el quirófano.
- Los numerosos problemas de la terapia afirmativa están provocando que varios países pioneros en estas cuestiones revisen sus protocolos de actuación ante la disforia de género y prioricen la psicoterapia como tratamiento de elección.

Para saber más

El artículo de J. Cohn (2022): «Some Limitations of Challenges in the Care of Transgender and Gender-Diverse Youth: An Endocrinologist's View», *Journal of Sex & Marital Therapy*, desmonta las asunciones y supuestas evidencias de la terapia afirmativa. Una revisión que muestra las limitaciones

del «modelo holandés» que está en la base del enfoque afirmativo se encuentra en E. Abbruzzese, Stephen B. Levine & Julia W. Mason (2023): «The Myth of “Reliable Research” in Pediatric Gender Medicine: A critical evaluation of the Dutch Studies—and research that has followed», *Journal of Sex & Marital Therapy*.

El informe independiente encargado a la pediatra Hilary Cass sobre la Clínica Tavistock de Londres muestra tanto la falta de acuerdo conceptual sobre la naturaleza de la disforia de género, como la falta de evidencia de la terapia afirmativa que aplicaba. La referencia del Informe Cass es: Cass, H. (2022). *Independent review of gender identity services for children and young people: Interim report*. Sobre la historia interna del escándalo de la Clínica Tavistock del Servicio de Género para Niños, véanse el reportaje de Libby Brooks en *The Guardian*, «“A contentious place”: the inside story of Tavistock’s NHS gender identity clinic», y el libro de Hannah Barnes *Time to Think: The Inside Story of the Collapse of the Tavistock’s Gender Service for Children* (Swift Press, 2023).

En relación con la transición social, el Informe Cass advierte de que es «incompatible con la protección de los niños», como dice, lejos de ser neutral es una intervención activa. Véase en el mismo sentido *What Hilary Cass needs to tell schools: social transition is incompatible with safeguarding*. Por su parte, Lisa Selin Davis, en su artículo «The Ethical Quandary of Social Transition», comentando estudios que enfatizan la estabilidad en el tiempo de quienes inician la transición social, sugiere que, en realidad, la transición social predispone a las sucesivas transiciones fármaco-quirúrgicas. Véase en SEGM (Society for Evidence Based Gender Medicine): *Early Social Gender Transition in Children is Associated with High Rates of Transgender Identity in Early Adolescence*.

La disforia de género es un sufrimiento real

Esta afirmación no quiere decir en absoluto que la disforia de género o los problemas con la identidad de género sean una enfermedad. Desde las posturas del transactivismo queer se afirma con frecuencia que la intervención psicológica en estos temas —por ejemplo, el requerimiento de algún tipo de informe psicológico a la hora de cambiar el registro del sexo— implica una patologización intolerable de estos fenómenos —bueno, el transactivismo queer no diría «estos fenómenos», sino «estas realidades», que es más cursi y metafísico—. Sin embargo, la psicología interviene en infinidad de situaciones que no tienen que ver con patologías. Realiza informes relativos a la guardia y custodia de menores cuyos padres están en procesos de divorcio, interviene en federaciones deportivas, permisos de armas, procesos de adopción, trastornos del aprendizaje escolar, procesos de duelo, intervenciones en catástrofes...

No estamos ante una enfermedad, pero sí estamos ante una situación que con frecuencia es problemática. Y los problemas habitualmente causan sufrimiento. La psicología ha despatologizado hace décadas su campo de trabajo —todo, no solamente el relativo a los problemas con el sexo o el género—, al separarse del modelo biomédico en la comprensión de los problemas emocionales.

La disforia o incongruencia de género, consistente en no sentirse identificado con el cuerpo natal, implica sin duda malestares y gran sufrimiento. Aun cuando sea cierto que nadie nace en un cuerpo equivocado, nada quita conflictos de género. Los conflictos de género, cuando uno no

se identifica con el sexo de nacimiento ni con los estereotipos sexuales asociados, suponen malestares inescapables porque están ligados a nuestro propio cuerpo. Conflictos que son tanto más acuciantes en contextos cargados de prejuicios e intolerantes con la diversidad. Los conflictos que atañen a —la relación con— nuestro cuerpo son difíciles de *soportar* en la medida en que suponen una *incongruencia* continua con nosotros mismos. Los términos *disforia* —literalmente, «difícil de soportar y de llevar»— e *incongruencia* —contradicción, sin coincidir— sugieren un tipo particular de experiencias que constantemente contrarían nuestra relación con los demás y con nosotros mismos.

No es de extrañar la expresión de «sentirse atrapado en un cuerpo equivocado», como metáfora para dar cuenta de experiencias difíciles de expresar, sin por ello implicar la explicación que sugiere. Como tal metáfora, acierta en unos aspectos —«sentirse atrapado»—, falla en otros —«cuerpo equivocado»— y deja fuera otros más —acaso malestares de diversa procedencia—. La disforia/incongruencia referida a «sentirse atrapado» quizá se corresponde más con la tradicional transexualidad que se manifiesta ya a edades tempranas y se resuelve por lo común en la edad adulta con o sin «reasignación de sexo», que con la llamada disforia de género de comienzo rápido —en realidad, no tan rápida— que se prodiga hoy en la adolescencia y suele estar asociada a una diversidad de malestares bajo el paraguas trans.

Sea como sea, y dado el actual estado de confusión —dominado ideológicamente como lo está—, no es fácil dirimir entre la transexualidad de toda la vida, por así decir, y la *posmoderna* disforia de género que ahora todo lo invade, con la proscripción, además, de la exploración y el diagnóstico diferencial. El enfoque afirmativo, que quizá fuera recomendable para la transexualidad —sin tampoco ser obligatorio—, se aplica sin embargo a granel, sin diagnóstico, indiscriminadamente, a toda disforia de género, sin considerar la posible variedad de malestares y conflictos que hoy en día se canalizan como disforia de género. La disforia de género no deja de formar parte de los problemas que tiene el cuerpo como «campo de batalla» —anorexia, conducta autolesiva, dismorfia del selfi—, pero que no tienen su origen en el cuerpo, sino en la sociedad: cómo ésta constituye nuestras relaciones con el cuerpo.

La posmoderna disforia de género comporta tantos o más malestares y sufrimientos que la transexualidad como problema específico de la sexualidad. Quizá más, en la medida en que la disforia de género implica la identidad personal que está en juego en la adolescencia y canaliza una gran variedad de malestares. Si la adolescencia ya supone una crisis corporal, psicológica, social y existencial —por bien que vaya todo—, y si además concurren una variedad de problemas psicológicos —acoso, ansiedad, conductas autolesivas, conflictos familiares, depresión, espectro autista, experiencias postraumáticas, trastornos emocionales— y conflictos de género —identidad, orientación sexual—, podemos entender la confusión y, en definitiva, los malestares y el sufrimiento que conlleva la dichosa disforia de género.

La propia disforia de género que la sociedad tiende a «asignar» al niño o adolescente cuando la identidad de género esté involucrada —a poco que el niño diga que es trans— quizá forma

parte más del problema que de la solución, porque no ayuda a entender lo que pasa y promete una solución mágica que no existe. Dada la posible mezcolanza que comporta la disforia de género, la cuestión primordial quizá no sea el empeño por ver si alguien es o no es *auténtico* transgénero, sino ayudar a resolver problemas cotidianos dentro de la prudencia y la comprensión, no sin la debida confrontación y clarificación de conflictos y valores. No se trata de centrar el tema y el problema en si uno es o no es trans, sino en explorar los malestares, de dónde vienen, etcétera, sabido que la disforia de género no es una experiencia estable ni unívoca, sino cambiante y multifacética. Así también, en la anorexia, el problema no está tanto en la comida y el peso, como, por así decir, en el yo y sus circunstancias, en la situación vital en la que uno está. La mejor ayuda en la anorexia no consiste en centrarse en la comida y limitarse al acompañamiento sin preguntarse hacia dónde.

Sin duda, pues, la disforia de género supone un sufrimiento muy *real*, pero la cuestión es cómo se ha *hecho* real. Y es aquí donde la ciencia y la profesionalidad han de entrar, no la ideología y el activismo con su demagogia.

El sufrimiento, todo hay que decirlo, se presta a la demagogia cuando se toma como santo y seña de lo bondadoso que es alguien o algo —un movimiento, una política—, situándose del lado de las víctimas, y se presta también al victimismo: sufro, luego alguien es culpable, que diría Nietzsche. El sufrimiento tiene un uso demagógico como práctica política consistente en ganarse el beneplácito popular con el halago de los sentimientos y su satisfacción inmediata. Así, se justifica a menudo la transición social y fármaco-quirúrgica *urgente* —sin exploración ni espera—, así como la tramitación de las «leyes trans» sin debate, por el sufrimiento de las personas trans, como si estuvieran atrapadas en el ascensor de un edificio en llamas, sin tiempo que perder. Y sin pensar si la transición urgente es la mejor solución, ni considerar las consecuencias a largo plazo, y en su caso si es la mejor ley posible. Se trata de satisfacciones inmediatas que pueden acarrear sufrimiento posterior irreversible. En vez de esta política demagógica que convierte deseos en derechos y ofrece satisfacciones inmediatas en lugar de pensar a largo plazo, mejor sería una perspectiva adulta, científica y profesional, la que debiera conformar las intervenciones fármaco-quirúrgicas irreversibles y las políticas que quieran ser realmente progresistas y juiciosas.

Al fin y al cabo, los adultos —padres, profesionales, políticos— tienen más edad y recorrido vital que los niños y adolescentes, y es de esperar que tengan también más sentido común y conocimientos que ellos, como para saber lo que les conviene independientemente de sus deseos y malestares del momento. Nadie quiere malestares ni sufrimiento, pero éstos forman parte de la vida sin soluciones mágicas, ni pausas que pudieran detener el tiempo, reanudándose tres o cuatro años después como si nada hubiera ocurrido. Respetar y querer lo mejor para los niños y adolescentes no equivale a decir sí a todo ni satisfacer cualquier deseo.

Quédate con esto:

- Nadie discute la realidad del sufrimiento que presentan las personas aquejadas de problemas con su cuerpo, como la disforia de género, en donde pueden canalizarse muchos malestares propios de la experiencia de la adolescencia en la sociedad actual.
- La posible solución a estos sufrimientos reales ha de partir de preguntarse cómo se han hecho reales, alejarse de soluciones fáciles o ideológicas, victimistas o demagógicas, y apostar por la ciencia y la profesionalidad.

Para saber más

Para hacerse cargo del sufrimiento se hacen necesarios estudios cualitativos que exploren la experiencia de la disforia de género a través de dar voz a las personas transgénero como se reclama hoy en día: Austin, A., Holzworth, J., & Papciak, R. (2022). «Beyond diagnosis: “Gender dysphoria feels like a living hell, a nightmare one cannot ever wake up from”». *Psychology of Sexual Orientation and Gender Diversity*, 9(1), 12–20, es un buen ejemplo.

Así, un análisis fenomenológico muestra que la disforia de género no es un fenómeno estático, sino la expresión de una negociación continua entre el cuerpo, los impulsos, el deseo sexual y las relaciones en las que participa cada persona, de modo que las experiencias subjetivas siempre están mediadas por las relaciones con otras personas y normas sociales: Jessen, R. S., Haraldsen, I. R. H., & Stänicke, E. (2021). «Navigating in the dark: Meta-synthesis of subjective experiences of gender dysphoria amongst transgender and gender non-conforming youth». *Social Science & Medicine* (1982), 281.

Así mismo, estudios cualitativos se han centrado en las experiencias de disforia en relación con otros problemas como trastornos alimentarios, conductas autolesivas y espectro autista. Véanse, por ejemplo: Cusack, C. E., Lampieri, A. O., & Galupo, M. P. (2022). «I’m still not sure if the eating disorder is a result of gender dysphoria: Trans and nonbinary individuals’ descriptions of their eating and body concerns in relation to their gender». *Psychology of Sexual Orientation and Gender Diversity*, 9(4), 422–433, Hartig, A., Voss, C., Herrmann, L., Fahrenkrug, S., Bindt, C., & Becker-Hebly, I. (2022). «Suicidal and nonsuicidal self-harming thoughts and behaviors in clinically referred children and adolescents with gender dysphoria». *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, 27(3), 716–729, y Lewis, L. F., Ward, C., Jarvis, N., & Cawley, E. (2021). «Straight Sex is Complicated Enough!: The Lived Experiences of Autistics Who are Gay, Lesbian, Bisexual, Asexual, or Other Sexual Orientations». *Journal of Autism and Developmental Disorders*, 51(7), 2324–2337.

Un estudio llevado en Barcelona se ha centrado en las experiencias (negativas) con el sistema de salud sugerentes para una mejor atención: Santander-Morillas K, Leyva-Moral JM, Villar-Salgueiro M, Aguayo-González M, Téllez-Velasco D, Granel-Giménez N, et al. (2022) «TRANSALUD: A qualitative study of the healthcare experiences of transgender people in Barcelona (Spain)», *PLoS ONE* 17(8).

La ideología queer es retrógrada y opresora

Alguien podría pensar que la ideología queer que sustenta la identidad de género es progresista y liberadora. Pero es en realidad retrógrada y opresora.

Es retrógrada por al menos cuatro razones:

1. Reintroduce los estereotipos sexuales para definir la identidad de género. Así, la identidad de género se define por los estereotipos de siempre, no vaya a ser que una niña que «hace cosas de niños» —por ejemplo, jugar al fútbol— sea en realidad un niño, y un niño que «hace cosas de niñas» —por ejemplo, pintarse las uñas— sea una niña, según las normativas de identidad de género que rigen en los centros escolares de muchas comunidades autónomas.
2. Niega que exista la mujer como sujeto político definido por su cuerpo biológico. En su lugar, ofrece una definición tautológica según la cual «mujer es sentirse mujer». Un varón puede ser una mujer si así se siente, y viceversa. Alguien puede sentirse, incluso, varón o mujer en distintos momentos si es de género fluido, o ni uno ni otro si es agénero. Los logros del feminismo referidos a la discriminación y opresión de la mujer «por ser mujer» ya no significan nada.
3. Reintroduce el dualismo alma-cuerpo, donde ahora el alma es la identidad de género *sentida*, atrapada en un cuerpo equivocado que hay que corregir, de acuerdo con lo ya dicho.
4. Reintroduce la patologización y medicalización de la disforia de género en niños y adolescentes a la vez que predica la despatologización. ¿Qué hay más patologizante y iatrogénico que una intervención fármaco-quirúrgica que convierte personas sanas en enfermos crónicos?

La ideología queer es opresora por al menos también cuatro razones:

1. Impone la terapia afirmativa como la única opción aceptable sobre la base del sentimiento como autodiagnóstico que excluye cualquier exploración y valoración psicológica o psiquiátrica, bajo el pretexto de que ello supondría patologizar la disforia de género.
2. Impone una neolengua que tergiversa el sentido de las cosas, sean por caso el «sexo asignado al nacimiento» cuando en realidad no se asigna, sino que se constata, los circunloquios para evitar la palabra *mujer* —«persona menstruante», etcétera—, y la división de la humanidad en «cisgénero» y «transgénero» sustituyendo una normatividad por otra. Por no hablar de las decenas y decenas de identidades de género sirviendo más a la confusión que a la precisión de lo que uno sea, sobre todo, para niños y adolescentes.
3. Impide el debate sobre la cuestión transgénero so pretexto de que es cosa de «derechos humanos», utilizados en realidad como estrategia. Por no hablar de la socorrida acusación de «transfobia» usada como comodín que cancela el debate, censura personas y fuerza la autocensura por miedo a ser acusado de transfobia —transfobofobia—. No en vano se ha acuñado el término *inqueersición* para referir este apoderamiento del debate por el transactivismo queer.

4. Chantajea a los padres con la disyuntiva «transición o muerte», valiéndose de expresiones siniestras del tipo «preferible un hijo trans a una hija muerta», «si no apoyan es que no le quieren» y «acaso se suicide».

Con todo, la ideología queer/trans se ha apoderado de la opinión pública y ha establecido una nueva ortodoxia con marchamo progresista y liberador que, sobre todo, ha calado en las generaciones más jóvenes, por lo que es importante ser claro en su desenmascaramiento. La ideología queer/trans tiene ingredientes atractivos para la adolescencia —cualquiera que sea la edad—. Es transgresora y fascinante. Tiene la fascinación de una nueva visión del mundo, con su propia neolengua, que las generaciones pasadas no entienden, como es la visión transgénero, y transexual, de los humanos, que ahora se revela a una generación iluminada *woke* que refunda el orden de las cosas. Además, esta visión del mundo se basa en los sentimientos, en los que todos somos sabios, tanto más para el que se sienta víctima de alguna opresión o pertenezca a una minoría. Y aunque no sea así, la bandera de —una determinada manera de entender— la justicia social te otorga una supuesta superioridad moral y te sitúa en el lado correcto de la historia. El resto, para muchos, ya es cosa del señalamiento de la virtud de uno o postureo moral: la expresión pública de opiniones y sentimientos destinados a mostrar el buen carácter y la conciencia social de uno sobre un tema en particular, para el caso, todo lo que tiene que ver con el transgénero. La ideología queer/trans encarna esta nueva ortodoxia biempensante. Alguien se podría preguntar cómo hemos llegado aquí.

Quédate con esto:

- La ideología queer es retrógrada, al reintroducir los estereotipos sexuales, el dualismo alma/cuerpo y la medicalización de la disforia de género. Así mismo, borra a las mujeres como los sujetos políticos del feminismo.
- La ideología queer es opresora, al imponer la terapia afirmativa, una neolengua abstrusa e impedir el debate bajo la acusación de transfobia a todo el que discrepe de sus posturas.

Para saber más

El citado artículo «La psicología ante la disforia de género: más allá de la ideología queer» da cuenta de este apartado. De todos modos, no dejes de ver este documento «¿Solo adultos? Buenas prácticas en el reconocimiento legal de género para los jóvenes», de la firma de abogados Dentons, la Fundación Thomson Reuters y el grupo de presión LGBT IGLYO, donde se describen las estrategias para la implantación de la ideología queer, entre ellas el uso de los derechos humanos (estrategia n.º 6): Dentons, Thomson Reuters e Iglyo. (2019). «Only adults? Good Practices in Legal Gender Recognition for Youth». International Lesbian, Gay, Bisexual, Transgender, Queer and Intersex Youth & Student Organisation.

La ideología queer se ha impuesto a base de falacias y censuras

¿Cómo es que la ideología queer se ha apoderado de la opinión y el debate público, como si fuera lo más progresista y liberadora? Aunque no hay una respuesta simple, cabe proponer una línea argumental en cuatro puntos: la alianza entre la izquierda identitaria y la derecha neoliberal, el abanderamiento de la justicia social, las estrategias del activismo queer/trans y un sistema de sanciones.

La alianza entre la izquierda identitaria y la derecha neoliberal tiene su punto de encuentro en el sentimiento identitario y los deseos. Mientras que la izquierda identitaria posmoderna —dejando atrás la defensa de los derechos humanos universales de la izquierda tradicional— se aferró a las identidades y convirtió los deseos en derechos, la derecha neoliberal capitaliza los sentimientos y los deseos para satisfacerlos con sus productos, en este caso, fármaco-quirúrgicos. No en vano estamos en un capitalismo emocional que satisface deseos más que necesidades.

El abanderamiento de la justicia social que se arrogó la ideología queer/trans logró el beneplácito de todo el mundo. Es difícil encontrar alguien que no esté a favor de la justicia social. Sin embargo, no todo es como parece. La justicia social del movimiento queer se ha convertido en una «nueva religión», una religión secular hostil a la razón, a la ciencia y a cualquier desacuerdo que no comulga con su verdad. La nueva verdad toma su base de la «experiencia vivida» de las personas y grupos marginados, que por el hecho de serlo estarían «iluminados» y declararían incapaces de entender nada a los demás. Ya no estaríamos hablando de una justicia social universal capaz de entender las condiciones objetivas de la realidad, sino de una justicia social experiencial y tribal, según la tribu a la que se pertenece. No se niegan las buenas intenciones del activismo queer/trans, sólo que las buenas intenciones no garantizan la bondad de los resultados.

Las estrategias del activismo queer/trans incluyen, entre otras, estas tres:

1. El uso de los derechos humanos como argumento para acallar a los demás y eximirse los propios activistas de debatir nada conforme se aferran a la letanía según la cual «de derechos humanos no se discute».
2. La evitación de la cobertura y exposición en los medios, en favor de una influencia institucional fuera de los focos. Así es, por ejemplo, cómo la ideología queer/trans se ha instalado en las normativas escolares de las comunidades autónomas sin que apenas nadie lo supiera, y se ha tramitado por vía urgente la llamada «Ley Trans» —Proyecto de Ley para la igualdad real y efectiva de las personas trans y para la garantía de los derechos de las personas LGTBI—, sin debate.
3. La vinculación de la «causa trans» con otras reformas más populares como las reivindicaciones de los homosexuales —plenamente integradas como no sea alguien un

carca—, lo que ha resultado en el colectivo LGBTQIA+ —lesbiana, gay, bisexual, transgénero, queer, intersexual, asexual y más—. Si bien, inicialmente, era un colectivo con una problemática común, al final la T y la Q parecen tener otra agenda, de modo que, no por nada, las siglas LGB se reivindican por separado. Ni el feminismo radical, ni tampoco gais y lesbianas se ven ahora representados por el colectivo conforme gira sobre la T y la Q. Se puede estar plenamente de acuerdo con el movimiento LGB sin por ello tener que asumir la deriva transgerista antifeminista de las siglas T y Q. Las siglas ya no definen un colectivo homogéneo, con la misma problemática, en la medida en que unas siglas van en detrimento de otras. Sin embargo, se ven como si fuera la misma causa.

Finalmente, está la estrategia de sanciones, empezando por la socorrida y temida acusación de transfobia a quien no comulgue con la ortodoxia queer/trans, y continuando por las sanciones administrativas previstas en la «Ley Trans».

Quédate con esto:

- El transgenerismo queer se ha impuesto socialmente como resultado de su abanderamiento de una nueva justicia social demagógica, apoyada por una situación de ganancia mutua para la derecha neoliberal y la izquierda identitaria.
- Entre las estrategias del activismo queer/trans destaca la apelación a unos nuevos derechos humanos indiscutibles sin aclarar cuáles son, mantener un perfil bajo en los medios y vincular la causa trans/queer a otros movimientos que despiertan simpatía unánime, como el movimiento LGB.

Para saber más

El libro de Alicia Miyares *Delirio y misoginia trans. Del sujeto transgénero al humanismo* (Catarata, 2022) cuenta cómo se ha ido instalando la ideología queer/trans empezando por los pseudoprincipios de Yogyakarta y continuando por la «industria de la identidad de género». Sobre el «lobby transgenerista» véase también *Contra el Borrado de las Mujeres* (2020). «El lobby Q. La financiación del generismo queer.» Sobre la «lógica del mercado» de la teoría queer véase el capítulo de Rosa María Rodríguez Magda «La identidad de género y la imposible autodeterminación del sexo» en el citado libro coordinado por ella misma *El sexo en disputa*.

No somos tránsfobos

No somos tránsfobos. No es una *excusatio non petita*, ya que fuimos acusados de serlo (José Errasti y Marino Pérez Álvarez) con ocasión del libro *Nadie nace en un cuerpo equivocado*, que fue tachado de tránsfobo ¡antes de que saliera y después de salir, sin haberlo leído como

reconocen los acusadores! Entre quienes lo han leído, nadie ha encontrado palabras, frases, párrafos o capítulos de los que alguien pudiera decir que son transfobos, sin menoscabo de estar más o menos de acuerdo con lo que fuera. La coautora de este libro (Nagore de Arquer) fue difamada por el hecho de ser una persona transgénero que ha desistido. Tal pareciera que el hecho de que se solucionara su conflicto de género, desistiera de continuar la transición y ahora ella trate de ayudar a otros, ofendiera o traicionara a alguien. Tener que mostrar que no eres transfóbo, sin serlo ni habiendo ninguna prueba que lo muestre, sería ello mismo una *prueba diabólica* o *prueba inquisitorial* que lo único que prueba en realidad sería la inquisición rediviva en nuestros días.

¡Por favor!, no escribimos ni decimos lo que decimos porque nos mueva el odio. Puestos a decirlo todo, como señalamos en el epílogo del libro, estamos verdaderamente a favor de las personas trans, con toda empatía, comprensión y respeto, sin hacer demagogia de su sufrimiento. Únicamente tratamos de comprender a cada persona con sus particulares circunstancias, malestares y sufrimiento, con miras a las mejores ayudas no sólo a corto sino también a largo plazo, sin descartar transiciones, pero sin ponerlas por delante. La acusación de odio o de transfobia por hacer lo que se hace en todos los problemas atendidos en contextos de salud es ella misma odiosa —diabólica, inquisitorial—, amén de representar el nivel cero de pensamiento: la propia indigencia intelectual, negándose a hablar e impidiendo que otros lo hagan.

Hay que decirlo claramente: discrepar acerca de lo que una persona está diciendo no implica odiar a esa persona. Aunque esté hablando de sí misma. Aunque esté hablando de algo muy importante, fundamental y esencial sobre sí misma. Si una persona católica me asegura tener alma —¿cabe imaginar algo más importante, fundamental y esencial?— y yo se lo niego, no estoy cometiendo un delito de odio, no le estoy negando su derecho a existir, no quiero que muera o desaparezca, no le muestro odio ni la menor falta de respeto. Construimos la verdad entre todos a través del debate. Buscar la verdad no es ser transfobo. Disentir no es odiar.

No hay nada de lo que no se pueda hablar, incluidos los derechos humanos de las personas trans, por supuesto, con respeto y conocimiento. Lo realmente condenable es la invocación de los derechos humanos como estrategia para impedir cualquier debate acerca de la disforia de género. Cuántas veces hemos escuchado «¡de derechos humanos no se discute!» como estrategia para condenar y cancelar a cualquiera que tenga algo que decir, exponer y discutir acerca de la disforia de género. Como si únicamente pudieran hablar los propios activistas, arrogándose alguna iluminación, tal pareciera. No hay verdades reveladas ni nadie es el ombligo del mundo.

Nos gusta todo lo que tenga que ver con la amabilidad, cordialidad, comprensión y simpatía, empezando por los niños y adolescentes que pudieran tener conflictos de género, incluidos los activistas que se mueven y dan la cara por mejorar sus condiciones sociales y personales. Pero más nos gusta la verdad, parafraseando a Aristóteles cuando dijo: «Soy amigo de Platón, pero más aún de la verdad». Y hay verdades que pueden ser incómodas. Sentir es más fácil que pensar. Pensar es más difícil ya que, por lo pronto, supone ir más allá de las opiniones recibidas.

Pensar supone pesar y sopesar unos conocimientos, conceptos, ideas y argumentos, con otros, comparar, discernir, y así tener criterios fundados sobre los que hacer unas cosas en vez de otras. Como psicólogos, profesores y académicos estamos obligados a hacerlo. Sobre la base de las consideraciones aquí resumidas en doce puntos y de acuerdo con el libro anterior (*Nadie nace en un cuerpo equivocado*) y tantos otros libros y artículos científicos, ofrecemos ahora *Una guía para familias de adolescentes con conflictos de género*.

Quédate con esto:

- Ninguna de las acusaciones de transfobia que hemos recibido los autores del libro ha podido ser refrendada con una sola frase en donde apareciera el menor rechazo a las personas trans.
- Discrepar de una idea expresada por una persona, incluso de una afirmación que esa persona hace sobre sí misma, no es una muestra de odio hacia esa persona.

Para saber más

Debido a que demostrar que no existe algo sería una prueba diabólica o prueba inquisitorial, permítase únicamente transcribir lo que dice Wikipedia de esas pruebas: «La prueba diabólica (en latín, *probatio diabolica*) o prueba inquisitorial es una expresión del ámbito del Derecho que describe la práctica de exigir por parte del jurado a la defensa una prueba a favor de la no participación del reo en la comisión del delito imputado. En una *probatio diabolica* el interpelado deberá, por ejemplo, demostrar que algo no ha ocurrido, la inexistencia de algo o su propia inocencia en un proceso judicial, cuando lo correcto según el Derecho moderno es que la “carga de la prueba” corresponde a quien ha de probar la existencia de algo, o probar la culpabilidad». Así que va a ser difícil poder aportar referencias bibliográficas acerca de nuestra falta de transfobia. En cualquier caso, si este libro resultare sospechoso de herejía, aceptaríamos de buen grado la ordalía a la que nos sometiere el Ministerio de Igualdad de Unidas Podemos, con la seguridad de que pondríamos las manos en el fuego y éstas saldrían intactas tras el juicio de Dios.

No queremos terminar esta sección sin referirnos a las guías para padres y terapeutas ya existentes. Una guía que se presenta como «una hoja de ruta para ayudar a las familias a navegar por el terreno traicionero del adoctrinamiento de género y traer a sus hijos de regreso a la realidad y la seguridad» es la elaborada por Maria Keffler titulada *Desist, Detrans, & Detox: Getting Your Child Out of the Gender Cult* (Partners for Ethical Care, 2021).

Un colectivo de psicoterapeutas, psiquiatras y psicólogos ha elaborado una guía para profesionales sobre cómo tratar al creciente número de jóvenes que buscan ayuda con problemas de género. La guía promueve el abordaje «exploratorio», un proceso que ayuda a comprender y desenredar las raíces de su sufrimiento. Se trata de *A Clinical Guide for Therapists Working with Gender-Questioning Youth. Version 1*, de la Asociación de Terapia Exploratoria de Género (GETA, por sus siglas en inglés), elaborada por Sasha Ayad, Roberto D'Angelo, Dianna Kenny, Stephen B. Levine, Lisa Marchiano y Stella O'Malley.

Segunda parte

Axel se abre una cuenta en Instagram

En esta parte te encontrarás un breve resumen de los contenidos que están viendo los adolescentes en las redes sociales, dentro de las que se encuentran sumergidos durante tantas horas en sus vidas, y que parecen guiar muchas de sus acciones y pensamientos. No hay forma de exagerar la importancia que las redes sociales virtuales y los contenidos de las plataformas audiovisuales tienen en la expansión de la doctrina transgenerista. Simplemente, no existiría este problema si no existieran los smartphones.

Pero antes vamos a recorrer una historia basada en la realidad de tantas niñas, para que el lector pueda empatizar con las vivencias de una adolescente que vive en un mundo como éste. Sufre, y tenemos que entender por qué, de dónde sale ese sufrimiento. Ambos capítulos de esta parte están mucho más relacionados de lo que parece.

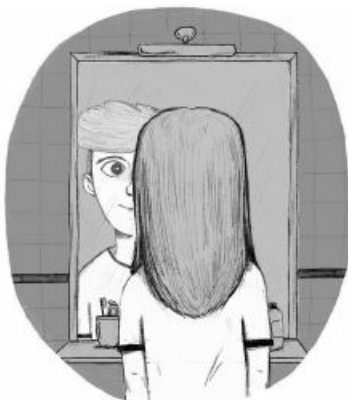
Historia de Axel

Ésta es una historia ficticia. Los personajes que aparecen en ella no son reales. Ha sido creada con el único objetivo de ejemplificar y hacer entender mejor al lector este tipo de vivencias.

No obstante, Marina, nuestra protagonista, podría ser tu hija. O tu sobrina. O tú. Lo más probable es que nuestro relato no encaje a la perfección con tu historia, pero que, aun así, puedas ver reflejadas las realidades de algunas chicas de tu entorno. O de algunos chicos. Porque las similitudes entre las historias de estos adolescentes y jóvenes que sufren son enormes. Problemas sociales, abusos sexuales, falta de encaje social...

Para la redacción de este capítulo no nos hemos basado en opiniones ni en lo que creemos que pasa: nos hemos basado en nuestra experiencia. Hemos hablado con decenas de familias, escuchado sus historias, buscado características comunes y, posteriormente, le hemos puesto la perspectiva psicológica. Animamos a cualquiera que crea que esta historia es inverosímil a escuchar a las familias que están sufriendo por temas de este estilo, o a los valientes destransicionadores que están empezando a alzar la voz.

Tampoco negamos la existencia de vivencias diferentes, ni de finales más felices que el nuestro. Sabemos que hay quienes son felices con su decisión de transicionar. No obstante, hemos considerado importante que también se puedan escuchar las vivencias de quien se arrepiente de ello, puesto que no es un tema banal: estamos hablando de la integridad física de nuestros menores.



Empecemos, pues:

Nací en el año 2005. Mis padres me llamaron Marina y el médico afirmó que yo era de sexo femenino.

Mi infancia no fue muy especial. Era una niña normal y corriente, quizá con alguna que otra rareza, pero nada especialmente destacable. Me gustaba jugar con mis amigos, aunque eran pocos, y las guerras de agua que hacíamos en verano. Mis profesoras nunca mostraron mucho interés por mí, pero, de vez en cuando, se reunían con mis padres y les decían que yo estaba teniendo problemas para socializar.

A medida que avanzaban los años, esos problemas se hacían cada vez más evidentes. Seguía teniendo amigos, pero no parecía relacionarme bien con el resto de la gente. Más que compañeros, el resto de niños parecían completamente ajenos a mí.

Mi madre siempre me decía que tenía que intentar hacer más amistades. Que por qué se alejaban de mí, que si me trataban mal o si se reían de mí. Sin embargo, yo siempre le decía que no. Yo quería jugar con mis amigos y no me importaba que fueran sólo dos. Sí que nos habría gustado que no nos llamaran raros o frikis... Que jugasen con nosotros... Pero sabíamos que no iban a hacerlo.

Con la perspectiva de la adolescencia, mi pensamiento fue que era lógico. Yo estaba viviendo una vida diferente, estaba fingiendo ser alguien que no era. Estaba intentando encajar con las chicas, mientras deseaba ser parte de los chicos. Ellas eran más quietas, más aburridas... Yo no quería jugar a las muñecas o a las familias, pero ellas se negaban a jugar a mis juegos imaginarios de correr por el patio con historias fantásticas.

Los niños no querían jugar con una niña. O, al menos, no querían jugar con una persona de su edad que se presentaba como niña. Porque yo, niña...

Las personas afectadas por el fenómeno conocido como disforia de género de inicio rápido (DGIR, a partir de ahora) modifican sus recuerdos de la infancia para que encajen en sus nuevas percepciones. De esta forma, lo que los padres y las profesoras habían identificado como problemas en las relaciones sociales, para los que Marina nunca había tenido ayuda, será interpretado por ella en su adolescencia como la demostración de una identidad interna que emergía.

Al explicarlo al profesional de la psicología al que acuden, así se lo describen. Le dicen que, en el fondo, siempre lo han sabido. Los padres, extrañados, afirman al psicólogo que esto no es así, que la historia ha sido modificada para entrar en el nuevo relato del menor. Las pruebas de los padres son fotos, vídeos, donde sus hijas están felices, sin rechazar sus cuerpos. La prueba de las adolescentes sólo es su palabra.

El tiempo fue pasando, y yo seguía teniendo pocos amigos. Nos fuimos uniendo más y más entre nosotros, ajenos a los demás, haciendo una especie de grupo cerrado. Compartíamos gustos, intereses y juegos. Nerea era una niña con sobrepeso de la que se burlaba toda la clase. Ignacio era un niño al que no le gustaban los deportes y prefería jugar con nosotras antes que revolcarse con sus compañeros. Sé que más tarde ellos se hicieron pareja, pero ya no sé cómo les va. Mantuvimos el contacto dos años después de pasar al instituto, pero, poco a poco, la relación se fue estropeando.

Así, me vi bastante aislada en 1.º de la ESO. Pese a seguir hablando de forma esporádica con ellos a través del teléfono móvil que mis padres me habían dado con 10 años —para que pudiéramos hablar o pudiera llamarles si me pasaba algo—, acabábamos mandándonos pocos mensajes. Ellos fueron juntos a un instituto de las afueras, pero mis padres me insistieron para que fuera al que estaba al lado de mi casa. Ese instituto feo y aburrido...

En las clases conocí a una chica muy agradable. Se llamaba Andrea. Al menos al empezar la ESO. Era alta, morena, muy muy guapa; inteligente, amable... Pero no parecía muy a gusto en la clase. Conocía a varios de nuestros compañeros, pero no se llevaban muy bien. De hecho, uno de ellos parecía especialmente obsesionado con ella. La insultaba, le decía que era fea, que nadie la quería y que no pintaba nada allí.

Andrea no parecía muy alterada con sus comentarios. A medida que pasaron los meses, me fui enterando de por qué. El chico aquél llevaba metiéndose con ella desde los primeros cursos de Primaria, pero, cuando se lo había dicho a sus profesores, ellos habían dicho que eran cosas de críos. Su madre, que no tenía muchos recursos económicos, no había podido cambiarla de centro, así que ella tuvo que aprender a ignorarle. No tenía amigos, así que se pasaba el día dibujando, lo que la ayudaba a distraerse.

El bullying es un problema muy serio que, con frecuencia, no es convenientemente tratado. Entre los problemas que puede generar se encuentran una autoestima dañada, aislamiento social, rechazo a ir al colegio, síntomas somáticos (dolores de barriga, de cabeza...).

El bullying no son «cosas de niños»: es una situación mal gestionada por parte de los adultos que la manejan. Cuando un niño empieza a meterse con otro y la respuesta que recibe por parte de los adultos es nula, lo más probable es que acabe siendo reforzado por sus propios compañeros, que no querrán verse en la situación del acosado o que querrán recibir la atención del acosador. Las razones por las que un niño puede llegar a hacer bullying a otro son variadas, y habría que analizar cada caso concreto. No obstante, no hacer nada nunca es la solución. No es un problema que se vaya a resolver solo, ni una mera «tontería».

Enseguida empezamos a compartir nuestros dibujos y a darnos consejos la una a la otra. Andrea

me enseñó TikTok, una red social en la que veía vídeos de artistas que daban consejos sobre cómo mejorar. También había vídeos muy divertidos de perritos y gatitos haciendo cosas graciosas.

Me creé TikTok y empezamos a mandarnos todo lo que nos hacía reír o nos parecía interesante. Nada más crearme la cuenta, me aparecieron tiktoks de chicas con poca ropa haciendo movimientos extraños. No me gustaban nada. ¿Yo también tendría que vestirme así cuando fuera más mayor? Pronto, gracias a los que me mandaba Andrea, aquellos vídeos fueron saliendo de forma cada vez más esporádica.

Algunas tardes quedábamos, a veces en su casa y a veces en la mía, para hacer deberes o para pintar juntas. Teníamos muchísimas cosas en común.

En las clases empezaron a salir temas que nos interesaron un montón. Nos hablaron del cambio climático, de feminismo, de la comunidad LGBTIQ+, de política, de inmigración... Y, con cada problemática social que nos presentaban, Andrea y yo nos informábamos todo lo que podíamos.

Compartíamos la misma preocupación profunda por cualquier problema de tipo social. Si alguien sufría, nosotras parecíamos sentirlo como si fuéramos nosotras mismas. Recuerdo cuando nos hablaron de las consecuencias del calentamiento global... Buscamos mucha información por internet y nos quedamos escandalizadas. Poco después fuimos a hablar con nuestro tutor para preguntarle qué podíamos hacer nosotras, y nos habló del reciclaje. Al día siguiente lo instauramos en nuestras casas, con explicaciones eternas hacia nuestras familias de por qué era tan importante.

En TikTok e Instagram —una red social de la que nos habían hablado en clase— nos empezaron a salir vídeos y fotos sobre ello, y descubrimos muchas cosas. Había cosas que nosotras, dos niñas de instituto, podíamos hacer para cambiar el mundo... Las restricciones de nuestros padres nos impedían cambiar nuestras dietas o ciertas costumbres, así que nos tuvimos que conformar con el reciclaje.

Los años fueron pasando y llegamos a 3.º de la ESO. Para entonces, ya habíamos formado un grupo. El resto de chicos y chicas nos llamaban «Los marginados», pero nosotros no lo veíamos así. Simplemente, éramos personas con intereses diferentes, con gustos raros o dejadas de lado por nuestro peso o imagen. Aunque siempre quisimos encajar... Envidiábamos a quienes hablaban con todo el mundo, a quienes salían de fiesta, a quienes tenían muchos amigos y parecían siempre contentos...

Éramos unos diez. Tan sólo nos veíamos en el colegio, a excepción de Andrea y yo, pero, aun así, nos queríamos mucho. Éramos, los unos para los otros, el apoyo que necesitábamos cuando algo salía mal. Y eso era muy a menudo. Problemas con compañeros, con profesores o incluso con nuestros padres... Siempre podíamos confiar los unos en los otros.

Nuestras personalidades encajaban muy bien, pero Andrea y yo teníamos un vínculo especial, diferente al que había entre el resto de ellos. No quería que pasara el tiempo cuando estaba con

ella, tener que despedirnos y esperar hasta el día siguiente para poder verla, hablar con ella, reír juntas y compartir nuestros pensamientos e impresiones. Éramos, simplemente, las mejores amigas que pudieran existir.

Pero nos sentíamos muy solas. ¿Por qué el resto del mundo era tan raro? Nuestros compañeros chicos estaban obsesionados con las chicas, y ellas con ellos. Empezaban a hablar de sexo, a besarse en los pasillos, a preguntarte de forma obsesiva quién te gustaba. Entre las chicas siempre había sido muy común, pero ahora era enfermizo. «¿Quién te gusta?», «¿Aún no te has dado tu primer beso?», «Si tuvieras que follarte a un chico de clase, ¿a quién sería?».

¡A nadie! Eran todos feos y tontos, ¡mucho! Y muy aburridos... Ellos siempre decían que «Los marginados» éramos aburridos, pero ¿habrían probado a hablar entre ellos de algo que no fuera sexo?

A mi amiga tampoco le llamaba la atención ninguno. De hecho, parecía asqueada y asustada cada vez que le hacían algún comentario sexual, cosa que era cada vez más habitual, porque le habían crecido bastante los pechos y eso parecía enloquecerles.

No conseguíamos integrarnos. Si estábamos en algún grupo grande, se nos ignoraba o se nos hacía caso sólo para hacer comentarios sexuales a Andrea o para decirme a mí que por qué hablaba tan poco. ¿Qué podíamos hacer?

Una vez, Andrea y yo intentamos salir de fiesta. Nos invitó un chico de nuestra clase bastante sociable, que siempre parecía querer incluirnos. Así que nos animamos.

Fue horroroso. Todo ese ruido, toda esa gente... Teníamos 15 años y ya había alcohol por allí. Las chicas llevaban ropa ajustada, que marcaba sus cuerpos adolescentes y en desarrollo. Los chicos hacían gestos obscenos mirándolas y comentaban entre ellos «lo buenas que estaban» o «lo que les harían». Había también otros chicos más mayores que se habían unido, posiblemente los que habían comprado el alcohol.

Andrea miraba incómoda a las otras chicas, comparando sus cuerpos con el suyo propio. Cuando salimos de allí, me dijo que ella no quería vestirse así jamás, que seguro que era muy incómodo... Me contó que prefería la ropa que llevaban los chicos, más casual, más cómoda. A mí me pareció lógico. No obstante, había algo en las chicas que me hipnotizaba. Aunque yo tampoco quería ponerme esos tops y esas minifaldas, ni que los chicos me mirasen de esa forma tan desagradable, como si fuera un objeto de consumo...

No podría decir qué me había resultado más desagradable. Quizá el sonido tan alto, que hacía que no pudiera reaccionar igual de rápido a los estímulos y que me doliese todo el cuerpo, o las luces cambiantes que me daban la sensación de vivir en fotografías, o el roce con otras personas... Las miradas, las risitas, los comentarios. Creo que no me lo pasé bien ni un segundo.

Desde entonces, Andrea empezó a vestir como me había dicho que le resultaba más cómodo: con ropa más casual, más holgada. A ella se la veía mucho más feliz y parecía que recibía menos comentarios sexuales.

Alrededor de aquellas fechas, un grupo de chicas jóvenes vinieron a darnos una charla al

instituto. Nos habían avisado aquella misma semana, y nuestros padres habían dicho que era buen momento para que nos informasen sobre el tema. Educación sexual. Nosotras ya sabíamos cómo se hacían los bebés, temas básicos de consentimiento y protección, así que nos pareció absurdo.

Sin embargo, lo que nos contaron estaba lejos de parecerse a aquello que ya sabíamos. Aunque ya conocíamos la existencia de la comunidad LGTBIQ+, su charla nos hizo ver que era mucho más grande de lo que podíamos imaginar.

Lo primero que hicieron fue separar los conceptos de *orientación sexual* y de *identidad de género*. Lo primero se refería al género o géneros hacia los que nos sentíamos atraídos sexualmente. También existía la atracción romántica, que se refería al género o los géneros con los que queríamos formar una relación de pareja, de forma ajena a la práctica sexual.

En cuanto a las orientaciones, existía una extensa lista de posibilidades. Homo, hetero, a, bi, pan, sapio, demi... El tipo de atracción que era formaba el final de la palabra. De esta forma, una chica que se sintiera atraída sexualmente hacia los chicos y románticamente hacia cualquier género, sin preferencias, se podría considerar heterosexual panromántica.

La identidad de género era otra cosa. Era una sensación interna del ser, de lo que tú eres en realidad. Se refiere a si te sientes más identificado/a/e con ser un chico, una chica, ambos, ninguno de los dos... Nos pusieron el ejemplo de Daniel, un chico trans. Cuando nació pensaron que era una niña, pero él rechazó enseguida los vestidos y las diademas. ¡Era porque en realidad era un chico! Cuando pudo hacerse un corte de pelo y llevar pantalones, sintió euforia de género, lo contrario a la sensación de incomodidad que sentía cuando tenía que llevar falda, que se llamaba disforia de género. Ahora vivía feliz con su esposa y su hijo.

Y no es que Daniel fuera un chico porque no le gustasen los vestidos, sino que el hecho de que no le gustasen venía de que no quería ser identificado como el género que le asignaron al nacer. Nos contaron más historias de personas trans, binarias y no binarias, y nos hablaron de que teníamos que atrevernos a ser nosotres mismos, sin importar lo que los demás pensarán. Que, si nos sentíamos soles, podíamos ir a la asociación de la que venían ellas para que nos apoyasen.

Todas las historias tenían algo en común: las personas que aparecían estaban tristes, sentían que no encajaban... Pero, cuando descubrían que eran trans y hacían una transición —ya fuera sólo social o social y médica—, de pronto el mundo se les iluminaba. Veían que, por fin, podrían ser felices y tener las vidas que siempre habían deseado.

Quienes dan charlas en colegios o institutos, la mayoría de las veces, no tienen formación alguna sobre psicología o sexología. Con frecuencia son meros activistas ideológicos. Mezclan sexo y género y, a veces, afirman que el sexo se puede escoger. A su vez, con frecuencia niegan que existan sólo dos sexos y explican que en realidad existe un espectro de ellos.

Nos hablaron de homofobia, de bifobia, de transfobia, de LGBTIQ+ fobia... Al parecer, aún había gente en el mundo a la que le importaba cómo vivieran los demás, a quiénes amaban o quiénes eran en realidad. Por eso había tantas personas LGBTIQ+ en el armario, sobre todo personas trans.

Al parecer, algunas mujeres que decían ser feministas excluían a las mujeres trans del movimiento, negando su identidad y afirmando que no sufrían discriminación, que eran «hombres opresores» y que sólo querían entrar en los baños de mujeres para poder violarlas.

¡Qué ridículo! Es como cuando decían que las lesbianas iban a violar a las mujeres en los vestuarios. Sí, algunas mujeres violan, pero son muchísimas menos que los hombres. Y las mujeres trans son mujeres, así que, ¿qué sentido tenía mandarlas a espacios masculinos? Qué querían, ¿que las violasen?

Además, un hombre que quiera entrar a un baño de mujeres para violar lo va a hacer sin decir que es trans. Y una mujer trans que fuera a una cárcel de hombres iba a ser violada y maltratada. Esas mujeres ¿por qué eran tan poco empáticas?

Ese grupo de mujeres eran las terfas. Viene de TERF, que es la sigla de Trans-Exclusionary Radical Feminist. Feministas Radicales que Excluyen a las Trans. Blancas y ricas, decían que sólo aquellas que pudieran gestar un bebé eran mujeres de verdad. No aceptaban a mujeres infértiles, ni a personas intersexuales, ni a quien no fuera blanca... En su visión, todas las culturas con más de dos géneros estaban equivocadas, porque sólo ellas eran mujeres biológicas de verdad.

Andrea y yo lo hablamos bastante después. Ella había estado muy callada durante la charla, pero también muy atenta... Me di cuenta de que varias de las características de las personas trans estaban en ella —o elle, o él—, así que le pregunté si no sería trans en el interior.

Aún recuerdo la mirada aliviada que me dirigió. «Sí. Marina, creo que soy no binarie.» Ésas fueron sus palabras. Lloramos de felicidad y nos abrazamos, y me dijo que prefería que me refiriese a elle con pronombres neutros o masculinos, y que llevaba un tiempo pensando en ello, pero no sabía cómo decírmelo. Había visto vídeos en TikTok de no binaries y se había sentido muy identificado. ¡Al fin podía ser elle mismo!

Cuando una persona utiliza más de un tipo de pronombres («él» y «elle», «ella» y «él»...), la forma correcta de utilizarlos sería, desde el punto de vista del transactivismo, hablar a ese alguien con todos los pronombres especificados, incluso en una misma conversación.

Aunque pueda parecer incoherente referirse a alguien como «él» y después como «elle», a lo largo del capítulo las referencias a Andy serán hechas con esos pronombres, con el fin de comprender mejor la visión de Marina.

El plural será, a partir de ahora, con la e, puesto que es bastante usada dentro de los

ambientes transactivistas por ser «más inclusiva».

Le pregunté si ya se lo había dicho a sus padres y si había pensado en hormonarse, como algunas de las personas de las que nos habían hablado. Me contestó que aún no lo tenía muy claro, pero que estaba prácticamente seguro de que quería hacerse una doble mastectomía, pero no tomar hormonas. Al fin y al cabo, quería tener un aspecto neutro, no masculino del todo.

Durante las semanas siguientes, me contó más cosas sobre su nuevo descubrimiento. Empezó a llevar ropa más ancha, con la que se sentía más cómoda, y yo le veía muy feliz. Encontró un nuevo nombre, Andy; se cortó el pelo, y pronto le contó al tutor lo que pasaba, conmigo delante para apoyarle. Él le dijo que haría todo lo posible por cambiarle el nombre oficial en los documentos educativos no oficiales, y que se lo diría al resto de profesores, pero que debía hablar el propio Andy con sus padres.

Así que lo hizo. Ellos le abrazaron y se alegraron mucho por él, lloraron juntas y pidieron una cita con el médico de cabecera para que pudiera ir cuanto antes a una Unidad de Género, por si quería hacer cualquier tipo de tratamiento.

En clases, los compañeros aceptaron a Andy bastante bien. Alguno hizo comentarios transfobos, pero, en general, le expresaron su apoyo y se ofrecieron para ayudarle con cualquier cosa que necesitara, mientras iba estando más a gusto mostrándose al mundo tal y como era.

Empezamos a estar más integrados en general, y la nueva apariencia de Andy parecía surtir el efecto deseado: ya no le trataban como si fuera una chica. Todos se habían dado cuenta de que no podían hacerlo más, puesto que no lo era, y nunca lo había sido.

A medida que pasaban las semanas, mi amigue era cada vez más feliz. Pero un día me llamó llorando, pidiendo quedar conmigo urgentemente, porque quería contarme algo que había estado ocultando mucho tiempo.

Mi madre me llevó rápidamente a su casa, y su padre me abrió la puerta con cara triste. Me dijo que estaba en su habitación, así que entré corriendo, con la tableta de chocolate que había cogido del armario de mi cocina.

Andy estaba en la cama, y su madre le estaba abrazando. «Marina, gracias por venir. Pasa», me dijo ella. Pasé y me senté en los pies de la cama, muy preocupada.

Entonces me lo contó. Sus padres se habían enterado poco antes, mientras Andy se estaba cambiando para ir a nadar y rompió a llorar de forma repentina.

Cuando tenía 11 años, el compañero de clase que le acosaba había abusado sexualmente de él. Me contó lo que había pasado entre sollozos, haciéndome prometer que nunca se lo diría a nadie. Le abracé muy fuerte y le dije que, si quería denunciar, siempre estaría ahí para él.

Me habló de lo cómoda que se sentía ahora con su cuerpo, desde que usaba *binder*, pero me reconoció que aún le costaba mirarse cuando no lo tenía puesto. Sí, porque era trans, pero también porque le recordaba al abuso. Le abracé muy fuerte, y lloró un rato en mi hombro. No

sabía qué más hacer, así que le dije cosas graciosas hasta que se empezó a reír; se duchó, cenamos, y me insistió para que me quedase a dormir.

Los abusos sexuales o las violaciones pueden producir en la víctima la sensación de que su cuerpo no les pertenece. Han sido tocadas, violadas, todo en contra de su voluntad. Se sienten inseguras, y muchas mujeres que lo sufren rechazan sus caracteres sexuales, porque sienten que son la razón por la que sufrieron el abuso o la violación.

Incluso sabiendo que la culpa no es, en ningún caso, de la víctima, quien lo sufre muchas veces no es capaz de mirarse al espejo sin sentirse triste o recordar aquello que pasó. Pueden tener sensación de irrealidad —sentir que viven en un sueño, como si sus cuerpos no fueran suyos—, problemas de despersonalización...

No todas las víctimas mostrarán los mismos síntomas, ni en un mismo grado. Para algunas, puede que no sea siquiera visible su sufrimiento, pero esto no quiere decir que estén mintiendo o no sufran: simplemente están intentando vivir sus vidas lo mejor que pueden.

Quien pasa por algo así necesita apoyo. Algunas víctimas querrán iniciar un proceso judicial para que el agresor no vuelva a agredir, pero todas necesitarán un apoyo psicológico para comprender que ellas no tienen la culpa y volver a aceptar sus cuerpos.

Su madre llamó a la mía, que me dio permiso y me trajo un pijama, ropa limpia para el día siguiente y la mochila de clase.

Después, nos comimos juntas la tableta de chocolate y nos pusimos a ver su serie preferida: *She-Ra*. En ella aparecía un personaje no binarie, como elle, y eso le hacía muy feliz.

Al día siguiente su madre nos llevó a les dos a clase, porque nos habíamos quedado dormidos después de ver la serie.

Mi madre se enteró aquel día de que Andy era trans no binarie. Yo no se lo había dicho porque no sabía cómo podía reaccionar y, efectivamente, había hecho bien. Me dijo que no lo entendía, que «Andrea» siempre había sido «una chica normal» y que no tenía sentido que ahora no quisiera serlo más.

No entendía que, simplemente, su identidad era otra. Me decía que las personas transexuales —término mal empleado— lo sabían desde pequeñas, y que no tenía nada que ver con lo que le pasaba a «ella». Le dije que no quería hablar más del tema, le mandé por WhatsApp la web de la asociación LGBTIQ+ en la que se había metido Andy y me encerré en mi cuarto.

Los meses pasaron, y Andy y yo nos íbamos acercando más, aunque parezca imposible. Lo compartíamos todo: la forma de ver el mundo, los gustos, los *hobbies*, el tiempo... Nos mandábamos muchos vídeos de TikTok, y él me recomendaba que siguiera a muchas personas trans.

Así fue como me di cuenta de que yo también era trans. Yo era un chico trans. Siempre lo había sido.

Todos esos testimonios de chicos trans tenían tanto sentido... Siempre se habían sentido raros, diferentes. Siempre habían sentido que algo iba mal. Así me había sentido yo toda mi vida.

Me miré frente al espejo e imaginé cómo hubiera sido mi cuerpo de haber nacido con pene. Mis pechos no habrían crecido, mi cadera no se habría ensanchado... Me habría empezado a salir barba y nuez... Y habría crecido de otra manera. Todos esos niños que rechazaban jugar conmigo porque parecía una niña no lo habrían hecho. Habría podido estar integrada —¿integrado?— entre ellos, feliz, y tener los amigos que siempre había deseado.

Todas esas veces que había estado llorando en mi cuarto, mi sufrimiento por no encajar... Quería que se acabase. Necesitaba una salida, necesitaba una solución para ello. Ser trans era la explicación más lógica: toda esa gente que lo había descubierto había conseguido ser feliz. Yo tenía los mismos pensamientos que ellos. Eso significaba que también era mi solución.

Durante nuestras vidas, siempre queremos encajar con los demás, formar un grupo, tener otros humanos con los que hablar. Este sentimiento es mucho más intenso en la adolescencia y, si la persona tiene problemas para relacionarse, se sentirá frustrada y alejada de sus pares.

La adolescencia se caracteriza por ser una etapa de grandes cambios, siendo el más importante de ellos la separación de la familia y la creación de vínculos más fuertes con personas ajenas a ella. Los padres dejarán de ser los modelos de referencia, como lo fueron durante la infancia, y se empezará a buscar «un sitio propio» entre gente de la edad del adolescente. Es un momento normal en la vida de todas las personas, aunque desde la adultez quizá pueda verse de otra manera. El adolescente buscará, por todos los medios, encajar.

Seguí viendo esos vídeos, para asegurarme de que mi experiencia encajaba con las suyas. Entre ellos, había muchos de gente de mi edad que también acababa de descubrir su verdadero yo, y eso me tranquilizó. Aún resonaban en mi cabeza las palabras que había dicho mi madre cuando se había enterado de que Andy era no binarie: «Las personas transexuales lo saben desde pequeñas». Pues no, mamá. Las personas trans, que no transexuales —porque era un término anticuado—, lo pueden descubrir a cualquier edad.

De hecho, cada vez había más adolescentes descubriendo que eran trans. Las terfas decían que era por moda, porque se lo «contagiaban» —como si fuera una enfermedad infecciosa— unas a otras, porque así se sentían «más especiales». ¿Cómo podría ocurrir eso? El colectivo trans es el más oprimido, con mayores problemas, menor esperanza de vida y mayor índice de suicidios.

Además, había una razón mucho más lógica para ello: el colectivo trans era cada vez más visibilizado. Antes, sólo unas poquitas personas se atrevían a mostrarse al mundo tal y como

eran, pero, ahora, muchas más nos atrevíamos. Y menos mal. Porque la liberación que sientes al descubrirlo... es indescriptible. De repente, todo tu sufrimiento tiene una razón detrás. Tu identidad es diferente de la que se te hizo pensar durante tantos años.

Se lo conté a Andy al día siguiente. Su felicidad al oír cómo me declaraba trans hizo que estuviera mucho más seguro de ello. Sus palabras me reconfortaron y sus ánimos hicieron que se lo dijera ese mismo día a nuestro tutor, que reaccionó igual de bien que él. «¡Dos alumnos trans en una misma clase! ¡Qué suerte tengo! Además, sois grandes amigos. Seguro que encontráis un gran apoyo el uno en el otro, frente a cualquiera que intente haceros daño».

A mí también me pidió que se lo contara a mis padres. Le expliqué la situación que había vivido cuando se habían enterado de lo de Andy, y me dijo que me tomase mi tiempo para encontrar la manera perfecta, pero no se me ocurría nada. No quería ir a la asociación LGBTIQ+ aún, porque no quería hacerlo a escondidas de mis padres, así que no sabía qué hacer.

En TikTok encontré la forma perfecta: una carta. Ésa había sido la forma de salir del armario de muchos de los influencers a quienes seguía, así que decidí que yo haría lo mismo. Les expliqué que siempre me había sentido diferente, que sentía que no encajaba con los demás y que al fin había descubierto que era porque yo, en realidad, era un chico trans. Con mi padre hablaba menos, pero seguro que la carta también le haría entrar en razón.

Un día, entré al salón cuando los dos estaban viendo la tele. Les dije que tenía que hablarles de algo importante, así que apagaron el televisor y me miraron, preocupados.

—Marina, ¿estás bien? ¿Has estado llorando? Dinos, ¿qué pasó? —mi madre sonaba muy preocupada. Me miraba con una expresión interrogante, pero a la vez dulce.

—Nada, mamá... Papá... Bueno, sí, veréis... He escrito esta carta, porque no sabía muy bien cómo decíroslo... —Las palabras no me salieron como yo habría querido, pero estaba muy orgulloso de poder, al fin, contarles la verdad a mis padres.

Mi madre alargó el brazo y cogió la carta. Antes de abrirla, les dije:

—Mamá... Soy trans.

Sus caras pasaron rápidamente de la preocupación a la sorpresa. Se miraron entre ellos, como decidiendo si yo les estaba tomando el pelo o no. Tras volver a posar sus ojos sobre mí y ver mi expresión llorosa, leyeron rápidamente la carta.

Aquella tarde fue bastante mala. Discusiones, gritos... Todos dijimos cosas de las que luego nos arrepentimos. Todos sentimos que el lazo que nos unía se rompía, dejando algunos trozos irrecuperables, y fuimos conscientes de que aquello sería el comienzo de un viaje que duraría toda la vida. Uno lleno de dolor, de palabras calladas, de arrepentimiento y de tristeza. Pero ya no había vuelta atrás. No podía dejar de vivir mi vida por lo que ellos pensarán de mí.

La sorpresa de unos padres que no se esperan una noticia así por parte de su hijo o hija suele ser bastante grande. Hay diferentes tipos de reacciones ante una noticia así, pero la sorpresa

suele estar al principio de todas. Se desarrollarán en otro capítulo del libro.

Cabe aclarar también que la reacción de los menores estará influenciada por los vídeos que hayan visto. En muchos de ellos, se les dice que si los padres no aceptan que sus hijos son trans es que no los quieren ver felices, son unos transfobos y no merece la pena hablar con ellos. Esto hace que, cuando el adolescente se enfrenta a esta situación, su pensamiento sea «no me quieren, no quieren que sea feliz», en vez de «están preocupados por los efectos secundarios y el posible arrepentimiento».

Al final de la carta, les había escrito el nombre por el que quería que me llamasen: Axel. No sé cuántas veces lo llegaron a usar, pero creo que podría contarlas con los dedos de las manos y, si tuviera que descontar aquellas que lo nombraron de forma burlona, posiblemente me valdría con una sola.

En clase todo era diferente. Tanto el profesor como mis compañeros respetaban mi identidad, y pronto se acostumbraron a mi nuevo nombre. Aunque aún me hacían *misgender* de vez en cuando, al ver mi cara de enfado se corregían rápidamente.

Cuando les dije a mis padres que quería cortarme el pelo y empezar a usar un *binder*, ellos se negaron. Yo me esperaba esa reacción. Lo que ellos no sabían era que los padres de Andy ya habían encargado un *binder* por internet, y que pronto llegaría. Les expliqué que me iba a cortar el pelo, quisieran ellos o no, ya que tenía dinero ahorrado, y me dijeron que tendría que reservar yo la cita en la peluquería e ir «sola». Me acompañó Andy, por supuesto.

El *binder* me daba la imagen que quería. Me aplastaba mucho el pecho, y mis sudaderas anchas terminaban de ocultar la forma de mi cuerpo. A veces me dolía un poco... Pero la euforia que sentía cuando me miraba en el espejo y veía lo que quería ver no tenía precio. A veces, incluso, me lo dejaba para dormir, porque me encantaba cómo se veía con mi pijama.

Cuando lo tenía que lavar, lo metía yo a la lavadora justo antes de que mis padres la encendiesen, y lo sacaba justo cuando terminaba. Lo secaba colgándolo en mi cuarto, en el radiador, donde no podían verlo nunca.

Para cuando cumplí los 16, ya llevaba un tiempo en la asociación LGBTIQ+. Allí me explicaron que ya podía empezar a hormonarme si quería, y que ellos hablarían con el médico si él se negaba a darme la medicación. Lo pensé unos meses, lo hablé con Andy... Y me decidí.

Él estaba ya en lista de espera para la doble mastectomía, pero seguía sin querer tomar hormonas. Aunque su identidad era algo cambiante, y ahora se identificaba como género fluido —una identidad que está dentro del paraguas no binarie— y prefería mantener un aspecto algo más neutro. Sus pronombres eran, ahora, él/elle/ella.

Las cosas en casa se habían calmado un poquito, pero sólo porque ya no hablábamos del tema. Así que, cuando saqué el tema de las hormonas, pillé a mis padres completamente desprevenidos.

—¿Que vas a hacer qué? ¿Te has vuelto loca? ¡Sigues siendo menor! Mientras vivas en esta casa, ¡te lo prohibimos! —saltó mi padre.

—Cariño, tienes que pensarlo bien. —Mi madre puso su mano sobre el brazo de mi padre, y le hizo un gesto de «cálmate»—. Tu padre y yo te queremos un montón y queremos que seas feliz, pero creemos que ésta es una decisión muy seria, y que aún eres muy joven...

¿Joven? Tenía 16 años. La terapia hormonal salva vidas. ¿Preferían una hija muerta antes que un hijo trans?

—No, mamá, no soy un niño pequeño. Soy un chico casi adulto, y ya puedo tomar mis decisiones. Me voy a hormonar. Ya me explicó Ester, la de la asociación LGBTIQ+, que podía hacerlo si quería, que el médico me iba a dar lo que le pidiera. Así que, o me apoyáis, o al menos dejadme en paz.

Me fui del salón cerrando la puerta con un portazo, mientras empezaba a llorar. Mi padre, de fondo, gritaba que yo no podía decidir y que necesitaba ir a un psicólogo. Mi madre lloraba en el sofá.

Al cabo de un rato, ella entró en mi habitación y se sentó en mi cama, con expresión cariñosa en la cara.

—Cariño, tu pa...

—Que no me llames así. No soy «cariño», soy Axel.

—Perdón. Axel. Tu padre y yo estamos preocupados por ti, pero no queremos verte triste. Por favor, escúchanos antes de...

—¿Qué vais a saber vosotros? Pensáis que estoy confundido. Que es una etapa. No tenéis ni idea de lo duro que es ser trans.

—Sí, pero...

—Pero nada. Tengo cita el lunes con el médico. No podéis evitarlo.

—¿No vas a escuchar nada de lo que tenemos que decirte? Sólo queremos que conozcas bien los efectos secundarios antes de...

—¿Los efectos secundarios? ¿Cuáles? Oh, no, me va a salir pelo en la zona de la barba y voy a tener la voz más grave. Qué mal. —Mi tono era defensivo y sarcástico.

—Y mayor riesgo de trombos, cáncer, dolores...

—Mamá, te has creído la propaganda terf. Esos efectos son muy poco comunes, y podría pasarme sin tomar hormonas. Ahora vete, que quiero dormir.

—Me iré. Pero, por favor, si necesitas hablar... Cuenta con nosotros.

Yo sabía que mi madre lo estaba intentando. Pero no era suficiente. Por cada vez que lo hacía bien, la cagaba otras veinticinco. Discutíamos a diario. Así que no: yo sabía que no podía contar con ella. Aunque... Últimamente me llevaba a actividades que me gustaban mucho: montar a caballo, rutas de montaña... Incluso hacíamos recetas de cocina juntas. Quizá no podía hablar con ella de mi transición, pero sí de otras cosas.

Es importante destacar que, muchas veces, los padres cambian la actitud a medida que pasa el tiempo. Quizá por haber leído sobre el tema o por haberse tranquilizado la situación: la cuestión es que una actitud más calmada puede ayudar mucho aquí.

La influencia de factores externos en el adolescente le ha llevado a pensar, como dijimos anteriormente, que cualquiera que se oponga a su transición le odia. De esta forma, unos padres que le nieguen «algo tan esencial» serán lo peor, algo de lo que alejarse.

Que vean que esos mismos padres buscan hacer actividades con ellos que no tengan que ver con lo trans, que vean que les escuchan o les conocen hace que se sientan más queridos. Habrá que ser muy cuidadoso para elegir el momento en el que sacar el tema trans, puesto que la reticencia parental a la transición puede hacer que se cierren más. No romper el vínculo es esencial, siempre.

Quieres a tu hijo o hija. A ellos les han convencido de que no. Lo que digas sobre el tema trans no hará que cambien de opinión, pero que busques otros puentes de comunicación, sí.

En aquella cita, el médico me derivó a endocrinología. En cosa de dos meses empecé con bloqueadores de pubertad y testosterona. Sus efectos eran los esperados: enseguida me cambió la voz, y en cosa de seis meses ya me estaba afeitando. Era muy feliz. En clase me felicitaban cada vez que hablaba de esos cambios que iba notando, y empecé a sentirme realmente yo mismo.

Había cambios que me extrañaban, pero merecía la pena. Todo merecía la pena con tal de ser yo. Los dolores, los picores, los mareos... Salvo una cosa. Mis sentimientos por Andy parecían más inestables. Me di cuenta de que estaba enamorado de él y de que siempre lo había estado, pero esa atracción iba y venía. A veces era muy intensa, pero otras veces simplemente no sentía nada. Nunca me declaré, pero sé que él no sentía lo mismo.

De todas formas, eso era algo que podía ignorar sin problema. Estaba consiguiendo ser yo, ¿qué más daba lo demás?

Andy se hizo la doble mastectomía al poco de empezar yo con las hormonas. Le acompañé al hospital, pero, una vez allí, fueron sus padres los que le acompañaron hasta el quirófano. Qué suerte tenía de poder contar con ellos siempre... Habían apoyado cada paso que había dado y siempre le habían animado a ser quien era realmente.

Me contó que se despertó dolorido, pero más feliz que nunca. Había ido corriendo al baño a mirarse en el espejo en cuanto le habían dejado y se había puesto a llorar de felicidad. Fue muy emotivo.

Después de aquello, yo también estaba seguro. Así que, con 17 años, me hice la doble mastectomía. El endocrino había hablado con mis padres y les había explicado que era mi decisión, y que mi identidad no iba a cambiar con el tiempo. Y que, si en algún momento llegaba a hacerlo —no iba a pasar—, siempre podía ponerme implantes de pecho. Pero que era mejor

una cirugía afirmadora que un hijo trans al que le negaban ser feliz, porque eso podía llevarme a una depresión y a ideas suicidas.

Una de las mayores amenazas que hacen tanto los médicos afirmadores como las asociaciones trans es que los chicos se pueden suicidar si se les niega la transición que ellos pidan. Se basan en estudios sesgados, con poco seguimiento, o incluso de épocas en las que no se trataba este tema como se está tratando ahora. Otros estudios hablan de un mayor riesgo de suicidio tras la transición médica. En cualquier caso, se debe analizar cada situación de forma concreta para asegurarse de estar tomando la mejor decisión.

El suicidio es un tema muy importante y que requiere más investigación y apoyo. Las personas con ideación suicida necesitan apoyo psicológico, siempre, en todos los casos. No podemos dejarlas solas o tomar decisiones que no aseguren su bienestar. La transición médica no acompañada de una terapia exploratoria no asegurará su efectividad como prevención del suicidio.

Sé que mis padres nunca lo aceptaron. Y también sé que discutieron mucho por ello. Aunque ninguno de los dos estaba de acuerdo con la operación, esto estaba siendo diferente que lo de las hormonas. Yo iba solo a por cada una de mis dosis de testosterona y, cuando volvía a casa, un silencio incómodo lo inundaba todo. Preferían ignorar que yo estuviera hormonándome antes que enfrentarse al hecho de que su único hijo fuera trans.

Pero el día anterior a la operación, mi madre entró en mi habitación y me abrazó. Así, sin más, sin venir a cuento. Yo estaba muy nervioso, chateando con Andy, y no pude siquiera apartarme. En aquel abrazo noté todo el amor que me tenía y ese lazo que habíamos estado tensando y rompiendo durante tanto tiempo. Y nos echamos a llorar.

Me dijo que no estaba de acuerdo con mi decisión, pero que siempre estaría conmigo y que me acompañaría al quirófano. Aunque me quedé algo descolocado, se lo agradecí y me hizo un poquito más feliz. Sabía que no estábamos cerca de arreglar las cosas, pero supe que nos acercábamos, poco a poco.

La operación fue bien. Salí de ella dolorido, pero feliz. Las cicatrices no eran muy grandes y me habían colocado bien los pezones. Me dijeron cómo tenía que tratar las heridas y pronto estuve de vuelta en casa. Mi madre me cuidó muchísimo y se aseguró de que cumplía con las indicaciones del médico. Nunca más volví a sentir mi pecho, pero ya tenía la forma que yo quería.

Sin embargo, unos meses después sucedió algo con lo que no contaba.

El profesor de Filosofía, nuestro tutor del momento, se puso de baja. La profesora que llegó, y que tuvo que tutorizarnos a todos, era hipnótica.

Tendría unos treinta años. Se llamaba Carolina. Morena, de ojos marrones y pelo corto, y una mente brillante. Se reunió con cada uno de nosotros para que le contásemos un poco quiénes éramos y a qué nos queríamos dedicar, para poder ayudarnos mejor en aquel curso previo a los estudios superiores.

Andy salió del despacho con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Me ha dicho que se me daría muy bien el mundo del arte! —Elle había querido ser pintore, así que me alegré mucho por él. Parecía una tutora que sabía ver nuestro interior.

Cuando me tocó el turno, entré nervioso en la sala. Me senté enfrente de ella, haciendo poco contacto visual, como de costumbre. Me costaba hablar con los demás, pero ella no parecía incómoda con mi extraño comportamiento. En vez de eso, me sonrió y me preguntó qué quería ser en diez años.

—Biólogo. Investigador. Yo... Me gusta el laboratorio.

—Veo que aquí trae tu nombre tachado y pone encima «Axel». ¿Es así como prefieres que te llame?

—Sí. Soy trans. Enseguida me cambiaré el nombre oficialmente.

La conversación fue mantenida en todo momento por ella, pero no me sentí incómodo. Me trató muy bien y me preguntó si había ido alguna vez a terapia psicológica. La pregunta me extrañó mucho, pero negué con la cabeza, mirando al suelo.

—¿Te gustaría? Igual te puede ayudar con las relaciones sociales. Si quieres, puedo hablar con tus padres.

Sí. Ésa era mi oportunidad. Mis antiguos tutores siempre esquivaban el tema trans en sus reuniones, pero seguro que ella era diferente. Seguro que les hacía entrar en razón. Era ella la que me lo había propuesto.

—Sí. Por favor.

Mis padres fueron a hablar con ella la semana siguiente. Me pasé toda la clase de Matemáticas pensando en cómo habría ido la reunión y me marché a casa en cuanto sonó el timbre. Cuando llegué, mis padres me pidieron hablar. Estaban los dos serios, pero preocupados. Empezó mi madre:

—Axel... Nos ha dicho tu tutora que igual necesitas ir a terapia. ¿Te gustaría?

—Sí, mamá... Creo que podría ayudarme con muchas cosas.

—Claro que sí, ahora al loquero... ¿Qué te va a decir él que no te podamos decir nosotros? — Mi padre no parecía estar muy de acuerdo con el concepto de «psicólogo».

—¡Juan! ¿Qué dices? Si necesita ir a hablar con una psicóloga, que vaya. ¿O es que ahora tú eres psicólogo? — Mi madre estalló antes de que yo pudiera reaccionar, dejándonos a mi padre y a mí con la boca abierta.

Después de aquello, mi padre no volvió a abrir la boca al respecto. Mejor.

Y así fue como empezó mi viaje por la terapia psicológica. Mi psicóloga se llamaba Paz y pronto se dio cuenta de mis dificultades para establecer relaciones sociales estables y que me

aportasen lo que yo estaba buscando.

Paz me dio la calma que estaba buscando. La que necesitaba. Fue un proceso largo, que duró meses, pero, al terminar el curso, mi ansiedad disminuyó a niveles normales y mi relación con mis amigos mejoró considerablemente. Conocí gente nueva, diferente, con la que podía hablar de todo lo que me gustaba.

También me aconsejó meterme en grupos de personas con las que compartiera *hobbies*, lo que hizo que me sintiera más integrado entre mis iguales. Vi que las personas no eran como yo pensaba y que había quien tenía la paciencia de hablar conmigo, aunque a mí me costase abrirme. Que no había nada malo en mí, porque cada uno tiene su personalidad, y quien no lo acepte es quien de verdad tiene el problema.

En clase, Carolina nos enseñó muchísimas más cosas de las que aparecían en el temario. Aun así, a nadie le resultó pesado. Todos le pedíamos más, que se quedara un ratito más, que les dijera a los demás profesores que iba muy mal con el contenido y que necesitaba más horas... Nunca funcionaba, así que siempre estaba alguno de nosotros en su despacho en los recreos. Era, simplemente, maravillosa.

Se volcó muchísimo con Andy y conmigo. Se dio cuenta de que éramos los más marginados de la clase y nos ayudó a integrarnos, a encontrar nuevos intereses y a pensar de forma crítica. Entre todos, hacíamos debates por equipos, sobre temas de actualidad, y ella nos asignaba las posiciones. No podíamos defender lo que quisiéramos: teníamos que ponernos siempre en el lugar del otro.

Sin embargo, había un tema que nunca tocábamos: la identidad de género. Andy y yo teníamos la teoría de que le parecía indiscutible que había que respetar las identidades de todo el mundo, y que por eso nunca quería ponerlo en debate.

Mantuvimos el contacto después de terminar el Bachillerato. Seguía siendo una relación alumnos-profesora, evidentemente, pero nos gustaba tanto hablar con ella que acabamos quedando varias veces, siempre en lugares abiertos.

Y salió el tema. El tema trans. Y no fue como pensábamos. Ella... Ella era terf. Nos contó que siempre había apoyado al movimiento trans, pero que, cuando empezaron a llamarlas tráfobas a ella y a su novia por no querer tener relaciones sexuales con alguien que tuviera pene, «abrió los ojos». Se dio cuenta de que, en el movimiento, nadie era capaz de definir lo que era una mujer. De que dejaban de lado a las lesbianas y las coaccionaban para que aceptasen a «mujeres con pene».

Ante nuestras miradas perplejas, nos habló de todo lo que consideraba incoherente dentro del movimiento. Y nos dijo algo que se nos quedó grabado: «Existen tantas personalidades como personas. ¿Por qué modificar irreversiblemente los cuerpos de aquellos que se salen de la norma social? ¿En base a qué?». Nos mostró los estudios en los que se demostraba que, entre los chicos trans, había una inmensa mayoría de personas del espectro del autismo, lesbianas, que habían sido aisladas por ser «diferentes».

Que, desde su movimiento, el feminismo radical, se decía que había que ayudar a quienes tenían problemas antes de permitirles tomar decisiones irreversibles. Y que el sexo era inmutable: por mucho que se intentase, no se podía cambiar.

Evidentemente, aquélla fue la última vez que la vimos. Andy y yo la criticamos en privado. ¡Era una transfoba! Negaba nuestras identidades.

Pero Andy le siguió dando vueltas. Sé que discutió con sus padres y que se fue de casa poco después. Estudió la FP que quería mientras trabajaba y compartía piso con otras personas de su clase. Nuestra relación se rompió al empezar yo con la universidad, porque nuestros horarios no coincidían, y las cosas ya no eran iguales desde que nuestros caminos eran tan diferentes. Nunca supe por qué discutió con su familia.

A medida que pasaba el tiempo, yo no podía evitar preguntarme qué es lo que me hacía hombre. ¿Qué habría sido de mí si me hubieran ayudado con mis problemas sociales antes de empezar la transición? ¿Habría continuado con la transición si me hubieran hablado de mujeres críticas con las normas sociales? ¿Y si me hubieran dicho que no era raro que las lesbianas rechazasen sus cuerpos por rechazo social hacia las mujeres que se salían de la feminidad?

¿Y si hubiera podido ser feliz sin medicación ni operaciones?

¿Y si mi cuerpo no estuviera modificado de forma irreversible?

La terapia con Paz hizo que mis problemas sociales se fueran casi por completo. Me ayudó a expresarme, a entender a los demás y a aceptar que siempre me habían gustado las mujeres. Me ayudó con mi autoestima. Básicamente, me ofreció todo lo que debería haberseme ofrecido en mi adolescencia más temprana, cuando empecé a manifestar incomodidad en mi entorno.

Me miré al espejo por primera vez en mucho tiempo. Mis caderas ya no me molestaban tanto, porque había entendido que mi cuerpo no tenía por qué ser de ninguna manera: yo podía comportarme como quisiera, y mi cuerpo tan sólo era la herramienta que me permitía vivir.

Mis genitales ya no me hacen sentir tan incómodo. Mi sexualidad es normal y disfruto de las relaciones sexuales que tengo con mujeres. Aunque siento dolor... La hipertrofia del clítoris hace que mis orgasmos me produzcan incomodidad, y tengo problemas en la vulva y la vagina. La regla ya no me baja, pero me duele como si la tuviera.

Aunque soy feliz con mi cuerpo, sé que nunca lo podré utilizar para lo que lo utilizan mis parejas sexuales. Sé que se me ha privado de esos orgasmos intensos que sienten las mujeres, y posiblemente de mi fertilidad. Se me ha privado de mí misma.

Y eso lo habían hecho la hormonación y la operación que tantas vidas supuestamente salvaban.

No estoy rota. Tengo un cuerpo completo, que me sigue permitiendo vivir. Pero ¿dónde está mi sensibilidad en el pecho? ¿Dónde están mis orgasmos?

¿Cómo vuelvo atrás en el tiempo?

Mamá, soy yo, Marina. Tenías razón.

Mamá, ayúdame.

¿Qué ve tu hija en las redes sociales?

Las redes sociales nos ofrecen una forma de comunicarnos con el resto del mundo a través de internet. Ya sea con texto, con audio, con imágenes o con vídeo, podemos hablar con alguien que se encuentre en el otro extremo del globo.

También nos permiten crear comunidades. Puede que, en tu pueblo, aquél en el que vive tu familia desde hace generaciones, nadie piense como tú. Pero en internet siempre hay alguien que comparte tu forma de ver las cosas. En redes sociales se crean grupos que buscan compartir esas ideas y convencer a los demás de ellas, ya sea a través de argumentos, de coacción o de manipulación.

La adolescencia puede ir unida a una sensación de soledad. «Nadie me comprende», «Me siento solo», «Las demás chicas no me entienden» son frases que se repiten constantemente. Los padres, preocupados, pueden ver en las redes sociales una forma de que sus hijos socialicen y encuentren «su grupo». Se hace con buena intención, pero el caso es que tu hija pasa horas delante de la pantalla. «¿Qué estás viendo?», puede que le preguntes de vez en cuando. «Nada, mamá, vídeos de gente, memes...», probablemente te responda.

Tú te quedas tranquila. ¿Qué cosas malas puede estar viendo? Ya controlas que nadie le mande mensajes de índole sexual, porque de vez en cuando revisas —sin que ella se entere, cuando aún es muy pequeña— sus chats. Además, miles de veces le has hablado de consentimiento, de que ningún hombre puede mandarle imágenes, vídeos o mensajes no solicitados, y de que, si algún adulto o desconocido le habla, debe contártelo inmediatamente. Está todo bajo control.

¿Todo?

TikTok

TikTok es una red social que permite a los usuarios compartir vídeos de sí mismos, de otros, de dibujos o de cualquier cosa que se les ocurra, acompañados de audio. Este audio puede ser música o alguien hablando. Dentro de los vídeos de TikTok se encuentran desde vídeos de perros

haciendo cosas graciosas hasta algunos de índole sexual, pasando por vídeos de ecologismo, de animalismo, LGTBIQ+, feminismo...

La plataforma permite al resto de usuarios interactuar con estos vídeos. Puedes indicar que te gusta pulsando dos veces la pantalla o pulsando en un corazón que hay a la derecha. También puedes comentarlo e interactuar con el resto de usuarios que han dejado ahí sus opiniones, respondiéndoles y entrando en sus perfiles. Puedes guardar los vídeos en tu perfil —no será visible para el resto de los usuarios— para verlos en otro momento y puedes enviárselos a tus amigos, ya sea a través de esa misma red social o de otras que tengas instaladas en el teléfono. También permite el intercambio de mensajes privados —nadie más que tú y la persona o las personas a las que les mandes los mensajes podrá verlos, salvo que alguien haga una captura de pantalla.

Lo primero con lo que se encontrará tu hija al acceder a esta red social son vídeos de mujeres sexualizadas haciendo movimientos de carácter sexual, o incluso gestos explícitos. Se presenta a la mujer como un objeto de consumo, generalmente siendo varones los que interactúan. Aproximadamente un 42 por ciento de los usuarios tienen entre 16 y 25 años —o menos, pero mienten en la edad—, y la mayoría son mujeres.

Además, el algoritmo de TikTok es muy potente. En cuanto das «me gusta» a un vídeo, automáticamente se te van a ofrecer más vídeos de este tipo. No hace falta que te fijas en un tipo de vídeo muchas veces para que te empiecen a aparecer a montones.

Así que tu hija se mete en TikTok y empieza a ver vídeos de chicas bailando y hablando. Esos vídeos no le agradan, porque sabe que lo que se espera de ella es que se sexualice de esa forma, que se fije en su cuerpo, que quiera atraer chicos... Y eso no le gusta.

Como ella siempre ha apoyado al colectivo trans, cuando se encuentra con algún vídeo de una persona trans, le da «me gusta». Quizá sus amigos le manden de vez en cuando alguno de ellos. Ignora los vídeos de mujeres hipersexualizadas. Así, rápidamente le van saliendo más vídeos sobre transgenerismo. Cuáles son las razones por las que alguien se empezó a identificar como trans, qué reacción hubo por parte del entorno... Muchísimos chicos trans hablan de sus experiencias antes de transicionar y del rechazo que sentían hacia sus cuerpos.

«¿Hay alguna chica que no quiera ser chico? Sería mucho mejor.» Este vídeo tiene 293.100 visualizaciones, y 73.100 «me gusta». En una sociedad sexista, en la que ser mujer implica tener mayores probabilidades de ser acosada, violada o agredida, ¿qué chica adolescente no quiere huir de ello? ¿A qué chica le gusta haber pasado a ser sexualizada por personas que ni siquiera le interesan?

Posiblemente, si tu hija se siente aislada y no quiere ser como la sociedad espera que sea por su sexo femenino, se sienta muy identificada con este vídeo. Le da «me gusta», se lo guarda y lo comparte con otras amigas que piensa que pueden entenderlo como ella. A partir de entonces, la red social le presenta más vídeos con la etiqueta «trans».

En otro vídeo con 56.900 visualizaciones y 15.100 «me gusta», un chico trans habla sobre

cómo tiene envidia de los hombres, de cómo les trata la sociedad y de cómo quiere que se le trate así también a él. Como antes, el vídeo lo ve una chica que tiene 15 años, está empezando a vivir esas experiencias sexistas que viven prácticamente todas las mujeres. Los comentarios por la calle, los tocamientos, los gestos sexuales no solicitados, la objetualización. Eso no les pasa a sus compañeros masculinos. Nadie quiere que le pase a ella. ¡Claro que tiene envidia!

Poco a poco, tu TikTok se va llenando con este tipo de mensajes, en los que ser un chico trans se presenta como forma de huir de todo lo que se impone a las mujeres. Personas hablando de lo libres que se sienten, de lo felices que son ahora... Y desinformando —¡en un vídeo con 9 millones y medio de visualizaciones y más de 1 millón y medio de «me gusta» se dice que la intersexualidad es «sentirse como ambos géneros»!

En otro vídeo, con 207.800 visualizaciones y 43.200 «me gusta», un chico trans dice que cuando hizo la transición —de chica a chico— «pude empezar a llevar ropa con la que me siento cómodo, oír los pronombres correctos por primera vez, hacerme un corte de pelo que afirmase mi transición...» y un largo etcétera, que termina con «aceptarme por primera vez a mí mismo».

Imagina que te gusta llevar ropa «masculina». Que quieres cortarte el pelo. ¿Qué pensarás de ese vídeo? Te sentirás identificada. Y te seguirán apareciendo tiktoks sobre ello. Al principio todos serán de la euforia al transicionar, de la disforia de antes... Pero también te hablarán del proceso. Por ejemplo, consejos sobre cómo aplastarse el pecho, vídeos que indican cómo hacer un *binder* más apretado, ignorando por completo los efectos de este aplastamiento, asegurando que te hará vivir más libre y más cómodo.

Múltiples vídeos muestran también cosas que algún chico trans descubre sobre la mastectomía y que no sabía, porque nadie le había informado de ello. Sorprende que una de estas cosas sea el drenaje, puesto que en la mayoría de las operaciones se utiliza para evitar otras complicaciones. En concreto, hablamos de un vídeo con 431.500 visualizaciones y 129.500 «me gusta» en el que la persona hace un dibujo de los drenajes y lo tapa con color negro, como queriendo ocultarlo de su vista. Los comentarios: «¿Quéééé? Bueno, lo haré igual» o «¿Qué es eso?». El drenaje es tan sólo una de las muchas cosas que ocurren cuando te haces la doble mastectomía. Nunca hablan de la falta de sensibilidad o de las complicaciones que puede haber.

Es posible que a tu hija le llegue a aparecer algún vídeo como el siguiente: habla de que eres «genderqueer» si sientes que el género que «te asignaron» no encaja contigo, que el concepto de «género» es inventado y estúpido, que nunca encajaste con las chicas —para chicas— o los chicos —para chicos—, si te molesta que la gente utilice términos «con género», si te has sentido intrigado por «las personas no binarias», si tu «expresión de género» cambia cada poco y si preferirías que el género no existiera. Tiene 209.400 visualizaciones y 42.400 «me gusta». Es decir: habla de experiencias que tiene todo el mundo y afirma que, si las tienes, eres «genderqueer».

Resulta especialmente llamativo un vídeo con 291.700 visualizaciones y 56.100 «me gusta» que dice «Toda chica lesbiana tiene una ex que transicionó y, si no la tienes, serás tú». Los

comentarios lo confirman, así como múltiples estudios en todo el mundo: el número de chicas lesbianas que transiciona es preocupante.

Cuando ya estás convencida de que entras en esa definición de «trans», te presentan otro tema importante: si una persona te advierte de los efectos secundarios permanentes de la transición, no es por preocupación, sino porque «piensa que ser trans es una etapa» —104.600 visualizaciones y 24.600 «me gusta».

Tan sólo hemos cogido los ejemplos que mejor representan al conjunto de vídeos. Tienen cientos de miles de reproducciones, «me gusta» e interacciones en los comentarios. No se trata de vídeos aislados: la cantidad de vídeos que hablan de experiencias personales de este tipo es descomunal.

En un principio, esto podría parecer que no es ningún problema. Que tan sólo está dando visibilidad a un colectivo marginado y consiguiendo que más personas puedan ser libres y felices. Pero no es así. El contagio social ha pasado de ser algo que sospechaban una serie de expertos a ser un hecho constatable. Ya se estudió con el fenómeno de los trastornos de la conducta alimentaria, sobre todo, anorexia y bulimia. Las adolescentes compartían a través de las redes sociales su preocupación por su propio físico y los consejos que habían aprendido sobre cómo adelgazar. Las páginas «pro-Ana» —anorexia— y «pro-Mía» —bulimia— fueron analizadas y cerradas por difundir ideas dañinas y animar a un montón de adolescentes a destrozarse su salud a cambio de tener «el mejor cuerpo».

En cuanto al contagio social en la «identidad trans», en ningún caso hablamos de que sea voluntario. Al igual que en los problemas de la conducta alimentaria, los adolescentes comparten sus impresiones sobre un tema que les preocupa: el rechazo que sienten hacia sus propios cuerpos y hacia el sexismo actual, que aún juzga a las lesbianas, a las chicas que quieren ser conductoras de autobús y a los chicos que llevan pelo largo y vestidos.

Son extremadamente comunes los vídeos en los que un chico trans habla de cómo rechazaba la feminidad y odiaba cómo le trataban por tener un cuerpo de mujer, y de cómo fue eso lo que le hizo transicionar. La mayoría de los vídeos de transiciones mujer-a-varón hablan de hormonas y cirugías, y de cómo parecer «un hombre cis». Sin embargo, en el caso de las chicas trans esto es diferente: abundan los vídeos en los que se explica que la transición hormonal o quirúrgica no es necesaria, al igual que el *cispassing*. Que todo ello son tan sólo imposiciones de la sociedad, pero que una mujer puede tener pene y hormonas «típicamente masculinas». Que no hay por qué cambiar el cuerpo.

Hemos tomado como ejemplo un vídeo con 146.700 visualizaciones y 29.000 «me gusta» en el que una mujer trans dice, justamente, que «ahora mismo no me estoy hormonando, porque mi género fluye y he encontrado formas de superar mi disforia ajenas a la hormonación y a las cirugías». Otros muchos vídeos de mujeres trans hablan de que «hay tantas definiciones de mujer como mujeres hay en el mundo, y todas son igual de válidas» —41.100 visualizaciones—, o una mujer trans de 25 años que habla en tono infantil de lo contenta que está de ser una chica —*girl*,

que se traduce como «niña»— en su *girlhood* —niñez femenina—, de cómo las mujeres pueden ser crueles y de lo mucho que le afectan al humor las hormonas. Termina diciendo: «Nos queda mucho por experimentar juntos, gracias por ser mis amigos, os quiero» —9 millones de visualizaciones y 2 millones de «me gusta»—. Esta persona es muy famosa y terminó operándose la cara para feminizarla, pero siempre diciendo que es una niña y manteniendo un tono infantilizado.

Por último, cabe mencionar una cuestión de suma importancia: las «nuevas familias». Las «familias elegidas», las que «realmente te aceptan». Entre los vídeos que podemos encontrar, tanto en TikTok como en otras redes sociales, existen personas adultas que afirman a los adolescentes que las personas que no aceptan su identidad son personas de las que deben alejarse. Incluida su familia. De esta forma, dicen al adolescente que no proporcionarle todo lo que quiera cuando lo quiera en relación con la transición viene de un odio que sienten hacia él, una transfobia incurable que va a hacer que nunca sea feliz. Así, le dicen que no debe estar con esa familia. Que, si tiene que convivir con ellos, les soporte, pero que su familia real es la de ellos, los de las redes sociales, personas adultas a las que no conoce, pero que parecen saber todo sobre su vida.

Hace un tiempo se movió mucho por Twitter el TikTok de una persona autodefinida como no binarie de sexo masculino que hablaba, dirigiéndose a menores, de que él será su nueva familia, que pueden confiar en él y que sabe cómo se sienten. Fue ampliamente discutido si esto era una forma de acoso o *grooming*, ya que el tono que utilizaba era, ciertamente, perturbador. Animamos a los lectores a que entren en su cuenta a verlo por ellos mismos: [thejeffreymarsh](#).

Eso es lo que tu hija ve en TikTok a diario, y el análisis que probablemente hará. ¿Inquietante?

Twitch

Twitch es una plataforma similar a YouTube, en la que los creadores de contenido suben vídeos en directo comentando juegos o deportes. Está muy de moda entre adolescentes y jóvenes, llegando a haber personas dedicadas de forma profesional a grabar directos para esta red. A estas personas se las llama *streamers* y cuentan con una gran influencia social. Entre los más conocidos cabe citar a Ibai —empezó comentando vídeos de League of Legends y ahora es uno de los *streamers* más famosos—, Ninja, Rubius, Juan Guarnizo, Illojuan, AuronPlay...

Algunos de ellos empezaron creando vídeos en YouTube, pero acabaron moviéndose a esta plataforma cuando se hizo más famosa. A veces contratan a personas que cortan fragmentos de sus directos de Twitch para subirlos después a YouTube, manteniendo sus canales activos y acumulando varios millones de seguidores en ellos.

Aunque en esta red social no se encuentra una comunidad trans muy extensa, hemos considerado importante incluirla en este capítulo por el poder actual que tiene a la hora de moldear el pensamiento de los adolescentes. En los videojuegos se ha visto un gran avance en los últimos años, siendo posible escoger ya entre personajes femeninos y masculinos en la mayoría de ellos, cuando antes lo habitual era que se te asignara siempre el sexo masculino —¡y no al nacer!

Además, el papel de la mujer dentro de ellos también ha cambiado. Pongamos de ejemplo el GTA —Grand Theft Auto, un videojuego en el que haces misiones en un mundo virtual—: antes, el protagonista era un varón, y las mujeres que aparecían en la historia principal eran todas mujeres prostitutas. La opción online de este juego permite huir de esto, pudiendo tener más opciones para las mujeres. Sin embargo, la objetización de la mujer sigue siendo evidente. No sólo en este juego: prácticamente en la totalidad de ellos la mujer tiene rasgos sexuales secundarios exagerados, lleva ropa apretada y es objeto de comentarios sexuales por parte de los jugadores.

Esto se puede ver también en los propios *streamers*: las diferencias de comportamiento son abismales. Los hombres tienen físicos variados y visten de forma muy casual: sudaderas, camisetas... El fondo de la habitación que se ve en los vídeos suele tener colores más asociados a la masculinidad. Las mujeres, sin embargo, siempre están maquilladas, y en sus habitaciones predominan los colores rosas, orejas de gato en los cascos, y utilizan un tono de voz más infantilizado. Escotes, ropa apretada... Resulta evidente la presión que tienen por mostrar una imagen mucho más cuidada que sus compañeros masculinos.

Las personas que ven estos vídeos también interactúan de forma diferente con varones y mujeres. Pongamos de ejemplo a Arigameplays: es una mujer *streamer* que siempre va muy sexualizada, mientras que su novio —también *streamer*— presenta una imagen muy diferente. Ella tiene OnlyFans, una plataforma que permite que las mujeres suban fotos sexuales a cambio de dinero, criticada por el movimiento feminista por la objetualización del cuerpo femenino que supone.

No obstante, también tiene sus desventajas ser un chico y ver este tipo de contenidos: si buscas huir de la masculinidad, posiblemente pienses que no quieres comportarte como los *streamers* que ves en los vídeos. Si eres un chico que se preocupa más por su aspecto, al que le gusta el maquillaje... La única representación que tendrás será por parte de mujeres.

Hay algo mucho más importante en todo esto: las enseñanzas que lanza esta plataforma a los jóvenes de hoy en día. Todos conocen a Ibai, a Ninja o a Rubius, y muchos buscan imitar los comportamientos de aquéllos a los que consideran referentes. Pero ese comportamiento que buscan imitar es sexista y hace más profundas las diferencias entre varones y mujeres. Para un chico o una chica que buscan huir de sus cuerpos, negar el sexismo nunca será la solución: si no existieran diferentes expectativas para ellos y para ellas, no sentirían esa presión y no querían

hormonarse. Eso es lo que están aprendiendo en Twitch. Si te sorprende, quédate a ver YouTube: es mucho mejor.

YouTube

YouTube es una plataforma que permite a las personas compartir vídeos. Posiblemente sea conocida por todos los lectores, pero conviene hacer una serie de aclaraciones sobre esta red.

En YouTube, cualquier persona puede tener un canal para subir sus vídeos, tan sólo se necesita una cuenta de Google. Pero lo más habitual es que YouTube sea utilizado por la mayoría de la población para consumir, no para crear: hay unas pocas personas que acumulan millones de visualizaciones en sus vídeos provenientes de espectadores que no subirán después los suyos propios. Para expresar la opinión propia sobre estos contenidos, existen los comentarios de los vídeos: un apartado en el que la gente dice lo que piensa. Comentarios de apoyo hacia los creadores de contenido, de crítica... Todo tipo de ellos. En resumen: es como TikTok, pero con vídeos más largos, y generalmente en horizontal.

Además, entre adolescentes son muy famosos los *youtubers*, creadores de contenido en la plataforma YouTube, que juegan a videojuegos, comentan algún deporte o hacen vídeos humorísticos. Estas personas famosas adquieren una categoría de «referentes». Hace un tiempo se puso de moda entre los menores aspirar a ser *youtubers* famosos, jugando a videojuegos o haciendo vídeos de cosas que les gustaban. Ahora, la mayoría de los *youtubers* han pasado a la plataforma Twitch, pero continúan subiendo vídeos recortados a YouTube, donde acumulan millones de visualizaciones.

La mayoría de estos referentes han sido siempre varones. Como en cualquier ámbito relacionado con la tecnología o los videojuegos, la predominancia del sexo masculino es muy clara. Todos conocemos a ElRubius, AuronPlay, Vegetta777 o Wismichu, Ibai Llanos, o incluso a otros más centrados en temas concretos como Folagor03 con Pokémon. Sin embargo, no tantas personas conocen a *youtubers* femeninas dedicadas a los videojuegos, como LyraGamer, Sarinha o Windy GirkTV.

Quizá sea algo más famoso el caso de Melo Moreno. Es una persona que se dedica a hacer vídeos en YouTube y que se hizo muy famosa hace un tiempo por haberse declarado no binaria y haberse hecho una doble mastectomía por su disforia. La explicación aparece nada más abrir su canal de YouTube. Melo fue durante mucho tiempo un referente lésbico. Muchas chicas que veían sus vídeos la admiraban por hablar abiertamente de su orientación sexual, sobre todo en un ambiente tan sexista como puede ser una plataforma dominada por hombres.

Sin embargo, ella explica en un momento dado que no es «ni hombre ni mujer», sino que está «en el medio». Se trata de una persona no normativa, eso hay que reconocerlo: habiendo nacido mujer, su aspecto no se adecuaba a la feminidad impuesta a las mujeres. Siente atracción por las

mujeres, y los varones no le interesan sexo-afectivamente. En pocas palabras: rechaza la feminidad impuesta.

En los vídeos en los que habla de este tema se puede leer en los comentarios a muchísima gente apoyándola y diciéndole «¡Qué bien que al fin puedas ser tu verdadero yo!», «Yo también estoy buscando mi verdadera identidad», «Gracias a ti conseguí darme cuenta de mi identidad...».

El efecto que puede tener esto en un adolescente es muy fuerte: en un momento complicado, en el que buscas nuevos referentes y piensas que hay algo raro en ti, que la hormonación y las operaciones se presenten como algo liberador e inocuo que hace que mucha gente «encuentre su verdadera identidad» puede llevarte a pensar que ésa también es tu solución. Sobre todo, porque la definición de *género* es increíblemente amplia: los problemas relacionados con el género se definen de tantas maneras que realmente cualquier problema puede estar aquí inscrito.

Además de esto, en YouTube hay una cantidad inmensa de vídeos dedicados a tratar el tema trans y a afirmar la «identidad sentida» de las personas que los visualizan. Con una simple búsqueda de la palabra *trans* os podréis hacer una idea. Los vídeos que hablan de «identidades sentidas» y desinforman sobre hormonas y operaciones aún abundan. Dentro de vídeos aparentemente normales de videojuegos, la persona que los sube habla de «ser trans», de la «necesidad de hormonarse y operarse». De esta forma, mientras los padres y las madres están tranquilos, pensando que sus hijos están viendo un vídeo de Mario Kart, puede que estén oyendo mientras tanto a un *youtuber* decir que lo mejor que pueden hacer los varones que se ajustan al estereotipo femenino es aceptar que son trans.

Quizá esto resulte menos inocuo que lo que vamos a exponer a continuación. Al fin y al cabo, el público al que se dirigen son adolescentes que, aunque influenciables, lo son menos que los niños y las niñas.

YouTube Kids. Si tienes niños, igual alguna vez te planteaste crearles una cuenta de YouTube especial para niños, para que pudieran ver vídeos sin que tengas que estar tú controlando constantemente lo que ven. Pero no es lo que esperas que sea.

Aunque sí que es un espacio en el que se bloquean ciertos vídeos por su contenido no apto para menores de ciertas edades, también te puedes encontrar con contenido «educativo» del «mundo queer». Hay un canal en concreto, llamado «Queer kid stuff», que habla de orientaciones sexuales, de consentimiento... Y de identidad de género.

Dice que hay personas que son mujeres, personas que son varones... Y personas que son, simplemente, personas, ni varones ni mujeres. Que, para conocer el «género» del que alguien es —confusión entre sexo y género número veinte millones—, se le debe preguntar por sus pronombres. Se afirma: «La expresión de género es cómo muestras al mundo cómo te sientes con tu género. Tu pelo, tu ropa, la forma en la que te mueves». «El género es cómo te sientes.»

Después, pone unos cuantos ejemplos. Un chico que dice que muestra al mundo que es un varón con su pelo corto y su ropa masculina, una persona de género fluido poniéndose ropa

diferente dependiendo de cómo se sienta, otra persona no binaria también habla de «fluidez» en su forma de expresión, una chica dice que se pone vestidos, ropa femenina y pintalabios para mostrar que es mujer, otra persona no binaria lo muestra con ropa más neutra... Al oso de peluche que aparece en el vídeo «hablando» con ella le dice que su expresión de género es andrógina, dado que lleva un jersey.

En los vídeos, se relaciona ser mujer con gustos sobre el maquillaje y las cosas «femeninas» referidas a ropa y gestos, y ser varón con la masculinidad, la barba, el pelo corto. Si una persona no se adecúa a esto ¡es trans! Luego dice que no se puede saber el género de una persona por cómo viste, pero eso contradice lo que habían dicho previamente. No se puede saber qué género es... Pero ¿una mujer es quien lleva maquillaje y vestidos?

Encontramos también otra cosa muy interesante: nunca define lo que es el género. Dice que es un sentimiento, pero no dice qué se siente ni cómo. Lo relaciona, en todo momento, con gestos y gustos de la ropa, pero sin dar una definición clara.

Otro episodio empieza en blanco y negro. Aburrido, monótono. Entra una persona no binaria que utiliza el pronombre *elle*. Empiezan a hablar sobre binarismo y no binarismo. «El binarismo de género sólo es chica o chico. Eres no binario cuando no eres sólo chica o chico. Cuando estás fuera de ello», explican. «El binarismo es como el blanco y el negro. Sólo chico o chica. Pero sabemos que no es así. Hay un espectro, uno entero, entre blanco y negro.» Lo representan de colores. «El género mola mucho más cuando puedes ver todos los colores.» La sala vuelve a llenarse de colores otra vez. Los tres personajes que aparecen en el vídeo se sitúan en alguna parte del no binarismo, entre los colores.

De esta forma, enseñan a los niños que el binarismo es aburrido y no permite expresarse a uno como le dé la gana: le encasilla en unos roles y en un estilo de ropa. Sin embargo, ser no binarie es divertido. Todo se vuelve de colores y puedes ser como quieras ser. Dicen a los espectadores que cojan los colores y dibujen su propio espectro de género. Recordemos quiénes son los espectadores: niños menores de doce años.

En resumen: los canales de YouTube que están dirigidos tanto a adolescentes como a niños muestran información incompleta sobre estos temas. En ninguno de ellos se va a oír hablar de destransición, ni de efectos secundarios por las hormonas o las operaciones. Tampoco definen en ningún momento lo que es el género, ni cómo puede sentirlo el espectador. Pero sí dicen que las mujeres son femeninas y los varones, masculinos. Dicen huir de ello, pero cuando definen cada «género», lo hacen en base a este tipo de estereotipos. Además, ser trans es presentado como algo divertido, algo guay, y como una forma de huir del sufrimiento. ¿Esto es sólo visibilización de un colectivo oprimido?

Series y películas

Cuando nos suscribimos a alguna plataforma en la que se nos ofrecen series o películas, muchas veces pensamos que eso hará que nuestros niños puedan ver la tele de forma segura, sin anuncios y sin que puedan cambiar el canal. Muchas de estas plataformas tienen un «modo niños», en el que se publicitan tan sólo series infantiles, y no se permite que el usuario vea otro tipo de vídeos. Pero ¿qué es lo que se encuentran?

Hay multitud de series entretenidas, de aventuras, de fantasía y de muchos otros géneros, que hablan de cómo portarse bien con los demás, cómo gestionar tus propias emociones. Un gran ejemplo es *Bluey*, una serie en la que los protagonistas son una familia de perros formada por un padre, una madre y dos hijas. En cada capítulo se trata un tema diferente, pero todos ellos parecen encaminados a ayudar a niños y a niñas con temas de su vida cotidiana. Otras series tratan temas que van más allá del trato con los demás y la gestión y expresión de las emociones. Hay series infantiles que tratan temas identitarios, o los incluyen sin explicación.

Es evidente que la inclusión de todo tipo de personas en las ficciones que consumen los menores es muy necesaria. Por ejemplo, en *She-Ra*, una serie sobre princesas fuertes y amistad, hay muchas parejas homosexuales. Las protagonistas, Gata y Adora, terminan siendo pareja. Este tipo de inclusión, en la que nadie se sorprende por la existencia de la homosexualidad, ayuda a que los niños incluyan este tipo de familias y relaciones en el campo de sus posibilidades en la vida adulta. No es sensato pensar que puedan llegar a ser homosexuales o bisexuales por ver a alguien que sí lo es, pero sí que van a verlo como algo normal. Es más: no tendría nada de malo que los niños experimentasen de adultos atracción hacia su mismo sexo por ver series de televisión en las que aparecieran personajes homosexuales. La atracción homosexual no provoca daños conocidos. No hace falta operarse ni medicarse por ello.

En *She-Ra* también aparece un personaje no binario y un personaje trans —aunque en español es muy difícil averiguar que lo son—. Esta inclusión no es negativa, puesto que presenta en la serie realidades sociales que no podemos invisibilizar. En ningún momento se dice que tal o cual personaje sea trans por comportarse de una determinada manera, ni se alaba su transición, ni se le ofrece un trato diferente o especial por ello. Sin embargo, hay series en las que esto no es así.

En *El Príncipe Dragón* hay un personaje trans no binario y otro binario. El no binario aparece muy poco tiempo y no se dice nada de su historia o de por qué se considera así. Sin embargo, del personaje trans binario se explica que siempre sintió que no encajaba con los demás y que había algo diferente en él. No se llega a decir de forma explícita que es trans o que realizó este tipo de transición, pero queda bastante claro.

Por último, cabe mencionar la serie infantil *Dead End: Paranormal Park*. Trata de las aventuras que viven Barney y Norma, unos adolescentes que trabajan por el verano en un parque de atracciones encantado. Barney es un chico trans que huye de su casa porque no le aceptan. En varios episodios comenta los problemas que tiene con su familia. Echa en cara a sus padres que no le apoyen lo suficiente. Barney decide mudarse al parque de atracciones con su «familia escogida» —concepto del que ya hablamos en el apartado relativo a TikTok—, donde afirma

poder ser «él mismo». Para él, esto implica que nadie le cuestione nunca y que nadie pueda decirle nada sobre el tema de su transición.

En cuanto a series adolescentes, los ejemplos son más conocidos. La introducción de este tipo de personajes ha sido muy comentada, no solamente por la comunidad trans, sino también por la población en general. Aparecen en series tan vistas como *Euphoria* o *Élite*.

En *Euphoria*, Jules es una mujer trans. La actriz que la interpreta también lo es —no como ocurre, por ejemplo, en *La Casa de Papel*—. Desde muy joven ha tenido claro que quería transicionar médicamente y se separó de parte de su familia por oponerse a ello. A esta parte de la familia se la retrata como gente que no sabe empatizar ni ponerse en el lugar del otro.

Élite presenta a Nico, un chico trans interpretado también por un actor trans. Aparece en la última temporada disponible hasta el momento —la sexta temporada— y desde el principio se muestra su transición. Sus padres le apoyaron siempre, aunque al principio les costase un poco. Al final, «entendieron que él iba a ser feliz así» y siguieron todos los pasos de una terapia afirmativa.

Nico empieza el curso con un DNI nuevo, en el que aparece su nuevo nombre y su registro del sexo masculino. Lleva un tiempo con hormonas, ya le ha cambiado la voz y le ha salido pelo en la zona de la barba. En cuanto a los temas que se tratan, el más importante en relación con él es la transfobia.

Su interés sexual es exclusivo hacia las mujeres, y se ve que no tiene ningún problema para ligar. De hecho, se acuesta de forma regular con una compañera de su clase. Sin embargo, otra le llama más la atención, y se acaban liando. Cuando están a solas, en la cama, ella no quiere bajarle los pantalones, porque no le atrae sexualmente su vulva. Inmediatamente es tachada de transfoba. A partir de entonces, todas sus interacciones giran alrededor de lo malvada que es por no querer acostarse con él ya que... ¡no le atrae su sexo!

Al final de la temporada, se ve cómo él entra a una clínica privada con el objetivo de realizarse una faloplastia. Tanto la chica con la que se liaba al principio como el público acaban con la idea de que lo hace para poder atraer a las mujeres a las que no les atrae el sexo femenino. Por mucho que él insista en que no es así, y que lo quiere hacer únicamente por él, su entorno parece convencido de ello, puesto que nunca mostró incomodidad con tener vulva en vez de pene. ¿Nos encontraremos en temporadas futuras con el primer caso de destransición en una serie de televisión? Lo veremos dentro de unos años.

Otra serie con temática trans es *Sex Education*. En la tercera temporada se introducen dos personajes trans, centrándose la trama sobre todo en uno de ellos. Se cambia en los baños abandonados del instituto, para que nadie pueda ver su cuerpo mientras lo hace, y para no tener que escoger entre «vestuarios femeninos» y «vestuarios masculinos». Sin embargo, la nueva directora no parece contenta con este tema.

A esta mujer se la presenta como molesta, sin ningún tipo de empatía, completamente antifeminista, egocéntrica y autoritaria. Y, sorpresa, es la única «tránsfoba» de allí. En un

momento dado separa a los alumnos en «mujeres» y «hombres» para una clase de educación sexual, y les dice a estas dos personas trans que tienen que escoger una fila. Como no saben, les dice que les vendrá mejor la de las mujeres, ya que se corresponde con su sexo. Se muestra como un gesto transfobo.

Cerca del final, uno de los personajes le pide al otro que le enseñe cómo aplastarse el pecho, porque la forma en la que lo estaba haciendo le causaba muchos daños. Tenía heridas en los pechos y le dolía. El personaje no binario le enseña lo que es un *binder*, y le presta uno para que se lo pruebe. Las indicaciones que le da sobre cómo llevarlo no son completas y pueden inducir a graves errores a la audiencia de la serie.

Reddit

Reddit es una red social similar a Twitter. En ella, las personas pueden subir textos largos comentando algún tema, contando una historia o haciendo una pregunta. En los comentarios puede llegar a haber debates, o se puede responder a las preguntas que se hubieran planteado.

Los canales de Reddit son un tipo de cuentas generalmente gestionadas por más de una persona, que suelen dedicarse a un tema y publicar sobre ello. Existen canales sobre pájaros, sobre Harry Potter, sobre Pokémon, sobre memes... Y también sobre transición. La forma de llegar a dichas cuentas puede ser variada, pero, una vez se entra, los mensajes que aparecen son los siguientes.

En r/MtF —«MtF» significa «Male to Female», «de varón a mujer»— podemos leer mensajes de todo tipo. En uno en concreto, una persona pregunta en qué momento de la transición se pasa a ser mujer. Hay todo tipo de respuestas, pero las más comunes son «cuando te diste cuenta de que lo eras» y «lo fuiste siempre, porque tienes cerebro de mujer desde el útero».

Si un adolescente ha llegado a los canales trans de Reddit, lo más probable es que ya se esté empezando a cuestionar su identidad o ya se haya autodenominado trans. No es una plataforma tan utilizada ni tan famosa como Twitch o YouTube, y la información que se comparte parece ser mucho más concreta.

Leer que alguien es mujer «cuando se da cuenta de que lo es» no significa nada: es una afirmación circular carente de contenido. Sin embargo, supone una afirmación muy significativa para las personas trans: eres lo que dices ser cuando dices serlo, y nadie puede cuestionarlo.

A lo largo de todo el canal, hay diferentes *posts* y comentarios, pero la mayoría tienen características comunes: suelen ser quejas porque el resto de la gente les hace *misgender* —el género gramatical con el que son tratados no se corresponde con su género social— e insultos hacia las mujeres, a las que llaman «TERF» o «Karen» —mote usado para las mujeres que consideran blancas, ricas y pijas, generalmente desconectadas de la realidad, únicamente dedicadas a pensar en sí mismas.

Hablan de su sexualidad, de sus experiencias personales... Una persona comenta que es una mujer trans lesbiana, y que le costó darse cuenta, porque pensaba que sólo era un varón que fetichizaba el lesbianismo hasta que se dio cuenta de que era lesbiana. En comentarios, muchas personas hablan de que pasaron por lo mismo.

También se comparten experiencias con las hormonas: el crecimiento de los pechos, las preocupaciones... Pero no los efectos secundarios. Hablar de ellos no está bien visto. De esta forma, una persona que esté pensando en hormonarse es informada de todo lo positivo que va a notar, pero no de lo negativo. Miles de personas hablan, felices, de lo bien que les ha venido empezar la terapia hormonal y de cómo les ha cambiado la vida. Pero a quien dice que no le ha venido bien se le cancela. Es por eso que el canal de destransicionadores y el de transicionadores no están unidos.

También son bastante comunes las experiencias sobre cómo transicionan las mujeres trans. La mayoría hablan de maquillaje, de pelo largo, de vestidos... De cómo la feminidad les hace ser mujeres. Una persona de 16 años hace una pregunta: «Llevo un tiempo cuestionando mi género. No creo que me guste mi vida como chico, y tengo envidia de lo que tienen las chicas y yo no tengo, y no sé qué hacer. Tengo miedo de que si se lo digo a mis padres me deshereden». Y las respuestas que recibe le animan a comenzar la hormonación y los bloqueadores de pubertad. En un comentario le preguntan si le habría gustado nacer mujer, y dice que sí, porque «la vida habría sido mucho más fácil». La conclusión es que es trans por ello.

El canal paralelo a r/MtF es r/FtM —esta vez «Female to Male», «de mujer a varón»—. En este canal también encontramos comentarios sobre la transición y preocupaciones al respecto, pero parecen diferentes a las de r/MtF. Las personas hablan aquí de la euforia de librarse de sus pechos, algunos subiendo fotos de su pecho en donde se exhibe orgullosa una enorme cicatriz. También hablan del dolor, pero siempre diciendo que la euforia es superior a cualquier dolor que sienten. Hablan de alivio, de libertad...

Cualquier mujer que tenga problemas de autoestima con su cuerpo y lea esto puede llegar fácilmente a la conclusión de que la transición es lo que necesita para ser feliz. Sobre todo, si ha entrado en Reddit después de haberse declarado trans, o mientras se lo está cuestionando. Puede que haya llegado a través de TikTok, tras ver en los vídeos lo felices y libres que están los chicos trans.

La cantidad de afirmación de la identidad transgénero en esta red es inmensa. Se presenta la transición como liberadora. Si hay algo que resulta negativo, se achaca a la transfobia, pero todo lo demás parece ser la mejor decisión que podían haber tomado. Otras personas comentan que antes se negaban a sí mismas que eran trans, y que esto les hacía mucho daño. Se ponían ropa «masculina» con la que se sentían cómodos, pero notaban que sus cuerpos no encajaban en ellos. La solución parece ser transicionar.

Cuando se comenta en r/FtM el tema de la destransición, se hace con tono de burla. Un chico trans se pregunta cómo no van a haberles informado, cómo no iban a saber lo que les iba a hacer

la testosterona. Habla de que se quejan del crecimiento del pelo y del clítoris y de tener la voz más grave, pero no menciona ningún problema de salud.

En comentarios se le dice que tiene razón y que los que son «realmente destransicionadores» no se quejan de esas cosas. Como prueba, ponen un enlace a [r/actual_detrans](#), en el que algunas personas que destransicionan cuentan sus experiencias. Además, afirma que las destransiciones son debidas a entornos transfobos, o a errores cometidos por la persona, de los que sólo él es culpable. A estos últimos les llama «terfs» si están de acuerdo con el aumento de los controles sobre quién puede transicionar médicamente.

También dan consejos sobre cómo conseguir fácilmente hormonas. Hemos tomado como ejemplo un comentario en [r/FtM](#) de un chico trans de Andalucía, al que le dicen que vaya a su médico de cabecera a pedirle hormonas y, si le dice que no, que se cambie de médico. Después, añade que nunca ha oído hablar de nadie a quien le hayan dicho que no. Recordemos que estamos hablando de la primera consulta con un médico no especializado en transición.

En resumen: lo más probable es que las personas que entren en Reddit buscando información sobre transgenerismo ya se consideren trans. Lo que van a encontrar aquí, por tanto, es afirmación de su identidad. Pero no información. Encontrarán a más personas que, como ellos, están sufriendo, y buscan la forma de dejar de sufrir. Sin embargo, no encontrarán a nadie que les diga que es una decisión que deben tomar con calma. Al contrario: en cada *post* de alguien que pregunta si debe iniciar la transición médica, las respuestas siempre son afirmativas, nunca prudentes.

Instagram

La última red social a la que vamos a hacer referencia es Instagram. Posiblemente sea conocida por todos los lectores, o al menos por la mayoría, ya que es ampliamente utilizada por la población.

Instagram es una plataforma que permite a los usuarios compartir fotos y vídeos junto con un pequeño texto. Éstos se suben al perfil propio, pudiendo escoger si se desea que los pueda ver todo el mundo o sólo las personas a las que se acepta como seguidores. A su vez, se pueden seguir otras cuentas, y sus publicaciones aparecerán en la bandeja de entrada propia. Como en todas las redes sociales, los «me gusta» van marcando los contenidos que se presentan al usuario, moldeando dichos materiales hacia tendencias cada vez más extremas.

Si tienes una hija o un hijo adolescentes, déjame asegurarte que tienen un perfil en Instagram. Lo sepas tú o no. Es lo más probable: al fin y al cabo, todo el mundo acaba subiendo su vida a Instagram, y comentando publicaciones de los demás en persona. Si quieres encajar, es mejor que te crees una cuenta.

Los efectos nocivos de las redes sociales, y en concreto de ésta que estamos hablando, han

sido objeto de estudio por parte de numerosos investigadores. Las personas comparten trozos perfectos de sus vidas, con filtros indetectables y caras sonrientes. Los cuerpos que se muestran no son reales, ya que las fotos son retocadas; las posturas, muy estudiadas; y el maquillaje nunca falta.

Los estereotipos que enseñan a las adolescentes son muy exagerados. Las chicas deben ser delgadas, tener cara aniñada, pelo largo, preocuparse por su aspecto, comer poco, ir a la moda y gustar a los chicos. Ellos deben estar fuertes, ser duros, no mostrar sentimientos y tener siempre el control.

Y, ¡cómo no!, esto no podía ser diferente en el tema trans. Pasa lo mismo que en TikTok: se presentan unos estereotipos sexistas, de los que muchas niñas y algunos niños quieren huir. Después, aparecen algunas publicaciones de personas trans hablando de sus experiencias. Chicos trans que al fin son libres, chicas trans que se dejaron el pelo largo y se atrevieron a ponerse vestidos. Es decir: personas de un sexo u otro desafiando los estereotipos sexuales. Pero, en vez de aceptar su cuerpo, esto les lleva a identificarse mediante el sexo opuesto. Hablan de doubles mastectomías para ser libres, de estrógeno para poder tener pechos. De lo maravilloso que es aceptar que rechazas tu cuerpo.

Los primeros perfiles públicos transactivistas que encontraremos serán los más famosos. [@saint.josie], con 75.300 seguidores, [@pirateprincessjessica] con 48.900, [@that_edgy_villain] con 43.100, [@jonathanjoly] con 1.100.000, [@mama_de_cloe] con 96.600, [@papagestante] con 23.300, [@blacksuitblonde] con 113.000... ¡[@dylanmulvaney] tiene un millón y medio de seguidores! También hay cuentas gestionadas por más de una persona que tratan temas transgénero, como [@enbynyc] con 16.900 seguidores, [@queeeecharmeleon] con 64.600, cuentas LGTBIQ+ que acumulan millones de seguidores...

Cuando un adolescente entra en las redes sociales y descubre la sexualización y el sexismo del que intenta huir, los vídeos que le animen a alejarse de ello le atraparán. Les dará «me gusta», y quizá los comparta con otros amigos buscando aprobación y comprensión. Y ¿qué tipo de vídeos serán?

Quizá, si tu hija es lesbiana, los que más le llamen la atención serán los de chicas lesbianas. Y, cuando los vea, descubrirá un nuevo mundo: el género. Las personas que más inician una transición de género son chicas lesbianas, y así se refleja en los vídeos. Hay muchas chicas que hablan del rechazo hacia sus pechos, y del deseo de ser tratadas como tratan a los chicos.

Un vídeo con 139.000 «me gusta» muestra a una persona de sexo femenino diciendo que le gusta comprar ropa en la zona de chicos, pero sólo porque es más cómoda. Justo después aparece una bandera trans que llevaba escondida en la espalda. Este vídeo no es un caso aislado. Los comentarios que le hacen así lo demuestran, así como miles de vídeos similares. «A mí me pasó igual», «Es que la de mujer aprieta». Mensajes de chicos trans que tienen vivencias parecidas.

También hay vídeos de personas hablando de lo que es ser trans, o de cómo se dieron cuenta de que lo eran. Por ejemplo, si rechazas el crecimiento de tus pechos, eres un chico trans. O si

naciste varón y quieres parecerte a tus compañeras femeninas. Vídeos de chicas trans hablando de que su pelo largo muestra que son chicas, pero que, cuando se lo recogen, son más masculinas; personas no binarias que utilizan estereotipos —ropa, tonos de voz y gestos— para mostrar si se sienten más mujeres o varones, chicos trans contentos porque al fin pueden cortarse el pelo...

La cantidad de estereotipos es inmensa. Se presenta «ser mujer» y «ser hombre» no como realidades biológicas, sino como resultado de las interpretaciones de la ropa que se use, los gestos que se hagan o el corte de pelo que se prefiera llevar.

La similitud con TikTok es enorme. Esto es, en parte, porque muchos de los vídeos que se suben a Instagram son vídeos de TikTok grabados y vueltos a subir. Las diferencias entre los tipos de vídeos son mínimas, y los mensajes son muy similares. Al igual que en TikTok, cada cierto tiempo se pone de moda un audio o un tipo de vídeo, y es usado por todo el mundo para contar sus propias historias.

Instagram también da muchos consejos en el momento de iniciar una transición. Por ejemplo, cómo ponerse el *binder* de forma segura. Un vídeo en concreto habla de la forma de colocárselo y de quitárselo, algo que evita muchos problemas de salud. Sin embargo, ninguno de ellos habla de que no se debe utilizar para dormir, ni para hacer ejercicio, ni en muchas otras ocasiones, ni de que no se puede utilizar más de cierto tiempo... Tampoco mencionan las posibles complicaciones que conlleva ignorar las recomendaciones.

En muchos *posts* se habla también de cómo, cuando alguien te cuestiona, es que en realidad te odia. Dicen a los adolescentes que, si sus padres no les apoyan desde el principio, pueden recurrir a ellos, que les ayudarán a conseguir las hormonas desde asociaciones y presiones a los médicos. Realmente les convencen de que la única solución a su sufrimiento es la transición. Les dicen que no hay otra opción. Que es lo único que les va a reconciliar consigo mismos y les va a hacer vivir en paz. Realmente les convencen de que la prudencia es odio y transfobia.

En resumen: dentro de Instagram se defiende que ser una chica que rechaza la feminidad o un chico al que le atrae es motivo de transición. O, al menos, así lo expresan en los vídeos. Dicen apoyarte, animarte y querer lo mejor para ti, mientras muestran información incompleta sobre estos temas. Y sí, aquí también están los vídeos de las «nuevas familias», las «familias escogidas», igual que en TikTok.

Merecen una mención especial las cuentas de Instagram dedicadas a menores trans. En ellas, los padres presentan a niños, habitualmente varones, que, desde pequeños, querían ponerse vestidos y dejarse el pelo largo. Pongamos dos casos: [@mama_de_cloe] y [@jonathanjoly]. Ambos tienen niños varones que parecen encontrarse más cómodos con el estereotipo sexual femenino. Aunque en vídeos antiguos se puede ver a estos niños felices con sus cuerpos y sus vestidos, hay un momento en el que los padres parecen descubrir lo que está pasando, y suben un *post* hablando de que sus hijos varones son, en realidad, hijas. Desde entonces, toda su ropa pasa a ser «de niñas», les dejan llevar el pelo largo y empiezan a prestarles más atención.

El apoyo en redes es abrumador. Miles, millones de visitas. «Me gusta.» Sus cuentas empiezan a hacerse famosas y sus nuevas hijas pasan a ser famosas, siendo los padres «los mejores del mundo», «los más valientes» y «los más progresistas». Alguno de estos niños es utilizado también por asociaciones transactivistas como cara visible en manifestaciones y concentraciones.

En resumen: las ideas que se mueven por Instagram son con frecuencia sexistas, malinterpretando conductas totalmente normales. Al rechazo al propio cuerpo le llaman automáticamente «disforia de género», y afirman a los adolescentes que la transición es la única solución. Ellos, sintiéndose perdidos y solos, creen esta retórica y se convencen de que cualquier persona que les cuestione les odia. Se vuelven contra sus padres si éstos no aceptan todo lo que dicen, y se meten cada vez más en las redes a ver vídeos de «su nueva familia» y chatear con quienes les dan la razón.

Quédate con esto:

- Las redes sociales y los contenidos de las plataformas audiovisuales son una importantísima fuente de contenidos propios del transactivismo, en donde se defienden todas las falacias fundamentales de esta subcultura. Casi se podría afirmar que esta subcultura se ha creado en estos ámbitos.
- Las redes sociales y los contenidos de las plataformas audiovisuales ejercen una influencia extraordinaria sobre los jóvenes, con una capacidad de seducción y fascinación nunca vista antes en ningún medio. Son consumidas a diario en dosis gigantescas, de tres, seis, ¡diez horas de duración!
- A pesar de las dificultades que implica y los posibles conflictos que puede provocar, es necesario que los padres ejerzan algún tipo de control sobre el uso que los menores hacen de las redes sociales y los contenidos de las plataformas audiovisuales.

Tercera parte
Cosas de casa

Llegados a este punto del libro, nos vas a permitir la confianza de meternos en tu casa. Es ahí donde están ocurriendo aspectos fundamentales de los conflictos de disforia e identidad de género. Intentaremos dar pautas concretas y específicas sobre cómo afrontar la aparición del problema, las principales cuestiones que se van a suscitar a lo largo de la convivencia en el día a día y una guía detallada sobre cómo mantener conversaciones sobre estos temas con los adolescentes.

Completa esta parte final del libro una posible tipología de las familias en función de cómo reaccionan a esta situación —destacando cuál podría ser la forma más sensata de hacerlo—, y unas reflexiones sobre el papel que están desempeñando centros educativos, psicólogos y asociaciones de familias.

En el comienzo fue el género

Estamos en el momento cero de aparición del problema. Es una fecha que muchas familias pueden nombrar con su día y su mes. Antes de que profundicemos en el larguísimo camino que se abre a partir de este momento, es conveniente hacer una serie de reflexiones acerca de cuestiones que rodean a este terremoto. Recuérdense una vez más la metáfora del bambú, una planta que emplea sus primeros años en tejer una formidable red subterránea de raíces sin asomarse al exterior, y que cuando finalmente se asoma a la superficie crece a toda velocidad. Hoy empieza todo. Vamos a echar una mirada hacia atrás antes de concentrarnos en el incierto futuro.

¿Era en verdad Pippi Calzaslargas un chico trans?

Desde que cumplió diez años, Silvita (13) dedicaba todo su tiempo libre a los cómics manga. Entiéndase: absolutamente todo. Si no estaba durmiendo, comiendo o en clase, con seguridad estaba mirando contenidos manga en internet, o releando una y otra vez todos los cómics que almacenaba en su habitación. Se apilaban formando columnas de equilibrio precario, porque ya no había ninguna balda en donde cupieran. Su madre la obligaba cada pocos meses a subir cajas de cómics al trastero, y ella, de mala gana, los ordenaba, los envolvía y los etiquetaba.

No tenía relaciones sociales, salvo su madre y una hermanastra mayor que pasaba la mayor parte del tiempo con su padre. En clase funcionaba regular. Era una chica tranquila, silenciosa, que no daba ningún problema a los profesores. Bastante inexpresiva para su edad. Sólo se trataba con otra amiga, Adri, que compartía también su afición al manga. Pero no era un trato íntimo. Silvita sabía mucho más que Adri de manga y no podía tener las conversaciones con ella que le hubieran gustado. Porque Silvita sólo hablaba de manga. Así que, aunque volvían juntas del instituto, a menudo Silvita caminaba rápido para poder llegar unos minutos antes y poder empezar a chatear en una comunidad manga inglesa en donde verdaderamente se reunían todos los especialistas.

Un día, durante la cena, madre e hija miraban la televisión. Entrevistaban a un actor famoso

que estaba dando la noticia de lo feliz que se sentía porque su hijo le había hecho saber que era una chica trans. Con indiferencia y en voz baja, Silvita dijo «yo también soy trans».

No te quepa duda: si la serie televisiva sobre Pippi Långstrump hubiera sido rodada en nuestros días por Netflix, nuestra querida Pippi Calzaslargas sería un chico trans o, al menos, un chique no binario. Con total seguridad Tommy y Annika eran menores cisgénero, digo, cissexo, digo, cisgénero. Pero Pippi, transgresora, inconformista, activa, desinhibida, de ninguna manera podía ser cissexo, digo, cisgénero, digo, cissexo. Estaba claro que su identidad no se correspondía con el sexo que le asignaron al nacer. No faltarían piratas que se acercarían a ofrecerle bloqueadores de la pubertad, pero algo me dice que Pippi, nuestra Pippi, los hubiera puesto pies en polvorosa como hizo con los bucaneros de la isla de Taka-Tuka.

No conozco una sola mujer que no se haya identificado con Pippi en algún momento de su infancia. En caso de que hubieran podido elegir, Annika nunca hubiera sido la escogida. ¿Será que la frecuencia de chicos trans y chiques no binarios fue muy alta en aquellos años, pero no se manifestaban porque vivían oprimidos por la transfobia? ¿O será que en la propia construcción social del género las niñas salen perdiendo en autonomía, en actividades de todo tipo, en libertad, por lo que serían muy pocas las chicas que en algún momento de su infancia y juventud no desearon haber nacido varones?

Es un testimonio que oímos a diario en boca de muchísimas mujeres: «si todo este movimiento trans me hubiera pillado a mí cuando tenía 13 años, yo ahora estaría sin pechos y viviría medicada». No lo dicen con nostalgia, sino con alivio de que no haya ocurrido. «¡Pero si yo era la niña más masculina del mundo! No me gustaba nada llevar vestidos, estaba todo el día con los chicos jugando a carreras por el parque. Que dejen en paz a los niños.» «Recuerdo que odiaba llevar el pelo largo y ropa de chica, y me horrorizaba la idea de las relaciones sexuales y de tener hijos en el futuro. Pero fue sólo una etapa. Ahora estoy encantada con ser mujer. Suerte que no viví en la época actual.»

Así que, por un lado, podemos encontrar en la infancia antecedentes completamente naturales y mayoritarios de todas las cuestiones que van a suscitar los problemas adolescentes con la disforia y el género. Pero, por otro lado, junto a estas experiencias comunes nos encontramos también con datos que relacionan estos conflictos identitarios juveniles con problemas del comportamiento o experiencias indeseables ocurridas en la infancia:

1. Varias investigaciones han encontrado entre los jóvenes que presentan disforia de género una frecuencia especialmente alta de esos problemas que suelen agruparse como «trastornos del espectro autista.» Las cifras no son unánimes, y van desde un 20 hasta un 70 por ciento, pero en ambos casos están muy por encima de las cifras que se encuentran entre la población estándar de referencia.

Efectivamente, los problemas autistas de las personas diagnosticadas con este tipo de trastorno del desarrollo se caracterizan habitualmente por incluir rasgos como pensamiento dicotómico blanco/negro, dificultades para comprender las normas de las relaciones sociales, y ciertos problemas sensoriales que pueden extremar el discomfort de algunas experiencias corporales. Es importante notar que no se está afirmando que los trastornos del espectro autista sean la causa de los problemas de disforia e identidad de género. La mera relación que mantienen no permite establecer si son causa, efecto o, mucho más probablemente, el resultado de complejas relaciones entre muchos aspectos que dan como resultado final esa asociación estadística.

2. También se registra entre las personas con conflictos de género una tasa particularmente alta de experiencias traumáticas en el pasado, entre las que destacan claramente los abusos sexuales. De nuevo, el tipo de vínculo que une ambos fenómenos no está claro —¿es el abuso la causa de un rechazo visceral a la maduración sexual que ocurre en la adolescencia, que busca salida a través de la transición al otro sexo?, ¿está funcionando la idea de que el abuso sexual no hubiese ocurrido si el joven hubiera sido del otro sexo?, ¿forma parte de los fenómenos disociativos que vemos con frecuencia tras un trauma emocional grave?
3. Al margen de los problemas autistas y el trauma emocional, otras alteraciones emocionales variadas aparecen también asociadas a los conflictos de género. La lista aquí sería larga, pero básicamente todas giran alrededor de la ansiedad y la depresión. También encontramos problemas de la conducta alimentaria o problemas relacionados con la hiperactividad y la dificultad para mantener la atención. Sabemos que los países occidentales estamos sufriendo en la actualidad una crisis de salud mental que afecta especialmente a los jóvenes. El incremento de la disforia de género puede tener algún tipo de relación con dicha crisis, aunque ello no implique en absoluto que estemos considerando la disforia de género como un problema de salud mental.

¿Se puede hacer prevención de los problemas de identidad de género?



Era la primera vez que Jorge (6) iba a dormir a casa de Marco (6). Compañeros de clase desde Educación Infantil, sus familias habían terminado haciéndose amigas. Los dos niños estaban muy ilusionados con la noche que tenían por delante. Nada más llegar a casa, Jorge se quitó las botas, Marco lo cogió de la mano y le llevó casi corriendo a la habitación en donde tenía todos los juguetes. Ambas madres quedaron charlando en el vestíbulo.

Cuando Jorge llegó a la habitación de los juguetes empezó a recorrerlo todo con la mirada. Quedó extrañado.

—No sabía que tenías una hermana.

—No la tengo.

—Pero... tienes muñecas.

Jorge cogió una barbie que estaba tirada en el suelo y se la enseñó a Marco.

—Sí, me la compró mi tía

—Pero es de chica.

—¿El qué?

—La muñeca.

—No sé... yo a veces juego con ella. Es divertido... Mira.

Tomó la barbie y unos dinosaurios que estaban debajo de la cama. Montó a la barbie en uno de los dinosaurios y empezó a simular que cabalgaba por la alfombra. Cuando llegó hasta los pies de Jorge, éste se agachó, cogió la barbie y el dinosaurio, y volvió a llevarlos cabalgando hasta debajo de la cama.

—¿No tienes Nintendo?

—Tengo legos.

—¿Hacemos... hacemos... una cabaña para la muñeca y un corral para los dinosaurios?

Es muy difícil contestar a la pregunta que encabeza este apartado. La novedad del problema no ha permitido todavía realizar estudios preventivos, siempre muy costosos y complicados de hacer debido a los grandes requerimientos del tamaño de la muestra y la extensión temporal necesaria para un buen seguimiento. Así que las ideas que vamos a presentar a continuación son

meramente tentativas y derivadas de principios generales de la psicología, del conocimiento de los fundamentos de la conducta humana y de un análisis conceptual correcto del fenómeno de la disforia de género que nos permite atisbar cuál puede ser la dinámica de sus inicios.

A todos nos resulta complicado aplicar pautas preventivas con años de antelación pensando en problemas improbables que seguramente nuestros hijos nunca sufrirán. En cualquier caso, los consejos que presentamos a continuación no se aplican únicamente a la prevención de los problemas de identidad de género, sino que forman parte de buenas prácticas de una buena educación general que puede sentar buenas bases para la conducta adolescente y adulta. No son difíciles de aplicar. Únicamente nos exigen ser conscientes de algunos automatismos en nuestras relaciones con los niños que no son del todo recomendables. Vamos a repasar algunos:

1. Debemos transmitir claramente que no existen juguetes, juegos, diversiones, películas, canciones, «para niñas» y «para niños». Que una niña puede jugar al fútbol y eso no le quita una milésima de su condición femenina, y un niño varón puede jugar a hacer collares y pendientes y eso no le quita una milésima de su condición masculina. Intentemos debilitar los estereotipos sexuales todo lo que podamos desde los primeros años y durante toda la educación de los hijos en todos los ámbitos: expresión emocional, rutinas cotidianas, juegos y diversiones...
2. Debemos mostrar ante los niños una clara aceptación de todas las orientaciones sexuales. No es necesario planear de forma premeditada estos momentos, que aparecerán con toda probabilidad en múltiples ocasiones durante la infancia de nuestros hijos. Debemos hablar con toda normalidad de estas cuestiones, presentando la homosexualidad, la bisexualidad o la asexualidad como opciones perfectamente válidas y carentes de cualquier connotación negativa. Los niños deben apreciar desde el primer momento que cualquiera que sea su orientación sexual a partir de la adolescencia será aceptada con indiferencia y sin darle importancia.
3. ¿Qué tal si dejamos de decir «qué guapa» a las niñas doscientas veces al día desde que nacen? «Qué guapa», «qué ojos tan guapos», «qué pelo tan guapo», «qué guapa estás en esta foto», «qué guapa», «qué guapa», «qué guapa», forman parte de un ruido de fondo que las niñas —mucho más que los niños varones— escuchan constantemente en su vida cotidiana a todas horas. Y eso, obviamente, favorece una hiperatención hacia el propio cuerpo que no ayuda a su aceptación y la despreocupación hacia estas cuestiones.
4. En esta misma línea, deberíamos ser especialmente críticos con todas las formas de sexualización de la infancia —suponiendo en los niños actitudes, intereses o tendencias propias de la sexualidad adulta—. Con frecuencia encontramos esta sexualización en los medios de comunicación o en las ofertas de ocio, para intentar explotar de forma mercantil unos aspectos de la vida adulta que sólo pueden crear confusión en los niños, por mucho

que se sientan fascinados ingenuamente por dichos contenidos.

No cabe duda de que la educación y la información afectivo-sexual debe comenzar desde la infancia. Pero tal educación sexual no tiene nada que ver con la hipersexualización de las niñas con la que frecuentemente nos encontramos —reellenos en los bañadores infantiles para simular pechos en niñas de ocho años, disfraces sexys relacionados con algunas profesiones, por ejemplo, enfermeras—, promoción de actitudes sexuales y seductoras a través de muñecas o dibujos animados destinados a encaminar a los niños desde sus primeros años hacia los estereotipos más retrógrados...

5. Debemos educar en el principio de la realidad. Ver felices a nuestros hijos es una potentísima fuente de gratificación para toda la familia, pero, como volveremos a comentar más adelante, es necesario preparar al niño para el camino y no el camino para el niño. Desde las instancias comerciales se intenta constantemente alabar de forma demagógica al niño consumidor, insinuando que su maleable voluntad ha de ser su principal fuente de verdad y que él es la medida de un mundo que existe para él. Pero no es así.

Es sano que los niños pasen por frustraciones, decepciones, derrotas —junto a victorias, alegrías y satisfacciones— que la vida les va a deparar con seguridad. La madurez se alcanza interactuando con un mundo que a veces viene a favor y a veces en contra. No se alcanza eliminando todo obstáculo, toda molestia, para que pueda brotar del interior del niño un supuesto auténtico yo de forma armónica. Incluso para transformar la realidad, para tener una visión crítica de la misma y pasar a la acción política, el primer requisito es situarse dentro de ella.

6. Y una buena práctica para educar en el principio de la realidad es dejar claro al niño desde sus primeros años la diferencia entre sentimientos y razonamientos. Cuando tenga veinte años y estudie Filosofía o Psicología podrá aprender matices importantes acerca de cómo unos y otros están relacionados, pero a los cinco años hay que dejarle claro que una cosa es que él sienta que no necesita ir a la cama porque se lo está pasando muy bien jugando con la Play, y otra cosa es que él sepa que ha de acostarse a una determinada hora si queremos que al día siguiente madrugue para ir a la escuela y aprenda adecuadamente.
7. El uso de dispositivos electrónicos —tablets, ordenadores, smartphones— y los contenidos a los que se accede desde ellos —redes sociales, videojuegos, series de televisión y plataformas de *streaming*— ha de estar seriamente controlado durante la infancia, con supervisión parental constante de los contenidos a los que se expone el niño.
8. Es cierto que el abandono del niño ante una pantalla puede suponer uno de los pocos momentos de paz y descanso que encuentran los padres en el mundo actual. Pero todos sabemos que la red es sobre todo una fuente de influencias sobre las personas más vulnerables y que se parece más a una jungla llena de depredadores que a la sociedad

civilizada y educada en la que nos gusta vivir. ¿De verdad hay algún niño que no haya encontrado la forma de tener una cuenta de TikTok a pesar de la supuesta edad mínima que dicha red social exige a sus usuarios?

9. Si los niños han mostrado algunos de los problemas conductuales repasados al principio de este capítulo, deberemos entonces extremar las precauciones y estar especialmente atentos a las influencias sociales que reciben acerca del sexo y el género.

En cualquier caso, ni la aplicación de estos principios garantiza la ausencia de problemas de identidad de género y disforia en la adolescencia, ni el incumplimiento de estos principios asegura su presencia. La educación en el mundo occidental actual es un intento de sujetar once pulgas con diez dedos, y no tiene sentido que los padres se culpen por los problemas de este tipo que puedan mostrar los adolescentes. El pasado es inamovible. El problema se ha presentado. Vamos a por él.

Desconcierto, incompreensión, desesperación, vergüenza, soledad

—Bueno, mujer, no te lo tomes así. Si Quique es feliz así...

Chelo había quedado con Elena para tomar un café y contarle que su hijo Quique (18) les había comunicado a los padres su decisión de comenzar la transición hacia el sexo femenino. Tanto ella como su marido se encontraban terriblemente preocupados.

—¿Cómo que «si Quique es feliz así»? ¿Qué crees, que nosotros no queremos que nuestro hijo sea feliz?

—A ver, Chelo, siempre fue un poquito... especial. Pero si va a comprar maquillaje con su hermana...

—Y conmigo, ¿y qué? ¿Es lo mismo que le guste maquillarse a que empiece a tomar hormonas y que se implante pechos y sabe Dios qué más? Joder, es que en el instituto me dijeron lo mismo. Que llevaban tiempo llamándole «Queta». ¡Pero si el imbécil del tutor me dijo que su centro era gay friendly! Como si tuviera algo que ver...

—Pues claro que tiene algo que ver. Yo os veo algo homófobos.

—¡Que quiere pasar de ser un hombre homosexual a ser una mujer heterosexual! ¿Cómo vamos a ser homófobos si queremos que sea homosexual y no heterosexual? Que te pasara a ti...

—Pues yo os veo homófobos. Y si me pasara a mí estaría encantada. Aquí lo importante es lo que le haga feliz. Mira, el otro día en la tele entrevistaron a uno que en cuanto lo vi pensé «pero si es igual que Quique». Y había médicos diciendo que era lo más normal del mundo.

—Queta.

—¿Qué?

—Queta. Ahora se llama Queta. Empezarás a llamarle Queta, ¿no?

—Bueno, ¿entre nosotras qué más da que le sigamos llamando Quique?

La declaración de un adolescente como una persona trans provoca en gran parte de los casos una tormenta de emociones negativas en los padres. Muchos de ellos ni siquiera sabían de la existencia de este problema, o de que pudiera presentarse súbitamente en la adolescencia sin haber mostrado ningún indicio previo. Pueden confundirlo con una declaración acerca de la homosexualidad del menor, y la confusión se acentúa cuando el joven mantiene sus deseos sexuales anteriores en esta nueva etapa —cuando, por ejemplo, pasa de ser un varón heterosexual a ser una mujer lesbiana, o viceversa—. Aquellos padres que se rían con condescendencia de la declaración de su hijo y crean que no es más que una tontería que va a durar quince días se van a llevar una desagradable sorpresa en la mayoría de los casos.

Los primeros momentos de acercamiento a la ideología del movimiento transactivista provocan todavía más desconcierto, dada la permanente violación de la lógica más elemental que se practica en todas sus premisas. ¿Cómo que mi hija, con la que he estado todos y cada uno de los días de su vida, a la que he visto minuto a minuto pasar de ser una cría de tres kilos y medio de peso a una adolescente de quince años, es en verdad y siempre ha sido un chico? ¿Qué significa esa afirmación? ¿Qué le ha pasado a mi «descendiente» —por usar una palabra sin marca de género gramatical— para que ayer fuera una chica y hoy sea un chico sin haber cambiado una célula de su cuerpo? ¿Qué significa que deba empezar una transición para poder llegar a ser lo que ya es? ¿Cómo que el sexo se elige, cómo que no hay dos sexos, cómo que el sexo se puede cambiar? ¿Cómo que todo el que no opine de esta manera es un transfobo movido por un odio que no sabe que tiene?

El desconcierto se agudiza cuando los padres comprueban el feliz entusiasmo con el que tanto los medios de comunicación como el entorno más cercano acogen la desaparición del antiguo miembro de la familia y la llegada del nuevo. Con frecuencia, el centro escolar o algunos profesionales de la medicina se unen a la celebración. Los amigos de la familia aplauden la valentía y la decisión del hijo, y no comprenden los recelos y la cara de preocupación que tienen los padres. La transición que va a iniciar el hijo de sus amigos es una ocasión magnífica para demostrar lo avanzados, modernos y sofisticados que son.

En los medios de comunicación el aplauso se convierte directamente en una ovación digna de una prima donna en La Scala de Milán. Pareciera que estamos ante un acto heroico en donde se encarnan la defensa de los derechos humanos y la lucha contra la peor discriminación jamás vivida por un grupo humano. Y aparece la trampa, al darse a entender que la respuesta que los padres muestren ante la declaración del menor será la mejor medida que indicará si son los mejores padres del mundo desbordados por el amor que les inunda o unos fascistas peligrosos, maltratadores de la infancia, corroídos por el odio.

Experimentos muy clásicos en la historia de la psicología señalan que cuando todo nuestro

entorno opina algo con lo que no estamos de acuerdo es posible que cambiemos de opinión y nos rindamos ante la presión social. Por ejemplo, a un grupo de diez personas —nueve de ellas compinchadas con el experimentador y una desconocedora del engaño— se le presentan dos líneas, una de diez centímetros y otra de veinte centímetros, y se va preguntando uno a uno cuál es la línea más corta. Responden primero los cómplices y señalan que la línea más corta es la de veinte centímetros. Cuando le llega el turno al sujeto experimental de verdad, con mucha frecuencia contesta que la línea de veinte centímetros es más corta que la de diez centímetros.

Finalmente, la culpa, la vergüenza, el desconcierto, la soledad, la incompreensión forman una mezcla desesperante. ¿De verdad soy la única persona que tiene muchas dudas acerca de lo que está pasando? ¿De verdad a nadie le preocupa la medicación que quizá tenga que tomar el resto de la vida? ¿Estaré equivocada y la línea más corta es la más larga? Todo el mundo parece tenerlo muy claro...

Pero la realidad es obstinada, y un día aparece Amanda. Aunque habrá que esperar al cierre de esta tercera parte del libro para hablar de eso.

¿Por qué es un problema que afecta más a las chicas que a los chicos?

Mierda. ¿Por qué me tenía que bajar en clase de Naturales? No me tocaba hasta la semana que viene. ¿Tengo una compresa en la mochila? Sí. Cinco minutos hasta que acabe la clase. Cinco minutos. Venga, venga...

Y ahora todos me miran. Genial. Seguro que he manchado el pantalón, voy a ser la nueva Vanessa. Sí, me ato la sudadera a la cintura, así no podrán verlo. Tengo que ir rápido... Mierda, estos baños no tienen espejo, ¿cómo veo si traspasó? Voy a los de los profesores. Joder, al otro lado del insti. Por favor, que no haya nadie. Por favor, por favor, que no esté el grupito de Andrés, por favor... Genial. Ahí están. Y, como siempre, estarán... Sí, viendo fotos de mujeres desnudas. Asquerosos.

—Mira ésta, qué zorra. Qué tetas, ¿has visto? Buá, le hacía de todo. ¿Has visto el vídeo en el que se le ve el culo? Me pone burrísimo.

—Yo las prefiero más calladitas, que no griten mucho. Mira, por ahí viene Lucía. Eh, Lucía, ¿por qué no me la comes? Dicen que las calladitas lo hacen mejor.

Si voy por aquí, les pierdo antes de vista. Sí, por aquí. Bajo las escaleras rápido... Oh, no, allí están Aida y las pijas. Haciéndose selfies, como siempre. Con esos cuerpos delgados y esos tops apretados... ¿Cómo pueden ir cómodas? ¿Se están riendo de mí? ¿Habrá traspasado la sudadera? Que se vayan mucho a la mierda.

El baño al fin. Voy a entrar haciendo ruido, no sea que estén los de siempre liándose. Menos mal, no están. Ahora entro... Oh, no, estoy llena de sangre. Voy a tener que estar todo el día con

la sudadera puesta en la cintura. Qué frío. ¡Y la silla! ¡No me fijé! Seguro que lo han visto y se están riendo de mí... Mamá, ven a buscarme ya.

La investigación es unánime en este punto: el boom transgenerista propio de la adolescencia en estos últimos años se está cebando más en las chicas que en los chicos, en una desproporción que, en números redondos, ronda la ratio 80-20 por ciento. Mezclando este dato con el hecho de que los problemas de disforia e identidad de género están aumentando en el orden del 5.000 por ciento, podemos asegurar que una de las características de la generación de adolescentes actuales es la alta frecuencia de chicas que no quieren ser mujeres.

Entendemos que este desequilibrio encierra algunas de las claves del problema al que nos enfrentamos. No podemos olvidar la presencia, desde finales del siglo XIX, de una serie de trastornos con proporción semejante entre varones y mujeres, que han presentado curiosas características en su distribución temporal: oleadas con rápidos aumentos, que pocas décadas después inician un lento descenso coincidiendo con la aparición de un nuevo problema que afecta al mismo perfil psicológico y sociodemográfico. A partir de los trastornos de conversión a los que se enfrentó la psiquiatría hace ya más de un siglo, hemos visto sucederse los problemas de personalidad múltiple, el trastorno de personalidad *borderline*, los trastornos de la conducta alimentaria. No mantienen una regularidad matemática gracias a la cual unos problemas se van sucediendo a otros de forma geométrica, pero más allá de los altibajos de su casuística se percibe un orden sugerente de tendencias sociales. Para no considerar que la disforia de género de aparición rápida cumple todos los requisitos para convertirse en el siguiente problema de la lista es necesario tener mucho interés en no considerarlo.

¿Y por qué afecta más a las chicas? No es una pregunta fácil, pero podemos probar qué tal funcionan algunas hipótesis sugerentes y nada excluyentes entre sí:

1. Los cambios corporales que aparecen en la adolescencia tienen mayor presencia pública en las chicas que en los chicos. Así como un adolescente varón puede ponerse una sudadera, recluirse en su casa jugando a la Play, comer pizza y pasar completamente inadvertido para el entorno, una adolescente experimenta cambios que inevitablemente la colocan en el centro de la atención social, no siempre respetuosa o amable. La incomodidad, las molestias, la extrañeza que se siente hacia las novedades del nuevo cuerpo pueden resultar muy desasosegantes para la joven.
2. Añadamos a lo anterior el terrible escaparate que las redes sociales suponen, más para las chicas que para los chicos. Influencers, contenidos de Instagram, miles y miles de fotos diarias volando por las redes con estándares de belleza completamente inalcanzables, ante los que es imposible no sentirse acomplexada e hiperconsciente de las mil imperfecciones de nuestros cuerpos. La adolescencia femenina en estos momentos se encuentra sometida a una

feroz competencia, descarnada, y a nadie puede extrañar que muchas chicas simplemente deseen retirarse del juego y abandonar el campo de una batalla que ya está perdida.

3. Y añadamos el porno, accesible de forma instantánea en cualquier momento o situación a través de los móviles. La pornografía está suponiendo la verdadera escuela de comportamiento sexual para toda una generación, que accede a estos contenidos a edades muy tempranas en las que resulta imposible tener una visión crítica de lo que se está viendo. Siempre inclinándose hacia el porno más violento, más despersonalizador, que maltrata y humilla más a las mujeres, los adolescentes varones, por un lado, se excitan con unos contenidos que después buscarán en sus relaciones sexuales, y puede que muchas adolescentes, por otro, crean que han de comportarse como lo hacen dichas actrices. ¿Quién no querría huir de esa situación? ¿A qué mujer le puede gustar cómo se presenta esta etapa de la vida que está iniciando?
4. Los psicólogos conocemos el poder desestabilizador emocional que tienen las situaciones ambiguas sobre las personas, aquellas que animan a comportarse de una determinada manera y, a la vez, a actuar de la manera contraria. En la sociedad actual, disuelta en el aire de las redes sociales y los medios de comunicación, se encuentra el mandamiento de que las chicas deben ser completamente independientes y, a su vez, completamente dependientes del amor de su vida; completamente frívolas y completamente profundas; deben despreocuparse por completo de su imagen corporal y, al mismo tiempo, estar atentísimas a cada pelo de su cuerpo.
5. Como dijimos anteriormente, muchas mujeres han deseado ser varón en algún momento de su infancia o su juventud. Era un pensamiento con pocas posibilidades de extenderse en el tiempo dada la contundencia con la que se impone la realidad. Todos hemos deseado volar, aunque no poder hacerlo no le ha amargado la vida a nadie. Sin embargo, ahora se ha infiltrado la idea de que la voluntad puede ser más fuerte que la realidad, y que una técnica médica sin precedentes ya está en condiciones de obrar ese milagro. Si de pronto apareciera la posibilidad de volar, ¿te imaginas cuántas personas vivirían obsesionadas por ello e incluso volcarían toda su vida para lograr ese propósito? ¿Cuántas dirían que sin volar no tiene sentido su vida?

Quédate con esto:

- La inmensa mayoría de las niñas y jóvenes han deseado en alguna ocasión haber sido chicos.
- Está demostrado que los jóvenes con problemas de disforia o identidad de género presentaron durante la infancia diversos problemas de comportamiento, como los problemas del espectro autista, los derivados de traumas emocionales como el abuso

sexual, y otros problemas variados vinculados a la ansiedad y depresión. Esto no quiere decir que podamos establecer relaciones causa-efecto sencillas.

- Luchar contra los estereotipos sexuales, aceptar abiertamente todas las orientaciones sexuales, rechazar la sexualización de la infancia, educar en el principio de la realidad, distinguir entre sentimientos y razonamientos, y controlar el uso de las redes pueden ser medidas preventivas eficaces en relación con estos problemas.
- Durante la primera etapa tras la aparición del problema, las familias suelen sentirse desconcertadas y confusas dada la ignorancia que tienen sobre el tema.
- Suele resultar frustrante para las familias ver cómo la transición del menor, que es un asunto con muchas esquinas preocupantes para los padres, es tomada como motivo de celebración por el entorno social, las redes y los medios.
- Alrededor del 80 por ciento de los adolescentes que presentan problemas de género y disforia en la adolescencia son chicas.
- Esta mayor incidencia entre las chicas puede explicarse por las peculiaridades corporales de la adolescencia femenina, la nueva presión a la que someten las redes a las mujeres o la irrupción del porno como agente de educación sexual de chicos y chicas.

Cada familia infeliz es diferente a las demás

«Todas las familias felices se parecen; pero cada familia infeliz es diferente a las demás.» No ha sido muy original por nuestra parte titular este capítulo con el famosísimo inicio de *Anna Karenina* de Leon Tolstoi. En efecto, todas las familias son diferentes en la forma en como se enfrentan a la cuestión de tener en casa a un adolescente que se declara trans. En cada caso se cruzan mil factores de estructura familiar, ideología, personalidad de los miembros, salud, posición económica, estilos afectivos, relaciones entre los padres, etcétera, y, sin embargo, tras haber conocido y compartido preocupaciones con muchas familias en esta situación, sí podemos intentar ordenarlas de alguna manera. Encontramos sorprendentes parecidos entre algunas, y, a la vez, éstas mantienen importantes diferencias respecto de otras.

En este capítulo vamos a intentar realizar una tipología de estas familias, presentando cuatro modelos con los que los lectores se sentirán más o menos identificados. Por supuesto, no estamos ante categorías estancas y cerradas, de forma que necesariamente se haya de pertenecer a un tipo u otro de familia. En absoluto. Más bien dibujan ejemplos extremos en medio de los cuales se encuentran la gran mayoría de las familias, cuya cercanía con algún arquetipo u otro no impide que se reconozcan algunos rasgos comunes con los demás modelos. No es necesario enmarcarse en alguna de las cuatro categorías que vamos a exponer, pero reconocerse especialmente en una u otra puede dar algunas sugerencias acerca de cómo mejorar nuestro afrontamiento de la situación.

En el fondo, lo que hemos hecho es llevar al extremo las tres grandes reacciones emocionales que hemos visto en los padres ante la noticia del transgenerismo de sus hijos: la negación autoritaria, la afirmación apresurada y el miedo —a la depresión, al suicidio, al trastorno mental, a perder al adolescente...—. Son tres reacciones humanas perfectamente comprensibles, y no es nuestro propósito en absoluto juzgarlas. Añadimos un cuarto estilo emocional: la prudencia y la sensatez, que también hemos encontrado muchas veces en las familias con las que hemos tenido la ocasión de charlar. Qué duda cabe de que este último sería el más deseable, aunque por supuesto es más fácil decirlo al escribir el capítulo de un libro que hacerlo cuando uno se ve en

una situación real que involucra a los hijos. Veamos si estas cuatro escenas que vamos a presentar tienen sentido para ti.

La familia autoritaria

La primera vez que Marimar (15) comentó con sus padres este asunto, éstos ni siquiera sabían de qué estaba hablando. En varias ocasiones durante el último mes se había propuesto sacar el tema en la mesa, pero luego siempre se echaba atrás. Cuando finalmente lo hizo, las cosas salieron mucho peor que en sus presagios más pesimistas. Al principio escucharon lo que Marimar estaba intentando explicarles con una mezcla de extrañeza y condescendencia, pero el padre fue incapaz de comprender que Marimar ahora fuese un «chico trans».

—Dirás «una chica trans».

—No, papá, «un chico trans».

—Una chica que quiere ser un chico es una chica trans.

—Que no. Una chica que quiere... que es un chico... es un chico trans.

—Eso es una tontería. Tú antes eras una chica normal y ahora nos vienes a decir que eres una chica trans según tú. Pero una chica, no un chico. No sabes ni de lo que estás hablando.

—No, papá, yo antes creía que era una chica porque me ajustaba a mi sexo asignado, y ahora vengo a deciros que soy un chico.

—No tiene sentido.

—No lo tendrá para ti, que no tienes ni idea. Pero es verdad.

A partir de ahí el tono de la conversación fue cada vez más agrio. Cada frase que decía Marimar era ya escuchada por su padre de forma crítica y no podía llegar a terminar casi ninguna. La madre permanecía en silencio, pero su rostro enfadado no dejaba dudas acerca de que compartía la posición del padre. Marimar empezó a gritar.

—¡Sois unos transfobos! ¡En el insti los profesores me apoyan! ¡Todos me apoyan menos vosotros! ¡¡Estoy harta!!

—Pero, Marimar, ¿no entiendes que... —empezó la madre

—¡Alain! ¡Me llamo Alain! ¡Todo el mundo lo sabe! Todos me llaman Alain menos vosotros.

—¡Te has vuelto loca! ¡No dices más que gilipolleces! ¡Mientras vivas en esta casa te llamas Marimar, y te dejas de estas tonterías! ¡No hay más que hablar! ¡De este tema no se vuelve a hablar más en esta casa! Y a partir de ahora se acabó eso de encerrarse en tu habitación con el teléfono móvil. Cada vez que lo quieras usar, lo harás delante de nosotros.

Ante la sorpresa y el desconcierto que provoca la irrupción de este problema en la familia, muchas veces los padres reaccionan con una actitud autoritaria e intolerante, especialmente

cuando no tienen información previa acerca de estas cuestiones y el asunto que les plantea el menor carece de toda lógica desde sus puntos de vista. No parece, sin embargo, que ésta sea la mejor forma de abordar la situación en donde un menor presenta ante la familia sus conflictos acerca de su identidad sexual y su género.

La propia labor educativa de los padres puede haberles enseñado que en ocasiones una actitud autoritaria y castigadora da los resultados deseados. Pero lo que funciona para conseguir ciertos efectos en nuestros hijos puede no funcionar para conseguir otros. Si un bebé gatea hasta un enchufe y estira la mano hacia él, quizá lo más adecuado sea un «¡no!» contundente y enfadado, incluso una pequeña manotada en la mano del bebé. Aunque no creemos que los castigos sean la técnica óptima, en ocasiones pueden ser eficaces para conseguir ciertos cambios de conductas concretas en los menores —recoger la habitación, hacer los deberes, llegar a la hora...

Cuanta mayor dimensión emocional tengan los problemas, cuanto más cruzados estén por actitudes y por argumentaciones, más inadecuadas son las soluciones punitivas. También serán más inadecuadas a medida que vaya aumentando la edad del joven. Desde luego, el autoritarismo, la intolerancia y el castigo no son la estrategia óptima para enfrentarse al lío enrevesado de emociones intensas en el que está enredada una persona que anuncia a sus padres su convicción de que es una persona trans. Entre sus principales inconvenientes destacan que:

1. Hace perder a los padres toda influencia: en efecto, la adolescencia no se caracteriza precisamente por la gran credibilidad que los adultos de la familia tienen para los menores; de hecho, casi la norma es que los padres se conviertan en contramodelos de aquello que desean hacer los hijos. Sin embargo, esto no quiere decir que los padres no conserven parte de la influencia que tuvieron durante la infancia, especialmente si pensamos a medio y largo plazo. Cualquier persona que quiera tener influencia sobre otra —sea profesora, madre, política, médica...— necesita no resultar antipática. Cuando se intenta influir en otra persona mediante métodos coercitivos es muy frecuente que la influencia se produzca en el sentido contrario al deseado.
2. Evita que los padres puedan seguir el día a día y la evolución del adolescente: de nuevo aquí aceptemos que el distanciamiento entre padres e hijos que ocurre en la adolescencia no sólo es inevitable, sino deseable y señal de un correcto desarrollo de la autonomía del menor. Aun así, no todo está perdido, y los adultos pueden seguir supervisando a cierta distancia las actividades, amistades, redes sociales, ocio... de los adolescentes. Pero para esto es necesario no quemar los puentes. Es frecuente que una actitud autoritaria en temas que los menores consideran fundamentales lleve a un distanciamiento total cuyo principal efecto es que al cabo de poco tiempo los padres tienen a un perfecto desconocido viviendo en su casa.
3. Extrema la postura del adolescente: aunque su tono pueda indicar una gran seguridad, el joven que cuenta a su familia sus problemas de autoimagen en el sexo y el género tiene

muchas más dudas de lo que aparenta. Y encontrarse con una negativa radical a lo que está exponiendo en confianza a su familia puede extremar más aun las posturas que está presentando. Es una experiencia que nos resulta familiar a todos: durante las discusiones, debido al contraste con las opiniones contrarias, se radicalizan nuestras propias opiniones y podemos terminar el enfrentamiento con posturas más extremas que las iniciales. Súmese a eso el previsible apoyo que el joven recibe de su círculo social y el incentivo emocional inherente que para un adolescente puede tener distanciarse de la generación anterior. Con frecuencia los padres rumian el problema e inician una discusión con la seguridad de que esta vez sí que poseen el argumento definitivo: nunca funciona. No estamos ante un problema racional.

4. Facilita que el menor encuentre «una nueva familia»: en el repaso que se ha hecho acerca de la presencia del transactivismo en las redes sociales se ha destacado cómo es frecuente que los influencers y modelos transgénero se presenten ante los adolescentes como una nueva familia, esta vez comprensiva, tolerante, plural e inclusiva, a diferencia de lo que caracteriza a su familia real. Obviamente, ésta es otra fantasía más dentro de este enredo de ensoñaciones al que el joven se encuentra suscrito. Todas las subculturas totalizadoras se ofrecen a sus simpatizantes como redes familiares que cubrirán sus necesidades afectivas. La dependencia de los adolescentes por estos grupos puede ser tan grande que les haga tener una fe ciega en sus consignas. En el tema de los enredos del sexo y el género esto puede ser especialmente inadecuado.

Las discusiones constantes, los gritos, las frases hostiles y despectivas, así como los castigos, ponen en peligro un valor que está por encima del nombre sentido, los pronombres o la ropa: los propios lazos familiares. Es necesario mantener la familia como estructura afectiva positiva para todos sus miembros y tener siempre la mirada puesta en no añadir más conflictos a los que ya se están presentando. El tono cariñoso y un lenguaje corporal pacificador es perfectamente compatible con la firmeza en la defensa de planteamientos sensatos. Se puede comprender, reconocer y empatizar con la experiencia que está confiándonos nuestro hijo discrepando amablemente de la explicación que está dando a tal experiencia.

La familia afirmadora

—Tu padre y yo lo que queremos es que seas feliz por encima de todo.

Si Luna (16) hubiera recibido un euro cada vez que oyó a sus padres decir eso a lo largo de su vida, ahora sería la adolescente más rica del mundo. Educados los dos en familias muy religiosas, tanto su padre como su madre intentaron durante toda su infancia llevar a cabo una

educación en donde la libre expresión de todos sus impulsos primara sobre cualquier otra consideración. Desde los 7 años asistía a clases de piano, de danza y de expresión teatral. Al cumplir los 12 años, los padres se sentaron con ella y le regalaron un libro titulado Sólo tú decides quién eres. Así que cada vez que Luna les contaba que algún amigo o compañero de clase se había declarado fluido o no binario, ellos sonreían y mostraban una aprobación entusiasta en todas sus frases.

—No me extraña. ¿Quién quiere ser binario? Ahora lo que necesita es que todos le apoyéis mucho, porque lo ha tenido que pasar muy mal con tanta transfobia.

Fue mirando sudaderas en una conocida franquicia de ropa cuando Luna le comentó a su madre por primera vez que creía que era trans. No le gustaba nada de lo que se probaba. La madre la abrazó. Le preguntó varias veces si estaba segura, y cada respuesta de la chica iba mostrando más certeza. Ni siquiera esperaron a llegar a casa para contárselo al padre. A la salida del centro comercial empezaron a llamar a toda la familia. La voz de la madre mostraba emoción, nervios y muchísimo amor. Al llegar a casa se fundieron los tres en un abrazo mientras la perra movía la cola y corría alrededor.

El siguiente día fue particularmente intenso. A primera hora ya estaban en el centro escolar para informar a la tutora y al equipo directivo. Luna sería Kaoru a partir de hoy. Se encontraba radiante, y durante toda la mañana recibió tantos abrazos que al comienzo del recreo ya había perdido la cuenta. Se sintió particularmente emocionado cuando notó una sonrisa de aprobación de Jorge, profesor de Historia que siempre llevaba una pulsera con la bandera LGTBQ+. Por la tarde fueron al mismo centro comercial en el que habían estado la víspera y compraron dos pantalones y tres sudaderas. No quiso comprar calzado porque no encontró ninguno que le gustase más que el que ya usaba.

—Estefi y Luchi quieren hacer una fiesta este fin de semana para conocer a su nuevo sobrino. Están encantadas con la noticia. Mira este vídeo de Luchi y Carlos. No saben si usar la «o» o la «e».

—Ya quedé el sábado.

—Y habrá que pedir hora en la Unidad de Género, ¿no? ¿Lo has pensado bien? ¿Tú sabes a dónde hay que llamar?

—Ay, mamá, que sí. No seas pesada.

—Tu padre y yo lo que queremos es que seas feliz por encima de todo. Y que seas tú mismo.

Otro tipo de familia con el que nos encontramos frecuentemente es aquella que valora el progresismo como una característica fundamental de sus miembros. No es necesariamente un progresismo estrictamente político, sino más bien una actitud de rebeldía que los lleva a sentir una simpatía emocional básica hacia todo lo que se presente como transgresor y vanguardista, dando mucha más importancia a sus connotaciones de pertenencia a un grupo supuestamente

avanzado que a la solidez científica o filosófica de los asuntos a los que se apuntan. Sus creencias suelen ser minoritarias, en aspectos tan variados como la religión, la ciencia o la filosofía. Cualquier idea que se presente «contra lo establecido» ya despierta de entrada una tendencia a ser creída.

El principal indicio que utilizan para decidir si apoyan o no una idea es comprobar si las otras personas que la apoyan son «de los buenos» o «de los malos». Consideran que es muy importante «ser de izquierdas», aunque si se les pregunta qué es eso probablemente contesten refiriéndose a aspectos más actitudinales que teóricos, hilados con un tono de superioridad intelectual y moral respecto de las demás personas. Para ellos una situación como la que protagoniza este libro es, ante todo, una ocasión más de mostrar su sofisticación, su apertura de mente y su progresismo. Están encantados de que les haya tocado un hijo ungido de una diferencia tan cargada de modernidad y reivindicación.

Y, sin embargo, a pesar de las buenas intenciones y lo altamente concienciados que se encuentran los padres acerca de las grandes cuestiones de justicia social que se están materializando en su hijo, cabe señalar algunos motivos por los que la afirmación radical y el apoyo entusiasta a todo lo que está expresando el adolescente no es habitualmente la mejor estrategia ante esta novedad:

1. La adolescencia es una etapa en donde existe poca relación entre la sensatez de un planteamiento y la seguridad con la que se expresa. De ahí que no sea especialmente prudente dejarse guiar por la vehemencia y las grandes palabras que está manifestando un chico o una chica de 14 o 15 años, ni siquiera cuando coinciden con lo que a los padres les está gustando oír. Sin duda, nos motiva no cometer en la educación de nuestros hijos los errores de autoritarismo y jerarquía que quizá cometieron nuestros padres con nosotros, pero siempre el análisis frío de la situación que estamos encarando debe prevalecer por encima del deseo de mantener una relación igualitaria con nuestros hijos.
2. Aún están muy lejos de poder autogobernarse. Por eso no les permitimos tomar decisiones acerca de su consumo de alcohol u otras drogas, sobre la asistencia o no a la escuela; no pueden votar ni hacerse tatuajes. En ellos no reside ninguna sabiduría esencial que los adultos hayamos perdido, ni tienen un autoconocimiento privilegiado. Están viviendo en una época particularmente confusa, expuestos a las redes sociales y los medios de comunicación más influyentes que nunca hayan existido, en la etapa más influenciable de sus vidas, convencidos de que son las personas menos influenciables del mundo. Resumiendo: unos padres responsables son más necesarios que nunca.
3. Existe una fina línea entre apoyar las declaraciones de nuestros adolescentes y promoverlas. Todos sabemos lo permeables que son los menores, y la facilidad con la que pueden inducirse determinadas creencias y conductas mediante modelado, lenguaje no verbal,

expresiones de aprobación y otras formas sutiles, que permiten que después parezca que los padres no han tenido nada que ver en la aparición de dichos comportamientos en los hijos. En ocasiones se finge estar describiendo algo cuando en realidad se está prescribiendo. El apoyo incondicional a lo que el menor nos cuenta no se limita a reconocer una tendencia, sino que la refuerza y la extrema.

4. En ocasiones es inevitable percibir que el entusiasmo con el que es recibida en el seno familiar la noticia de la condición trans del adolescente tiene un importante componente de esnobismo. El indeseable estigma y la marginación que clásicamente dañaron a las personas con situaciones ambiguas respecto de su sexo o su género puede verse en ocasiones sustituido ahora por otra inadecuada aureola de sofisticación, como si estuviéramos ante personas que han recibido un don que las convierte en seres especiales que encarnan una nueva verdad. No es casual que en determinados círculos —famoso, Hollywood, estrellas pop— este tipo de fenómenos aparezca con más frecuencia que en la población general.
5. Éste no puede ser tratado como un tema trivial. Desde una actitud profundamente ingenua el adolescente puede albergar el sueño de que va a iniciar una transformación limpia que le convertirá en un miembro más del otro sexo, de forma que pronto podrá decir «yo antes era una chica, pero ahora soy un chico» con la misma lógica con la que se puede decir «yo antes vivía en Madrid, pero ahora vivo en Barcelona». No es así. El abordaje meramente sentimental de la situación, su análisis en categorías morales facilonas, alimenta esta ingenuidad e ignora que este tema trata de lesiones en la piel producidas por los *binders*, alteraciones del deseo y el placer sexual, extirpación de órganos, pérdida de masa ósea y muchísimas otras consecuencias a largo plazo.

Tan mala como una actitud autoritaria y censora es una actitud promotora y entusiasta. En ambos casos estamos ante extremos que obedecen más a posturas *a priori* de los padres que a un acercamiento prudente y flexible ante un fenómeno que, por su naturaleza extremadamente novedosa para ellos, debería caracterizarse por la búsqueda de información fiable, la moderación en las decisiones y la prioridad dada al bienestar a medio y largo plazo del menor. Una vez más, las buenas intenciones no son garantías de buenos resultados, y aquí lo decisivo es la sensatez — en este caso, más bien insensatez— de la ideología que inspira la voluntad del adolescente de cambiar de sexo.

La familia asustada

Nada más entrar en internet y googlear «mi hijo es trans» los padres de Joel (18) encontraron una página de una asociación transactivista en donde se aseguraba que el rechazo a la

condición trans de las personas puede provocarles serios problemas de salud mental, y que la represión y no aceptación de las personas trans podría haber estado causando una tasa destacable de suicidios a lo largo de los siglos. La palabra suicidio activó todas las alarmas. Había antecedentes en la familia paterna: un tío del padre había muerto a los 25 años en unas condiciones extrañas que podrían haberse debido a un suicidio.

Hacía tiempo que Joel era prácticamente un desconocido para sus propios padres. Desde los 15 años empezó a encerrarse en sí mismo y a ser poco comunicativo. Pasaba muchas horas en su habitación conectado a redes sociales con su tablet. También jugaba online con amigos. No le gustaba hablar ni dar detalles acerca de la gente con la que salía ni a qué se dedicaban. Su aspecto también había ido cambiando: vestía de formas que a sus padres les parecían estrafalarias, se cortaba el pelo con estilos raros y se lo teñía de colores poco habituales. No era amigo de dar muchas explicaciones, y, aunque no llegaban a alarmarse, sus padres se encontraban un poco extrañados de la deriva que estaba tomando su único hijo. Tenían bastante asumido que Joel era gay, cosa que al padre no le hacía ninguna gracia. Era un tema tabú, que incluso los propios padres no hablaban más allá de alguna indirecta o alguna frase que se empezaba, pero nunca se terminaba.

El día de la graduación del Bachillerato notaron extrañados que sus compañeros de clase le llamaban Joana. Se le veía muy encariñado con uno de ellos, se tocaban mucho, se miraban con especial complicidad. Una profesora se acercó a hablarles: «Son ustedes los padres de Joana, ¿no? Qué alegría lo bien que está este año. Con lo mal que lo pasó en 1.º. Estarán contentos, ¿verdad?». Al día siguiente los padres entraron en la habitación de Joana y le dijeron que no saldrían hasta tener una conversación en profundidad. A muy duras penas consiguieron sacarle unas pocas frases. «Soy trans», «el año pasado estuve muy deprimido, tuve pensamientos suicidas, la orientadora del instituto me ayudó mucho», «salgo con Kay, que es no binarie». No establecía contacto visual, su tono de voz era muy bajo, daba vueltas sin parar a sus anillos.

«¿Qué preferís? ¿Tener una hija trans o tener un hijo muerto?» La madre se echó a llorar al oír esta frase. El hijo de un buen amigo de la familia era un joven psiquiatra que aceptó tomar un café con ellos cuando recibió una llamada muy alarmada de la madre. Tras esa conversación el clima familiar cambió: el padre empezó a estar cada vez más ausente, mientras que la madre empezó a relacionarse con Joana llena de prevenciones, intentando no llevarle nunca la contraria, mostrándose artificialmente afectuosa. Y si por error el padre le llamaba «Joel», ella le trituraba con la mirada. Comenzó a pasar algunas noches en blanco. Escribía constantemente a su hija por WhatsApp y se ponía nerviosa si tardaba en responder. Cualquier mínimo indicio le hacía temer lo peor.

Obviamente, pocas cosas pueden resultar más desasosegantes para unos padres que temer que un hijo pueda llegar a encontrarse tan deprimido como para intentar acabar con su vida. Se trata de

un miedo insidioso, que puede llegar a ser devastador, y que vemos con frecuencia en bastantes familias que afrontan este problema. No vamos a poder tranquilizarlas y garantizar el riesgo cero en estas páginas, pero, aunque no ofrecemos certeza, sí podemos señalar algunas ideas básicas que nos permitirán colocar el problema donde corresponde:

1. Aunque las cifras son muy bajas, es cierto que los estudios registran un porcentaje de suicidios e intentos de suicidio mayor entre los adolescentes trans que entre la población general. Al señalar su terrible gravedad no debemos olvidar su baja frecuencia. Al señalar su baja frecuencia no debemos olvidar su terrible gravedad.
2. Este riesgo no es mayor que el que encontramos en otros problemas emocionales de la adolescencia —trastornos de alimentación, trastorno límite de la personalidad, depresión, consumo de drogas...—. Los problemas citados tienen en común la presencia de autolesiones, como cortes o arañazos, o las ideas de suicidio como una forma de afrontar una situación dolorosa para la que no se ve otra salida.
3. A sabiendas de que todo riesgo debe ser valorado y toda probabilidad superior a cero merece consideración, ninguno de los problemas citados, incluido el transgenerismo en la adolescencia, alcanza tasas alarmantemente altas.
4. Es muy complicado aislar cuál es la relación concreta que vincula la condición trans con las conductas autolesivas, ya que los adolescentes trans presentan en su infancia tasas de otros problemas emocionales y relacionales también superiores a las de la población general —como hemos comentado en el capítulo anterior—, por lo que no queda claro el papel específico —de causa, de efecto, de condición concurrente— que la temática trans tiene en esta cuestión.
5. No hay unanimidad en los estudios acerca de los beneficios que la transición médica tiene sobre la salud mental de las personas trans. Parece que cuanto más largo es el seguimiento que se hace de las personas medicadas y operadas mayor es la reaparición de los malestares previos, incluyendo los suicidios y los intentos de suicidio. Tampoco hay estudios que permitan concluir que el tratamiento afirmativo de la identidad del adolescente trans devuelve su riesgo de conducta suicida a los niveles de la población normal.

Al lado de estas consideraciones, es preciso señalar que está extendido el uso de la posible muerte por suicidio como arma emocional en este problema. El transactivismo lo ha usado constantemente en sus mensajes, provocando que entre los jóvenes haya calado la idea de que el suicidio es un fenómeno extraordinariamente habitual entre las personas trans que no consiguen vivir según su identidad de género sentida —aun cuando los estudios no muestran su vinculación específica desagregada de otras condiciones—. Teniendo en cuenta que otra de las tesis transactivistas afirma que el fenómeno trans ha existido siempre y el boom actual es únicamente

una salida masiva del armario debida a la despatologización, la inclusividad y la tolerancia, ¿de verdad lleva Occidente desde el Imperio romano sufriendo el suicidio de un porcentaje significativo de sus jóvenes debido a que eran personas trans reprimidas? ¿Por qué nadie ha registrado ese drama? ¿Y cómo se explica que la supuesta salida masiva del armario debida a la aceptación y la legislación inclusiva esté coincidiendo con un aumento importante del suicidio juvenil —que lo ha convertido en la primera causa de muerte en adolescentes y jóvenes— en vez de dar lugar a un descenso, como correspondería si la represión fuera la causa de la conducta suicida?

Sin negar el mayor riesgo de conducta suicida en los adolescentes trans, no parece que su explicación sea una sencilla relación causa-efecto entre la no aceptación y las ideas de suicidio, sino una nube borrosa de fenómenos relacionados de forma compleja entre sí y respecto a otras condiciones. Si algo caracteriza al fenómeno de la conducta suicida es su carácter existencial, multifactorial y multidimensional, así como su raigambre social y cultural. El uso demagógico de este tema por parte de activistas o políticos más parece obedecer a análisis descaradamente ideológicos y carentes de toda ética, en donde, una vez más, las personas trans son tratadas como armas arrojadas cuyos ocasionales suicidios se instrumentalizan para intereses espurios. Aun siendo pequeño el porcentaje de suicidios, se trata de un drama familiar que merece todo nuestro respeto y acompañamiento. Es una obligación moral para todos tomar este asunto con la seriedad que le corresponde a este sufrimiento.

Toda familia metida en este lío conoce la frase «es mejor un hijo trans que una hija muerta». Y en ocasiones algunos adolescentes pueden dar a entender que se podrían derivar dramáticas consecuencias irreversibles si no se cumplen totalmente sus expectativas de aceptación. Se practica una idea pasiva y reactiva de la naturaleza humana. La idea de que «si no me afirmáis quizá me suicide» no significa «si no me afirmáis tomaré de forma consciente y adulta la decisión de suicidarme», sino «si no me afirmáis ocurrirá en mí un impulso incontrolable que me llevará a suicidarme», como irremediablemente caemos si alguien nos empuja violentamente. La disforia de género y el transgenerismo son situaciones complicadas que en casos muy extremos pueden verse acompañadas de conductas autolesivas, incluso suicidas. Debemos estar atentos y pedir ayuda profesional si estimamos que nuestros hijos tienen ideas de suicidio, pero dejar que ese miedo sea el guía de nuestra forma de abordar dichos problemas no parece ser la mejor opción, aun comprendiendo la preocupación o el miedo de los padres.

La familia sensata



Carla (14) encontró en un foro de chicos trans una carta perfecta para contar en casa lo que le pasaba. Sólo tuvo que hacer algún pequeño cambio y sustituir «papá y mamá» por «mamá» a secas. Sus padres estaban separados. Su padre vivía a mil kilómetros y sólo le veía dos o tres veces al año. La carta era una declaración en la que se remarcaba lo importante que sería para Carla ser aceptada por su madre, lo mucho que dependía su felicidad de ello y la petición de ser acompañada en el largo camino que quería iniciar hasta convertirse en un chico.

—Mamá, me gustaría que leyeras esto.

—¿Qué es?

—Es una carta que te he escrito.

—... ¿Una carta? Trae. ¿Ahora?

—Sí.

Se sentaron las dos en la mesa de la cocina. La madre quedó totalmente confundida. No tenía ninguna información sobre el tema.

—¿Esto qué quiere decir? ¿Que eres lesbiana?

—No, mamá, no es eso. Soy trans. Y bisexual. Me gustan los chicos y las chicas.

—Pero...

A lo largo de los siguientes días la madre de Carla dedicó todo su escaso tiempo libre a informarse acerca del tema. Se abrió perfiles en redes sociales para conocer el mundo al que pertenecía su hija. Leyó el testimonio de muchísimas chicas y notó que eran muy parecidos al que le había manifestado su hija. Incluso le pareció ver una cierta semejanza de aspecto físico entre ellas. Y se dio cuenta de que estaba ante un problema serio, que iba a durar meses, incluso años, sin que cupiera saber a priori cómo iba a terminar. Se dio cuenta de la importancia de ser prudente. Entendió que tomar decisiones apresuradas o dogmáticas no iba a dar buenos resultados.

Dudó si escribirle también una carta a su hija, y finalmente se animó a hacerlo dado que siempre había tenido una excelente comunicación con ella. Quizá por la ausencia del padre, madre e hija siempre habían tenido una relación muy estrecha. Varias veces durante los últimos años se habían escrito cartas sobre temas diversos y ambas las guardaban con mucho cariño.

—¿Recuerdas cuando la semana pasada me diste una carta para que la leyera?

—Fue hace dos semanas. Sí.

—Pues yo también te he escrito una carta a ti. Me gustaría mucho que la leyeras conmigo. En

la cocina, como la otra vez.

Le tendió el sobre. Se sentaron en los mismos sitios que se habían sentado diez días antes.

«Querida hija,

lo primero de todo, eres lo que más quiero en la vida. Eres el motivo por el que consigo levantarme de la cama por las mañanas los días en los que nada parece tener sentido. Eres en quien más me gusta pensar, con quien más me gusta estar, la persona de cuya felicidad más depende la mía, la persona que más me dolería que pasara por cualquier tipo de sufrimiento. Todo lo que te voy a escribir en esta carta está motivado por ese amor.

Me has contado que quieres iniciar una transición para convertirte en un chico. Y también me has contado que ya eres un chico. Estoy sorprendida. Es un tema que no existía cuando yo tenía tu edad y que no acabo de entender. No comprendo que se pueda ser chica o chico a voluntad, ni que se pueda cambiar el sexo con el que nace una persona. Aun así, quiero informarme bien y leer muchas cosas acerca de este tema antes de formarme una opinión.

Comprendo que a tu edad el mundo te está explotando delante de tus narices, que todo es muy urgente, muy intenso, que te estás cayendo por una catarata mientras intentas hacerte una composición de lugar. Te importan muchísimo tus compañeros, tus amigas, vives las relaciones jugándote la vida día a día. La lucha por el éxito social se ha vuelto muy complicada, muy tensa. Comprendo que ya no quieres apoyarte en mí, como hacías hace unos años. Una madre puede ser una molestia. Es lo normal. Es bueno que sea así.

Si te apetece, podemos hablar siempre que quieras. Vamos a hacer las dos un esfuerzo por comprendernos mutuamente. Yo voy a intentar comprender cómo te sientes y lo que esto supone para ti. Tú vas a intentar comprender lo extrañada y llena de dudas que me siento, y cómo para mí tu entusiasmo no es suficiente para permitir que tomes decisiones que pueden tener consecuencias a largo plazo.

Las dos vamos a cometer errores, pero nos los vamos a perdonar, porque sabemos que esto puede ser duro. Lo más duro va a ser que entiendas que no me puedes pedir que te dañe. Soy tu madre. No me pidas por favor que te haga algo que creo que te va a perjudicar. Convénceme de que será bueno para ti a largo plazo y te apoyaré muy feliz. Me encantaría que me dieras para leer artículos o libros en donde se expone tu punto de vista, y me encantaría que si yo encuentro alguno que me parece interesante también lo leas tú.

En este tema es más peligroso ir demasiado rápido que ir demasiado lento. Vamos a ser prudentes y a no tomar decisiones muy importantes hasta que no haya dudas razonables sobre sus beneficios. Tienes toda la vida por delante. Te seguiré queriendo siempre. Pase lo que pase. Seas mi hija o mi hijo. Para mí eso es lo de menos. Sinceramente, creo que algún día agradecerás que no haya dejado de ser una madre responsable, a pesar de la presión que siento por todas partes para que te diga que sí a todo. Es mi deber, pero no lo hago por deber, sino por amor. Comprendo que muchas veces esto es muy frustrante para un adolescente. Guarda, por

favor, esta carta al lado de las demás y léela siempre que tengas la menor duda de lo muchísimo que me importas.

Te quiero.»

Un principio fundamental que encontramos siempre que las personas nos cuidamos las unas a las otras es el principio de espera atenta, sobre todo cuando nos enfrentamos a situaciones nuevas y complejas en las que no está claro cómo actuar. Se practica en consejo psicológico, en medicina, en psicoterapia. Lo practicamos informalmente las personas entre nosotras cuando recibimos ayuda o ayudamos a otros. Ver cómo va cambiando la situación a medida que pasa el tiempo resulta muy razonable cuando estamos en etapas de la vida especialmente dinámicas o vulnerables —la adolescencia— o cuando nos referimos a problemas relativos a fenómenos especialmente cambiantes —las emociones.

Practicar la espera atenta no quiere decir quedarse parado, no intervenir o pasar de todo. No quiere decir mirar para otro lado o ignorar el problema. No implica que la otra persona no te importa o te resulta indiferente. Al revés, esperar de forma atenta supone, en este caso, supervisar más que nunca el estado de los hijos, interesarse por cómo se sienten sin juzgar y sin ideas preconcebidas acerca de cómo se deben sentir, intentar obtener una visión global del problema con una cierta distancia que al protagonista le resulta imposible obtener. Estamos ante un conflicto lo suficientemente serio como para no permitir que las emociones irracionales, las prisas o las reacciones extremas guíen nuestra actuación. La prudencia es siempre más recomendable que la precipitación.

La conversación tranquila es un elemento fundamental dentro de un abordaje adecuado de los problemas de la identidad de género. Aunque dedicaremos más adelante un capítulo entero a dar claves sobre cómo dialogar con el menor, conviene ahora adelantar unas pocas ideas básicas. No se trata de ganar o perder ninguna discusión. No se trata de dejar totalmente resuelto un tema de esta complejidad tras una única charla, sino de escuchar de la forma más adecuada para que la otra persona nos hable y hablar de la forma más adecuada para que la otra persona nos escuche. No se trata de estar rumiando y planeando qué podemos decir para conseguir nuestros objetivos, ni de considerar que las intervenciones de las otras personas no son más que tiempos muertos en los que hay que esperar a que el otro calle para que uno pueda seguir hablando.

Se trata de que ambas partes acepten que valorarán los argumentos de la otra persona desde la seguridad de que están propuestos con buena fe, y que en dicha valoración no se incluirán términos en donde se descalifique globalmente a la persona que los defiende. No es necesario terminar con un acuerdo para que la conversación haya valido la pena. Mantener las vías de comunicación abiertas es más importante que tener o no tener razón. Ya lo hemos señalado, pero merece la pena repetirlo: es perfectamente compatible utilizar un tono cariñoso con mantenerse firme en lo que resulta lógico, y aunque en ese momento sus compromisos personales no

favorecen que la otra persona pueda percibir la solidez de nuestros puntos de vista, su desacuerdo no evita que queden sembradas las semillas de los razonamientos que pueden dar sus frutos más adelante.

Insistimos: es importante evitar todo elemento que convierta la charla en una discusión personal; es importante crear un clima en donde no resulte humillante para ninguna de las partes reconocer que el otro puede tener razón. En un entorno ensimismado dentro del que se puede encontrar el adolescente, un diálogo abierto con otra forma de ver lo que le está pasando puede suponer un golpe de aire fresco valioso por sí mismo. Como siempre, conviene tener presente el medio y largo plazo, y abandonar toda esperanza de que se va a encontrar la frase mágica que resolverá el problema. Será con el paso del tiempo cuando veamos el efecto de la relación que hemos sabido crear hoy.

Por último, convendrá informarse adecuada y exhaustivamente a través de fuentes sólidas y fiables. No hay una sola forma de entender los problemas que se presentan actualmente a los adolescentes sobre su identidad de género. Por más que los medios de comunicación muestren una simpatía poco disimulada por una explicación oficial, amarillista y sensacionalista, que entiende que estos fenómenos ocurren porque sí, también se va abriendo paso otra manera de comprender qué está ocurriendo, que busca sus causas, sus significados o sus razones de ser. Ambas posturas cuentan con defensores y, en particular, con asociaciones de familias de jóvenes transgénero —Chrysallis representaría la primera postura, Amanda representaría la segunda, a la que, obviamente, se apoya desde estas páginas—. Un consejo muy sensato sería ponerse en contacto con ambas agrupaciones, preguntarles sin miramientos las principales dudas que surgen en todos los padres al afrontar esta cuestión y comparar las respuestas que dan.

Cuando la familia no es una unidad

Mario y Daniela pasaron de no discutir nunca a discutir a diario a partir del momento en el que Marina (14) les entregó la carta en donde decía que era un chico trans, que quería empezar a llamarse Liam y que para su felicidad era imprescindible que sus padres aceptaran su nueva identidad y le facilitaran su transición todo lo que pudieran.

Eran pareja desde el Bachillerato, y habían visto durante veinte años cómo otras parejas conocidas se formaban y se rompían sin que ellos atravesasen ni una sola crisis. Con frecuencia, eran usados como el paño de lágrimas de sus amigos, que les pedían consejo y el secreto de su perfecta relación de pareja. Hasta que se enfrentaron al primer problema verdaderamente serio de sus vidas.

Marina había llegado después de mucho tiempo intentándolo. Daniela había tenido dos abortos espontáneos durante el primer trimestre de dos embarazos previos. Era una niña especialmente querida por los dos. Y justamente ese amor era el que hacía que se enfadaran

tanto el uno con el otro cada vez que no estaban de acuerdo acerca de cómo proceder en relación con la transición de Liam. Claramente Daniela apoyaba a Liam y hacía de tripas corazón para asumir que ahora tenía un nuevo hijo con un nuevo nombre. Mario, por el contrario, sin llegar a adoptar actitudes negativistas autoritarias, no podía evitar lanzar constantemente indirectas críticas y hacer comentarios para retar y ridiculizar las afirmaciones que Liam hacía sobre su transición. Cada vez que los padres se quedaban solos comenzaban los reproches. Cada uno estaba convencido de que la actitud del otro iba a ser perjudicial para el joven trans. Cada discusión dejaba una resaca más amarga y más larga en el tiempo.

Liam estaba acudiendo a un psicólogo que practicaba un enfoque afirmativo de la disforia de género. Solía salir contento de las sesiones. El psicólogo daba por sentado que Liam era un varón a todos los efectos, y su trabajo consistía en facilitarle todos los pasos de su transición; lo llamaba «acompañamiento». Un día que el joven llegó a casa con unos folletos acerca de la testosterona en donde claramente se daba una imagen idílica y muy positiva de la hormonación cruzada, Mario perdió los nervios. Liam les oyó gritar durante un buen rato desde su habitación. El padre exigía cambiar de psicólogo. La madre se opuso al principio, pero después accedió, aunque no estaba de acuerdo. En ese momento, Liam salió de su habitación llorando y gritando que quería seguir con el psicólogo actual. Mario rompió los folletos delante de Liam y comenzó una guerra de reproches e insultos entre ellos dos mientras Daniela les pedía calma.

Entiéndase que hemos presentado cuatro retratos prototípicos, ante los cuales cada familia concreta se encontrará más cerca de uno u otro. Como decíamos al principio del capítulo, no defendemos que todas las familias deban quedar retratadas en uno u otro modelo. Así mismo, también hemos dado por supuesto que la familia funciona como una unidad, como si los dos padres y los posibles hermanos que pudieran existir estuvieran todos de acuerdo y funcionasen como una sola persona. Esto, obviamente, no siempre es así.

La discrepancia entre los padres a la hora de afrontar esta cuestión puede ser un serio inconveniente. Por un lado, ambos progenitores se encuentran muy motivados para actuar bien, y muy convencidos de que es fundamental convencer a la otra parte de que el enfoque propio es el correcto. Por otro lado, es inevitable que el adolescente perciba la discrepancia en los criterios y desarrolle pautas diferenciadas para jugar sus cartas con el padre y con la madre. Con frecuencia, el perjuicio que provocan estas dinámicas es mayor que el posible beneficio que ambos progenitores están intentado conseguir manteniéndose firmes en sus posiciones, hecho que debiera ser tenido en cuenta por ambas partes en bien de la unidad de planteamientos. La coherencia de comportamiento entre los padres es un importante valor para favorecer el clima familiar y evitar que el tema trans pueda ser un elemento más de los conflictos internos de la pareja.

Aun así, es obvio que será inevitable que en ocasiones las categorías de familias aquí descritas

se refieran más bien a categorías de familiares. Encontramos con frecuencia, por ejemplo, parejas en donde la madre estaría cerca del tipo afirmador, mientras que el padre recordaría más a lo que hemos descrito como el tipo autoritario. En estos casos no debería haber problema en acordar un término medio razonable, que, sin dejar satisfecha del todo a ninguna de las dos partes, evite los inconvenientes que se derivan de la percepción por parte del adolescente de la falta de unidad de sus padres.

Justamente se ha defendido que actitudes extremas, tanto en la negación como en la afirmación de la identidad que manifiesta nuestro hijo o nuestra hija, no serían las más recomendables para afrontar esta situación, por lo que no tendría nada de malo buscar un terreno intermedio y moderado cuando cada progenitor presente una opinión extrema de signo contrario. Tener una actitud moderada no tiene nada que ver con tener una actitud débil, cambiante o impredecible. Una actitud moderada puede ser igualmente firme, clara y cariñosa.

Nada da frutos en la educación si no es a través de la constancia y la coherencia mantenida a lo largo del tiempo. Ofrecer al adolescente un entorno familiar constante y coherente, empático sin por ello ser afirmativo, crítico y racional sin por ello ser autoritario y dogmático, puede aunar, por un lado, la acogida segura que todo quinceañero necesita encontrar en su familia y, por otro, la existencia de límites razonables y objetivos que le recuerdan que el mundo real sigue ahí y someterse a la realidad es condición imprescindible para la madurez.

Las discrepancias entre los padres pueden adquirir un carácter mucho más complicado cuando nos referimos a parejas que se encuentran separadas o divorciadas. Todo lo dicho en el anterior párrafo se multiplica en este caso, por lo que sería especialmente recomendable un destacado esfuerzo para dejar la disforia del adolescente al margen de las posibles diferencias o conflictos que se presentan con frecuencia en los casos de separación. Sin embargo, todos sabemos que en ocasiones la hostilidad entre ambos miembros de la pareja puede llevarlos a utilizar a los hijos como parte de esa confrontación y a instrumentalizar problemas como los que estamos discutiendo en su propio favor. Durante los procesos de separación se vuelve valioso tener a los hijos a favor de uno y en contra del otro. Tampoco es infrecuente que baste la expresión de una opinión por parte de uno de los miembros de la pareja para que el otro sienta la tendencia de defender la postura contraria.

El principal perjudicado de todo esto, por supuesto, es el adolescente, que se encuentra con un problema añadido que muy probablemente interactúe con sus propios conflictos de género. El juego en el que se ve ilógicamente metido no sólo aumenta su nivel de estrés, sino que puede dotar a su transgenerismo de una función inesperada, al convertirse en un elemento más de los reproches, chantajes o tergiversaciones que mantienen los adultos entre sí. Sus malestares pasarán a ejercer cierto control —casi siempre indeseable, casi siempre pernicioso— sobre uno de los progenitores o sobre ambos, lo cual sólo añade embrollo y complejidad a la conducta y dificulta que se pueda aclarar y reconducir en beneficio del joven.

Quédate con esto:

- No son recomendables actitudes extremas, ni de oposición autoritaria ni de afirmación apresurada, por parte de los padres.
- La relación entre disforia de género y suicidio es compleja. No es razonable proponer una relación causal directa entre una y otro. El riesgo es bajo y existe tanto antes como después de la transición, pero debe ser valorado de forma atenta. Las ideas de suicidio son una línea roja clara que indican la necesidad de una intervención profesional.
- El tono cariñoso y el lenguaje no verbal pacificador son perfectamente compatibles con la firmeza a la hora de defender posturas racionales y sensatas.
- Las discrepancias entre los padres añaden confusión a la situación y pueden ser más perjudiciales que acordar términos medios, aunque alguno de los padres tuviera más razón en su postura inicial.

La fascinación adolescente ante lo trans

Ron (20) recuerda la fecha exacta en donde decidió convertirse en un transactivista. Tenía 16 años. Cursaba primero de Bachillerato. Había oído hablar previamente de estos asuntos, pero no les había prestado especial atención. Hasta un 20 de febrero exacto, en donde tras escuchar en YouTube el testimonio de un joven trans sintió que todas las piezas en su cabeza encajaban a la perfección de una forma nueva que antes no conocía. El youtuber exponía su transición como una apasionante aventura del yo en la que se aunaban aspectos de transgresión rebelde de todo convencionalismo, de encarnación de vanguardias sorprendentes en ciencia y filosofía, y una vivencia personal en donde, gracias a la medicina y la técnica, había conseguido transitar limpiamente de mujer a varón. Ron flipó observando las diferencias entre las fotos antiguas del youtuber y las actuales. Vio otra vez el vídeo de YouTube. Lo volvió a ver por tercera vez. Tenía la sensación de que estaba descubriendo algo muy importante que podría cambiarle la vida.

Era hijo de dos profesores de enseñanzas medias. La madre siempre había estado muy vinculada a labores sindicales. Ron había militado en un grupo ecologista, pero lo había dejado debido a ciertas dificultades en las relaciones interpersonales que siempre había tenido. Por el contrario, su integración en el grupo LGTBIQ+ de su ciudad fue altamente gratificante. Allí estableció relaciones de amistad saludables y significativas, e incluso mantuvo en ocasiones relaciones íntimas desde posturas abiertas y poliamorosas que no solían durar demasiado tiempo. A partir de los 19 años comenzó a definirse como persona no binaria y bisexual, aunque sus preferencias eran muy mayoritariamente heterosexuales. Nunca llegó a pensar en medicarse ni rechazó ser tratado con los pronombres masculinos.

La coalición de fuerzas a la izquierda del PSOE ha contactado recientemente con la asociación LGTBIQ+ porque les gustaría llevar en sus listas municipales a algún representante del colectivo LGTBIQ+. Tras una votación en su asociación, Ron ha sido el elegido para integrarse en dicha lista. Está muy ilusionado ante esta nueva etapa que se abre en su vida como activista político a favor de los derechos LGTBIQ+.

Difícilmente podremos entender el problema al que nos enfrentamos si no comprendemos en toda su extensión lo que el movimiento trans está ofreciendo a los jóvenes que son captados por su retórica. No debería resultarnos complicado; al fin y al cabo, todos hemos sido adolescentes —tenemos la esperanza de que algunos de los lectores lo sean todavía—, y las motivaciones de nuestras conductas no eran muy diferentes de las actuales. Abramos la caja de la subcultura trans y vayamos haciendo un *unboxing*, de menor a mayor, de todo lo que nos vamos encontrando:

1. Estética, ropa, ídolos pop, moda: esto es común a todos los movimientos sociales, especialmente a los juveniles. Las funciones de cohesión entre miembros del subgrupo que adoptan estos signos externos están sobradamente estudiadas, al permitir reconocerse entre sí a los iguales, y a la vez diferenciarse de los extraños. En el caso de la subcultura trans, existe una particular predilección por el mundo pop del manga y el anime, cómics y vídeos de origen japonés, que representan un mundo particularmente infantil, trazos coloristas y rostros de ojos gigantescos y rasgos faciales muy expresivos de emociones muy básicas.

La estética manga se ha hecho particularmente famosa en Occidente a través de series de dibujos animados como *Dragon Ball* o *One Piece*, y no es casual que este universo de seres aniñados con ropas, peinados y complementos muy identificativos se encuentre asociado al movimiento trans adolescente y veinteañero. Es muy habitual que los jóvenes que se definen como trans o no binaries usen en sus redes sociales avatares o fotos de perfil que tengan dicha estética japonesa. Igualmente, entre los nuevos nombres que eligen los adolescentes que inician su transición social también tienen una particular presencia aquéllos tomados de cómics manga y animación anime.

El manga y el anime tienen una peculiar variante en el hentái, productos de contenido pornográfico, pero que retienen la estética y el espíritu de los cómics y vídeos dirigidos a los niños. La misma paleta y expresividad infantil, pero esta vez entre personajes de rostros aniñados y caracteres sexuales habitualmente grotescos, en donde tienen una particular presencia las relaciones violentas, tanto hetero como homosexuales, aprovechándose de la capacidad impactante que tiene el dibujo gráfico. Un paseo por el mundo manga y anime resulta muy conveniente si queremos comprender el movimiento trans, tal y como se le ha presentado probablemente al adolescente que está teniendo problemas con su género.

4. Altura moral: el movimiento trans tiene una vertiente moral muy importante. Se presenta como si fuera un movimiento de derechos civiles que viene en apoyo del colectivo más marginado y maltratado que jamás haya existido. Como si, tras milenios de invisibilización y tortura, viviéramos el primer momento de la historia en que una generación ha dado un paso adelante en nombre de la justicia social para solucionar este gravísimo error. Este supuesto compromiso moral, además, no requiere esfuerzo económico, ni un activismo que

consume tiempo, ni una práctica en donde se arriesgue la integridad física: basta con usar nuevos pronombres y aceptar la condición de varón o mujer que cada persona afirme de sí misma.

El propio adolescente trans pretende encarnar en sí mismo su condición de víctima de la mayor opresión jamás ejercida contra el ser humano. En las redes sociales, en los medios de comunicación, es recibido directamente como un héroe —¿qué trato tan diferente del que recibirá después en caso de que decida destransicionar!—. Se alaba constantemente su valentía, se da por obvio el terrible sufrimiento que ha tenido que atravesar, se le garantiza un absoluto apoyo que, tal como decíamos en el párrafo anterior, es una situación de ganancia mutua para el joven trans y el empático ciudadano que le alaba. Todos nos podemos equivocar cuando hablamos de nosotros mismos; todos menos las personas trans. Da igual su edad; incluso un niño puede hacer afirmaciones de ontología general que nadie podrá poner en duda dado el carácter oracular del que queda ungida la persona que proclama tal condición.

Todo son grandes palabras. Verbo «ser» sin predicado. «Sólo quiero que se me permita existir.» Proclamas trascendentes y grandilocuentes construidas con términos como *derechos*, *respeto*, *existencia*, *vida*, *felicidad*, que se presentan como si fueran obvias, a pesar de que, inexplicablemente, nadie se había dado cuenta de ellas hasta la llegada de los smartphones.

7. Vanguardia intelectual: la fascinación por las posturas posmodernas tampoco resulta difícil de entender, y se resume en una idea irresistible: «todo lo que la gente creyó saber hasta ahora era mentira». De repente y contra todo pronóstico, la ciencia es una forma opresiva de ideología, la racionalidad es una impostura, la verdad es un concepto escurridizo e inatrapable, la objetividad sólo es la subjetividad de los poderosos. La minusvaloración posmoderna de la ciencia no es incompatible con su seguridad de que la ciencia —la que hacen los buenos científicos, no los científicos transfobos— apoya las posturas transactivistas: el sexo humano no es binario, sino un continuo entre varones y mujeres por el que se puede fluir en ambas direcciones; se puede cambiar de sexo, y pasar de ser mujer a varón o viceversa; se puede nacer en un cuerpo equivocado.

Si la realidad pierde sus anclajes de certeza y seguridad, ¿por qué no adoptar como guía las emociones, cuya presencia implacable se convierte en la única certidumbre? De esta manera, qué feliz coincidencia, la filosofía más sofisticada y avanzada termina concluyendo que mi ensimismamiento es una postura filosóficamente tan sólida como cualquiera. Y para eso no hace falta leer en su fingida profundidad a Judith Butler, sino pillar un tuit de aquí y una publicación en Instagram de allá.

9. Nosotros y ellos: otro rasgo clásico de la adolescencia es la necesidad de definir

inequívocamente un grupo al que pertenecer y otro grupo al que oponerse. Algunos políticos han afirmado durante los últimos meses que estamos básicamente ante una cuestión generacional, juzgando el transactivismo queer con las mismas categorías con las que se juzgaría una blusa de Zara o la canción del verano.

El caso es que es cierto que para una parte de los jóvenes actuales las cuestiones relativas al sexo y al género ocupan buena parte de sus intereses. Cualquier sábado por la tarde, en cualquier plaza de cualquier ciudad, grupos de adolescentes pasan el rato hablando de estas cuestiones, comentando que tal amigo se ha identificado como no binarie, que tal amiga es fluida, cómo han reaccionado las familias de unos y otras, que la hermana de una o el primo de otro ha comenzado a tomar bloqueadores de la pubertad con trece años. Pasan horas y horas así, navegando en sus móviles mientras charlan, mostrándose tal o cual contenido de TikTok o de Instagram relacionado con la identidad de género.

Y al tiempo que definen empíricamente el «nosotros» mediante esta hermandad de experiencias, definen también de forma categórica el «ellos» mediante el neologismo más exitoso de las últimas décadas: «tránsfobo». Es la palabra que lo resume todo, el arma invencible, el estigma que se vuelve cierto sólo con ser dicho. ¿Quiénes son «ellos»? ¡Los tránsfobos! Orcos de la casa de Slytherin que trabajan para Thanos en la Estrella de la Muerte.

—Este año tengo de tutora a Patricia.

—¿Sí? Yo la tuve el año pasado.

—¿Y qué tal es?

—Es tránsfoba.

Es decir, debe morir. Ya está todo dicho. Fin de la conversación.

18. El yo y el sexo, el sexo y el yo: la condición humana es tan compleja y variada, tan influenciada por el entorno y tan rica en matices, que es difícil hacer afirmaciones sobre las personas que sean universalmente ciertas, en cualquier época, en cualquier lugar. Te proponemos una: los adolescentes están obsesionados por el yo y por el sexo. En la China de la dinastía Tang y en Manhattan durante la pandemia, en la Córdoba de Abderramán II y entre las tribus inuit de la tundra del norte de Alaska.

Es comprensible. El entrenamiento ha terminado y llega el momento de saltar al terreno de juego de verdad. La necesidad de éxito social en la época de las redes sociales, sentimientos ambivalentes ante las demandas de un neoliberalismo que mercantiliza cualquier aspecto de la condición humana y un cierto desajuste entre la realidad y la sensación de seguridad e invulnerabilidad complican sobremanera la transición entre la infancia y la vida adulta. Si vivimos en una sociedad que ha descubierto en el narcisismo y

el egocentrismo la prescripción demagógica sobre la que basar buena parte de la ideología social, cuánto más se practicará en un momento de la vida ya de por sí ensimismado.

Nunca como en esta etapa se van a producir cambios corporales a tanta velocidad, biológicamente encaminados a convertir en adulto al individuo, es decir, a dotar al individuo de función reproductora. Pero, paradójicamente, la explosión del sexo y el terremoto que provoca no pone en primer plano la reproducción, sino el placer y el éxito social llenos de expectativas irreales e inseguridades. ¿Cómo resistirse a la temática de la identidad de género, que entrelaza el yo y el sexo de formas flexibles y creativas, sustituyendo la realidad objetiva y sencilla por ensoñaciones subjetivas, borrosas y diversas que multiplican hasta el infinito las reglas del juego del yo?

21. Un nuevo lenguaje: otro aspecto clásico de las subculturas juveniles es la adopción de una jerga propia, que en el caso del transactivismo se lleva a extremos nunca antes vistos. Jamás las innovaciones lingüísticas propuestas por un movimiento social habían llegado a afectar a aspectos morfológicos del idioma, como los morfemas o los pronombres, que son usados de forma simplemente caótica sin que se resienta la comunicación —señal de que son elementos irrelevantes, cuya principal función no es mejorar la precisión de aquello de lo que se habla, sino investir al hablante de la prestigiosa condición de miembro del movimiento social.

Un peculiar cineasta español declara: «Las personas más racializadas y racializadas, seropositivas, trans, no binarios deben ocupar los lugares más importantes del colectivo LGTBIQ+, y todos, todas y todes los demás debemos ponerles en un primer plano». ¿Por qué «racializadas y racializadas», pero no «seropositivas y seropositivos» ni «no binarios y no binaries»? ¿Por qué «todos, todas y todes los demás» y no «todos, todas y todes los, las y les demás», que es lo que una mínima concordancia de género entre las partes de la oración exigiría? Y, sobre todo, si nadie ha entendido que «personas seropositivas» se refiera únicamente a las mujeres, ni que «no binarios» se refiera exclusivamente a los varones, ¿por qué dice «las personas racializadas y racializadas»? La respuesta no la debe contestar un lingüista, sino un psicólogo.

El lenguaje es la materia de la que está hecho el pensamiento, y el deterioro del lenguaje provoca necesariamente el deterioro del pensamiento. La neolengua queer no tiene la belleza del lunfardo ni el encanto del ladino. No responde a ninguna necesidad de inclusión, sino, simple y llanamente, a la ignorancia acerca de cómo se formaron los géneros gramaticales en las lenguas romances y la función que cumplen. Su adopción no es un simple adorno más para el reconocimiento entre pares, sino un claro obstáculo para desenredar la madeja de falacias vacías y retóricas tramposas sobre las que se apoya precariamente este sinsentido.

24. El viaje del héroe: todo lo anterior termina cuajando en un relato fascinante, que adquiere unidad a través del arquetipo del viaje del héroe, que encontramos por todas partes en las religiones, las mitologías y las narrativas fantásticas. De forma resumida, podemos encontrar un patrón común en muchas historias heroicas:

- el protagonista ha llevado una vida convencional hasta el comienzo de la historia, ignorante de lo que el destino le tiene preparado;
- las cosas comienzan a ir mal; llega la crisis; el protagonista intenta varias soluciones de forma infructuosa, se encuentra en caída libre;
- justo cuando toca fondo, cuando la destrucción parece inevitable, ve la luz;
- comienza un largo viaje de autoconocimiento y transformación en donde descubrirá aspectos extraordinarios de la vida y se convertirá en otra persona,
- regresa convertido en su auténtico yo; ha despertado, es sabio, se dedicará a ayudar a personas que son como él era.

Este esquema se repite desde Buda hasta Batman, desde Moisés hasta el cien por cien de los charlatanes que venden libros de autoayuda —y en donde siempre el autor se sincera y confiesa que descubrió su fórmula de la felicidad en el momento más oscuro de una descomunal crisis personal, justo en el instante en el que iba a tirar la toalla.

Para el adolescente atrapado en el movimiento trans, su transición es mucho más que un cambio en alguno de sus atributos. Es toda una transfiguración, una renovación existencial de la que retornar radiante. Es, por encima de cualquier otra cosa, el triunfo del yo, la victoria de la voluntad sobre la realidad, supone ingresar en una comunidad de elegidos exclusiva y selecta. En su ingenuidad, se lo imagina como un proceso tecnológico, limpio, con la textura de las apps de su móvil, tal como se lo están presentando sus influencers en las redes sociales. Eso sí, esta transfiguración no tiene la solemnidad ni la trascendencia que correspondería a una gesta heroica adulta, sino una cierta banalidad propia del universo pop e infantil donde tiene lugar.

Estética, ropa, ídolos pop, moda, altura moral, vanguardia intelectual, cohesión con el grupo, identificación del enemigo, sexo, identidad, lenguaje, el relato del viaje del héroe... demasiadas ventajas como para no caer seducido por la subcultura trans a poco que el encaje social se ponga un poco cuesta arriba o se tenga en mayor grado del habitual los malestares del crecimiento sexual y social propios de la adolescencia. ¿Cómo no van a reaccionar con hostilidad ante el jarro de agua fría que supone la negativa de los padres a poder consumir esta fantasía que se presenta como esencial para su vida futura?

Es necesario comprender qué le está dando el discurso trans al joven y buscar quizá otros lugares menos dañinos en donde el adolescente pueda obtener esas gratificaciones de inclusión social, autoestima y ensoñaciones narcisistas tan propias del momento de la vida en el que se encuentra. Reflexionar sobre cómo fue la juventud del propio lector puede arrojar luz y

comprensión acerca de lo que está ocurriendo con los jóvenes trans. Aunque cambian las formas, las motivaciones básicas siguen siendo las mismas.

Quédate con esto:

- Para comprender lo que supone para el menor el movimiento trans es importante tener presente las características básicas de la psicología adolescente.
- La subcultura trans incorpora el paquete completo de todos los aspectos relacionados con el egocentrismo, así como la definición del «nosotros» y del «ellos».
- La pertenencia al movimiento trans no sólo se refiere a la identidad de sexo o género; también se inserta en un relato heroico arquetípico.

Cada día tiene su afán

Y de pronto tenemos el problema en casa. Y no se parece a ningún problema que hubiéramos tenido antes. Todos los problemas anteriores que habíamos afrontado con nuestros hijos nos parecen, valga la ironía, un juego de niños. Pensamos que será una etapa pasajera —«esta niña siempre fue muy fantasiosa», «mañana nos dirá que quiere ser astronauta»—, pero no lo es. Pensamos que bastará con un par de conversaciones para explicarle que el sexo no se puede cambiar y que nadie nace en un cuerpo equivocado, pero intentamos mantener esas conversaciones y la chica se cierra en banda a hablar del tema desde un punto de vista racional. Pensamos que no es más que la forma moderna de expresar los malestares con el cuerpo que siempre han caracterizado a la adolescencia; la madre recuerda lo mucho que odió que le crecieran los pechos, el tiempo que anduvo encorvada, pero empieza a ver en la televisión una entrevista a una niña trans, lee un artículo en una revista, sale el tema en una cena de amigos, y comprende que esta vez el problema va demasiado en serio.

La medina de Fez, en Marruecos, es el área urbana peatonal más grande del mundo. Tiene más de nueve mil calles y es extraño encontrar un solo ángulo recto entre ellas. En su complejidad, orientarse por ella es un pasatiempo facilísimo en comparación con las noventa mil calles que tiene la vida íntima y cotidiana de cualquier familia. ¿Cómo vamos a poder dar algún consejo acerca de cómo enfrentarse a la situación de tener en la familia a un adolescente con conflictos de género sin conocer los mil detalles de cada situación que lo afectan todo? ¿Se pueden dar principios generales de amplia aplicabilidad, que cada padre y madre pueda después concretar sobre sus detalladísimas circunstancias concretas? Es lo que con toda prudencia vamos a intentar aquí.

Y empezamos por una consideración general, vigente para cualquier relación humana: en este juego participan, al menos, dos jugadores diferentes. Los dos inteligentes, los dos activos, los dos expertos. Cualquier buena jugada tendrá que hacerse previendo la siguiente jugada del adolescente. Conviene conocerse muy bien y pensar en cómo son las cosas, mucho más que en cómo deberían ser. Los grandes maestros del ajedrez mueven una ficha tras haber anticipado cuáles serán los cinco, ocho, diez siguientes movimientos, tanto propios como del contrario.

Afortunadamente, aquí no hay contrarios. Pero en nuestras relaciones personales olvidamos con frecuencia que el otro también juega. Tenemos que ser buenos ajedrecistas.

La vida de la familia no puede girar alrededor del problema

Desde que Emma (16) expuso en su casa su voluntad de cambiar de género y comenzar la transición hacia varón, la tía Ro —Rocío, una de las dos tías maternas de Emma— empezó a llamar todos los días a casa a la hora de la cena.

—¿Cómo está la niña? Ay, pobre. No se me va de la cabeza. Me dijo una amiga que...

Rocío se acababa de separar. No tenía hijos y siempre había tenido una relación muy cercana y cariñosa con su sobrina Emma. La mitad de las veces la llamada de la tía interrumpía una conversación incómoda sobre la madurez de la chica para tomar decisiones irreversibles y el disgusto de los padres por la toma de testosterona. La otra mitad de las veces la llamada sonaba en medio de un silencio tenso. Víctor, el padre, trabajaba de guardia de seguridad en unos almacenes y pasaba muchas horas al día rumiando el problema, repitiendo mentalmente la última discusión, y encontrando en ocasiones respuestas brillantes que no se le habían ocurrido en el momento. Sabía que no debía hacerlo, pero le quemaban en la boca, y en cuanto volvía a casa iba a la habitación de Emma y volvía a sacar el tema con la esperanza de que esta vez sí la haría razonar y a la chica no le quedaría más remedio que darle la razón.

A veces Silvia, la madre, recordaba cuando iban todos juntos a pasar un sábado a un centro comercial, comían una hamburguesa e iban al cine. A veces venía también una amiga de Emma. A veces iban a dormir a una casa que tenían los abuelos en el pueblo. Llevaban meses sin hacerlo. Parecían muchos años. Parecía otra etapa muy lejana de sus vidas. A veces, en medio de estos pensamientos, sonaba el teléfono. Era Ro.

—¿Cómo está la niña? Ay, pobre. No se me va de la cabeza. He leído en internet que...

No podemos permitir que el tema trans se convierta en «el tema» de la familia, que la vida familiar trate únicamente sobre eso, que cualquier asunto del que se hable termine desembocando en la disforia que sufre el adolescente o sus propósitos de cambio de sexo. Es algo que ocurre con demasiada frecuencia, y que habitualmente, con el paso del tiempo, termina provocando un serio desgaste de las relaciones familiares y un distanciamiento entre el joven y sus padres. Hace que la sola idea de una nueva charla, un nuevo encuentro, ya provoque frustración y agotamiento anticipado. Es muy importante encontrar otros «grandes temas» que estén presentes cotidianamente en las conversaciones familiares —deportes, obras en la casa, estudios, entretenimientos, asuntos de otros miembros de la familia, aficiones comunes...

Efectivamente, no es fácil de hacer. Por un lado, es muy probable que la declarada condición trans del hijo o la hija consuma muy buena parte de los pensamientos y las preocupaciones de las madres y los padres. Hablamos de noches sin dormir, de horas y horas empleadas en internet, de dar vueltas a los mismos asuntos en la cabeza una y otra vez. Y, por otro lado, también es casi seguro que el mismo tema ronde las conversaciones cotidianas del adolescente con sus amigos, sus interacciones en las redes sociales, sus planes habituales. Así que ¿cómo evitar que las discrepancias sobre un asunto tan importante monopolicen la relación entre padres e hijos?

Añádase a lo anterior el hecho de que la transición puede comenzar incluyendo un cambio de nombre y de pronombres, por lo que cualquier conversación acerca de cualquier tema se convierte en una ocasión para que salgan a un primer plano estos cambios lingüísticos. En ocasiones algunas madres han comentado cómo se han convertido en auténticas especialistas en utilizar palabras sin marcas de género gramatical y en recurrir a apelativos cariñosos que evitan tener que llamar a sus hijos por sus nombres de pila, sean los nuevos o los antiguos.

El tema puede estar presente incluso cuando no se está hablando de él. Incluso comiendo o yendo en coche puede estar flotando en el aire toda una nube de tonos de voz, silencios tensos, miradas entre los padres, mil pequeños detalles de lenguaje no verbal indicadores de preocupación y un especial cuidado. Incluso cuando se está intentando disimular. De pronto, desde el día en el que los padres recibieron la carta en donde se declaraba trans, la chica o el chico se han convertido en los protagonistas de la familia, y este incremento de atención —por supuesto, no de forma premeditada ni malintencionada ni manipuladora— puede suponer un fortísimo aliciente y un elemento significativo en el curso de la cuestión. Es difícil lograr que la vida de la familia no gire alrededor del problema o alrededor de la persona.

Y, sin embargo, hay que conseguirlo. Por supuesto que se puede hablar sobre la cuestión trans y se puede expresar sinceramente la preocupación que se siente. Habrá que hacerlo en ocasiones y daremos más adelante algunas ideas sobre cómo hacerlo. Pero también hay que compartir una pizza, ver juntos una película o una serie, ir de excursión, pasar unas horas en un centro comercial, cuidar juntos de una mascota, hacer algún pequeño regalo algún día sólo porque sí, jugar con algún juego de mesa, visitar a los tíos o los abuelos, planear algún viaje, cocinar juntos un bizcocho, repasar qué tal van las cosas en el instituto, celebrar cumpleaños, bromear, tomarse el pelo con ironía, complicidad, cariño y buen humor cuando se gana una apuesta o el equipo de uno vence al equipo del otro, pintar una habitación o elegir juntos la alfombra nueva de la salita, repasar viejos álbumes de fotos, ir a un restaurante mexicano nuevo. Y todo esto deberá hacerse sin que los padres aprovechen que el adolescente está leyendo la carta del restaurante para cruzarse silenciosas miradas de preocupación ni titubeen al hablar como si un error en un pronombre fuera a provocar una explosión nuclear.

No podemos romper los puentes. Una vez más: los lazos familiares son más importantes que los pronombres, la pintura de uñas o los nuevos nombres. Incluso si la medicación o la cirugía ya han empezado a formar parte de la cuestión, hay que entender que una familia acogedora puede

ser un gran factor de protección para los serios problemas que pudieran presentarse, sean del tipo que sean. No vamos a tener ninguna posibilidad de influir sobre nuestros hijos adolescentes si el balance general de la relación que mantenemos con ellos no es positivo, y no puede ser positivo si el único tema presente para la familia es el desacuerdo que sentimos sobre sus conflictos con el sexo y el género.

El increíble poder del reforzamiento positivo

Carlos no tenía doblez, y todas las personas que le conocían sabían perfectamente que era un libro abierto. No sabía mentir, y sus expresiones faciales eran tan abiertas e intensas que todo el mundo notaba en cada momento si se sentía alegre o deprimido, enfadado, frustrado o ilusionado. Por este motivo, desde siempre a Celia (12) le gustó más hablar con su padre que con su madre. Se sentía más comprendida y tenía la sensación de que establecía una comunicación emocional más auténtica.

De hecho, fue a su padre Carlos al que Celia le contó en primer lugar sus dudas respecto a su género. Le había venido la regla temprano, a los pocos días de su undécimo cumpleaños, antes que a todas sus amigas, y odió esa experiencia desde el principio. Su carácter había empezado a cambiar. Llevaba el pelo corto, vestía con ropa muy holgada. Tenía la piel grasa y le había salido muchísimo acné por la cara. Ella notaba perfectamente cuándo su padre estaba preocupado y esa vez lo notaba más que nunca.

Fueron dos años complicados, muy cambiantes. Tras muchos titubeos y muchas posturas contradictorias, Celia pidió ser tratada en casa con pronombres masculinos. Los padres accedieron sin estar del todo convencidos. Hubo periodos en los que prácticamente se rompió toda comunicación entre los padres y él. Otras veces salía de él contar algo acerca del instituto o de sus amigos.

Un día durante la comida Carlos estaba recogiendo la mesa. Celia había dejado más de la mitad del pescado en el plato. «¿No quieres más? ¿Estás lleno?» «Llena, papá. Creo que prefiero que me volváis a tratar en femenino.» Aunque no dijo nada, Celia vio en el rostro de su padre una luz que llevaba dos años sin ver y se emocionó. Los dos estaban nerviosos. No sabían qué decir, no sabían ni siquiera si mirarse o fingir normalidad. No querían por nada del mundo estropear el momento. Celia se levantó y se fue a su habitación. Se sentía feliz.

Que la capacidad de influencia que los padres tienen sobre sus hijos descienda notablemente durante la adolescencia no quiere decir que desaparezca por completo. Que en cierta medida los padres pasen de ser modelos a contramodelos del comportamiento adolescente no quiere decir que el ejemplo que se da a diario sea completamente inútil. Que aumenten las discusiones y las

distancias emocionales no quiere decir en absoluto que no les sigan importando mucho los hijos a los padres —obvio— y los padres a los hijos —sorprendente, pero igualmente cierto—, o que no nos siga resultando gratificante a todos sabernos queridos, admirados, valorados y notar que podemos hacer felices a los demás.

Por otro lado, la situación del adolescente respecto a su condición trans o su disforia de género dista mucho de ser constante e inalterable. Al revés: como todo a esas edades, tiene altibajos, momentos en donde parece tenerlo todo completamente claro y otros en donde duda. No es extraño que en ocasiones se declare no binario, luego fluido, luego hombre o mujer trans. Puede mostrarse más cerrado a valorar opiniones contrarias o más abierto, más conciliador o más desafiante, más afectuoso o más frío. Debemos estar muy atentos a cualquier pequeño indicio de cambio para mejor en el joven. Y está en nuestra mano responder de forma diferente ante una situación u otra.

En psicología hablamos de reforzamiento positivo, de moldeado, de reforzamiento diferencial, pero todas estas palabras no son más que términos técnicos para concretar formas en como las personas nos afectamos mutuamente. Cada vez que nos relacionamos con los demás, éstas nos responden de una manera u otra, y viceversa. Así las personas nos vamos construyendo mutuamente las unas a las otras. Cuando alguien nos importa queremos ayudarle e influirle positivamente. Nos lo hacemos todos a todos a todas horas. Las virtudes y defectos que nos caracterizan provienen en buena medida de cómo nos respondían las personas que nos importan en la vida a nuestros comportamientos hacia ellas.

Es razonable que unos padres muestren alegría si su hija les dice que se va a tomar un tiempo para pensarse mejor si inicia el bloqueo farmacológico de su pubertad. Es espontáneo y sincero el abrazo que unos padres pueden dar a su hijo si tras una mala temporada los tres consiguen por fin tener una conversación calmada, comprensiva y sensata sobre su transición social. Seguramente, a los padres les apetecerá mostrar su aprobación si un día su hija adolescente duda respecto a algunos errores de los que estaba previamente segura, y no deberían dejar de expresar abiertamente esa valoración positiva de la chica. Porque esa alegría, ese abrazo, esas frases elogiosas, dichas en ese momento preciso en donde parece apuntarse un cambio, de verdad que marcan una importante diferencia.

Lamentablemente, muchas veces las personas manejamos con torpeza nuestra expresión emocional, llegando incluso a convertir una felicitación en una crítica —«hombre, aprobaste todo, ¡vaya milagro!»—. No dudemos en ser espléndidos en nuestras expresiones afectivas, pero no siempre, sólo cuando la ocasión lo merece. No dejemos que orgullos, resentimientos o resacas de anteriores discusiones nos impidan mostrar abiertamente nuestra alegría y nuestra valoración positiva si la ocasión supone una mejoría respecto del estado anterior, aunque sea pequeña. No se trata de comprar un coche al hijo o de recurrir a premios artificiales y exagerados. Simplemente seamos conscientes del increíble poder que tiene la expresión de cariño y usémosla

diferencialmente para potenciar las actitudes, conductas y avances que muestran los hijos. Es algo elemental en el ejercicio de una educación responsable.

Nada ni nadie puede impedir que sufran



Azucena siempre recordaba haberlo pasado muy mal en su adolescencia. Odiaba la menstruación, odiaba su cuerpo, odiaba especialmente su estatura, que le hacía sacar una cabeza al resto de sus amigas. Con el paso de los años el recuerdo de dicho malestar se había ido tiñendo también de nostalgia, de ternura, que no eliminaban, pero al menos sí compensaban un poco, el mal sabor de boca que le había dejado su adolescencia. Así que cuando comenzó la pubertad de Adriana (12), su hija, no se extrañó de las quejas y la montaña rusa de emociones que comenzó a mostrar en casa. No quería aburrirla con sermones del tipo «esto es normal y se pasa con el tiempo», así que se limitaba a observarla con cariño. A veces, mientras estudiaba en su habitación le llevaba por sorpresa algunas galletas que le gustaban desde que era muy pequeña. Abría la puerta y Adriana dejaba el móvil boca abajo en la mesa sobresaltada. A veces se notaba que disimulaba que estaba llorando.

Durante los dos años siguientes las cosas no mejoraron. Azucena empezó a preocuparse. Otra madre de su clase la llamó un día por teléfono para decirle que su hija le había contado que los chicos le hacían bullying a Adriana. «Lo lleva fatal. Cada día está peor.» Azucena pidió una tutoría en el instituto. La profesora no sabía nada, decía que Adriana era una chica muy atormentada, siempre en su mundo, que sólo se relacionaba con dos o tres chicas del centro, una de las cuales se acababa de declarar chico trans.

Al volver a casa se encontró a Adriana hecha una fiera. Toda la clase había visto a la madre entrar en el instituto y reunirse con la tutora. Ahora se iban a reír más de ella.

—Mira, cariño, me tienes preocupada. ¿Te hacen bullying?

—¿Quién te lo ha dicho? No es eso.

—Yo sólo quiero que estés bien.

—¿Seguro?

—Claro.

—¿Sea lo que sea?

—Claro.

—¿Y si te digo que en verdad soy un chico trans?

¿Has reconocido el verso de Serrat en el título de este apartado? Pertenece a la canción *Esos locos bajitos*, en la que nuestro cantautor favorito describe la inigualable relación que los padres mantenemos con nuestros hijos. «Nada ni nadie puede impedir que sufran / Que las agujas avancen en el reloj / Que decidan por ellos, que se equivoquen / Que crezcan y que un día nos digan adiós.» El encaje que tienen estos versos en la temática de este libro no indica en absoluto que Serrat estuviera pensando en la cuestión de la identidad de género al escribir la canción. Sólo es la prueba de que la problemática de la disforia de género tiene muchas cosas en común con mil problemas diferentes relativos a la educación de los menores que inevitablemente —si no es uno, será otro— aparecerán en el curso de la infancia y la adolescencia.

Pocas cosas resultan tan desasosegantes para unos padres como el sufrimiento de sus hijos. Esto viene ya marcado desde el propio nacimiento, en donde el llanto del bebé tiene un altísimo valor motivador para que los progenitores acudan para resolver el problema que pudiera estar existiendo. Y no desciende de forma significativa con el paso del tiempo. Todos los estudios sociológicos y educativos actuales coinciden en señalar el aumento de las pautas educativas de sobreprotección sobre los menores, y el consiguiente descenso de su capacidad para afrontar sus problemas y para sobrellevar los niveles de estrés que corresponden a cada edad. Así mismo, los niños crecen notando claramente el poder emocional y el valor motivador que su sufrimiento —o, al menos, su expresión— tiene para el resto de la familia.

El incremento de los hijos únicos permite que los padres puedan volcarse en su cuidado mucho más que en épocas pasadas. Pero el descenso de las familias numerosas no es el único factor. Por un lado, se añade una sutil competencia entre padres y ciertos celos si pareciera que el hijo propio disfruta de menos privilegios que los compañeros del colegio o los hijos de otras familias cercanas. También toda una ideología que ve el desarrollo personal como el desenvolvimiento de una interioridad auténtica y deseable —en vez de verlo como el resultado de una interacción con el mundo en donde el carácter del joven se verá moldeado— hace pensar que cuantas menos incomodidades encuentre en la vida, mejor podrá emerger esa identidad libre de obstáculos e interferencias. Por último, padres e hijos se encuentran sumergidos en una sociedad que abomina de toda molestia al convertir el placer inmediato en un valor fundacional, lo que termina transmitiendo la certeza de que los mejores padres serán aquéllos cuyos hijos muestran la felicidad constante que vemos en los menores que aparecen en los anuncios publicitarios.

El resultado, como cualquiera podría prever, no es positivo. La obstinación por evitar todo

sufrimiento a toda costa a corto plazo es una potentísima fuente de sufrimiento a medio y largo plazo. Recordando ese dicho que tantas veces hemos oído y hemos citado páginas atrás, conviene adaptar el niño al camino y no el camino al niño. El camino de la vida siempre tendrá piedras, charcos, subidas y bajadas, encrucijadas, que el niño deberá aprender a salvar sin que le alfombren o le allanen el camino. Como es obvio, los padres no van a poder seguir manteniendo a su hijo dentro de una burbuja indefinidamente, especialmente a partir del momento en donde el menor comience a relacionarse con otros menores que han sido educados con estas mismas pautas.

Clásicamente la persona era vista como alguien superador de dificultades, destacándose su capacidad de recuperación ante los obstáculos que inevitablemente la vida le plantea. Ahora, por el contrario, encontramos por todas partes una apología de la vulnerabilidad, y se exhorta a la debilidad en el marco de una emocionalidad desbordada y afectada, ante la que acudiría rápidamente la sociedad de consumo a ofrecer soluciones. Se olvida que los individuos son tan fuertes como la cultura en la que viven espera que lo sean, y en la actualidad se espera de todos que seamos demasiado vulnerables. Nunca ha habido más malestar psíquico que bajo el Estado del bienestar físico.

Ante todo esto, conviene recordar que el sufrimiento es completamente inevitable en la vida, y que uno de los componentes básicos de la educación ha de ser dotar al menor de la capacidad y los recursos adecuados para poder afrontarlo. Esto, por supuesto, tendrá presente la edad del joven —no será igual a los cinco, diez o quince años— e irá en progresivo aumento hasta terminar dando lugar a un adulto que pueda estar a las duras y a las maduras, y que destaque más por su fortaleza que por su fragilidad. El desensimismamiento, la atención al mundo que nos rodea y la renuncia a la idea consumista de que una vida sana ha de caracterizarse por una euforia permanente en la que uno se sienta encantado consigo mismo pueden ayudar en este sentido.

Nadie ha de ver en estas líneas una apología del sufrimiento o de un espíritu ascético que invite a no evitarlo. Si uno se sienta accidentalmente encima de una chincheta lo aconsejable es levantarse y retirarla. Como se ha indicado previamente, los jóvenes con problemas de disforia corporal o de identidad de género sufren de forma real y en ocasiones muy intensa, y este sufrimiento no puede ser ignorado en aras de una dureza personal que deba ser entrenada. Los padres lo notan, padecen con ellos y se desesperan con frecuencia intentando encontrar una solución. Aliviar el sufrimiento de los hijos con conflictos de género ha de ser uno de los criterios fundamentales en la decisión acerca de cómo actuar, pero esto, una vez más, no implica que debamos acceder a todo lo que se nos pida. En la educación, unos padres cuya única meta consista en que sus hijos no sufran estarían actuando como un entrenador deportivo cuyo único objetivo fuera que sus atletas no se cansen.

Padres y jóvenes tenemos la vista puesta en diferentes plazos temporales. Y no es precisamente la adolescencia una etapa de la vida que destaque por su paciencia y su capacidad

de espera. Para un adolescente el futuro es dentro de unos tres o cuatro días. Nada ni nadie puede impedir que sufran, pero podemos ayudarles a ver en su sufrimiento una interesantísima fuente de exploración y conocimiento acerca de ellos mismos, cuya causa —no siempre fácil de entender— ayudará a aliviarlo de forma duradera.

No existen soluciones rápidas ni seguras

Carlos y Sara se alegraron, claro, cuando Nicola y Ernesto les contaron que Cloe (20) había decidido desistir de su transición y había empezado a pedir que la volvieran a tratar en femenino y la dejaran de llamar Marc. Se alegraron, aunque no pudieron dejar de sentir una punzada, mitad envidia, mitad tristeza, porque los problemas que ellos tenían con su hija trans continuaban e iban cada vez a peor. Liza (18), nacida varón, ya llevaba varios años medicándose, y sus planes de someterse a una operación para extirparse el pene e implantarse pechos continuaban adelante, más rápidos que nunca ahora que ya era mayor de edad. Era una figura muy destacada del movimiento trans en su ciudad, muy activa en todas las redes sociales, a las que dedicaba buena parte de su tiempo, y en donde había ido narrando durante los últimos años su proceso de transición social, de bloqueadores de la pubertad y de hormonación cruzada. Hacía cuatro años que el problema había surgido de la nada. O al menos eso les había parecido a sus padres.

Carlos y Sara conocieron a Nicola y Ernesto en la Agrupación Amanda. Los dos matrimonios se habían hecho muy amigos, en detrimento de otras amistades previas que eran mucho menos comprensivas con la situación que estaban atravesando. Durante estos años habían visto tantos casos tan variados... Nicola y Ernesto no quisieron tampoco mostrar ante Carlos y Sara lo eufóricos que se sentían por el desistimiento de Cloe. El problema había sido largo y había cambiado el carácter de los cuatro. Por un lado, se habían vuelto más duros y resentidos. Por otro, se habían vuelto mucho más solidarios. Pasara lo que pasara estarían ahí para apoyarse.

Ya nos gustaría poder ofrecer soluciones rápidas y seguras. Pero no existen. Ya no estamos en la infancia, en donde los ensoñamientos, los cuentos y los juegos se suceden unos a otros con rapidez, y prácticamente no dejan huella en el desarrollo del niño. A pesar de que a veces se llama a este problema «disforia de género de inicio rápido», esa supuesta rapidez se deriva más de la sorpresa que reciben en ocasiones los padres al recibir de golpe la revelación, que del verdadero proceso que ha tenido lugar, en donde el adolescente ha ido fraguando su autopercepción como trans durante meses o años de consumo de redes sociales, relaciones con amigos también centrados en este tema o intoxicación con ideas anticientíficas y retrógradas a través de cursos recibidos en los centros escolares. No estamos ante un problema que aparece de

golpe y se va a ir de golpe también dentro de una semana. Ni siquiera podemos asegurar que el problema desaparezca alguna vez. El curso de este malestar —como el de tantos otros referidos a las emociones— puede ser crónico, fluctuante, en ocasiones remitiendo por completo, en ocasiones mudando la piel, y no conocemos factores claros que nos permitan predecir cómo va a evolucionar cada caso.

Hay que entender que algunos aspectos favorecen la cronificación. En ocasiones la conducta tiene un importante componente de autoperpetuación. Si me tatúo el nombre de mi banda de *rock and roll* favorita se hace más difícil que deje de gustarme con el paso del tiempo, que si no me comprometo vitalmente con ese gusto escribiéndomelo en la piel y mostrándolo a todo el mundo durante el resto de mi vida. Se cambia más fácil de ideología política si la persona no tiene un cargo público vinculado a ella que si se es concejal o diputado. Es muy improbable que el papa aparezca mañana en el balcón de San Pedro y confiese que se lo ha pensado mejor y ha llegado a la conclusión de que Dios no existe.

Desde que contamos con la exposición pública *urbi et orbi* a través de las redes sociales, todos llevamos tatuajes virtuales con nuestras autoimágenes, somos diputados de nuestra ideología y papas de nuestra fe. En cierta medida, nos volvemos esclavos de nuestra propia presencia pública. Se colocan los pronombres en la presentación de nuestros perfiles, se realizan afirmaciones que son leídas por miles de personas y quedan esculpidas en bits. En el caso de las personas trans en ocasiones se interviene de formas difícilmente reversibles sobre el propio cuerpo de manera ciertamente inconsciente y apresurada. Todos los miembros de la subcultura trans, todos los actos, las jornadas, los encuentros son ceremonias de ratificación.

La prisa de las familias por pasar página no es una buena consejera, y puede en ocasiones malograr pequeños logros que se estaban consiguiendo en la mejora de la relación familiar y de los malestares psíquicos. La frustración ante un malestar que nos cuesta trabajo entender y que se mantiene mucho más tiempo del que hubiéramos imaginado puede llegar a ser desesperante. Debemos ser conscientes de esto, para no dejar que sus efectos negativos interfieran con la convivencia. La mejoría, de darse, no va a ser lineal, habrá avances y retrocesos. Será el propio menor el que marque el ritmo y el curso de una situación que habitualmente tiene una naturaleza dinámica y cambiante.

Con todo, a partir de los contactos que hemos mantenido durante estos últimos tiempos con familias que se enfrentan a problemas de identidad de género, creemos que hay motivos para la esperanza. Son muchos los casos en donde hemos hablado con padres y madres en situaciones verdaderamente difíciles, y que al reencontrarnos al cabo de unos meses nos comentan que el menor se encuentra mucho mejor y ya está saliendo del problema. No es la paciencia una virtud que se cultive especialmente en nuestra sociedad, pero nos tememos que no hay más remedio que estar muy provistos de ella como una ayuda esencial para abordar esta cuestión.

Tiempo de descuento

—¿Tú sabes que tu madre y yo nos conocimos en un grupo de rock que teníamos?

Albert descolgó una guitarra eléctrica de un expositor. Vio que se acercaba un dependiente, pero le hizo un gesto de desinterés indicando que sólo estaban echando un vistazo. El dependiente se dirigió a otro cliente.

—Me lo has contado seis mil veces.

—Tu madre cantaba. Yo era el guitarrista. El guitarrista solista, cuidado.

Rasgueó algunos acordes, hizo alguna escala de blues. Al no estar enchufada a un amplificador el sonido estaba muy atenuado. Inés (16) le miraba fingiendo aburrimiento, pero en el fondo le divertía la escena. Echó un vistazo a su alrededor en el centro comercial. No quería que nadie la viera acompañando a su padre mientras tocaba una guitarra.

—Nunca me has enseñado.

—¿Quieres aprender? Mira, cógela.

No tenía la bandolera puesta y había que sujetarla con las manos. Inés no sabía ni cómo sostenerla. Pesaba mucho más de lo que esperaba, pero se miró en un espejo que recubría una columna cercana y le gustó su imagen con la guitarra.

—¿Ya no tenéis el equipo? ¿Qué fue de los instrumentos?

—Se vendieron, creo. Pero mi guitarra está en casa de los abuelos, en Badalona.

—Vámonos ya...

—Vale.

Volvió a colgar la guitarra en el expositor.

—¿Y si...? Nah, olvídalo

—¿Y si qué?

—Nada.

—¡Papá! Ya empezaste. Siempre haces lo mismo. Tienes que terminar. ¿Y si qué?

—Bueno, ¿y si compramos esta guitarra, yo traigo la Telecaster de casa de los abuelos la semana que viene y te enseño a tocar?

—Papá, no empieces...

—Vale, es una pijada.

—No sé...

Inés miró la guitarra. Era preciosa. Marrón vetado y negra. Miró el precio y puso cara de sorpresa.

—Es una Gibson, ¿qué esperabas?

—Es muy guapa.

—Y tienes en casa a un gran maestro del instrumento.

—No.

—Vale, no, hala, vámonos.

—No sé...

—Hagamos un trato. Ahora mismo. Ya. Te compro esta guitarra. Y un ampli sencillito. La tienes en casa hoy y te empiezo a enseñar cosas sencillas. Y a cambio...

—¿Qué?

—Bajamos un poco la intensidad del temita.

La cara de Inés se nubló.

—Hija, danos una... una... no sé... una tregua. No te digo que abandones el tema. Sólo que lo llevemos con un poco más de calma. Puedes seguir identificándote como quieras. Puedes seguir con tu grupo. Pero vamos un poco más despacio. Sólo eso. Un poco de tiempo para pensar, para confirmarlo, para convertirte en la nueva Joni Mitchell... [Sonrió.] Un poco de tiempo. Alicia también opina que esperemos un poco. Es psicóloga. Sabe de lo que habla. Puedes seguir con tu día a día normal... ¿Trato? ¿Nos la llevamos a casa ahora?

Le tendió la mano. Los siguientes cinco segundos fueron eternos, pero finalmente Inés cerró el apretón de manos. Albert hizo una seña de llamada al dependiente.

—¿Quién es Joni Mitchell?

—Hija, te queda mucho por aprender en esta vida.

El tiempo corre a nuestro favor. Cada mes que el joven decida retrasar el comienzo de las intervenciones médicas sobre su cuerpo disminuye la probabilidad de que finalmente lo haga. Los estudios señalan que un porcentaje muy importante de los adolescentes con disforia de género superan estos malestares si permitimos que su desarrollo siga su curso y la adolescencia se supere rumbo a la vida adulta. A nadie puede extrañar que un problema vinculado a una etapa particularmente vulnerable, cambiante y tormentosa se resuelva cuando el transcurso del tiempo hace que de forma natural esa etapa termine y dé paso a otra etapa más estable y tranquila.

Muchos aceptarán una orientación homosexual que quizá se estaban negando; otras se acostumbrarán poco a poco a su cuerpo de mujer adulta y dejarán de sentir el rechazo que inicialmente sintieron por sus pechos, su menstruación, sus caderas, siempre bajo el incómodo escrutinio y el juicio a veces malintencionado de los demás; otros simplemente redirigirán su atención hacia intereses externos a su cuerpo y lentamente su preocupación egocéntrica irá pasando a un segundo plano; otras se formarán en feminismo, y adquirirán una conciencia crítica que les permitirá entender que el origen de sus males no está en ellas, sino en una sociedad que impone roles sexuales en donde la mujer resulta cosificada y convertida en objeto de consumo; otros verán cómo sus problemas emocionales van cambiando, los habían tenido ya de pequeños —por ejemplo, problemas del espectro autista—, y su disforia de género da paso a otras disforias, ansiedades, problemas en sus relaciones personales, aislamientos. Otras simplemente madurarán, o cambiarán de amistades y de círculos sociales, o conocerán de primera mano casos tristes en donde queda claro el engaño que supone la visión almibarada del transgenerismo que

ofrecen las redes sociales. A veces el problema simplemente desaparecerá y jamás entenderemos por qué comenzó y por qué terminó.

Aun así, no todos los adolescentes aquejados de disforia de género la superarán al terminar su adolescencia: en un pequeño porcentaje de casos el problema se mantendrá y no resultarán efectivas ayudas psicológicas exploratorias. A la espera de mejores intervenciones menos agresivas, con menos efectos secundarios y que no impliquen convertir a una persona sana en un paciente médico crónico, hoy por hoy no conocemos mejor forma de ayudarles que la transición farmacológica e incluso quirúrgica, que siempre ha de ser entendida como el último recurso y no el primero.

Los grupos de intereses vinculados a la industria transgénero saben perfectamente que el retraso en la edad de comienzo de la transición médica no sólo retrasa sus beneficios, sino que los reduce por el descenso de clientela que implica. Cada vez que un país eleva la edad de comienzo de la hormonación de los jóvenes con problemas de género —Finlandia, por ejemplo, la ha elevado recientemente hasta los 25 años—, se reduce el balance de beneficios de alguna empresa biomédica. De ahí que uno de los puntos fundamentales de los grupos de intereses económicos que vuelan en círculos sobre estos menores sea reducir al máximo la edad de comienzo de la medicación. Un reciente estudio realizado por Feministes de Catalunya, que ya hemos citado, señala que el 87 por ciento de las personas atendidas por el Servei Trànsit salen con la receta en la mano tras la primera consulta.

Y hay más ejemplos. El citado Dentons —que se presenta como el bufete de abogados más grande del mundo— firma junto a IGLYO (International Lesbian, Gay, Bisexual, Transgender, Queer and Intersex [LGBTQI] Youth & Student Organisation) y la fundación de la multinacional Thomson Reuters una guía para transactivistas llamada «¿Sólo adultos? Buenas prácticas para el reconocimiento legal del género en jóvenes» en donde abiertamente se defiende que no debe haber límite inferior en la edad en la que se inicie la transición social y el registro administrativo del nuevo sexo del niño —«registro del sexo», «registro del género», la confusión habitual e interesada de siempre—. ¿«Buenas prácticas»? ¿Para los bolsillos de quién?

Así que, ante los intentos de comenzar lo más temprano posible la medicación de nuestros hijos, es recomendable que las familias sensatas intenten comenzarla lo más tarde posible, para aumentar así la tasa de desistidores y evitar miles y miles de casos de menores que van a provocarse daños irreversibles en su cuerpo a través de medicaciones crónicas. La urgencia que caracteriza a la adolescencia y el bombardeo que reciben desde sus medios sociales no ayuda a esta estrategia que busca ganar tiempo, pero hay ideas que podemos intentar poner en práctica. Podemos explicarle lo razonable que es intentar abordar el problema inicialmente de formas no agresivas —por ejemplo, consejo psicológico— antes de empezar a medicarse. Podemos pactar con el menor un tiempo razonable de espera ante la seriedad y la magnitud del cambio que nos está pidiendo. Podemos favorecer cualquier atisbo de otras aficiones, *hobbies*, intereses,

amistades, lecturas, planes, que puedan desensimismar al joven y recibir la atención y la energía que en este momento están recibiendo sus problemas con su identidad de género.

Cada mes ganado al problema cuenta. La medicación temprana aumenta la posibilidad de daños y efectos secundarios. Mejor comenzar a los 15 años que a los 13 años. Mejor a los 17 años que a los 15 años. Y mucho mejor a los 19 años que a los 17 años, sobre todo porque es probable que a los 19 años ya no quiera comenzar a medicarse. Y mejor a los 25.

¿Qué hacemos con internet?



Cien tiktoks al día son tres mil tiktoks al mes. Treinta y seis mil quinientos tiktoks al año. De forma aproximada, la mitad de los tiktoks que ve Lara (16) tratan sobre la cuestión trans. Eso son dieciocho mil tiktoks. Ella es no binaria. Sus pronombres son they/them. Si entras en la pantalla de emoticonos del WhatsApp el primero que aparece es la bandera trans. Si pusiéramos en línea recta todos los scrolls de la pantalla que hace Lara en un día ¿cuánto mediría esa línea? Llegaría a un kilómetro movido a golpe de pulgar.

Sus padres le dejan llevar el móvil a la habitación por las noches desde que cumplió 16 años. Allí, metida en la cama, con las luces apagadas, la puerta cerrada y la noche por delante, siente que tiene todo el mundo a su disposición, sobre todo desde que consiguió un alargador para poder tener el aparato cargando desde la cama. Comienza a repasar las publicaciones de sus influencers favoritos mientras el móvil vibra con un goteo irregular de mensajes de WhatsApp de sus amigos. Se recomiendan tiktoks. «viste ig d blue nora?» Lara entra en la cuenta de Blue Nora. Es un chico trans que lleva casi un año tomando testosterona y mostrando los efectos que tienen esas hormonas en él. Da consejos sobre binders, qué decir a los médicos para conseguir testo, lee los mensajes de amigos que cuentan qué tal han ido sus top surgeries. Se ofrece como hermano mayor a todas las chicas que estén dudando si iniciar su transición a chico trans. En este momento es la persona que ejerce una mayor influencia en la vida de Lara. En mitad de la oscuridad, la luz del móvil le ilumina la cara.

Empecemos por una obviedad: todo este problema no existiría sin internet. Es en las redes sociales y en la web donde los jóvenes encuentran la mayor fuente de información —habitualmente sesgadísima— acerca de estos temas, contemplan ejemplos —habitualmente poco representativos— de personas que han encontrado en las hormonas y la cirugía la solución a todos sus problemas, y se arman de argumentos y terminología —habitualmente insostenible— con los que repetir en bucle eslóganes y clichés impermeables al razonamiento. La coincidencia entre las fechas de expansión mundial de los smartphones y las fechas del boom de los casos de disforia de género entre los adolescentes puede no ser una coincidencia.

En internet encontramos algunas de las cumbres más altas del espíritu humano y sus cloacas más sórdidas. Es un arma de doble filo, ambos afiladísimos. Es la herramienta más potente jamás construida en manos de una persona formada y con criterio, y es la más peligrosa para alguien que, carente de tales criterios, busca contenidos con base únicamente en su extravagancia o prohibición social, ambos aspectos muy atractivos para los adolescentes. El problema es que, en la actualidad, salvo que vivamos en una colonia *amish*, el uso de internet por parte de los adolescentes no es una opción, sino una necesidad social, tanto en el ámbito escolar como en las relaciones personales del menor.

Y, sin embargo, de alguna manera necesitamos controlar su uso por parte del joven, especialmente si hablamos de menores de 15-16 años. A sabiendas de que estamos intentando controlar la rotura de una presa con un caldero o soplar muy fuerte para contrarrestar la fuerza del viento, podemos pactar con el adolescente que la familia correrá con los gastos del móvil y su uso a cambio de una serie de contraprestaciones de obligado cumplimiento. Por ejemplo:

1. Se restringirá su uso temporal a unos pocos momentos del día. El joven no dormirá con él en la habitación.
2. Podrá haber un ordenador de mesa, portátil o tablet situado en algún lugar común y de paso de la casa, a la vista de los padres, que el menor podrá usar para atender a asuntos escolares o de ocio con un horario más amplio.
3. El menor se comprometerá a no borrar nunca su historial de búsqueda, y a aceptar que éste sea revisado por los padres cuando lo estimen conveniente.
4. También el menor aceptará que se instalen en su móvil programas que permiten monitorizar su actividad y que mandan la información a los móviles de los padres.
5. En aquellas redes sociales que permitan igualmente guardar algún registro del historial de actividad, tiempo de uso y cuentas visitadas, éste deberá ser activado y podrá ser consultado por los padres.
6. Los padres podrán revisar el contenido que cuelga el menor en sus redes sociales.
7. Como en todo acuerdo, habrá también un régimen sancionador en caso de incumplimiento de alguna de estas condiciones. Puede incluir la retirada del móvil por un tiempo o cualquier

otra sanción que el menor lamente recibir.

Por supuesto, este acuerdo se puede ir modificando gradualmente a lo largo del crecimiento del adolescente, en la dirección de ir dando cada vez más espacio de autonomía e intimidad al joven, aunque estas modificaciones no serán automáticas, sino supeditadas a que el menor esté demostrando que realiza un uso adecuado de internet y las redes sociales. Sabemos que es muy probable que él esté más al día que nosotros y maneje estas tecnologías con destreza intentando romper los límites acordados. Compartir entre varias familias trucos y consejos sobre estos asuntos se lo pondrá más difícil.

En caso de que descubramos que el menor está visitando páginas, perfiles o cuentas que promocionan la ideología transgenerista, convendrá ver juntamente con él algunos de esos materiales y debatir las ideas que están difundiendo con los conocimientos básicos que se expusieron en la primera parte de este libro. Por supuesto, esto será mucho más sencillo de hacer si el joven todavía no está comprometido a fondo con esa doctrina y si no ve a sus padres como enemigos que por ignorancia o mala voluntad no quieren permitirle ser él mismo. En el próximo capítulo nos centraremos en cómo conversar con el adolescente que ya presenta problemas con su sexo o su género. Si todavía no es así, una sencilla conversación bienhumorada y tranquila puede ser suficiente para dificultar la aparición de creencias insensatas.

Sabemos que en este tema internet está haciendo mucho más mal que bien a los adolescentes, pero no parece realista pretender aislar a nuestros hijos de una red que ya está tan presente en las vidas de todos como el aire que respiramos. Iniciativas que no sean realistas podrán tener consecuencias contraproducentes. Son los tiempos que nos han tocado vivir: demasiada estimulación y muy pocos fundamentos. Crucemos los dedos.

El cariño y la firmeza son compatibles

—No quiero ser mujer. No soy mujer. Me quiero cambiar de sexo.

—Pero, cielo, eres mujer. No es algo que se pueda cambiar. Es una realidad objetiva. Como que tienes catorce años y tienes los ojos verdes.

—Pues hay lentillas que te cambian el color de los ojos.

—No, las lentillas no te cambian el color de los ojos. Te puedes poner todas las lentillas que quieras, pero seguirás teniendo los ojos verdes.

—¡Qué raro que la terfa de mi madre diga estas cosas!

María era la madre soltera de Aroa (14). Desde que nació le había dedicado todo su tiempo, nunca había escatimado un esfuerzo por hacer las cosas bien.

—Es que el mundo no son los dibujos animados que veis en la tele.

—Nadie ve ya dibujos animados. Y nadie ve ya la tele.

María tomó la mano de su hija.

—Hay gente que se opera y se hace de todo. Pero eso no cambia su sexo. Además...

—¡Sí lo cambia! ¡La prima de Jen cambió de sexo!

—No, la prima de Jen se quitó los pechos y se hormonó, pero sigue siendo mujer. Cuando alguien se hace un lifting o se tiñe las canas no cambia de edad.

—¿Qué problema hay en teñirse las canas? ¡Ahora teñirse el pelo va a estar mal!

—Teñirse el pelo no está mal. Es trivial, no afecta a la salud, es reversible.

—¿Y si yo me cambio el color del pelo para siempre a ti qué te importa? Eres una transfoba. Es la puta transfobia. Que yo esté bien no te importa nada.

—Al revés. Es lo que más me importa del mundo. Si estuviera teniendo esta conversación con una chica desconocida seguramente le daría la razón. Porque no me impor...

—O sea, por ti que se mueran las chicas que no conoces, ¿no?

María sonrió.

—Porque no me importan como me importas tú.

—Odio, odio, odio, estáis llenas de odio hacia las personas trans.

—¿Pero a ti te parece de verdad que yo te odio?

Probablemente ésta es la idea que más se va a repetir en esta guía. La hemos señalado en páginas anteriores, la hemos incluido en alguno de los resúmenes que cierran los capítulos, la volveremos a decir más adelante: debemos mantener la calma en el día a día de la relación que mantenemos con nuestros hijos que están atravesando problemas de género. Las decisiones que se tomen, las conversaciones que se mantengan, cada momento pasado juntos, pueden hacerse desde la calma, la firmeza y la tranquilidad. Esto es más importante de lo que parece.

No es fácil de hacer. Por un lado, es evidente que estamos acostumbrados a que las discrepancias, especialmente cuando se refieren a temas que nos importan de verdad, vayan acompañadas de enfados. Nos pasa en todos los ámbitos de la vida. Parece contraintuitivo decir que no con una sonrisa o un gesto de cariño. En el pasado, cuando el joven era un niño pequeño, el uso del enfado y la riña podía ser eficaz para resolver problemas conductuales puntuales. Por otro lado, las ideas que en ocasiones nos presentan estos menores pueden carecer de toda lógica, y su carácter absurdo, unido al grave perjuicio irreversible que puede suponer para su salud, hace que la situación se vuelva más desesperante para los padres.

Pero ya han crecido, y el escenario en el que nos encontramos ahora es completamente diferente. Recordemos lo que decíamos al comienzo del capítulo acerca del ajedrez: a cada movimiento de nuestros hijos respondemos con un movimiento nosotros, a cada movimiento nuestro responden con un movimiento nuestros hijos. Perder los nervios, tomar decisiones impulsivas motivadas por el enfado del momento o demostrar emociones muy negativas de enfado o agresividad suelen ser jugadas perdedoras, especialmente a medio y largo plazo. Contrariamente a lo que puede parecer, son más indicadoras de debilidad que de fortaleza. En el

complejo —y a veces difícil de entender— entramado de relaciones emocionales que todos los adolescentes mantienen con sus padres es impredecible el efecto que los enfados pueden tener. E impredecible en estos temas casi siempre es para mal.

Los gritos, los insultos, los enfados extremos suelen ser además la antesala de las malas decisiones y de la pérdida de la comunicación entre ambas partes. Ante el problema al que nos enfrentamos el principal activo que tenemos es la relación que mantenemos con nuestros hijos. No nos dejemos engañar por la apariencia: en esta mezcla de madurez e inmadurez que caracteriza a esta etapa de la vida, la relación con los padres sigue siendo importante, aunque pase a un segundo plano. Es fundamental cuidarla. Es un valor que está por encima de identidades de género.

Cuando se tiene razón —y nosotros, no cabe duda, la tenemos al oponernos a la visión queer del transgenerismo— no hay motivo para perder la calma. Y cuando la defensa clara, tajante y coherente de las ideas se acompaña de evidentes muestras del cariño que sentimos por el menor con el que conversamos, se aleja cualquier sospecha de que fobias, odios y exclusiones son los motivadores de nuestras posturas.

El hecho de que los padres pierdan buena parte del control que tenían durante la niñez cuando sus hijos llegan a la adolescencia no quiere decir que su capacidad de influir en sus hijos baje hasta cero. Siguen quedando cosas que podemos hacer, podemos seguir marcando una diferencia, aunque sólo sea porque conseguimos atenuar algunos fuegos en vez de avivarlos. Por otra parte, eso también implica que ya no somos moralmente responsables del comportamiento de nuestros hijos. Aceptar la autonomía moral de los hijos y aceptar que a partir de ahora la responsabilidad de sus actos compete únicamente a ellos es uno de los hitos más complicados de asumir como padres. «Allá tú, ya eres mayorcito para saber qué haces, nadie va a ir a sacarte las castañas del fuego» es una frase durísima, pero que necesitamos aprender a decir si queremos dejar de sobreproteger a los jóvenes y permitir que se adapten a la inescapable realidad de la vida exponiéndose a las consecuencias de sus decisiones.

Estamos ante un problema muy dilatado en el tiempo, cambiante, cuya naturaleza desconcertante no es un aspecto secundario, sino, en cierta medida, su razón de ser. La vida da muchas vueltas y no conviene tirar al niño por el desagüe junto con el agua sucia. Tengamos claro que salvar la relación ha de ser la primera de nuestras prioridades.

Quédate con esto:

- No podemos permitir que el tema trans monopolice la vida de la familia, ni que la persona transgénero se convierta en la protagonista de la familia.
- La situación del joven relativa a sus emociones, a sus relaciones familiares o a su identidad de género puede presentar pequeñas fluctuaciones y variaciones. Debemos estar muy atentos

a cualquier pequeño indicio de cambio para mejor en el joven. No dudemos en ser espléndidos en nuestras expresiones afectivas cuando la ocasión lo merezca.

- La obstinación por evitar todo sufrimiento a toda costa a corto plazo es una potentísima fuente de sufrimiento a medio y largo plazo. Conviene adaptar el niño a la vida y no la vida al niño.
- El sufrimiento es completamente inevitable en la vida. Tanto como enseñar formas de evitarlo, la educación ha de centrarse en enseñar formas de afrontarlo.
- Aliviar a corto plazo el sufrimiento de los hijos con conflictos de género ha de ser uno de los criterios fundamentales en la decisión acerca de cómo actuar, pero no el único.
- No existen soluciones rápidas y seguras a los problemas de identidad de género.
- La transición social compromete al menor con su nuevo estado ante los demás — pronombres, nombres, aspecto—, dificultando que pueda cambiar fácilmente tal decisión.
- Algunos jóvenes con estos problemas desisten o destransicionan. Otros no lo hacen. No sabemos predecir cuáles serán de un tipo o de otro.
- El tiempo juega a nuestro favor. La mayor parte de los menores que no reciben una intervención afirmativa desisten al inicio de su vida adulta. Cuanto más se retrase el inicio de la medicación, más aumenta la posibilidad de que el joven desista.
- Las redes sociales, internet y los smartphones son elementos fundamentales en estos problemas. Es necesario controlar su uso, especialmente en los menores de 16 años.
- El cariño y la firmeza son compatibles —sí, ya lo hemos puesto antes en otro resumen, pero es que hay que repetirlo—. Salvar la relación familiar es más importante que cualquier aspecto del sexo o del género de nuestros hijos.
- Debemos dejar que nuestros hijos adolescentes, especialmente a partir de los 16 años, acepten la responsabilidad de sus actos y carguen con las consecuencias de sus decisiones sin sentirnos culpabilizados por ello.

Tenemos que hablar

—Me dijo tu hermana que estás pensando en irte de casa este curso...

—Ay, mamá, ¿tenemos que hablar ahora de eso?

—No sé... No nos cuentas nada.

—¿Para qué? ¿Para tener otra bronca? Ya empiezo la universidad y todo el mundo se va a vivir con sus amigos.

—¿Y ya tienes pensado con quién y dónde?

—Tú no te preocupes, que estaré bien.

—¿Cómo no me voy a preocupar? ¿Con quién te vas? ¿Qué vamos, a llegar un día a casa y tú ya no estás y no sabemos nada de ti? ¿Tan mal estás en esta casa?

—Tú dirás... Y ahora tengo que estudiar, por favor.

—Tu padre está muy disgustado. Intentamos entenderte, pero... Tú también tienes que entender que nosotros... Para nosotros no es fácil.

—¿Y para mí? Y con vosotros se hace más difícil todavía...

—Te estamos llamando por el nombre que nos pediste, aunque a veces se nos pasa... Querías hormonas, tienes hormonas. ¿Tú estás bien? No sé... Yo no te veo bien.

—Claro que no estoy bien. Joder. Claro que no estoy bien. A veces... a veces...

—¿A veces qué?

—Estoy cansado todo el día, y estoy hasta el culo de todo el mundo. Bueno, de todo el mundo, no. O sí. Se me queda todo el pelo en el peine. Estoy empezando primero y ya quiero dejar la carrera. Came insiste mucho en que vayamos a vivir juntos. Ahora pone copas. Y que se venga Nacho también. Que vivamos en trío. Came es poli. Nacho es gilipollas.

—¿Tú quieres irte a vivir con él?

—No. Pero tampoco me quiero quedar en esta casa.

—A ver, calmadamente, de verdad, dime cuáles son los problemas de esta casa. Te digo de corazón que podemos mejorar la convivencia... anda...

—...

—Anda...

—Pues, para empezar...

Pues sí. Tenemos que hablar. Y ya te adelantamos que no va a ser nada fácil. Tan complicado puede ser hablar con un adolescente que se ha adherido a esta subcultura, que son muy numerosos los padres que creen más sensato no tocar este tema en la vida familiar y dejar que se ocupen de él los posibles psicólogos a los que pueda acudir el joven. Es una opción respetable, y seguramente basada en muchas experiencias en donde los intentos de mantener una conversación fructífera no salieron como se esperaba, si es que no empeoraron más todavía las cosas. Aun así, se hace difícil y artificioso estar haciendo como que no existe este elefante en medio de la salita durante la convivencia cotidiana.

Vamos a intentar dar unas pautas básicas acerca de cómo hablar sobre los problemas de la identidad sexual y de género con nuestros hijos adolescentes. Lo hacemos a sabiendas de que es mucho más fácil escribir este apartado que poder aplicarlo en la práctica, porque cada familia es un mundo y existen mil elementos —algunos permanentes, otros puntuales y circunstanciales— decisivos en el resultado de una charla. Cada conversación se construye sobre el millón de conversaciones previas que hemos mantenido con las personas que queremos. Están totalmente llenas de claves privadas, referencias que sólo entienden los participantes, son como matrioskas que ya vienen completamente viciadas y condicionadas por las matrioskas previas que contienen en su interior. Pero en una guía para familias que afrontan conflictos de género tiene que haber alguna orientación sobre cómo hablar de este tema.

Empecemos por dos aspectos de los que todos debemos ser extraordinariamente conscientes: en primer lugar, los motivos por los que las personas conversamos van mucho más allá de intercambiar argumentos claros para llegar finalmente a un acuerdo, y, en segundo lugar, en las conversaciones hay mucha más información de la que dicen las palabras. Respecto de los motivos, habría que preguntarse siempre cuál es la agenda oculta, las motivaciones reales que tienen ambos miembros de la conversación. ¿Lleva la madre todo el día dándole vueltas al asunto y se ha ido poniendo tan nerviosa que termina explotando muy dolida y sacando el tema? ¿Está el padre harto de que siempre sea la madre la que habla con el menor y se ha propuesto hablar él esta vez para demostrar a la madre que lo puede hacer mejor? ¿Está el menor enfadado con sus padres porque ha sido castigado por sus malas notas y quiere sacar este tema para hacerles daño? ¿Le han dado a la madre una referencia de una psicóloga no afirmativa y quiere ir dejando caer el tema en la conversación para ver si finalmente convence al menor para ir a esa psicóloga? ¿Quiere el padre usar la conversación para contar que la hija trans de un amigo finalmente ha desistido, por poner un grano de arena en el posible desistimiento del menor? ¿Está triste la hija por la distancia que tiene con sus padres desde que les dijo que era trans y quiere hacer un intento más por hablar de estos temas con cariño?

Y respecto de la información que contiene la conversación, está claro que las afirmaciones sólo son una pequeña parte de aquélla. El lenguaje no verbal, la postura corporal, el volumen

empleado, el tono —humor, lamento, sarcasmo, reproche, ironía, llanto, ternura, condescendencia...—, las interrupciones, las miradas son tan importantes, si es que no más, que las propias frases dichas. La frase «crees que lo sabes todo, como todos a tu edad» puede significar cosas totalmente diferentes si es expresada con desprecio, con cariño, con superioridad o con simpatía. «Intento entenderte, pero no le veo sentido a lo que dices» puede poner un punto final de enfado y hostilidad a una conversación, u ofrecer al joven la ocasión de repensar algunas de sus afirmaciones e intentar aceptar otros puntos de vista; la diferencia entre un resultado u otro puede estar en el volumen, el lenguaje corporal, la conexión de la mirada...

Para que se dé una buena conversación con el adolescente es necesario que no existan intereses espurios, como desahogos emocionales o motivaciones coyunturales no reconocidas. Tampoco la finalidad de la conversación debe ser ganar, sino razonar, no debe ser resolver completamente el problema en ese momento, sino tener un encuentro con el joven que pueda al menos romper la uniformidad de las mil conversaciones que estará manteniendo con personas de su entorno social que validan el enfoque transgenerista. Vamos a plantar preguntas que podrán dar su fruto a medio y largo plazo; podemos exponer ideas sensatas, expresadas en tercera persona, en un contexto en donde no sea humillante para nadie cambiar de opinión, un contexto que minimice el orgullo de los participantes a base de un tono cariñoso y un lenguaje no verbal conciliador. Es muy importante que sea un motivo de satisfacción y no de frustración aceptar las ideas que la otra persona nos presenta, y eso sólo puede ocurrir si la conversación no está activando ninguna actitud que tenga que ver con ganar o perder.

A partir de aquí vamos a dar una serie de consejos prácticos concretos sobre cómo mantener la conversación. No deja de ser extraño tratar este tema con el mismo tono con el que se darían consejos de cocina o de bricolaje, ya que la comunicación familiar debería ser un ámbito especialmente dado a la espontaneidad y la autenticidad. Alguien podría pensar que todos sabemos hacerlo perfectamente, pero lamentablemente no es así. Los adolescentes se quejan de que sus padres sólo les hablan para reñirles o interesarse inquisitivamente por su ocio o su rendimiento escolar. Los padres se quejan de que los adolescentes son poco comunicativos y no tienen ningún interés en hablar. No olvidemos una cosa: la conversación es la medicación psicoactiva más potente que conocemos, no hay fármaco mejor contra los males emocionales que las palabras, el habla es la forma más importante mediante la que las personas nos influimos las unas a las otras.

Algunos de los «trucos» que vamos a proponer seguro que ya son practicados de forma natural por muchos lectores y aparecen sin necesidad de premeditación. Mejor todavía. Nada peor que afrontar una conversación armado con estas pautas con el artificio con el que un conductor novato conduce por primera vez tras haber memorizado el código de la circulación y con un coche que está aprendiendo a manejar. Pero también es cierto que la práctica termina haciendo que nos parezcan espontáneas y naturales conductas que en su momento nos parecieron

extrañas a nuestra forma de ser. Conviene practicar estas pautas y, como siempre, ser constantes sin esperar resultados a corto plazo.

Por otro lado, estos consejos se encuentran en muchos sitios, están sacados de guías para la correcta comunicación emocional en las familias referidas a muchos problemas. No son exclusivas del tema trans y forman parte de la formación básica de cualquier psicólogo. Hay que saber cuál es la mejor forma de hablar para que te escuchen y la mejor forma de escuchar para que te hablen. Aquel lector que piense que estos consejos son cuestiones menores o trivialidades irrelevantes es el que más necesita leerlos con atención y esmerarse especialmente a la hora de llevarlos a cabo.

Vamos al lío. ¿Qué se debe hacer y qué no se debe hacer durante una conversación con nuestro hijo adolescente que está atravesando conflictos de género?

Qué debemos hacer

1. **Escuchar de verdad.** Escuchar no es tan sencillo como parece. No basta con oír. Con frecuencia estamos tan centrados en lo que queremos decir nosotros que perdemos de vista lo que nos está diciendo la otra persona. Los psicólogos hablamos con frecuencia de la «escucha activa» para destacar que la escucha no es un proceso pasivo en el que nos limitamos a recibir el mensaje de la otra persona. Durante el tiempo en el que el adolescente está hablando vamos a centrarnos en él en su totalidad, en sus palabras, pero también en sus gestos, en su entonación, en toda esa cantidad de información que nos está dando de forma extralingüística.

No podemos iniciar la escucha con la expectativa en mente de «a ver qué tontería me dice ahora». Por el contrario, nuestra actitud debería ser «seguro que va a haber cosas interesantes en sus palabras». Debemos ser cazadores de sensateces, estar al acecho de todo lo que sea salvable, y marcarlo con sonrisas —no de victoria, sino de cariño—, «¡claro!», y todo tipo de gestos de cercanía. La escucha activa siempre se ve beneficiada por el contacto visual, la postura, gestos de asentimiento, todos esos ruiditos que hacemos para indicar que estamos atendiendo a lo que nos dicen —aha, mmm, sí...—, hechos ocasionalmente y con naturalidad.

2. **Parafrasear, resumir.** Es una buena costumbre empezar nuestras intervenciones resumiendo con nuestras propias palabras lo que el adolescente nos acaba de decir. Le refuerza la sensación de que ha sido escuchado, nos permite a nosotros entenderlo mejor, y ofrece al joven una cierta distancia sobre sus propios argumentos. «Entonces, según entiendo, lo que tú sientes es que...», «Si no te he entendido mal, quieres decir que...», «Vale, entonces la clave es que...», «¿Es correcto?». Resumiremos objetivamente lo que nos han dicho, no lo reescribiremos desde nuestro punto de vista para que quede claro que está equivocado. Si acaso, eso lo argumentaremos a continuación.

Simplemente repetir lo que el adolescente nos ha dicho es una forma muy sencilla de animarle

a seguir hablando: repetir sin juzgar, sin ridiculizar su tono, permitiendo unos segundos de silencio al final. Pruébalo no sólo con tus hijos, sino conversando con otros familiares o amigos. Te sorprenderás de las cosas que la gente a la que queremos —y a veces a la que no queremos— nos llega a contar sólo con repetir de forma neutra y empática lo que nos están contando sin añadir más que un poco de silencio.

3. Si hay que criticar, conviene que la crítica sea muy específica, y que el juicio recaiga siempre sobre actos concretos más que sobre la persona. «Aplicas al tema del sexo una lógica que no aplicas a ninguna otra cosa» es mejor que «eres ilógico». «Tal cosa que dijiste ahora se contradice con otra que dijiste hace unos minutos» es mejor que «ni tú mismo sabes lo que quieres decir». «Este asunto te está volviendo vago o tonto» es peor que «tus notas están bajando últimamente desde que andas centrado en este tema».

Evitemos las etiquetas, sólo provocan que la conversación se convierta en una pelea. Evitemos los zascas. Aunque se nos ocurra el zasca perfecto que va a demoler por completo la postura a la que nos oponemos, no lo usemos. No estamos pretendiendo demoler nada. Estamos hablando con una persona que probablemente esté sufriendo. El tono de voz puede ser suave aunque estemos diciendo verdades duras y dolorosas de oír.

4. Ser breve. Salvo excepciones muy justificadas, nuestras intervenciones no deberán ser muy largas. El protagonista de la conversación es el adolescente. A nadie nos gusta que nos sermoneen.

Dado que habitualmente la iniciativa de mantener la conversación corresponde más a los padres que a los hijos, es habitual que aquéllos hagan intervenciones más largas que éstos. Esto termina provocando que la sola idea de hablar con los padres cree la expectativa del aburrimiento. Intentemos hablar la mitad de lo que hablan los implicados. No tengamos miedo a los silencios, ni busquemos rellenarlos en cuanto duran un segundo. No están los tiempos como para exigir atención continuada a discursos largos.

5. Preguntar más que afirmar. Vamos a preguntar todas las cosas que nos llamen la atención y a permitir que el adolescente nos las explique antes de concluir que son tonterías. Asegurémonos de que estamos entendiendo bien lo que nos está contando. Pidámosle amablemente cuantas explicaciones necesitemos.

No se trata únicamente de que el joven sabe mucho más que nosotros sobre ese tema. También es importante entender que unas preguntas bien dirigidas pueden encaminarle hacia respuestas a las que él mismo no esperaba llegar y que le pueden hacer cuestionarse algunas de sus creencias. Un cambio en la comprensión del problema tiene mucho más efecto cuando es descubierta por el menor que cuando ya se le da mascada en un discurso paternalista. No se trata de hacerles preguntas para darles a continuación nuestra respuesta, sino de dejar las preguntas en el aire.

6. Mantener un cierto orden. Los temas han de ser tratados de uno en uno, y no vale saltar de uno a otro en función de que nos han demostrado que estábamos equivocados en el tema

anterior, o en función del posible enfado que podemos estar sintiendo. Tampoco es aconsejable hablar del pasado, especialmente en referencia a asuntos que ya habían quedado cerrados y de cuya recuperación no se deriva ninguna ventaja.

7. Escuchar tanto lo que se dice como lo que no se dice. Silencios ante ciertas preguntas, rodeos repetidos para evitar algunos asuntos, cambios de tema pueden ser elementos de la conversación tan significativos como las cosas que se están diciendo directamente. Es cierto que su manejo puede resultar mucho más complicado que el del diálogo explícito, y dar pautas claras sobre cuándo encarar o no las cosas de las que no se quiere hablar requeriría conocer cada situación en detalle. En caso de duda, dejémoslo correr. Pero no olvidemos la presencia de esos fantasmas e intentemos averiguar el papel que están cumpliendo en el problema.

8. Terminar con frases cariñosas. Si la conversación ha transcurrido de forma que cabe terminarla con un gesto de cariño, una frase positiva o esperanzada y una sonrisa mutua, entonces la conversación ha salido bien, independientemente de que se haya llegado a acuerdos o de que alguna de las partes haya cambiado de opinión. Un final con una muestra de afecto deja claras cosas importantes que a lo mejor en algún momento del diálogo no lo estuvieron, y facilita futuras conversaciones. Por ejemplo, «me alegro de que hayamos podido hablar», «estoy más contenta y tranquila después de nuestra conversación» o «gracias por dedicarnos este tiempo». Otra opción excelente es terminar amistosamente hablando un buen rato sobre otro tema.

9. Elegir un buen momento y un buen lugar. Ya sabemos que es evidente. Pero de verdad es sorprendente la cantidad de experiencias que hemos conocido en donde una conversación se planteó en circunstancias en donde ya de entrada tenía muy pocas posibilidades de salir bien. Conduciendo. Enfadados nada más conocer la noticia, por ejemplo, del comienzo de la hormonación del menor. Cuando faltan veinte minutos para que lleguen a casa invitados para una comida familiar. Al término de un día especialmente agotador o a primera hora tras una noche en blanco. En presencia de un niño pequeño que comienza a llorar. Mientras una de las partes está pendiente del WhatsApp... Qué menos que un ambiente tranquilo, un buen rato por delante y la ausencia de interrupciones.

10. Cuidar la duración de la conversación. Ni demasiado larga ni demasiado corta. No tiene sentido levantarse de la mesa a la primera dificultad, o habiendo intercambiado sólo unas pocas frases. Pero tampoco es aconsejable prolongar la charla indefinidamente aprovechando que está transcurriendo de forma cordial, en un intento por abordar todos los aspectos del problema. Si la conversación está saliendo bien, si hemos conseguido algún avance, casi puede ser más inteligente cortarla en ese momento, dejando un sabor de boca positivo y facilitando conversaciones futuras, que intentar exprimir más la situación, con el peligro de que cambie el tono positivo. No es fácil concretar una duración precisa ideal para una conversación de este tipo, pero, con todas las excepciones que pudieran darse, un mínimo de diez minutos y un máximo de media hora parecen razonables.

Qué no debemos hacer

1. **Lo primero, no insistir.** Si comenzamos a charlar con el menor y éste se niega a dialogar, no tiene sentido insistir en mantener la conversación. Una comunicación adecuada requiere que ambas partes estén de acuerdo en mantenerla. Si el adolescente comienza a poner excusas —«ahora no puedo», «es que estoy esperando una llamada», «ay, qué pesada eres, no me apetece», «tengo que estudiar»—, rebatirle esas evasivas sólo conducirá a que se afiance en su negativa o a que comience la charla con una actitud incómoda.

Por supuesto, en el caso contrario, si es el joven el que da un paso adelante y comienza a hablar con nosotros del tema, debemos dar prioridad a esa situación y abandonar lo que sea que estemos haciendo para aprovechar ese momento. De hecho, las mejores conversaciones son las que inicia el adolescente. Muchas veces, mejor que sacar directamente el tema trans, es preferible hacer comentarios sobre un tema colateral para ver si es el joven el que lo relaciona con el tema trans y comienza a hablar sobre ello.

2. **No interrumpir.** Es obvio. Es probable que el adolescente esté haciendo un esfuerzo para expresarnos cómo se siente y esa conversación no le está resultando sencilla. Cortarle cuando todavía no ha terminado es una forma de castigarle en sus intentos por comunicarse. En ocasiones, antes de que nos haya contado la mitad de las cosas que nos desea contar ya nos lanzamos a decirle cuál va a ser la solución. No es necesario argumentar especialmente este punto, teniendo en cuenta lo mucho que nos molesta a nosotros también que nos interrumpan.

3. **«Siempre.» «Nunca.» «Todo.» «Nada.»** Estas palabras han de ser usadas con mucha prudencia en las conversaciones familiares que buscan resolver problemas de sus miembros, porque generalizan excesivamente, en la inmensa mayoría de los casos en contra de la persona con la que estamos dialogando. «Todo lo que digo siempre te parecen tonterías.» «Nunca haces nada por evitarle un disgusto a tu madre.»

4. Por muy expresivo y tentador que sea, es mejor **prescindir por completo del sarcasmo, la ironía, de imitar su tono de voz ridiculizándolo.** Ni siquiera cuando el menor esté usando esos estilos verbales debemos pagarle con la misma moneda. El sarcasmo sobre un tema particularmente sensible puede convertir una conversación amable en una pelea resentida en un segundo. Otra cosa diferente son las ironías obviamente cariñosas que se dicen para introducir un poco de buen humor en la conversación. Pero conviene estar seguro de que el joven las va a entender con el mismo buen rollo con el que nosotros las estamos diciendo.

5. Debemos **evitar también la condescendencia** que supone ofrecer soluciones sencillas a problemas que están consumiendo buena parte del tiempo y los esfuerzos al adolescente afectado. «Esto lo resuelvo yo en diez minutos.» Es razonable ofrecer soluciones a los menores a los que estamos viendo sufrir, pero no de forma que dé a entender que es necesario ser muy tonto para no darse cuenta del remedio que se está proponiendo o que invaliden su malestar. Antes de ofrecer remedios, preguntemos al adolescente cuál cree él que sería el mejor y valorémoslo.

Después podemos opinar. Ah, no terminemos sus frases. Implica un cierto tono de superioridad y puede ser irritante.

6. No comparar al menor con otros jóvenes. Independientemente de que el otro joven con el que pensemos comparar al nuestro sea también una persona transgénero o no lo sea, juzgar al adolescente en función del criterio que representaría otro adolescente es siempre una mala idea. ¡Incluso cuando sea para valorar positivamente al menor señalando su superioridad sobre el otro menor!

7. No hay que estar conversando a diario sobre el tema. Ya lo hemos señalado previamente: el tema trans no debe monopolizar la vida de la familia. Aunque algunas familias consideran que lo óptimo es dejar la conversación sobre estas cuestiones a los especialistas, nosotros defendemos aquí que una conversación familiar correctamente llevada puede suponer un elemento valioso para enfrentarse a los conflictos de género que puede tener un adolescente. Eso sí, no conviene abusar de su frecuencia, ni siquiera cuando la experiencia indica que habitualmente estas conversaciones son gratificantes.

Si fuera éste el caso, y tuviéramos una comunicación satisfactoria con el adolescente, lo óptimo sería mantener igualmente conversaciones sobre cualquier otro asunto que pueda beneficiarse de una charla —rendimiento escolar, problemas en la relación con otras personas, asuntos laborales o económicos— justamente para poner en práctica la idea de que el menor es muchas cosas más que una persona transgénero. Y, claro, también está permitido y muy recomendado conversar sobre cosas placenteras: aficiones, planes de futuro, viajes, música, comidas, fiestas...

8. No invalidemos la experiencia que nos está contando el menor trans. Estar en desacuerdo con la explicación que nuestro hijo nos está dando a su sufrimiento o con sus planes acerca de una transición irreversible no implica en absoluto negar la experiencia que nos está confiando. No se discute la realidad del problema, sino la mejor forma de intervenir sobre él. Es mejor evitar frases como «pues no me parece para tanto», «tienes que estar exagerando», «a mí también me pasan cosas y no hago un drama», «si yo te contara cómo era yo a tu edad...»

Ni agresivo, ni pasivo: asertivo y empático

El estilo óptimo de comunicación en la familia es el estilo asertivo, que es firme, pero atento hacia los demás; respeta a los otros miembros familiares sin hacerse de menos a sí mismo; expresa sus opiniones con claridad y acepta igualmente las opiniones contrarias de los demás sin hacer de ello una afrenta personal. No tiene intenciones emocionales espurias ni pretende manipular a los demás. No intimida a nadie ni acepta ser intimidado por nadie. Es constructivo en sus apreciaciones, y conciliador en las diferencias que pueda haber sin cerrarlas en falso.

Imposible tanta perfección, ¿verdad? Probablemente, pero merece la pena ensayar esta forma

de relacionarse con los otros en donde uno expresa claramente cómo se siente y puede hacer peticiones a los demás sin hacerles sentirse culpables. La comunicación asertiva se define por oposición a otras dos formas de comunicación mucho menos deseables, entre las que transcurre intentando no caer en los problemas de los estilos agresivos y pasivos. Es posible que el estilo agresivo —impetuoso, amenazante y acusador, de tono alto de voz, sarcasmo y superioridad— le haya resultado útil a la persona ante otros problemas de la vida; no le va a resultar útil en este caso, y probablemente contribuya a empeorar el conflicto hasta extremos irreversibles. Tampoco el estilo pasivo —débil, sin autoestima, incapaz de exigir sus derechos, lleno de «no importa, no os preocupéis por mí»— es el adecuado ante estos problemas si pensamos en el largo plazo, por más que a corto plazo pueda contribuir momentáneamente a reducir la conflictividad. Ceder siempre no ayuda nunca.

El mayor de los tópicos acerca de las conversaciones familiares, el denominador común de todos los textos que hablan sobre el tema, es la defensa de la empatía como el pilar básico alrededor del cual construir la comunicación. Estamos todos de acuerdo, pero ¿cómo entender correctamente la empatía? Mostrar empatía implica intentar sentir en carne propia la experiencia emocional que el adolescente nos está contando, pero no nos obliga —no podríamos— a dejar de ser nosotros mismos o a dejar de pensar y razonar como pensamos y razonamos. Una vez más: no discutimos la vivencia emocional de la persona, sino la explicación que le está dando, en ocasiones presentada como si fuera obvia y no cupiera interpretarla de otra manera. La empatía no trata sobre ser cariñosos, simpáticos o afirmativos del relato que nos están presentando. ¡No se trata de dar la razón! Se trata de decir «lo que estás diciendo me importa y lo voy a tener en cuenta a la hora de hacerme una idea de lo que te está pasando por encima de prejuicios e ideas previas que pudiera tener». Tan empática y tan asertiva es la frase «entiendo lo que sientes» como la frase «no entiendo lo que sientes», si ambas son la expresión sincera de la experiencia del oyente tras haber escuchado con una actitud abierta y verdaderamente atenta lo que el adolescente nos ha querido decir.

Probablemente éste ha sido el capítulo de esta guía que más nos ha costado escribir. Todas las pautas para mejorar las conversaciones familiares han de ser tomadas con la mayor de las flexibilidades y ser adaptadas a las circunstancias particulares de cada familia. En algunos casos algunas de las pautas no serán aplicables, en otros ya vienen siendo aplicadas desde hace tiempo. Es cierto que la mayor parte de los consejos que hemos incluido se refieren a aspectos formales, a actitudes desde las que charlar con los hijos, a veces a detalles muy específicos, y otras veces a cuestiones muy generales de difícil concreción. No nos hemos ocupado casi del contenido de las conversaciones, que vendrá dado por el momento de la disforia o la transición en el que se encuentre el joven.

Estamos ante un tema especialmente complicado por su novedad, por el reto que supone a

cuestiones lógicas elementales y por la gran carga emocional que implican sus consecuencias sobre personas tan queridas como son los hijos. Todos vamos a cometer errores en el abordaje familiar de esta cuestión, y no tiene sentido culpabilizarse por ello, sino mostrar comprensión mutua entre todas las partes, e intentar ir avanzando poco a poco en el largo proceso que supone aprender a afrontar un problema tan contundente y delicado a la vez. A lo largo de estos años hemos visto a muchas madres convertirse en personas extraordinariamente sabias, y ha sido un privilegio poder aprender de ellas. No hay problema en pedir sinceramente disculpas, y nadie deberá ver en ello un signo de debilidad del que aprovecharse. Disculparse también es comunicación asertiva y empática.

No estamos obligados a aceptar como ciertas o a estar de acuerdo con las opiniones contrarias a la nuestra. A la hora de hablar con los adolescentes acerca de problemas de género, tener mano izquierda y encontrar la estrategia óptima de hacerles llegar nuestro punto de vista puede ser muy importante, por lo que seguramente no es buena idea comenzar la charla marcando claramente la enorme distancia que nos separa y lo inamovibles que nos vamos a mantener en nuestras posturas. Pero la realidad no es negociable. Habrá que ser muy hábiles para saber renunciar a la racionalidad lo necesario para poder establecer un clima que permita el diálogo, pero siempre sin pasar la línea de una mínima sensatez, lo que nos convertiría más en parte del problema que en parte de la solución.

Quédate con esto:

- La conversación familiar es un diálogo muy significativo, particularmente difícil en el caso de los menores que forman parte de la subcultura trans. Puede ser de ayuda si se hace correctamente, y perjudicial si no sabemos conducirlo bien. Algunas familias prefieren no hacerlo.
- Conviene ser conscientes de la verdadera motivación que hay detrás de cada conversación, y de la verdadera información que estamos transmitiendo más allá de las palabras que decimos.
- Tan importante es escuchar como hablar. Y más difícil. Ha de practicarse una escucha activa, atenta, respetuosa, en donde el adolescente note que está siendo escuchado y se les están dando a sus opiniones la oportunidad de ser valoradas imparcialmente y sin ningún orgullo por «ganar la discusión».
- Si hay que criticar, las críticas deberán ser concretas y referidas a la conducta o las afirmaciones hechas por el menor. Nunca debemos dirigir descalificaciones globales contra la otra persona.
- Aspectos formales como el tono, el volumen, el contacto visual, la postura corporal, los gestos de asentimiento, etcétera, son más importantes de lo que parecen.
- No interrumpamos. No digamos «siempre», «nunca», «todo», «nada». No usemos el sarcasmo y la ironía. No seamos condescendientes. No comparemos al joven con otros jóvenes. No estemos todo el rato sacando el tema. No restemos importancia a los sentimientos que nos está contando.
- La comunicación óptima es la comunicación asertiva, en donde se muestra seguridad, claridad, respeto. Se opone a la comunicación agresiva y a la comunicación pasiva.

- La empatía implica intentar sentir la experiencia emocional que nos están transmitiendo, pero no implica dar la razón.
- Se puede decir en un tono amable que no se está de acuerdo con la interpretación que el menor hace de su experiencia, y presentar los argumentos de tal discrepancia con cariño.

Actores secundarios con papeles protagonistas

Esta parte del libro no estaría completa si no dedicásemos un pequeño capítulo final a los actores secundarios que acompañan a los protagonistas de nuestras historias. Buena parte de los hechos relevantes que están escribiendo esta historia tienen lugar en los centros escolares y los gabinetes de psicología, instituciones que deberían funcionar como referentes de responsabilidad, principio de la realidad y calidad profesional. No siempre es así. Por otro lado, y en parte como un intento de compensar estos déficits que a veces encontramos en institutos y centros de psicología, las familias prudentes afectadas por estos problemas se han organizado en la mayoría de los países occidentales, constituyendo asociaciones de afectados que hacen cuanto está en su mano para luchar por la sensatez y contra los errores de los abordajes queer ante los problemas de identidad de género.

La coeducación secuestrada por el transgenerismo queer

—El miércoles vamos a no sé qué LGTB que organizan en el instituto. Es en el Centro Social de Barrientos. Tenéis que firmarme el permiso.

Lucía (15) abrió una carpeta y sacó un folio que tendió a su madre. «Atrévete a ser diferente. Diversidad para personas especiales. Asociación Formación y Transformación Arcoíris».

—Pero, espera, ¿esto de qué va?

—¿Y yo qué sé? Tú firma, que no me quiero quedar dos horas en la biblioteca con Julia.

—No, no, de eso nada. Con todas las tonterías que se andan contando con esto del sexo y el género. Voy a mirar en Google qué asociación es...

La madre de Lucía no pudo terminar la frase porque en ese momento sonó su teléfono. Era la madre de Zaida, compañera de clase de Lucía.

—¡Lola!

...

—Sí, me lo acaba de pasar a mí también. No sé...

...

—Yo si es una milonga de éstas de que no existe el sexo paso de firmar.

Lucía empezó a negar con el dedo índice y la cabeza mientras vocalizaba un clarísimo «no» en silencio.

—Pues vamos y preguntamos a Amparo. Que las tutoras están para esto. Acuérdate del festival trans del año pasado.

...

—Sí, yo puedo. Una y media... dos menos cuarto como mucho.

Colgó. El «no» de Lucía cobró volumen.

—No me voy a quedar sola en la biblioteca con Julia.

—Ya veremos, ¿vale? Vamos a ir Lola y yo a preguntar mañana. Sólo queremos que se nos informe de lo que se os va a contar. O que se nos deje asistir también a los padres que quieran oírlo. ¿No tenemos derecho? Lola tampoco quiere que vaya Zaida.

El título de este apartado es un reconocimiento entusiasta a uno de los libros más importantes que se han editado en nuestro país en los últimos meses: *La coeducación secuestrada*, firmado por Silvia Carrasco al frente de un grupo de colaboradoras feministas. Las autoras diseccionan con una precisión muy clarificadora cómo hemos asistido durante la última década, casi sin darnos cuenta, a la penetración de la visión queer —anticientífica, irracionalista, casi sectaria— en los centros educativos, que han abierto las puertas de forma acrítica y sin el debido análisis a cuantas asociaciones defensoras de esa ideología han querido entrar, confiándoles buena parte de la formación del alumnado en cuestiones afectivas y sexuales a través de cursos y talleres, siempre con el único requisito de que hagan un uso demagógico y conceptualmente muy pobre de palabras como *derechos*, *diversidad* o *inclusividad*, confundiendo a los jóvenes en una edad en la que ya viene la confusión de serie. Es una situación de ganancia mutua: los centros se libran irresponsablemente de un tema incómodo y las asociaciones transactivistas encuentran algo con lo que justificar las subvenciones recibidas.

Es muy probable que no lo sepas, pero ya existen protocolos educativos en tu comunidad autónoma que obligan a que el profesorado esté atento al comportamiento de los alumnos, por si detectara en alguno de ellos de forma repetida conductas «incongruentes con el sexo asignado al nacer». Por supuesto, tales protocolos no especifican cuáles podrían ser dichas conductas, ya que cualquier intento de concretarlas dejaría a las claras el retrógrado sexismo que lo impregna. El machismo tradicional —«si eres una niña no puedes jugar al fútbol»— se sustituye por el nuevo machismo queer —«si juegas al fútbol no puedes ser una niña».

Como imponen estos protocolos, el profesorado deberá avisar a la dirección, y ésta se asegurará de que el centro educativo afirme todos los aspectos relativos a la transición social que solicite eventualmente el menor, como cambio de nombre o de pronombres. También deberá

reunirse con los padres y estar alerta ante indicios de que la familia no está colaborando en la afirmación del menor.

Por otro lado, los contenidos de algunas asignaturas se han vuelto inexplicablemente anticientíficos, lo cual —intolerable en todos los casos— resulta grotesco en asignaturas científicas como Biología. Ya son muchos los libros de texto de Biología en donde se defiende una parodia bochornosa de la teoría metafísica de las tres almas de Platón, mostrando una galleta de jengibre con forma de monigote en cuyo cerebro se sitúa la identidad de género, en cuyo corazón se sitúa la orientación sexual y en cuyos genitales se sitúa el sexo. El alma racional, el alma irascible y el alma concupiscible en versión transactivista. Una asignatura de Geología en donde se mostrara un mapa terraplanista de nuestro planeta sería más riguroso.

¿Pueden hacer algo las familias ante esta situación? No es fácil y no tenemos un amplio margen de maniobra, pero tampoco los padres están completamente indefensos. Éstas son algunas sugerencias que pueden poner un grano de arena contra este problema:

1. Para empezar, es buena idea contactar con otros padres del centro que también sean críticos respecto de esta ideología de género y estén informados acerca de las nefastas consecuencias que pudiera llegar a tener sobre los adolescentes. Cualquier acción que se emprenda será más fuerte cuantas más familias del centro la respalde.
2. Convendrá revisar el contenido de algunas asignaturas como Biología, Ética o Filosofía. Si se detectan aspectos ideológicos que se pretendan hacer pasar como científicos, o posturas filosóficas que se presentan como verdades universales —ocultando que otras posturas filosóficas dicen lo contrario—, convendría educadamente preguntar por estos aspectos al centro o solicitar una amable conversación con los profesores implicados.
3. Todas las actividades extra —talleres, cursos, charlas, películas...— deberán ser sometidas a un escrutinio especialmente minucioso, y, de nuevo, presentar educadamente a los responsables nuestras inquietudes al respecto. Las familias tienen derecho a ser informadas no sólo acerca de los contenidos de estas actividades, sino también del punto de vista desde el que se van a impartir dichos contenidos.
4. Docentes Feministas por la Educación es una asociación que lucha activamente contra la penetración de las ideas transgeneristas en la educación. Se encuentra fácilmente en internet (<dofemco.org>). En su excelente página web hay modelos de cartas muy sensatos que se pueden usar para transmitir a los centros nuestras preocupaciones acerca de estas cuestiones.
5. Se debe explicar a los menores que, puntualmente, puede haber discrepancias en aspectos concretos entre el criterio de los padres y el criterio del centro escolar, sin que esto comprometa en absoluto la autoridad del centro escolar o cree confusión a los adolescentes. Así como hay acuerdo en la inmensa mayoría de los contenidos impartidos y en los valores

democráticos que el centro promueve, en todas las épocas históricas se han colado en las instituciones educativas ideologías —religiosas, machistas, racistas— ante las que debemos mantenernos críticos. Se puede hablar con el menor acerca de estas discrepancias y explicarle los diferentes puntos de vista, estimulando su espíritu crítico frente a las posturas oficiales.

Gabinetes de psicología: ¿exploración o afirmación?

Judith (21) comenzó con sus problemas de género alrededor de los 16 años. En su caso, como en casi todos los casos, se juntaban mil factores a la vez: mucha incomodidad con los cambios corporales propios de la adolescencia, problemas en las relaciones interpersonales que habían terminado dando lugar a situaciones de bullying en alguna ocasión, poco gusto por los estándares sociales y estéticos femeninos, consumo de grandes dosis de redes sociales de temática transgenerista... Cuando finalmente expuso en casa sus ideas acerca de su condición de chico trans, su familia entendió que había llegado el momento de pedir ayuda psicológica.

Mar, su primera psicóloga, acogió el caso con interés. Se había formado recientemente en el trastorno de disforia de género de aparición rápida desde un enfoque afirmativo, y ya en la primera entrevista asumió que se encontraba ante un chico a todos los efectos y que su trabajo debería ser acompañar a Judith durante la transición que iba a comenzar. Sus padres se encontraban desconcertados ante la orientación que estaba practicando la psicóloga, pero asumieron que la profesional tendría mayor preparación y conocimiento que ellos, así que aceptaron la nueva situación de su ahora hijo.

Pero la situación de Judith no estaba clara. Tras varios meses de apoyo psicológico, Judith no se encontraba mal, pero tampoco bien. Todo dependía del día. Algunas semanas estaba convencida de que había tomado la decisión correcta y de que Mar había acertado con el enfoque. Su comunidad de amigos en las redes sociales le felicitaban y le animaban para que comenzara a medicarse. De hecho, la psicóloga y ella empezaban a barajar fechas para pasar a la siguiente etapa de la transición.

A veces, con sinceridad, tenía una profunda sensación de una confusión elemental, muy básica, difícil de describir. No sabía si actuaba como era ella o como los demás esperaban que fuera ella. O como ella esperaba que los demás esperaran que fuera ella. O como los demás esperaban que ella esperara... ¡basta! A veces debatía con personas contrarias al movimiento queer y se reafirmaba en su transactivismo y su condición de varón. A veces, al despertarse, todo le parecía absurdo, le daba la impresión de estar viviendo dentro de un sueño. No sabía si cuando debatía sobre el tema intentaba convencer a los demás o a ella misma.

Era obvio, era una mujer. Era obvio, era un hombre. Días estupendos. Días entre nieblas muy espesas. Sólo tenía una cosa clara, sólo una, que no cambiaba, que era siempre igual:

odiaba su cuerpo. Hacía extrañas piruetas para evitar su reflejo en el espejo tras las duchas. Además, había empezado a estudiar Psicología, y algunas de las clases que recibía, aunque no trataban directamente el tema trans, le hacían replantearse los fundamentos más básicos de lo que significa ser mujer o varón. Empezó a notar grietas en las posturas que seguía viendo a diario en la comunidad queer.

Al cabo de un año de visitas con Mar, tras varias consultas estancada y sin avances, la madre de Judith le sugirió la consulta con otra psicóloga sobre la que le habían hablado muy bien. «Probemos, ¿no te parece?» El estilo de Laura era diferente. Terapia exploratoria. Exploraba las causas originales de la disforia, cómo había aparecido, qué otros conflictos podría encubrir. No se centraba exclusivamente en el género, sino que evaluaba a la persona de una forma integral. Le enseñó a nombrar lo que le ocurría de una forma precisa, que se ajustaba mejor a la realidad, que no le parecía extravagante en ningún momento. Judith empezó a sentirse menos variable, menos confusa.

No sabemos el papel que desempeñó Laura o la propia evolución de Judith en la mejoría del problema. Pero hoy ya es otra persona: sigue sin gustarle su cuerpo, pero ése ya no es el tema de su vida. La proporción de días buenos ha aumentado de forma notable, aunque a veces se sigue sintiendo fatal. Sabe que este tema nunca estará completamente resuelto, pero ya sólo es una molestia ocasional. «La gente como yo no estamos bien o mal, estamos mejor o peor. Bueno, como todos, ¿no?» Ha asumido realidades básicas de las que no entiende cómo pudo llegar a dudar. Le falta poco para terminar la carrera y quiere dedicarse a ayudar a chicas que estén en su situación.

Aceptémoslo: no hay unanimidad entre los profesionales de la psicología acerca de cuál es el enfoque óptimo desde el que abordar los problemas adolescentes de la identidad de género. Las propias asociaciones científicas psicológicas viven la discrepancia entre sus miembros, que ya ha impedido varias veces que se puedan poner de acuerdo a la hora de redactar un manifiesto sobre este tema. Algunos psicólogos defienden una intervención afirmativa, en la que no se ponga en duda la visión que la persona tiene acerca de su problema; el adolescente ha de ser el conductor de su propio cambio y el psicólogo ha de limitarse a asentir, si acaso dando algunos consejos meramente técnicos que acompañen al menor durante el proceso de transición. Se cree que lo que el joven expresa es un yo natural, auténtico, que no puede ser puesto en duda.

Otros psicólogos entienden que las personas sí podemos estar equivocadas al dictaminar la causa de nuestros problemas emocionales, muy especialmente si nos referimos a un tema que está presente en todas las fuentes de influencia social entendido bajo una ideología determinada. En las intervenciones exploratorias el profesional acepta y valida la experiencia que le está contando la persona, pero aplica sus conocimientos académicos para entender por qué el joven está dentro de esa experiencia. Estamos ante una terapia abierta al resultado: quizá la persona

tenga razón —y lo que más le conviene es iniciar una transformación médica de su cuerpo—, quizá no —y lo que está equivocado no es el cuerpo, sino la sociedad, los discursos, las influencias sociales recibidas o mil cosas más.

El enfoque exploratorio busca aplicar a los sufrimientos derivados de los problemas del género la misma lógica que la intervención psicológica aplica a todos los demás problemas emocionales a los que se enfrenta. De hecho, actúa como actúa cualquier especialista en cualquier ámbito, entendiendo que la causa de lo que le está pasando la puede saber mejor el profesional que el propio afectado, como ocurre en la medicina, la fontanería, la abogacía, la mecánica de coches o cualquier otra intervención profesional sobre un problema en donde se da por obvio que el profesional sabe más que el ciudadano medio acerca de su campo de intervención.

La recientemente aprobada Ley Trans incurre en una trampa al defender que las terapias deben buscar la afirmación de la identidad declarada del adolescente, condenando explícitamente a continuación las terapias de conversión, aversión y de contracondicionamiento. Podría dar la impresión de que nos encontramos ante una dicotomía entre afirmar la petición del menor o someterle a descargas eléctricas, lo que es totalmente falaz. Está unánimemente aceptado que las terapias de conversión son totalmente intolerables, una auténtica forma de tortura cuya práctica, por suerte, es claramente residual.

Pero entre limitarse a asentir a lo que está diciendo el joven y torturarlo están las ayudas sensatas: preguntarle, retar sus ideas con otras propuestas, proponerle nuevas formas de relacionarse con sus emociones, ver su evolución durante un tiempo significativo, indagar acerca de la historia del problema —su aparición, su evolución, sus fluctuaciones—, explorar posibles influencias sociales, no perder nunca de vista la persona integral que tenemos ante nosotros, estudiar la función que el problema está cumpliendo en su vida, decir la verdad aunque duela, conocer cómo es su familia, sus amigos, cómo usan sus redes sociales virtuales, interesarse por posibles episodios de abuso sexual, de bullying, explorar problemas asociados al espectro autista o a la depresión, establecer una relación sana y significativa, aplicar los conocimientos profesionales a la persona que nos consulta. En definitiva: ser un psicólogo profesional, no un psicólogo que es activista antes que psicólogo, un psicólogo bien intencionado pero mal informado.

Un buen psicólogo puede hacer mucho bien a una persona en un momento difícil de su vida. Un mal psicólogo nos hará perder tiempo, dinero y, lo que es peor, podrá empeorar todavía más la situación. Dada la disparidad de criterios que mantiene en este momento la psicología, es absolutamente razonable y recomendable que los padres mantengan una conversación inicial con el profesional en el que le hagan preguntas claras acerca de su visión del problema y el enfoque que utiliza para ayudar a los jóvenes que se encuentran con estos problemas. No se trata tanto de tener el radar encendido por si aparecen las palabras *afirmación o exploración* —dada la persecución política y el régimen sancionador que se cierne sobre alguno de estos términos es

comprensible la prevención del profesional—, sino de dialogar abiertamente en términos que los padres comprendan sobre qué es lo que pretende hacer con el menor. También, claro, procede preguntar acerca de la experiencia que el psicólogo tiene con este tipo de problemas.

Y si hay sintonía entre el punto de vista de los padres y la línea de trabajo del psicólogo, si hay buenas referencias y el profesional tiene experiencia en el abordaje de este tipo de problemas, enhorabuena. Un buen especialista puede ser una gran ayuda. Entre las ventajas que tiene trabajar estos problemas mano a mano con un profesional de la psicología destacan:

1. Es el profesional óptimo para poder explorar la causa del problema, y evaluar hasta qué punto existen o no problemas previos o concurrentes —trastornos del espectro autista, abuso sexual infantil, depresión, falta de habilidades sociales...
2. En caso de encontrarse esos problemas previos o concurrentes, tiene conocimientos acerca de cómo afrontarlos de los que los padres carecen.
3. Su trabajo puede aliviar a la familia en parte de la tarea de mantener un diálogo fluido acerca de los conflictos de género del menor, facilitando que los padres se centren en mejorar los vínculos familiares y en actividades que ayudan a la cohesión familiar.
4. Puede tener ante el menor la credibilidad de la que carecen sus padres. Puede ser la relación nueva y limpia de pasado que el adolescente está necesitando.
5. Es muy útil contar con un especialista imparcial y objetivo que nos puede resolver dudas concretas acerca de la situación, evolución y el día a día del menor. Una buena relación entre los padres y el psicólogo —sin necesidad de violar en absoluto la obligatoria confidencialidad de la relación terapéutica— permite así mismo recibir buenos consejos sobre la vida familiar.

Sabemos que la ayuda ofrecida desde la psicología profesional mejora la posibilidad de que el adolescente supere sus problemas de identidad y disforia de género, pero la colaboración de un psicólogo que practique un punto de vista acorde al de los padres requiere, eso sí, que sea depositario de la confianza de la familia y que se le deje trabajar sin exigir resultados a corto plazo ni meter palos en las ruedas. En ocasiones las familias pretenden enseñar al profesional a hacer su trabajo, o se saltan sus indicaciones porque no les parecen oportunas, o buscan ante todo que el psicólogo ratifique su visión del problema, o se extrañan si el especialista no se centra desde el primer momento en el tema del sexo y el género, o destiejen sin darse cuenta avances que al profesional le costó bastante tiempo tejer. Una clara división de papeles entre los padres y los profesionales, y un claro respeto mutuo, colaboración y no injerencia entre ambos puede ser una combinación muy recomendable para abordar el problema.

No contaban con las madres: Agrupación Amanda

De camino a casa no podía dejar de repasar todo lo que aún le quedaba por hacer antes de acostarse. Preparar la comparecencia en el Senado de la semana que viene, contestar a la entrevista de Quico, llamar a Luis para conseguir el estudio que había salido esta semana en Alemania... ¡Alemania! ¡No contesté aún al correo de las italianas! Por un segundo perdió la atención de la carretera. Tengo que llamar a Gema, no la vi nada bien la última vez que hablamos.

Tras dos años que habían sido verdaderamente difíciles, su hija había desistido hacía ya varios meses. Era lo primero en lo que pensaba al despertarse cada mañana, y comprobar que no era un sueño le hacía sonreír todavía con la luz apagada. Pero no había bajado ni un milímetro su activismo en Amanda. Ya todas se habían vuelto hermanas, y las niñas eran todas primas. Cada madre de Amanda tiene cientos de sobrinas y sobrinos. Cada chica y cada chico de Amanda tiene cientos de tías.

De nuevo otro paréntesis de atención en la conducción. Suerte que siempre fue muy prudente y nunca le gustó correr. ¿Cuántos correos le estarán esperando al llegar a casa? ¿Diez, quince, veinte? Un segundo después de apagar el motor en la plaza de garaje sonó el WhatsApp. «¿Te puedo llamar? Hay cambios en lo de Cádiz. Corre mucha prisa.» Resopló. Dejó las llaves en el asiento de al lado. Pensó en que a lo mejor debería pasar a un segundo plano en Amanda, aunque sabía que nunca lo iba a hacer. Entre esas tipas y yo hay algo personal. Marcó el número de teléfono.

Algún día se hará un monumento a las personas que más vigorosamente combatieron la fiebre de la ideología transgenerista y sus terribles efectos sobre toda una generación de adolescentes. Tendrá que ser un grupo escultórico coral, porque han sido muchas y muy valiosas las que han sabido aunar la razón, la valentía y la perseverancia que requiere esta absurda batalla. Pero en primera fila, por delante de todas las demás, deberá colocarse alguna figura que represente al feminismo radical y alguna otra que recuerde el fundamental papel desempeñado por las madres y los padres de Amanda, mujeres y hombres a los que la vida les colocó inesperadamente ante un problema incomprensible e hicieron sencillamente lo que debían hacer sin tener una especial preparación ni un pasado de activismo. Lo tuvieron que aprender todo desde cero y en este momento saben más que nadie. Con una bondad machadiana, con una dignidad y una dedicación que ya quisieran para sí otras causas, han sido —están siendo— David contra Goliat. Si alguna vez frenamos esta locura habrá sido gracias a las feministas y gracias a las madres coraje de Amanda. El transactivismo tiene sus bufetes, sus grupos de presión, sus multinacionales farmacéuticas. Pero no contaban con las madres.

En el otoño de 2021 una madre preocupada colgó un tuit en el que preguntaba angustiada si alguna otra madre tenía también una hija trans que fuera a empezar a transicionar médicamente y que estuviera en contra de tal medicación. Contestaron siete madres más y empezaron a trabajar

juntas. Los autores de *Nadie nace en un cuerpo equivocado* y de este libro hemos tenido ocasión de conocerlas, por eso no nos extraña la prodigiosa organización que se derivó de ese grupo inicial. En el momento de escribir estas líneas son más de 400 familias las que se encuentran reunidas en Amanda. Sin el menor complejo y una extraordinaria eficacia han tomado contacto con las más altas esferas políticas, periodísticas, médicas y psicológicas. Somos nosotros los que les pedimos consejo y los que aprendemos de ellas. Nadie las ha visto cansadas jamás. Si les roza el desánimo, disimulan, que para ellas sus hijos —los de todas— son lo primero.

Su página web es un imprescindible compendio de consejos, documentos, artículos, recursos de todo tipo, testimonios, que se actualizan casi a diario. Probablemente, junto con la página web de Contra el Borrado de las Mujeres, sea la referencia nacional indiscutible en nuestro país para los problemas de identidad de género y disforias asociadas. Es cierto que agrupaciones semejantes, de una forma u otra, han ido apareciendo en casi todos los países de nuestro entorno —Genspect y Transgender Trend en el Reino Unido, Parents with Inconvenient Truths about Trans en Estados Unidos, Observatoire de la Petite Sirène Identité e Ypomoni en Francia, Genitori Degeneri en Italia, Trans Teens Sorge Berechtigt en Alemania, y muchos más—, pero, de verdad, no es chauvinismo, ninguna alcanza la calidad del trabajo de Amanda.

Ya hemos comentado la terrible sensación de soledad que invade a las familias al entrar en contacto por primera vez con este desconcertante problema cuando de la noche a la mañana se lo encuentran en su casa. Su intensidad sólo es comparable a la sensación de alivio que experimentan cuando conocen a cientos de familias con casos tan, pero tan tan parecidos al suyo que alguien podría pensar que todas las adolescentes se conocen entre sí. Paños de lágrimas y de risas que se van sucediendo alternativamente, motivos para la esperanza, resulta difícil pensar qué habría sido de cada una de ellas sin las otras. Ellas, unas pocas. Ellas, unas pocas felices. Ellas, una banda de hermanas.

Haznos caso, si tienes problemas en tu casa debido a los conflictos de género de tu hijo adolescente, lo mejor es que llames a Amanda. Están en toda España. Conocen los recursos de todas las comunidades autónomas. Encontrarás el contacto en su página web.

¡Leonas, rugid!

Quédate con esto:

- La ideología transgenerista ha infiltrado de forma muy significativa los centros escolares, tanto a través de protocolos de las comunidades autónomas, de contenidos curriculares anticientíficos, como de cursos, charlas y talleres dados por grupos transactivistas a los que los centros les abren las puertas sin ningún espíritu crítico.
- Las familias pueden actuar contra este problema: pueden agruparse, pedir explicaciones a los centros acerca de tales contenidos anticientíficos o sobre el punto de vista desde el que se imparten cursos y talleres sobre educación afectiva y social.
- La psicología se debate entre posturas que abogan por un enfoque afirmativo de los deseos de cambio de género expresados por el menor y posturas que abogan por una exploración en

profundidad de los motivos de tales deseos y la situación que está viviendo el menor. Desde este libro se defiende la segunda opción.

- Los padres deben elegir al profesional que trabaje desde el punto de vista con el que estén más de acuerdo. El enfoque exploratorio es el más sensato ante los problemas de identidad de género.
- Para que la ayuda profesional pueda dar sus frutos hace falta que padres y psicólogos tengan claros cuáles son sus respectivos papeles y confíen mutuamente unos en los otros, sin exigir resultados a corto plazo.
- En España contamos con una extraordinaria agrupación de familias defensoras de la prudencia y escépticas ante la terapia afirmativa como primera opción y la medicalización precipitada de los menores. Se llama Amanda.
- Pocos consejos hay mejores para una familia que se enfrenta a estos problemas que contactar con la Agrupación Amanda (<amandafamilias.org>).

Epílogo

Manifiesto a favor de la comprensión y el respeto hacia los adolescentes trans. Por los derechos trans y contra la transfobia

Todo lo que hemos escrito en este libro está impulsado por dos motivaciones básicas. En primer lugar, por el afán de comprender un fenómeno tan intrigante y tan retador para la psicología como es el auge de los problemas de identidad y disforia de género en la adolescencia, que se está observando en todo el mundo occidental durante estos últimos años. En segundo lugar, por el respeto básico y radical que sentimos por los jóvenes que presentan estos problemas, y por todas las personas relacionadas con ellos que también se ven afectadas. Este respeto, que en principio todas las personas sentimos unas por otras, se ve reforzado si cabe por nuestra profesión de psicólogos, y no es diferente del que sentimos hacia todas las personas que están pasando por cualquier tipo de sufrimiento emocional.

Curiosamente, *comprensión* y *respeto* son dos palabras que aparecen frecuentemente en los enconados debates acerca del movimiento queer y la subcultura transgenerista. Es por ello que consideramos adecuado hacer unas breves reflexiones acerca de la naturaleza de la comprensión y el respeto correctamente entendidos, y no como meros clichés de inspiración demagógica o comercial.

- La comprensión de cualquier situación que atraviesa una persona debe partir de una pregunta acerca de la naturaleza de tal situación, y una investigación de sus causas, su trayectoria, sus fluctuaciones o su posible desaparición. Gracias a la comprensión así entendida tenemos grandes conocimientos hoy en día sobre, por ejemplo, la naturaleza social del psiquismo humano, los procesos perceptivos, el desarrollo infantil, los problemas emocionales como la ansiedad o la depresión, y tantísimos otros aspectos de la psicología humana problemáticos o no problemáticos.
- Comprender no es aceptar incondicionalmente la visión del fenómeno que nos propone la persona que lo presenta, sobre todo cuando esa visión reta conocimientos previos sólidamente establecidos en la Psicología. La idea de que las personas no pueden estar equivocadas cuando hablan de sí mismas choca frontalmente con el conocimiento firmemente confirmado una y otra vez de que la visión que las personas tenemos acerca de nuestro yo es un producto social fruto de un aprendizaje social en donde cristaliza la ideología social de cada momento. Social, social, social. No hay nada más externo que el

yo, y la persona sólo es uno más de sus agentes, en conjunción con otros muchos de naturaleza macro y microsocioal.

- Si hubiéramos aplicado a todos los fenómenos psicológicos la lógica que el transgenerismo queer exige que se aplique a la identidad de género, la Psicología estaría todavía en el siglo XVII. Pedimos que se nos permita actuar con el tema de este libro como actuamos con todos los demás: explorándolo, valorando diversas posibilidades, realizando estudios cuyas conclusiones no estén dogmáticamente establecidas desde el principio, hablando con las personas implicadas sin que las autoridades inqueersitoriales estén controlando cada minuto de nuestro trabajo. Queremos conocer la naturaleza de las identidades trans e investigar sus causas, su trayectoria, sus fluctuaciones o su posible desaparición. Dudamos de la explicación metafísica y simple, que defiende que las identidades trans son un fenómeno que ocurre porque sí, se mantiene —cuando se mantiene— porque sí, fluctúa —cuando fluctúa— porque sí y desaparece —cuando desaparece— porque sí.
- Ésta y no otra ha de ser la postura de cualquier persona que se posicione inequívocamente a favor de la comprensión de las personas cuyas vidas se están viendo gravemente afectadas por problemas de disforia e identidad de género. Preguntarse por el porqué de las cosas no es faltar al respeto a nadie. ¿Respeto? Ya tenemos aquí la segunda palabra.
- Con frecuencia se confunde el respeto con la aquiescencia, como si el respeto hacia nuestros menores no consistiera en decir que no en tantas ocasiones como en las que consiste en decir que sí. Disentir con lo que una persona está afirmando —incluso cuando está haciendo afirmaciones acerca de sí misma— no es ninguna falta de respeto. En ocasiones, la verdadera falta de respeto consiste en darle la razón, como vemos que se hace con frecuencia con personas a las que no se consideran interlocutores válidos o con lo que uno no está dispuesto a invertir tiempo. Incluso el idioma español ya tiene este asunto bien claro en su famoso dicho «dar la razón como a los tontos».
- El respeto bien entendido hacia el otro implica darle la consideración de un ser con la suficiente racionalidad y madurez como para argumentar sus posturas y permitir que otras personas argumenten las suyas, estando ambas partes abiertas a cambiar de postura si el curso del debate lo impone. Eso es respetar: considerar al otro un vecino con el que trabajamos mano a mano para construir una sociedad racional, no un extraño con el que la supuesta tolerancia y respeto no es más que una forma cínica de referirse a la indiferencia.
- La idea de respeto que vemos en práctica con frecuencia es una idea tomada de la relación entre un vendedor y un cliente que siempre tiene la razón. Si una mujer de evidente avanzadísima edad acude a la sección juvenil de unos grandes almacenes, y se dirige a un dependiente para solicitarle «una falda para una mujer veinteañera como yo», el trabajador sonreirá encantado, volverá con varias faldas juveniles y convencerá a la mujer de que la más cara es la que mejor le sienta. «Las vendemos mucho a veinteañeras como usted. Mi madre, que es también veinteañera, las usa mucho.» No la está respetando. Para él la mujer sólo es un monedero andante al que va a intentar sacarle el dinero.
- El psicólogo, por el contrario, no puede funcionar con esta concepción del respeto. Es su responsabilidad respetar —¿de verdad!— a la persona que tiene delante y que está sufriendo. Y ha de tener su vista puesta más allá del momento inmediato, pensando especialmente en el medio y largo plazo. Se puede respetar a los jóvenes que presentan estos problemas de sexo y género sin imponer neolenguajes fruto de la ignorancia, sin

tergiversar la ciencia o fulminar principios básicos del Derecho.

Por supuesto que estamos a favor de los derechos trans de estos adolescentes. Los menores tienen derecho a recibir la mejor atención psicológica y, si fuera el caso, médica que podamos ofrecerles, si es que la demandasen. Tienen derecho a que no se les mienta en los centros educativos. Tienen derecho a ser tratados con respeto y comprensión, según la visión que de esos dos términos acabamos de presentar. Tienen derecho a no ser instrumentalizados con fines políticos espurios para arañar un puñado de votos y posteriormente ser abandonados. Tienen derecho a que el Estado imponga ciertos límites a su explotación comercial por parte de la industria farmacéutica y a que supervise con lupa cada caso en donde se vaya a convertir a una persona sana en un paciente crónico o cuando se les pretenda extirpar órganos sanos. Tienen derecho a no ser vistos como seres exóticos superespeciales de los que rodearse para demostrar socialmente lo sofisticado y avanzado que es uno.

Y cada vez que se les niega alguno de estos derechos, cabe preguntarse quién es el que está siendo verdaderamente transfobo aquí. La respuesta es obvia.

Agradecimientos

Obviamente, nuestro primer agradecimiento debe ir dirigido hacia todas las personas que compraron nuestro anterior volumen *Nadie nace en un cuerpo equivocado* y abarrotaron las salas en donde hemos dado más de veinte charlas desde febrero de 2022. A todos los que nos escribieron e-mails de apoyo, de ánimo, alabando la obra, contándonos la situación que tienen en sus hogares, a veces desde la esperanza y a veces desde el abatimiento. Son el motivo de que hayamos escrito este segundo volumen.

Ediciones Deusto ha demostrado una vez más ser una editorial valiente, responsable y consciente del papel que los libros tienen encomendado en este momento y en este lugar. Gracias a María José Bertrán —preparate, que volveremos a empezar la promoción— y a Roger Domingo, sin cuyo apoyo sin complejos ninguno de estos dos libros hubiera sido posible. Cuando las cosas se pusieron feas en algún momento ahí estuvieron los dos incondicionalmente.

Gracias eternas a Amelia Valcárcel, cuya vitalidad, lucidez y honradez han sido y son un estímulo para todas las personas que tenemos el honor de compartir con ella estos tiempos tan extraños. La buena costumbre de comer juntos en nuestro restaurante ovetense se ha visto reducida durante estos últimos meses debido a este libro, pero queda oficialmente retomada a partir de este momento.

Como siempre, nos honra haber contado con la cercanía y el apoyo de grandes figuras del feminismo nacional, las más insobornables y las primeras en descubrir que dentro del caballo que el transgenerismo les había regalado generosamente se escondía la mayor amenaza a la racionalidad de los últimos tiempos, y, en particular, el mayor ataque a los avances que la lucha feminista había logrado con mucho esfuerzo durante décadas. Alicia Miyares, Laura Freixas, Carola López Moya, la levantina Alicia Boluda —al fin podremos leer el *Diccionari per a ociosos*—, Juana Gallego, Paula Fraga, Regina Laguna, Carmen Domingo, Amparo Mañés, Amparo Domingo y Marina Pibernat. Silvia Carrasco continúa siendo la mayor autoridad nacional acerca de la infiltración de la ideología queer en el mundo educativo. Las doctoras Isabel Esteva y Mari Cruz Almaraz son el ejemplo vivo de la honestidad y el compromiso con la ética que debería imperar en toda la sanidad pública. Ah, y Susana Al-Halabí, que leyó y releyó el texto haciendo de implacable abogada del diablo por los pasillos de la facultad. Salimos absueltos.

Y a todas y cada una de las Amandas, siempre en la inmediatez del WhatsApp, siempre tan amables, dando sentido a todo lo que intentamos hacer. Hay luz al final del túnel. Esperemos que

no sea la de un tren que viene a arrollarnos.

Y a Marta, claro, a Marta Malgor también. Siempre.

JOSÉ ERRASTI Y MARINO PÉREZ ÁLVAREZ

Como no podía ser de otra forma, en primer lugar, quiero agradecer el apoyo que recibí de mis padres, sobre todo de mi madre, cuando lo estaba pasando mal. Sin ella, este libro no habría sido escrito. Tampoco estaría escribiendo estas líneas de no haber llegado a conocer a mi psicóloga, de quien no puedo poner el nombre por el riesgo de cancelación. También a mis amistades, Marina y Andrea, por ser siempre un apoyo, y por animarme a cuestionarme tantas cosas. A Bauer, por haber estado ahí pese al estrés y las dificultades. A Amanda, y sobre todo a las impulsoras, por ser luz en tiempos oscuros. Y, por último, a Blaky, la angelita que puso su amor en mí, cuya corta vida alargó la mía, y con la que tengo los mejores recuerdos de mi adolescencia.

NAGORE DE ARQUER

Apéndice

Glosario

Binario: Desde el transgenerismo se identifican como tal las personas que sienten que su género encaja dentro del binarismo varón/mujer. Desde el materialismo no se entiende qué puede significar, ya que el binarismo es una característica de las especies y no de las personas.

Binder: Prenda de ropa cuyo objetivo consiste en aplastar el pecho para que se note menos. Tiene forma de sujetador deportivo, con una parte de atrás algo flexible y una parte de delante rígida y gruesa. Es muy importante no coger una talla más pequeña de la que corresponde a la persona, y aun así hay que seguir varias pautas: no usarlo más de ocho horas, no hacer deporte con él, no dormir con él o incluso tener cuidado a la hora de comer con él. Puede provocar dificultad respiratoria, daños irreparables en los senos y rotura de costillas.

Cisgénero: Desde el transgenerismo se entiende como aquella persona cuya identidad de género coincide con el género –¿o era el sexo? – asignado al nacer. Desde el materialismo se entiende como aquella persona que no siente rechazo hacia su sexo biológico.

Cispassing: Se utiliza para hablar de aquellas personas trans que han conseguido una apariencia completamente propia del sexo que desean tener, por lo que el común de la gente pensaría que son del sexo hacia el que han transitado.

Doble mastectomía: Operación que consiste en la extirpación de los pechos en personas de sexo femenino. Dentro del colectivo trans se considera que forma parte de las «operaciones de afirmación de género» u «operaciones de reasignación». En ocasiones se le conoce como *top surgery* o «cirugía de arriba».

Expresión de género: Se refiere a la forma como las personas manifestamos nuestra adhesión a un estereotipo sexual, a través de la estética, el habla, la gestualidad, etcétera.

Genderqueer: Desde el transgenerismo se denomina así a las personas cuya identidad de género no se corresponde con «la asignada al nacer». Engloba todas las identidades que no son «cis», siendo una etiqueta amplia, que es muy utilizada por quienes no quieren definir su género. Desde el materialismo, ni te cuento lo absolutamente carente de sentido que es ese término.

Género fluido: Género en el que la persona siente que a veces se ajusta a un género, a veces a otro, a veces a ninguno, a veces a varios a la vez. Hay que ser muy especial para ser de

«género fluido». Si en la anterior definición sustituimos «género» por «estereotipo sexual» ya no hace falta ser tan especial, porque, de hecho, todos somos de «género fluido».

FtM: Female to Male. Hombre trans. Es decir, biológicamente de sexo femenino, pero que se define como mujer.

MtF: Male to Female. Mujer trans. Es decir, biológicamente de sexo masculino, pero que se define como mujer.

No binario: Desde el transgenerismo se identifican como tal las personas que sienten que su género no encaja dentro del binarismo varón/mujer impuesto por la sociedad. Desde el materialismo no se entiende qué puede significar, ya que el binarismo es una característica de las especies y no de las personas.

TERF: Siglas de Trans-Exclusionary Radical Feminist, es decir, feminista radical trans-excluyente. Las personas transactivistas llaman así a las mujeres feministas que hablan de la importancia del sexo biológico, y de que mujer es quien nace con sexo femenino. Desde el transactivismo se aboga por crear una brigada cuya única función fuera dedicarse ocho horas al día a reventarles la cabeza contra un bordillo a estas feministas.

Transgénero: Desde el transgenerismo se entiende como aquella persona cuya identidad de género no coincide con el sexo –¿o era el género?– asignado al nacer. Desde el materialismo se entiende como aquella persona que siente rechazo hacia su sexo biológico.

Mamá, soy trans

José Errasti, Marino Pérez Álvarez y Nagore de Arquer

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada: Sylvia Sans Bassat

© Marino Pérez, José Errasti y Nagore de Arquer, 2023

© del prólogo, Agrupación Amanda

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2023

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2023

ISBN: 978-84-234-3580-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

